

Historia del Presente

Estilos de desarrollo y buen vivir

ANA GRONDONA (COMP.), VICTORIA HAIDAR,
RAMIRO COVIELLO, PABLO PRYLUKA, PAULA AGUILAR,
PILAR FIUZA, CELESTE VIEDMA, MARA GLOZMAN

RENÉ RAMÍREZ (Prólogo)
ALFREDO E. CALCAGNO (Contribución)

Ediciones del CCC



centro cultural
de la cooperación
FLOREAL GORINI



CLACSO

Historia del Presente

Estilos de desarrollo y buen vivir

ANA GRONDONA (Comp.)

VICTORIA HAIDAR

RAMIRO COVIELLO

PABLO PRYLUKA

PAULA LUCÍA AGUILAR

PILAR FIUZA

CELESTE VIEDMA

MARA GLOZMAN

RENÉ RAMIREZ

(Prólogo)

ALFREDO ERIC CALCAGNO

(Contribución)

Historia del Presente

Estilos de desarrollo y buen vivir

ANA GRONDONA (COMP.), VICTORIA HAIDAR,
RAMIRO COVIELLO, PABLO PRYLUKA, PAULA AGUILAR,
PILAR FIUZA, CELESTE VIEDMA, MARA GLOZMAN

RENÉ RAMÍREZ (Prólogo)
ALFREDO E. CALCAGNO (Contribución)

Título: **Estilos de desarrollo y buen vivir**

Autores: **Ana Grondona (comp.), Alfredo Eric Calcagno, Victoria Haidar, Ramiro Coviello, Pablo Pryluka, Paula Lucía Aguilar, Pilar Fiuza, Celeste Viedma, Mara Glozman, René Ramírez**

© de los autores

© Ediciones del CCC - Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C.L.

Avda. Corrientes 1543 (C1042AAB) Tel: (54 - 011) 5077-8080 - Buenos Aires - Argentina

www.centrocultural.coop

www.imfc.coop/compraenlinea

Director del CCC: **Juan Carlos Junio**

Edición: **Javier Marín**

Diseño: **Clara Batista**

Corrección: **Lucas Peralta**

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Hecho el depósito Ley 11.723

I.S.B.N: 978-987-3920-19-6

Estilos de desarrollo y buen vivir / Ana Grondona ... [et al.] ;
compilado por Ana Grondona. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Ediciones del CCC Centro Cultural de la
Cooperación Floreal Gorini, 2016.
212 p. ; 20 x 15 cm. - (Historia del Presente ; 3)

ISBN 978-987-3920-19-6

1. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Grondona, Ana II. Grondona, Ana , comp.
CDD 301

Índice

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I Introducción: Buen Vivir y Estilos de Desarrollo	17
Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso	
Buen Vivir y las críticas al desarrollo	17
Estilos para otro desarrollo	23
Las huellas de un desencuentro	29
CAPÍTULO II Naturaleza de los estilos de desarrollo	35
Alfredo E. Calcagno	
¿Qué son los estilos de desarrollo?	35
La definición	35
Breve historia de los estudios sobre estilos de desarrollo	36
La experimentación numérica	38
Algunas características de los estilos de desarrollo	39
Enfoque pluralista	39
Rigor técnico en el análisis	40
Revalorización del enfoque estructural y del mediano y largo plazo	40
Consecuencias sociales y políticas de la aplicación de diferentes estilos	40
La economía, arte ministerial de la política	41
Sistemas, estructuras y estilos de desarrollo	41
Cambios en los estilos de desarrollo	44
Algunas conclusiones	45
CAPÍTULO III Ciencia, cientificismo y (estilos de) desarrollo	49
Ana Grondona	
Entre la crítica y el refuerzo de “la” ciencia	50
La ciencia en disputa	52
Ciencia, desarrollo y dependencia	55
Por una Ciencia Nueva. Crítica, creación y utopía	60
Las discusiones sobre estilos científicos en la agenda política	65
Apuntes para un diálogo postergado	67
CAPÍTULO IV Cuestión ecológica, buen vivir y debates sobre estilos de desarrollo	75
Victoria Haidar	
La cuestión ecológica y el enfoque del buen vivir	77
Cuestión ecológica y transformación social	79
Significaciones plurales de la naturaleza	81
Derechos de la naturaleza y luchas	83
Estilos de desarrollo y ambiente	85

El encuadre estructural	87
El problema ecológico como lugar de articulación de múltiples luchas	92
Pluralización	96
Reflexiones finales	101
CAPÍTULO V Las pautas de consumo como problema	109
Ramiro Coviello y Pablo Pryluka	
Resonancias de los debates sobre estilos de desarrollo en las propuestas del buen vivir/vivir bien	109
El consumo como problema en las propuestas del buen vivir/vivir bien	110
El consumo en los debates sobre estilos de desarrollo	113
El problema de las pautas de consumo en el Plan Trienal de 1973	117
Conclusiones	122
CAPÍTULO VI Planificar una “nueva sociedad”: tiempo, trabajo, política	127
Paula Lucía Aguilar	
Más allá del PBI	129
Alternativas	135
Una nueva sociedad	143
Futuros en plural	149
CAPÍTULO VII Unidad latinoamericana y desarrollo en ALBA y Buen Vivir. Una aproximación desde la historia del presente	153
Pilar Fiuza y Celeste Viedma	
Los discursos desde el sur: de la resistencia al neoliberalismo hacia una alianza estratégica para la soberanía político-económica	155
ALBA: la recuperación de un proyecto de emancipación regional	157
El desarrollo desde la unidad. Iniciativas para la construcción de una alternativa contra-hegemónica	159
La ampliación de los sentidos de integración	160
Buen Vivir, ALBA y el cambio en las reglas de juego	161
La integración regional en los debates sobre estilos de desarrollo: diversas perspectivas en pugna	163
Un nuevo orden mundial para “otro desarrollo”. El “Tercer Mundo” en escena	166
Conclusiones	170
ANEXO I Glosario de siglas	173
ANEXO DOCUMENTAL	
Documento 1	175
Fundación Bariloche ¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano	
Documento 2	191
Oscar Varsavsky. Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad	
DOCUMENTOS Y BIBLIOGRAFÍA	201

La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan. En realidad, incluso cuando parecen victoriosos, los grupos subalternos se encuentran en una situación de alarma defensiva (esta verdad puede probarse con la historia de la Revolución francesa hasta 1830 por lo menos). Por eso todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral; de ello se desprende que una historia así no puede tratarse más que monográficamente, y que cada monografía exige un cúmulo grandísimo de materiales a menudo difíciles de encontrar.

Antonio Gramsci

Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores. La experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan.

La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las cosas. Esta vez es posible que se quiebre el círculo...

Rodolfo Walsh

PRÓLOGO

Adiós desarrollo, bienvenida vida (buena)

René Ramírez Gallegos

Con el cambio de siglo comenzó en América Latina un proceso de transición histórica que, en su dimensión política, opone a las fuerzas de la nueva izquierda contra el proyecto neoliberal que había sido hegemónico hasta entonces en la región. En este movimiento de grandes proporciones, más allá de las convergencias programáticas en la impugnación al neoliberalismo, a medida que las izquierdas marcan su propio camino van adquiriendo rasgos distintivos. En Ecuador y Bolivia ha sido la vertiente del “socialismo (comunitario) de la vida buena” la que sedimentó en nuevos pactos constituyentes, en los cuales se desalojó el concepto del “desarrollo”, afiliado con el paradigma neoliberal, que fue suplantado con la noción del buen vivir, del vivir bien, de la vida plena, designando así un nuevo horizonte utópico. Esta historia de rupturas, no lineal ni unívoca, con sus causas y sus azares, todavía en curso, es indagada en este volumen colectivo por los colegas del Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso (GEHD).

Se trata de una investigación urgente y bienvenida, porque aborda las interrogantes políticas más actuales a través de la “historia del presente” – que, además de ser el método analítico adoptado por el GEHD, es el nombre de la colección en que publica sus resultados–. Esta opción metodológica supone un entendimiento particular de la realidad social. En una primera aproximación, el presente se intuye en la generalidad del ahora en que nos encontramos. Pero a la larga, esta generalidad se disuelve en condiciones sociohistóricas concretas que definen la actualidad del presente. Por ello, lo actual no puede ser entendido simplemente como una categoría temporal, sino precisamente como aquello que apunta hacia la distintividad del mo-

mento presente. En este sentido, el proyecto aquí planteado se propone trazar la genealogía de las concepciones del desarrollo y el buen vivir, a través de la revisión y cuestionamiento de las diferentes técnicas de saber/poder articuladas en cada caso.

En la Constitución de la República del Ecuador (2008), que es el caso que conozco mejor, se ha establecido como objetivo social el buen vivir (en quichua *sumak kawsay*) de las personas, de los colectivos y de la sociedad en su conjunto; buen vivir que se basa no solo en el “tener” sino sobre todo en el “ser”, “estar”, “hacer” y “sentir”: en el vivir bien,² en el vivir a plenitud. Decantar estos postulados a nivel teórico y práctico nos ha exigido ir más allá de los límites disciplinarios convencionales, plantearnos nuevos enfoques y emprender acciones políticas radicales, e incluso inéditas. Se trata por tanto de articular las aristas de una nueva *episteme* a partir del acontecimiento constituyente³, para realizar aquel máximo objetivo social de la vida buena. Esta tarea involucra, de manera persistente y nunca agotada, la crítica del sentido común de la época presente, y en este sentido la labor genealógica que desnaturaliza las convenciones recibidas del neoliberalismo es una contribución científica de primer orden para desbrozar nuevos caminos políticos.

Con esta precaución analítica podemos entender mejor cómo y por qué el enfoque prioritario de la técnica de gobierno neoliberal se ha preocupado principalmente por analizar la producción y el consumo en el mercado. De este enfoque se sigue que si de lunes a viernes una persona trabaja diariamente 8,5 horas, como es el caso en el Ecuador, y se dedica en promedio 0,3 horas al día a compras diarias, el gobierno neoliberal ha relegado recurrentemente del plano político más de la mitad de la vida de las personas y de la población; pero, sobre todo, ha dejado de lado problematizar qué implica vivir una vida buena. El resultado de la valoración economicista desde esta perspectiva es que el bienestar individual ha sido medido en función del ingreso o consumo per cápita, a nivel micro, y a nivel macro a través del producto bruto interno por persona. Se supone así que la sociedad está mejor cuando mejora (crece) cualquiera de estas variables.

En contraposición, el socialismo de la vida buena sostiene que los marcos de análisis de la gubernamentalidad neoliberal son insuficientes para alcanzar el vivir bien, que es la base de los nuevos pactos de convivencia; razón por la cual es necesario problematizar tal cuestión desde un enfoque diferente. Pero aquí la precaución analítica debe adoptar además una precaución política, porque la necesidad de cambiar radicalmente la perspectiva no proviene de una postura intelectual, sino que más bien el debate sobre la vida buena ha sido el resultado histórico de las impugnaciones sociales contra el neoliberalismo, cuya debacle se puede seguir en las sucesivas y amplias movilizaciones

que, en los años del cambio de siglo, rechazaron los programas y recetas del Consenso de Washington y derrocaron no solo a gobiernos constituidos, sino a la clase política en su conjunto —como en Argentina, también en Ecuador se escuchó la consigna: “¡que se vayan todos!”—. Reconocer que se trata de procesos que provienen “desde abajo” es fundamental para iniciar su análisis porque solo así se puede explicar la legitimidad y ponderar la magnitud y perduración de los pactos constituyentes.

Las características específicas de los actuales compromisos por la vida buena permiten contrastar su arraigo social con la particularidad de otro momento histórico, como es el caso de los saberes expertos del autoritarismo-burocrático que se impusieron “desde arriba” en los años sesenta-setenta en América Latina —Varsavsky es citado profusamente en el volumen, aunque sería menester poner en relación más estrecha sus aportes con sus circunstancias sociales y políticas, por ejemplo durante el involucramiento en el Plan Inca de Velasco Alvarado; esta exploración sería significativa además porque la opción de la “dictadura revolucionaria” fue entonces parte del utillaje mental de las izquierdas más radicales, como un medio que se suponía necesario para un fin ulterior, y aquí podríamos recordar también los casos de Torres en Bolivia y Rodríguez Lara en Ecuador—. Todo ello supone un legado con beneficio de inventario y un motivo de reflexión para las izquierdas actuales, un asidero para cuestionar la magnitud de la autoridad y el lugar que debe ocupar la burocracia, así como para reivindicar una democracia más profunda y radical, más auténtica; cuestiones sobre las cuales no es posible ahondar en este breve prólogo, pero que resulta imprescindible apuntar para el debate.

Actualmente, los cambios que los gobiernos de izquierda están efectuando en América Latina son cambios en, mediante y por la democracia. De esta condición se puede desprender una distinción adicional del socialismo actual: frente a la posición de la crítica de la “ideología”, que arropada en la supuesta conciencia ilustrada heredera de los maestros de la sospecha del siglo XIX aún pretende hacer la crítica al poder sin pasar por la crítica del sujeto, la gestación del concepto de buen vivir en medio de la realidad democrática —no a puertas cerradas, ni solo en las aulas universitarias ni las oficinas burocráticas; sino sobre todo en el debate público abierto, dentro y fuera de la asamblea constituyente, a través suyo y también en su contra: en las plazas, en las redes, en los medios, etc.— lo ha marcado con la impronta de comunidades históricas concretas: lo bueno de la vida se realiza —en sentido empírico y normativo— en tanto se puede configurar un individuo no atómico, aislado y asocial, sino un ser humano social que participa activamente en la construcción de una sociedad radicalmente democrática que se apropia y construye un sen-

tido compartido del porvenir social. En términos empíricos, esta plenitud de vida se devela asociada a la generación/disfrute de *bienes relacionales* como el amor, la amistad, la participación civil o política y la relación armónica del ser humano con la naturaleza.

Partiendo de esta experiencia en el debate constituyente ecuatoriano, se ha caminado hacia la propuesta de una socioecología política (Ramírez, 2012, 2015) que plantea orientar la acción colectiva en políticas públicas concretas aplicando como unidad de análisis y valoración el *tiempo (bien) vivido* —es decir, una variable que cruza la dimensión empírica de la experiencia con la dimensión trascendental de la aspiración— y así adoptar una agenda pública que priorice la generación/disfrute de bienes relacionales. A partir de la reconceptualización teórica, la investigación propone una métrica alternativa que se propone ir más allá del PBI, el ingreso o el consumo como valoración del bienestar social, y de su unidad de análisis, el dinero.

Aquí vale señalar que el enfoque neoliberal ya ha empleado —a partir de Gary Becker (1976)— la variable “tiempo” en el análisis, incorporando en el ingreso el costo de oportunidad del tiempo no productivo. Para medir el bienestar, entonces, se calcula el ingreso pleno (*full income*). En contraste con esta propuesta teórica, la socioecología política de la vida buena postula que el tiempo se realiza en la generación/disfrute de bienes relacionales. La diferencia entre ambos enfoques es más evidente si consideramos que el primero parte de entender el tiempo como una sucesión infinita de instantes; una herencia intelectual de la mecánica clásica (Newton, Leibniz), que concibe el tiempo como medida del movimiento. Así se da por supuesta la analogía economicista que entiende el tiempo como una sustancia que se puede acumular, a la manera del dinero. Pero la experiencia propia nos muestra que la vida no es acumulable, y la intensidad de vivir bien o mal tiene una diferencia cualitativa que escapa a la mirada estrecha del economista neoliberal.

En efecto, de la experiencia desiderativa de plenitud se sigue un aspecto primordial, que quizás sea la contribución más importante del concepto de buen vivir para una nueva *episteme* ecosociopolítica. Volviendo al diálogo con la teoría crítica, uno de los legados más importantes del marxismo para la izquierda ha sido la distinción normativa entre valor de uso y valor de cambio. La pregunta del millón en el marco del debate sobre la justicia, desde una perspectiva marxista, es cuánto valor de cambio se requiere para procurarnos sus usos el bien en cuestión. No obstante, la noción de “valor de uso” no deja de proyectar una mirada instrumental sobre el valor, que resulta insuficiente conceptualmente para disputar el sentido del sistema económico capitalista dado que no deja de ser un “adjetivo” del sustantivo “valor” y no debate la esencia del valor.

Por el contrario, lo que propone el socialismo del buen vivir es buscar aquel “bien” –en tanto no mal y no reificación monetizada– que tenga valor en sí mismo. En ese marco, la propuesta es que aquello que va más allá del valor de uso o de cambio es la “vida”, que siempre tiene valor en sí misma y no por el uso que se le otorga o por su valor en el mercado. De hecho, la valoración marxista tiene más “valor de uso” en tanto procura más vida y no cualquier tipo de vida sino una vida digna, una vida buena. El alimento tiene valor no por la cantidad de papel moneda que se otorga a cambio del alimento en cuestión, sino en cuanto bien que garantiza la reproducción de la vida. Si bien puede tener multiplicidad de usos, en última instancia el valor de uso de un bien es para procurar la vida; la vida buena o bien vivida.

El sustantivo crítico es la vida y todo lo demás es su adjetivo. En este marco, la vida es valor incuantificable, inmensurable en tanto que cada vida tiene valor en sí misma. Aunque parezca ilógico, podríamos señalar que la vida es la esencia del valor y en tanto esencia es invaluable; es decir, vale por sí misma y no por el valor de uso o valor de cambio del mismo. En este sentido, al ser unidad de análisis social toda circunstancia y acción humana debe girar en torno a la misma (Ramírez, 2015).

En el marco del quiebre epistemológico producido por el movimiento social que construye el mismo y no por iluminados que imaginan un deber ser desde torres de marfil, también la construcción de la sociedad de la vida buena disputa la teoría del valor marxista. Para la socioecología política una teoría que no valore la participación democrática dentro de su teoría del valor claramente no solo que es sesgada sino que carece de una base sólida que permita disputar políticamente una transformación social viable. En otras palabras, desde el enfoque de la vida (buena) una teoría del valor que solo disputa en el ámbito de producción-compra-venta de bienes y servicios económicos es insuficiente para intentar construir un nuevo orden social.

Una debilidad del socialismo del siglo XX fue que siempre disputó el sentido de la producción, circulación y consumo de los bienes y servicios en el *adjetivo* y no en el *sustantivo* del valor. El marxismo olvidó que existe algo más simple e importante que todo: la vida misma. Podemos sostener que el error histórico del marxismo fue estructurar su análisis en marcos teóricos que no corresponden al núcleo de la razón de la humanidad y de los ecosistemas naturales, y que al no hacerlo terminó cayendo en una lógica productivista que hace el juego al mismo capitalismo. En este sentido, el marxismo no resulta una alternativa actual, sino que se trata de una teoría que no sale del marco de análisis naturaleza-producción-circulación-consumo, dinero-mercancía-dinero-mercancía.

Pero no se debe mal interpretar esto como una invitación a olvidarnos del análisis marxista. Todo lo contrario. Debemos tener claro cómo se repro-

duce el capital para disputar su valor dentro del capitalismo e intentar desmontar esta lógica. Empero, solo tener como referente este marco de análisis, desde nuestra perspectiva, no permitirá canalizar estrategias concretas para construir un nuevo orden social por fuera del propio capitalismo. Podremos construir un capitalismo menos inhumano, pero capitalismo al fin.

Porque en efecto la noción de “desarrollo” adoptada en los años cincuenta-noventa del siglo XX en América Latina, tanto en su versión ortodoxa (en la estela de Rostow, los estructuralistas, etc.) como en la heterodoxa (los neomarxistas, los dependentistas, etc.), permanece cautiva de la creencia economicista en que solo la utilidad o plusvalor es fuente de valor. En este sentido, también los esfuerzos de Varsavsky, Mallman o el equipo de la Fundación Bariloche por integrar el tiempo de “ocio” como una función de la producción económica, que ha de suplementar el tiempo “productivo”, continúa supeditando los valores primordiales de la vida humana a la lógica de la reproducción del capital.

Por ello el socialismo de la vida buena, en la medida en que aspira a un horizonte distinto, también se ha de proponer una metodología de análisis diferente, sustentada tanto en la concepción normativa de la vida buena como en indicadores empíricos tangibles que puedan servir de orientación práctica en la intervención social para la disputa de construcción de otros sentidos sociales. Frente a las técnicas del gobierno neoliberal, que se organiza concibiendo a las personas como agentes racionales-utilitarios que buscan de una manera egoísta la satisfacción individual a través de la compra de objetos materiales, la opción crítica parte de la necesidad del ser humano de relacionarse con otro/s en la medida que se satisface necesidades materiales. Cada individuo no puede realizarse sino es gracias a la amistad, al amor, a la participación en la vida pública y al autoconocimiento reflexivo. Mientras que la economía política neoliberal cosifica las acciones y las relaciones y menosprecia la historia, la socioecología política del buen vivir dignifica la vida, las relaciones sociales, las relaciones del ser humano con la naturaleza y la memoria colectiva y/o individual.

Este es un matiz que a veces se tiende a pasar por alto cuando la reconstrucción analítica se concibe desde y se encauza hacia los aspectos tácticos del saber/poder; es preciso, si queremos cuestionar e ir más allá del marco utilitarista de la episteme neoliberal, volver la mirada sobre la ética de la acción pública y la búsqueda de la justicia social en el marco de la acción colectiva histórica de nuestros pueblos. Todas estas son cuestiones que, como he mencionado, nos acucian en el presente en América Latina y en el mundo, en momentos en que la contradicción entre la concentración de la riqueza es la mayor en la historia de la humanidad y va de la mano con nuevas formas

de pauperización y exclusión; y esta realidad insufrible nos demanda a todos los que queremos un cambio plantear nuevas respuestas. Para pensar en ello este es un libro de necesaria lectura.

Quito, miércoles 2016

Notas

- ¹ Presidente del Consejo de Educación Superior del Ecuador y Secretario Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación del Ecuador.
- ² Ver la definición de vivir bien o Buen Vivir en la sección 3 apartado “b”.
- ³ Constitución de 2008.

CAPÍTULO I

Buen Vivir y Estilos de Desarrollo Elementos para un debate pendiente

Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso GEHD

El presente libro tiene varios objetivos. En primer lugar, poner a circular una serie de debates clave respecto del desarrollo; en particular, un conjunto de discusiones sobre “estilos de desarrollo” que se desplegaron entre mediados de la década del sesenta y comienzos de la del setenta del siglo pasado. Nuestro interés en exhumar estas memorias, usualmente desatendidas por la literatura especializada¹, no resulta de la curiosidad por lo remoto sino, por el contrario, de la convicción que entre ellas y las más actuales propuestas del buen vivir se teje un diálogo silencioso. Ese diálogo es, en buena medida, una operación de la crítica; es decir, de nuestro propio trabajo de archivo en busca de la historia del presente.

En este capítulo inicial² se presentarán algunos elementos generales del libro que se desplegarán con mayor detalle en cada uno de los que le siguen. Para ello, dejaremos asentados algunos aspectos nodales de las propuestas del buen vivir, por una parte, y del debate de “estilos de desarrollo”, por la otra; indicando, en cada caso, los aspectos que se irán retomando en las distintas contribuciones.

Buen Vivir y las críticas al desarrollo

Desde distintos países de América del Sur, pero muy particularmente desde Ecuador y Bolivia en la última década han ido tomando forma propuestas de disputa/revisión/subversión del “desarrollo” que, de un modo complejo y heterogéneo, se reúnen bajo la rúbrica de “buen vivir” y del “vivir bien” (BV). Las fuerzas políticas que han impulsado esos procesos están vinculadas con actores que habían desarrollado resistencias al neoliberalismo y que, como consecuen-

cia de diversos procesos de participación y lucha, reformaron sus constituciones y refundaron sus estados (Tapia, 2009; García Linera, 2012; Larrea, 2010).

La centralidad de la perspectiva del *sumak kawsay/sumak kamaña* (buen vivir, vivir bien) ha implicado la revalorización de las voces de las comunidades de los pueblos originarios y sus saberes. En algunos casos, esas mismas comunidades han pasado a formar parte de las instancias decisorias del gobierno. Más concretamente, han participado en la formulación de los planes nacionales de desarrollo específicos que analizaremos a lo largo del presente libro³. Por cierto, la escala de los procesos que llevan el nombre de buen vivir (BV) ha excedido el marco de la experiencia nacional y resultan ilegibles por fuera de una profunda reformulación de la integración regional. En particular, el capítulo de Pilar Fiuza y Celeste Viedma procurará echar luz sobre esta dimensión de las propuestas analizadas.

Fundamentalmente, en este libro nos interesará trabajar los debates sobre el BV como una agenda de problemas que se entretujan entre sí de determinados modos. Los aportes se concentran, así, en el análisis de ciertos interrogantes y sus formas de articulación: la cuestión ecológica, los saberes ancestrales, el consumo, la integración, los modos de la relación social, etc. Todas ellas se anudan, según sostendremos, en un intento de redefinición radical tanto de la relación hombre-naturaleza como de las relaciones de los hombres entre sí. Esta redefinición parte, por cierto, de una crítica al “desarrollo” como modo limitado de articular algunas de esas cuestiones; incluso se sugiere una “*moratoria de la palabra desarrollo* para incorporar en el debate el concepto del buen vivir” (PNBVE, 2009: 18, énfasis nuestro). En efecto, la propuesta del BV no genera tan solo dislocaciones, sino que supone subversiones de sentido en relación al modelo de desarrollo:

La clave del desarrollo radica en la supresión de la estructura de dominación cultural y de discriminación racial vigente y en su sustitución por una práctica de diálogo, cooperación, complementación, reciprocidad y entendimiento. Así, el crecimiento económico se concibe como el proceso de consolidación, fortalecimiento e interacción entre identidades; como la articulación de redes de intercambio e interculturalidad (PNDB, 2006: 12, énfasis nuestro).

La interculturalidad es el motor del desarrollo (PNDB, 2006: 13, énfasis nuestro).

En ambas formulaciones opera una reestructuración del sentido de “desarrollo”⁴, mediante su conjugación con significantes usualmente en discursos economicistas. Una primera lectura de ambas sentencias produce, incluso, una sensación de extrañamiento, pues se trata de una torsión substancial al nivel del sentido, cercana a la parodia, que deshace la evidencia de aquello que “inmediatamente” reconocemos como “desarrollo”.

El BV coloca en el centro de sus preocupaciones la pregunta por los “modos de vida”, su carácter histórico y, sobre todo, su *multiplicidad*. La operación del BV no consiste en “sustituir elementos” para arribar a una “verdad”, sino en la *combinación novedosa* de componentes procedentes de diversas formaciones discursivas⁵. Si ello es posible, es en función del desmontaje del mito del “progreso lineal” que pretende “dividir a las culturas entre ‘modernas’ y ‘atrasadas’; entre ‘primitivas’ y ‘avanzadas’” (PNDB, 2006: 10). Desde la perspectiva del PNDB la “*trampa desarrollista* conlleva la *aniquilación de otras temporalidades*, de otras memorias, de otros aportes a la construcción de las relaciones interhumanas y de otras relaciones con el tiempo y con el espacio” (*ídem*, énfasis nuestro). Por el contrario, el horizonte que se propone es “contribuir a la *preservación de otros significados sobre la relación entre la humanidad y la naturaleza*” (*ídem*, énfasis nuestro).

El buen vivir se contrapone, pues, a la “monocultura” (PNBVE, 2009: 17). En su lugar, se propone una comprensión “integral, holística, radial y acumulativa, *capaz de abarcar la simultaneidad de situaciones no homogéneas*”, pero que permita “incorporar, a la vez, desde lo cultural, lo económico, lo político y lo social *diversas prácticas y conocimientos provenientes de actores sociales diferentes*, portadores de intereses, expectativas y percepciones contrapuestos” (PNBVE, 2009: 10).

La definición que se propone del buen vivir expresa el encuentro entre diversas perspectivas “entre pueblos y comunidades” (PNBVE, 2009: 10). Se destaca la valoración de las concepciones de las culturas originarias e indígenas que asumen un rol protagónico. Sin embargo, con ello no se reivindica ningún “tradicionalismo”. Una de las operaciones características del BV consiste, precisamente, en *desmontar* la dicotomía moderno-tradicional. Con ello, se deshace la aparente homogeneidad de modos de vida que se deriva de predicar “el” desarrollo y “la” modernización en singular.

La crítica al mito del progreso se extiende al cuestionamiento del papel de los países desarrollados como “modelos” a seguir. De esto se deriva, asimismo, la puesta en duda del crecimiento económico como medida de modernización que se sustituye por un relato histórico que resalta los modos desiguales de relación con la naturaleza y entre las culturas. Así, la historia de la explotación de la naturaleza es, al mismo tiempo, la historia de la explotación social y del racismo. Esta operación implica, además, una asignación de *responsabilidades* por la desigualdad, la exclusión y la discriminación, que recaen en “empresas transnacionales”, las “organizaciones multilaterales” y “la tecnoburocracia”, así como el “núcleo oligárquico terrateniente” y “las élites dirigentes”. También se señalan configuraciones ideológicas y patrones de organización de ese modelo de sociedad: “el patrón primario exportador”, “la visión mercadocéntrica”, “el neoliberalismo”, “el colonialismo”, “el desarrollismo”, “el etnocentrismo” y “el racismo”.

En el esquema del BV el Estado ocupa un papel central, no ya como “promotor”, sino también como “protagonista”. Asimismo, la reaparición del género discursivo de los “planes nacionales de desarrollo” en el marco del BV vuelve a colocar la cuestión de la “totalidad” en el plano de lo “nacional”, mediante el diseño de líneas políticas *holistas* (PNDB, 2006: 98), sistemáticamente descartadas “bajo la visión de una política neoliberal que fijó como principal parámetro de desarrollo la atracción y protección de las inversiones externas” (PNDB, 2006: 98). Por cierto, lejos de tratarse de un mero “regreso” a las lógicas de planificación hegemónicas en la segunda posguerra, “lo nacional” en estos planes más contemporáneos se ha redefinido de un modo sumamente complejo, atendiendo al presupuesto de la multiplicidad constitutiva del Estado (García Linera, 2013). Lejos de ser un obstáculo o una rémora, como se señaló más arriba, la pluralidad es el motor del desarrollo. Por otra parte, esta re-problematización de la cuestión de la soberanía también se enlaza con la crítica del patrón de desarrollo y su relación con el ambiente:

El territorio boliviano ha sufrido un paulatino *deterioro ambiental* a causa de una explotación incontrolada de sus recursos naturales que, lejos de beneficiar al país, ha enriquecido solamente a *ciertos grupos* que han detentado el poder. *La recuperación de la soberanía sobre los recursos naturales —renovables y no renovables—, implica también su conservación, protección y el fomento a la producción orgánica y ecológica* (PNDB, 2006: 98, énfasis nuestro).

En la formulación precedente, la soberanía es un factor clave para la conservación de la naturaleza y se contrapone a la prevalencia de intereses concentrados. Esta re-inscripción de la relación entre desarrollo, recursos y ambiente en el marco de la soberanía implica una disputa por los modos de apropiación de la naturaleza, que se alejan del discurso inocente del “retorno” a una supuesta “comunidad de origen”. Por el contrario, retoman, de un modo polémico, los desafíos actuales de la agenda internacional. En esta dirección, se problematiza el proceso de registro bioprospectivo y de patentamiento de todas las formas de vida que puso en marcha el acuerdo TRIPPS⁶ que, junto con el vacío de normativa nacional, resultó en que varios componentes de la biodiversidad boliviana se registraran en el extranjero. En consecuencia, se plantea la necesidad de elaborar y someter a aprobación leyes que resguarden esas formas del “patrimonio intangible” (PNDB, 2006: 60). En esta dirección, las posiciones que desde los gobiernos de Bolivia y Ecuador se han esgrimido en los últimos años respecto de la cuestión ambiental y, en particular, en relación a ciertos temas controversiales como el “cambio climático”, apuntan a reivindicar la “deuda ecológica” que los países del Norte mantienen respecto del Sur, así como a afirmar la soberanía permanente de los estados sobre sus

recursos naturales no renovables y a defender la soberanía económica sobre los recursos naturales. Atendiendo al saqueo de recursos que ha experimentado a lo largo de su historia América Latina, así como las amenazas actuales de biopiratería, la Constitución de Bolivia (art. 30 inc.11) y la Constitución de Ecuador (art. 322 y 402) han introducido cláusulas destinadas a prevenir un nuevo despojo. Sobre esta cuestión se trabajará con mayor profundidad en el capítulo de Victoria Haidar.

Asociada con la problematización de los modos de apropiación de “lo vivo”, aparece la sospecha respecto de los saberes que se movilizan para gobernar esa cuestión. En este sentido, el PNDB señala:

Muchas decisiones y políticas se han ejecutado sobre la base de supuestos o percepciones no científicas (*ordenados por trabajos de consultoría que no generan conocimientos y usan los existentes como productos académicos, sin reconocer su origen*), que no han permitido conocer lo nuevo, lo extenso o lo profundo y lo esencial de nuestra realidad (...). El no conocer tal realidad por *no aplicar investigaciones con todo el rigor metodológico y científico, nos ha conducido a quedar atrapados en la frontera de la especulación*. Es un hecho conocido que los grandes problemas locales y nacionales, de cualquier orden, requieren, en gran parte, soluciones científicamente formuladas. Sin embargo, gran parte de las respuestas de “expertos”, consultores o de acuerdos ejecutivos no tienen una base científica (PNDB, 2006: 182, énfasis nuestro).

Por una parte, se insiste en la desnaturalización de lo que se presenta como una evidencia que exige reconocimiento (la ciencia, el saber experto). Así, los saberes supuestamente “científicos” de los expertos se sitúan al interior de un campo de prácticas (académicas, de consultorías) que los sobredeterminan. Por otra parte, entre las críticas a los saberes expertos se incluye la imposibilidad de conocer “lo nuevo” y distinto. Es preciso destacar que la impugnación de los trabajos de consultoría no opera a partir de la sustitución de unos criterios de legitimidad (el moderno saber científico, por ejemplo) por otros (los saberes ancestrales). Los saberes expertos son impugnados en los términos de la misma matriz científica en la que pretenden inscribirse, no por no dar cuenta de las verdades del pasado, sino por su miopía para analizar el presente.

A partir de este diagnóstico, urge una transformación y *democratización* de los modos de saber para conformar una cultura científica, inclusiva y recíproca:

[Este nuevo modelo] se propone contribuir al nuevo patrón de desarrollo a través de la generación de conocimientos y tecnología, y su aplicación en los procesos productivos y en la solución de grandes problemas nacionales (...) *incorporar los saberes locales y el conocimiento indígena al campo de conocimientos cientí-*

ficos para su valoración y aplicación en el desarrollo; desarrollar una cultura científica a través de la extensa difusión de la CTT⁷ para promover la apropiación del conocimiento en el marco de la inclusión y la reciprocidad (PNDB, 2006: 183).

La articulación entre saberes tecnológicos y saberes locales expresa un modo de problematizar la relación entre desarrollo y ambiente centrado más en la *creatividad* que en la *conservación*. En consonancia con ello, el BV está asociado a un imperativo de transformación social y cultural: sostiene el carácter imperioso de “vulnerar, desobedecer y quebrantar los moldes mentales del desarrollo convencional para esbozar una nueva configuración mental en torno al desarrollo” (PNDB, 2006: 11). Dedicaremos particular atención al papel de los saberes expertos y sus modos de vinculación con los saberes locales en el capítulo de Ana Grondona.

Ahora bien, las transformaciones propuestas por el BV también involucran una revisión de los modos del vínculo social, las formas de organización de la reproducción de la vida e incluso de los modos de organización y experiencia del tiempo. En este sentido, se trata de un llamado a una nueva cosmovisión integrada. El capítulo de Paula Aguilar analiza más puntualmente estas dimensiones.

En el apartado que sigue presentaremos algunos de los debates que desde América Latina discutieron y propusieron “otro desarrollo” hace algo más de cuatro décadas. Estos debates, a diferencia de la cosmovisión de los pueblos indígenas, no aparecen explícitamente retomados en las propuestas actuales del BV. En este sentido, cabe reflexionar sobre el campo de visibilidad y de enunciabilidad de este discurso y sus sombras. Fundamentalmente, entendemos que en el BV –al igual que, con ligeros matices, en las contribuciones de A. Escobar (1998) o de E. Gudynas y A. Acosta (2011)– opera cierta homogeneización del “discurso del desarrollo” que desatiende algunas de sus tensiones y disputas. Así, por ejemplo:

En términos generales, el concepto dominante de desarrollo ha mutado y ha sido inmune a cuestionamientos. Ha “resistido” a críticas feministas, ambientales, culturales, comunitarias, políticas, entre otras. No obstante, sus críticos implacables han sido *incapaces de plantear conceptos alternativos*. Es por eso que es necesario encontrar propuestas desde el sur que permitan repensar las relaciones sociales, culturales, económicas, ambientales desde otro lugar (PN-VBE, 2009: 18, énfasis nuestro).

En este libro nos proponemos, pues, desmontar el presupuesto que opera en el párrafo precedente y mostrar los diálogos, encuentros y desencuentros posibles entre dos modos creativos y políticamente potentes de disputar “el desarrollo”.

Estilos para *otro(s)* desarrollo(s)

Hacia fines de los años sesenta tuvo lugar un balance respecto de la denominada “primera década del desarrollo”. En el marco de una agitación política en ascenso tanto en Europa como en América Latina⁸ y de la consolidación de un escenario de crisis económica y energética, el debate se volvió urgente. En 1968, puntualmente, las Naciones Unidas formularon una agenda de iniciativas para el *Segundo decenio del desarrollo* en la que se destacaba la preocupación por el medio ambiente y por la distribución del ingreso.

En sintonía con la primera inquietud, en 1972 se organizó la *Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano* en Estocolmo, de amplia repercusión internacional. En América Latina movilizaría seminarios y publicaciones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), así como la inclusión del tema ambiental en la agenda política. Esta agenda tuvo singular vigencia en la Argentina a partir de 1973, tal como muestra la creación de una Secretaría de Ambiente Humano y la inclusión de esta temática en el *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional* (PTRLN).

En este mismo clima de problematización global de la relación entre “desarrollo”, “población”, “tecnología”, “nación”, “recursos naturales” y “consumo” también se movilizaron nuevos dispositivos y tecnologías informáticas que hicieron de “la economía mundial” un ámbito para la proyección de escenarios. Ejemplo de ello fue la iniciativa del Club de Roma, un grupo de científicos y políticos reunidos desde 1968 alrededor de las preocupaciones por el desarrollo, que auguró una crisis aguda de recursos para el año 2000 mediante el uso de computadoras. Los resultados del denominado Modelo Mundo III, encargado al Massachusetts Institute of Technology (MIT), fueron presentados en 1970 y publicados luego por Dennis Meadows bajo el título *Límites del Crecimiento*.

Basándose en el hallazgo de la existencia de “límites naturales al crecimiento”, el modelo propuesto recomendaba un congelamiento del progreso económico para los países centrales y un estricto control de la natalidad en los países periféricos. Estas vías, aunque idealmente debían darse de modo simultáneo, admitían modulaciones. A partir de ello, desde diversos sectores, el informe fue recibido como una propuesta neomalthusiana dirigida a los países del Tercer Mundo⁹.

Frente a este diagnóstico sombrío surgirían, en particular desde América Latina, posiciones que trocaban la pregunta en torno de los *futuros* límites físicos del desarrollo, por otra centrada en los *límites sociales y económicos* del estilo de desarrollo existente. Así, desde instancias colectivas como Fundación Bariloche¹⁰, el Centro de Estudios del Desarrollo venezolano (con el protagonismo de Oscar Varsavsky¹¹) e instituciones regionales como la CEPAL (Comisión

Económica para América Latina) se debatirían “otros estilos”, en plural. Desde estas posiciones se diseñaron modelos matemáticos multivariados alternativos que mostraban la *factibilidad* de un orden social en el que todos tuvieran sus necesidades materiales y espirituales resueltas.

En este apartado presentaremos algunos aspectos generales de los documentos producidos en relación con el Modelo Mundial Latinoamericano (MML) de Fundación Bariloche (FB) y el Estilo de Desarrollo Socialista Nacional y Creativo (EDSNC) de Oscar Varsavsky¹², así como también algunos pasajes del seminario “Estilos de desarrollo y medioambiente en América Latina” organizado en 1979 por CEPAL. También, nos interesa referirnos a otro de los modos bajo los cuales emergió esta problematización de las alternativas al patrón de desarrollo centrado en el crecimiento económico, como el *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional* (PTRLN) de 1973 o el “Mensaje a los Pueblos y Gobiernos del Mundo” de 1972¹³ que le precedió.

Indudablemente, existen importantes diferencias entre estos materiales. Incluso, existieron polémicas directas entre las posiciones que aquí analizamos¹⁴. Ahora bien, *frente* al discurso del Club de Roma, que los precedió, estos documentos componen una serie que converge en postular alternativas concretas para la configuración de “otro desarrollo”.

Estos discursos compartían una desconfianza respecto de los diagnósticos sobre “los límites del desarrollo” como un problema *físico* que remitía al *futuro*. En este sentido, Carlos Mallmann, uno de los científicos vinculados al diseño del MML, respondía al diagnóstico del Club de Roma afirmando que “la catástrofe predicha por algunos modelos en boga (matemáticos o no) constituye una *realidad cotidiana* para gran parte del género humano” (Mallmann, 1972: 9, énfasis nuestro). En efecto, “hambre, analfabetismo, muerte prematura, falta de vivienda adecuada (...) son la suerte común que comparte la mayor parte de los seres que habitan el mundo subdesarrollado” (Mallmann, 1972: 9).

A la operación de *naturalización* de los límites del desarrollo que presuponía y reforzaba la separación entre naturaleza y sociedad, característica del texto de Meadows, se oponía una operación de *politicización* que unía ambas dimensiones, tanto en la explicación de la crisis como en la diagramación de su solución. Desde esta perspectiva, los límites que amenazaban la supervivencia de la humanidad, y que se oponían a “su desarrollo armónico”, no eran físicos sino “socio-políticos”, y dependían de “la actual distribución del poder, tanto internacional como dentro de los países” (Mallmann, 1975: 126). Así, Mallmann afirmaba: “esto se manifiesta en la creciente *desigualdad* tanto *internacional* como dentro *de cada país*” (Mallmann, 1975: 126, énfasis nuestro). Atendiendo a las desigualdades geopolíticas, desde diversas instancias circulaban interpelaciones a la constitución de bloques regionales en defensa de los propios intereses de los países más débiles¹⁵, así como al diseño de *estilos propios de desarrollo*, alternativos.

Ahora bien, resulta interesante señalar que también desde los países centrales se producía un cuestionamiento de relaciones internacionales asimétricas. El informe de la Fundación Hammerskjöld de 1975 reflejaba las preocupaciones sobre los efectos de este sistema geopolítico opresivo y retomaba una retórica internacionalista según la cual no había una “contradicción fundamental entre los intereses de los pueblos sino de *estructuras de poder* del Tercer Mundo y de los países industrializados” (Fundación Hammerskjöld, 1975: 65, énfasis nuestro).

Aun cuando en la mayor parte de los documentos analizados la tensión entre centro y periferia aparece como estructurante de modelos de desarrollo en conflicto, también incorporan, de diversos modos, el problema de la desigualdad social entre *clases*. Retomando esta dimensión, el *Plan Trienal*, por ejemplo, cuestionaba las políticas que respondían a

un modelo de acumulación de capital basado en una *regresiva distribución del ingreso* y, en consecuencia, originaron un perfil de consumo crecientemente sofisticado, destinado a satisfacer patrones de comportamiento y aplicación de recursos de los sectores de ingresos elevados *a costa de la satisfacción de necesidades individuales y colectivas vitales, prioritarias para las grandes mayorías del pueblo* (PTRLN, 1973: 47, énfasis nuestro).

Justamente el análisis de esta dimensión, y su puesta en relación con las discusiones más actuales del buen vivir será uno de los objetivos centrales del capítulo bajo la responsabilidad de Ramiro Coviello y Pablo Pryluka

También nos interesará indagar, en el capítulo de Victoria Haidar, la manera en que la cuestión de la desigualdad y la explotación se anudaba a la hora de problematizar los procesos históricos de *apropiación desigual de la naturaleza*, tanto a nivel de los países como de las distintas clases sociales y sectores económicos (CEPAL, 1979). En sintonía con estas posiciones, según el MML, el uso dispendioso de los recursos y la contaminación estaba atravesado por el problema de la desigualdad y la lógica de acumulación¹⁶: en los países centrales la contaminación estaba asociada al consumo irracional, mientras que en los países pobres era resultado de las condiciones insalubres de la pobreza (Herrera, 2004 [1977]: 57). Frente a ello, correspondían *responsabilidades asimétricas* en aras de una solución.

Concordantemente con este modo de calibrar responsabilidades, el Informe Hammerskjöld refutaba la visión neomalthusiana del Club de Roma, al aseverar que la presión sobre los recursos resultaba fundamentalmente del estilo de consumo de los países más ricos. En consecuencia, era más razonable “cambiar el estilo de consumo de los países industrializados” que “aconsejar a los pobres que reduzcan su tasa de natalidad” (Fundación Hammerskjöld, 1975: 36).

Pues bien, esta *politización* general –en virtud de la cual los antagonismos y tensiones se subrayan– tendría como efecto la predicación en “plural” de aquello que, desde la perspectiva del Club de Roma, se predicaba en singular. Construcciones como “estilos de desarrollo”, “pautas de desarrollo”, “modelos” constituyen en gran medida modos de *desestabilización* del efecto de unicidad y evidencia de “EL” desarrollo. Este funcionamiento –la aparición recurrente de frases nominales indefinidas y/o en plural– no afecta solamente al “desarrollo”. Por el contrario, también aparecen referidas al “consumo”, “tecnología”, “contaminación” y “recursos naturales”:

Un estilo tecnológico –con su correspondiente estilo de consumo– orientado a evitar el despilfarro, a metas cumplidas, tendría diferencias sustanciales con respecto al que goza hoy de mayor prestigio (Varsavsky, 2013 [1974]: 84, énfasis nuestro).

Ninguna política de preservación del ecosistema o de reducción del consumo de recursos naturales tiene posibilidad de llevarse a cabo efectivamente, hasta que cada ser humano haya logrado un nivel de vida aceptable (Mallmann, 1972: 7-8, énfasis nuestro).

La manera en que dentro de un determinado sistema se organizan y asignan los recursos humanos y materiales con el objeto de resolver los interrogantes *sobre qué, para quiénes y cómo producir los bienes y servicios (...)*. Las contestaciones a los tres interrogantes están íntimamente interrelacionadas, y es en su conjunto que definen un estilo (CEPAL, 1979: 40, énfasis nuestro).

En la serie citada aparece, pues, la crítica al *reduccionismo* del desarrollo pensado en términos de mero crecimiento cuantitativo del producto y al *estilo de vida consumista* que está asociado a él. Esta crítica conlleva como contrapartida la aparición de modulaciones *cualitativas*. A partir de ello, ya no correspondería pensar en una progresión entre economías plenamente o sub desarrolladas, sino dar lugar a *múltiples formas* de administrar, por ejemplo, la relación de los seres humanos con el ambiente. El desarrollo no se subsume, entonces, a una medición del crecimiento económico asociado al “avance” en la productividad o la tecnología. Desde la perspectiva del documento de Hammerskjöld, “la diversidad de las formas de desarrollo responde a la *especificidad de las situaciones culturales o naturales; no existe una fórmula universal*” (Hammerskjöld, 1975: 7).

Por cierto, algunas de las alternativas analizadas abogaban por una solución radical de las contradicciones del capitalismo, en particular, la Fundación Bariloche y Varsavsky. Estos discursos insistían no solo sobre la necesidad de pensar alternativas para cada una de las dimensiones vinculadas con el desarrollo, sino sobre el modo en que éstas estaban *interconectadas*. Así, por

ejemplo, Varsavsky subrayaba que “la tecnología” era un elemento indisolublemente unido a un proyecto político y cultural, y no un mero instrumento. En este sentido, se rechaza el argumento de la “superioridad tecnológica” del Norte por sobre el Sur. Los estilos tecnológicos debían adaptarse a los proyectos nacionales y no a la inversa. El colonialismo tecnológico no se revertiría “aunque los laboratorios nacionales adquirieran capacidad y permiso para copiar y adaptar las tecnologías nuevas” (Varsavsky, 2013 [1974]: 108). El fin de la dependencia solo llegaría cuando “el país defin[a] su estilo tecnológico propio, en base a su proyecto nacional, y con ese contexto *crea, innova, adapta e incluso compra* si lo considera necesario” (Varsavsky, 2013 [1974]: 108).

Tecnología, consumo, uso de recursos se imbricaban, de esta manera, en el ámbito de lo que se delimitaba como “proyecto nacional” o “modelos de desarrollo”. En tanto se trataba de variables asociadas las unas a las otras, *había poco espacio para el gradualismo*: los límites del desarrollo estaban asociados a “un *sistema* de valores intrínsecamente destructivo”, de modo que “la solución a estos problemas no puede articularse sobre la aplicación circunstancial de medidas correctivas, sino sobre la *creación* de una sociedad *intrínsecamente compatible con su medio ambiente*” (Mallmann, 1972: 7-8, énfasis nuestro).

Pues bien, el punto de partida del diseño de esa sociedad suponía una operación en la que “las necesidades” (humanas, esenciales, populares) funcionaban como piedra basal. Esta centralidad de “lo humano” como medida del desarrollo operaba como contrapartida y complemento de los diagnósticos sobre la alienación de las sociedades de consumo en las que, precisamente, “el hombre” se había extraviado. Esta propuesta de centrar el desarrollo en las necesidades se complementaba con la crítica a la suntuosidad de los consumos de las élites, “reflejo de otras sociedades que, aunque avanzadas en cuanto a su grado de desarrollo económico, afrontan actualmente gravísimos problemas ecológicos y sociales” (PTRLN, 1973: 13). En términos de Hammerskjöld, abre “la cuestión de los *límites máximos de consumo*, justificados por la inquietud de una repartición más equitativa de los recursos” (Hammerskjöld, 1975: 42, énfasis nuestro).

Estas necesidades humanas de las que había que partir no resultaban asimilables a los mínimos biológicos en los que se basarían los dispositivos neoliberales de gobierno de la pobreza años más tarde. Por el contrario, los listados y ordenamientos que proponen Varsavsky y la Fundación Bariloche incluyen un conjunto extenso y complejo de necesidades que, desde ambas perspectivas, solo se satisfacen en el marco de sociedades *igualitarias*. Carlos Mallmann postulaba, por ejemplo:

El objetivo de la humanidad que proponemos es el de lograr que *todos y cada uno* de los habitantes *presentes y futuros* de nuestro planeta —nave espacial

que compartimos– puedan, mediante sus actividades, satisfacer en forma genuina sus *necesidades cuantitativas y comparativas de ser y de acceder* (Mallmann, 1972: 2, énfasis nuestro).

Tal como señalamos más arriba, las perspectivas analizadas en este apartado asociaban los “límites” actuales del desarrollo tanto a la problemática de la “alienación” humana como a las condiciones desiguales de explotación y sometimiento, a nivel social e internacional, en las que ese proceso de enajenación se inscribe y que lo explican. En consecuencia, las propuestas de nuevos “estilos” o “modelos” tenían un signo emancipador. Mientras que el Club de Roma proponía un estado de equilibrio que “exigiría cambiar ciertas libertades humanas, como la de la producción ilimitada de niños o el consumo de cantidades irrestrictas de recursos, por otras libertades como el alivio de la contaminación y el hacinamiento” (Meadows, 1972: 225), las propuestas latinoamericanas convocaban a los países subdesarrollados (y en el caso del MML a los sectores progresistas de los países centrales) a un proyecto de liberación, que filiaban a una racionalidad socialista¹⁷, en la que “el concepto de propiedad carece en gran parte de sentido”:

No se trata solamente de que no exista apropiación privada de la tierra y de los bienes de producción, sino que tampoco existe estatización de los mismos (...). El concepto corriente de propiedad debe ser reemplazado por el más universal de uso de los bienes de producción y de la tierra. No existiría propiedad de estos bienes, sino gestión de los mismos, decidida y organizada por (...) procesos de discusión (Herrera *et. al.*, 2004 [1977]: 45).

Se produce, así, un cuestionamiento de aspectos fundamentales del modo de producción capitalista, que redundan en la desestabilización de la forma de vida existente como única disponible. Se abre el juego a formas alternativas y mejores de vivir¹⁸; incluso a una *biopolítica* alternativa.

A este último respecto, resulta interesante señalar que los modelos de Fundación Bariloche y de Oscar Varsavsky incluían estrategias que apuntaban a la conservación y la maximización de la vida humana, pero de un modo muy diverso al modo en que esto aparecía en el Modelo Mundo III de Roma. Incluso, la Fundación Bariloche se ocupó de cuestionar e historizar las leyes malthusianas de crecimiento demográfico¹⁹ a partir de las cuales estos expertos habían organizado su diagnóstico y su propuesta.

Fundamentalmente, los promotores de nuevos “estilos” o “modelos” de desarrollo no estaban preocupados por el *quantum* de la población sino, por el contrario, por su *calidad de vida*, en un sentido contrario al del bienestar consumista de los países desarrollados. En el caso de la Fundación Bariloche,

ello suponía una importante preocupación por el aumento de la esperanza de vida, como indicador de una mejora en las condiciones. En términos más generales, los discursos analizados se muestran interesados en la conquista de un tiempo fuera del trabajo, de un tiempo de ocio, un aspecto nodal que retomaremos al final del capítulo (y con mayor detalle en el capítulo a cargo de Paula Aguilar).

Tal como señalamos más arriba, la *politización* que introducen los discursos está íntimamente vinculada al reconocimiento de las contradicciones y antagonismos que atravesaban esa coyuntura, así como a la inclinación —ligada por la posición de aquellos desfavorecidos en la coyuntura de las relaciones de fuerza— a *dar batalla*. Lejos del temor al conflicto y a la emergencia de posibilidades que desestabilicen los equilibrios del presente, los discursos latinoamericanos disputan la *verdad* en el campo mismo en la que ella se plantea —la ciencia, los foros internacionales, etc.—.

Las huellas de un desencuentro

Detrás del diálogo que proponemos —insistimos, como ejercicio crítico de re-problematización— se esconde la pregunta por el silencio y el olvido de aquellas discusiones que están lejos de funcionar como un campo de referencias explícitas de los debates más actuales. ¿Cómo explicar, pues, este desencuentro?

Aunque se trata de una pregunta que no podemos agotar aquí, entendemos que el propio decurso de aquellos debates (que seguimos a partir de la estela de documentos que dejaron tras de sí), nos dan algunas pistas preliminares. Pocos años después del auge del Modelo Mundial Latinoamericano o de las polémicas varsavskianas, hacia fines de la década de los 70, el análisis de la configuración histórica de la coexistencia de una multiplicidad de estilos de desarrollo (“reales”, “prevalcientes”, “ascendentes”, “en decadencia” o “en descomposición”) (Ver CEPAL, 1979) adquirió un tono marcadamente distinto. La afirmación de alternativas desde América Latina, se enfrentaba con un cambio en sus condiciones de posibilidad. Ahora era tiempo de consolidación de *un* estilo global en ascenso desde la Segunda Guerra Mundial. El *estilo transnacional* en el marco de lo que se describe como una “nueva fase del capitalismo”²⁰ y en particular su versión hegemónica, el “*estilo norteamericano*”:

(...) para América Latina, *el estilo ascendente a nivel global y que tiende a convertirse en el estilo dominante en cada uno de los países, es uno solo, el estilo transnacional*. Este estilo ascendente no es necesariamente dominante en un país en particular, ya que existen otros (precapitalistas, campesinos, etc.) que responden a una lógica distinta y que aún no han sido desplazados por él. En todo caso, y

salvo contadas excepciones *estos estilos se encuentran en decadencia y descomposición* en América Latina (CEPAL, 1979: 39, énfasis nuestro).

Según se explicaba en los documentos de CEPAL, los EE.UU se habían transformado en el “poder capitalista central y hegemónico” (CEPAL, 1979: 35) y sus empresas en empresas transnacionales que dominaban la economía mundial. Ellas habían servido como correa de transmisión de las pautas de producción y consumo de aquel país, así como de sus modos de organización, su tecnología, sus técnicas de comercialización, sus medios de comunicación de masas, “en definitiva, *su peculiar estilo*” (CEPAL, 1979, énfasis nuestro). A estas iniciativas en el plano económico, debían sumarse las del campo militar, cultural, de asistencia técnica y financiera que coadyuvaron al mismo resultado: la generalización de los valores y el *estilo norteamericano*.

El *estilo transnacional ascendente* y el *estilo norteamericano* resultan, pues, sinónimos, y configuraban un modo de vida (de producción y de consumo) que parecía dejar poco resquicio a otras alternativas. La consolidación de un único estilo posible y pensable, nos lleva, nuevamente, a la arena política, a un análisis de la correlación de fuerzas:

Las dificultades que enfrentaron las distintas iniciativas de varios gobiernos latinoamericanos por introducir modificaciones en los estilos llevaron a la conclusión que la *dinámica del estilo dominante era de tal fuerza que limitaba seriamente la capacidad de los gobiernos de elegir otro estilo*. Los cambios en el estilo se conciben entonces no tanto como resultado de decisiones internas de políticas sino más bien como consecuencia de cambios en las *estructuras internas de poder y en el orden internacional en el cual está inserta América Latina* (CEPAL, 1979: 42, énfasis nuestro).

La consolidación de un único “modo”, su afirmación global en términos de “un mundo común”, que se consolidaría (por ejemplo) en el informe sobre desarrollo sustentable, conocido como “informe Brundtland”, aún se presentaba, en 1979, como el resultado de una derrota histórica. Por el contrario, algunas décadas más tarde los debates que hemos reseñado quedarían reducidos al olvido²¹.

Justamente, para presentar estas discusiones olvidadas y dar pie al análisis que nos proponemos contamos con la voz de un protagonista ineludible de aquella y esta coyuntura: Alfredo Eric Calcagno. Las páginas que siguen estarán, entonces, a su cargo.

El ejercicio que se desplegará en los capítulos subsiguientes —una puesta en diálogo de los ecos de aquellas batallas con las del presente— responde a motivos teóricos y políticos. Entendemos que allí hay elementos que nos per-

miten hipotetizar la presencia de tales resonancias; pero, sobre todo, creemos que en términos de una razón práctica, este encuentro del buen vivir con la crítica (no-antimoderna) de los “estilos” consumistas y enajenados de desarrollo resulta productivo para los múltiples desafíos que hoy nos interpelan. En este sentido, querríamos hacer nuestra la advertencia de Walter Benjamin:

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “tal como verdaderamente fue”. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro. [A]trapar una imagen del pasado tal como ésta se le enfoca de repente al sujeto histórico en el instante del peligro. El peligro amenaza tanto a la permanencia de la tradición como a los receptores de la misma. Para ambos es uno y el mismo: el peligro de entregarse como instrumentos de la clase dominante. En cada época es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo, que está siempre a punto de someterla. Pues el Mesías no sólo viene como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo. Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en *aquel* historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer (Benjamin, 2004: 21-22).

Notas

- 1 Debemos consignar algunas excepciones a este olvido. Por una parte, un documento de Eric Calcagno publicado por CEPAL en 1990, en el que se retomaban y sistematizaban estos debates en pleno auge del pensamiento único neoliberal. A ello debe sumarse el libro compilado por Sara Rietti, que comenzó a delincarse en 1996, pero que no vería la luz sino hasta 2007. Finalmente, ha sido notable la reciente iniciativa de la Biblioteca Nacional que, bajo la dirección de Horacio González, ha reeditado libros nodales para aquellos debates: *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia* compilado por Jorge Sabato (1975), *Ciencia y política en América Latina* de Amílcar Herrera (1971) y *Estilos tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista* de Oscar Varsavsky (1974). A estos antecedentes deberían sumarse, muy probablemente otros; sin embargo, los citados han sido los que nos han allanado el camino hacia las discusiones que en este libro nos proponemos poner en diálogo con debates del presente.
- 2 Hemos publicado una primera versión de este texto como: Aguilar, Paula; Fiuza, Pilar; Glosman, Mara; Grondona, Ana y Pryluka, Pablo, 2015. “Hacia una genealogía del Buen Vivir. Contribuciones desde el Análisis Materialista del Discurso”, en *Theomai*, N°32, segundo semestre, pp. 96-127.
- 3 Nos hemos centrado en el análisis del *Plan Nacional del Buen Vivir de Ecuador* (2009-2013/2013-2017) y el *Plan Nacional de Desarrollo de Bolivia* (2006-2011). La caracterización de las coyunturas en el marco de las cuales se produjeron ambos planes requeriría una reflexión que no puede realizarse aquí. Es preciso destacar que los documentos presentan diferencias entre sí: si bien el plan ecuatoriano es más eficaz en organizar su discurso en la forma de una consi-

na, *Samak Kúwasy*, es en el plan de Bolivia donde se encuentran más subversiones de sentido respecto del “desarrollo”.

- 4 Por cierto, el problema de “desarrollo” tiene una genealogía compleja y heterogénea de la que no podremos dar cuenta aquí. Podemos referir al lector a los trabajos de Rist (2002), Arndt (1992) o Escobar (1998) que se han convertido en clásicos sobre el tema, aun cuando hemos criticado diversos aspectos de sus hipótesis en trabajos previos (Calcagno, Kejsfeman y Grondona, 2015). Entendemos, tal como también hemos indicado en otras contribuciones, que la significación principal que el BV viene a desestabilizar es aquella que coagula, en la década del ochenta del siglo XX bajo el concepto de “desarrollo sustentable” (Aguilar, Fiuza, Glzman, Grondona y Pryluka, 2015).
- 5 Nos referimos aquí al concepto acuñado por Michel Foucault (2002) y retomado luego por Michel Pécheux (1975). Conviene aclarar, además, que este libro se inspira en la perspectiva del Análisis Materialista del Discurso (nos hemos referido a ella en Aguilar, Glzman, Grondona, Haidar, 2014). Así, nuestra puesta en relación de los debates contemporáneos del buen vivir y aquellos sobre estilos de desarrollo se sostiene en los siguientes argumentos teórico-metodológicos: 1) entendemos que en ambos casos se trata de una “problematización” (Foucault, 2001b; Castel, 2001) o “problemática” (Althusser y Balibar, 2004) del desarrollo; es decir, de *ciertos modo de articular y re-articular un haz de interrogantes* alrededor del crecimiento económico, la demografía, los recursos, el ambiente, la nación, el mercado, el consumo, la ciencia y tecnología, la integración económica, etc.; 2) aun cuando no encontremos referencias explícitas a aquellos debates, el concepto de *Interdiscurso* y la noción operativa de “dominio de memoria” (Courtine, 1981) nos permite analizar relaciones entre las formulaciones de una y otra coyuntura a partir del análisis de ciertas *regularidades*; 3) finalmente, este libro es una apuesta por una Historia del Presente (Foucault, 1995; Dean, 1994) capaz de visibilizar, a través de un análisis arqueo-genealógico, los trazos de las batallas en las cuales ciertas formas de saber se transformaron en verdad, mientras otras fueron condenadas al olvido o al silencio. Preferimos mostrar esta perspectiva “en funcionamiento”, motivo por el cual ejerceremos cierta economía en las citas de autoridad.
- 6 El acuerdo sobre Trade Related Aspects of Intellectual Property Rights (TRIPS), firmado en 1994, es un acuerdo internacional administrado por la Organización Mundial de Comercio.
- 7 Sigla que refiere a Ciencia, Tecnología e Innovación.
- 8 Nos referimos a las iniciativas contrahegemónicas que siguieron los caminos abiertos por la Revolución Cubana, los procesos de descolonización africanos y las revueltas del Mayo Francés, las experiencias de lucha armada en varios países de América Latina, la opción chilena de la vía democrática al socialismo, el ascenso de gobiernos populistas de izquierdas y las numerosas expresiones sociales y políticas de crítica al *status quo* desplegadas en el denominado Tercer Mundo.
- 9 No se trató de una interpretación caprichosa, no sólo por lo que efectivamente se afirmaba en aquél informe sino por el hecho de que, por aquellos años, el Banco Mundial y Henry Kissinger también insistiera en campañas de control de la natalidad para los países “subdesarrollados”.
- 10 La Fundación Bariloche fue creada en el año 1963 en la ciudad de Bariloche por un grupo de científicos de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Luego de presenciar una reunión de presentación del modelo de Meadows en Río de Janeiro en 1970, la Fundación organizó un grupo en el que científicos argentinos de diversas disciplinas (Amílcar Herrera, Carlos Mallmann, Hugo Scolnik, Jorge Sábato, Enrique Oteiza), así como otros colegas latinoamericanos (Celso Furtado) se propusieron rebatir el argumento apocalíptico del Club de Roma.
- 11 Oscar Varsavsky fue un físico, químico y filósofo argentino. A partir de su exilio en 1966 participó del diseño de planes en el Centro de Estudios en Desarrollo (CENDES) de Venezuela y del plan INCA de Perú (durante el gobierno de Velasco Alvarado). Asimismo, colaboró con CEPAL, particularmente con la oficina en la Argentina dirigida por su amigo Eric Calcagno.

De regreso en la Argentina integró los Comandos Tecnológicos organizados alrededor del regreso de Juan Domingo Perón (Fernández Pardo y Frenkel, 2004: 150). Según una entrevista realizada a Eduardo Bustelo en junio de 2012, participó, junto a una comisión de CEPAL, en el diseño del *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional* (PTRLN) de 1973. Sobre la trayectoria de Varsavsky ver Rietti, 2002 y GEHD, 2014.

- 12 Más allá de las particularidades teóricas y técnicas –así, por ejemplo, el MML proyectaba su alternativa al desarrollo en una escala global, mientras que Varsavsky lo hacía a nivel nacional– ambos esquemas compartían múltiples aspectos: partían de un modelo teórico construido tomando en cuenta determinadas necesidades (materiales y espirituales) que era menester cubrir para toda la población; luego, en virtud de diversas hipótesis y experimentaciones numéricas (realizadas con las primeras computadoras), se establecía los valores que debían asumir distintas variables, para a partir de allí, determinar las medidas que debían tomarse para alcanzar los objetivos propuestos, y calcular el tiempo en que éstos podían alcanzarse.
- 13 Ambos documentos remiten a la figura de J.D. Perón. El “Mensaje a los pueblos...” representa una toma de posición en el marco del debate por la Cumbre de Estocolmo en 1972. El “Plan Trienal...”, por su parte, representó un intento de articular la doctrina peronista, vinculada a los populismos democráticos nacionales y a la doctrina social de la iglesia, con los saberes expertos desarrollados por el Consejo Económico para América Latina (Fiszben y Rougier 2006; Leyba 2010; Fernández Pardo y Frenkel 2004).
- 14 Tal es el caso de las polémicas entre Fundación Bariloche y Oscar Varsavsky en la *Revista Ciencia Nueva* en los números 18, 19 y 20 de 1972.
- 15 Por ejemplo “la integración latinoamericana es también un objetivo básico del Plan, no solo por consideraciones políticas reconocidas, sino también por la complementariedad que podemos establecer con los países hermanos de América Latina con ventajas mutuas, para mejorar el nivel de vida y quebrar las condiciones de dependencia que afectan a nuestros pueblos. Esa unidad, estrechamente vinculada con la política de inserción en el Tercer Mundo, se considera condición indispensable para negociar con los demás bloques mundiales” (PTRNL, 1973: 15).
- 16 Con diversos matices, estos enunciados circularon en el Informe Dag Hammerskjöld, aunque el centro de la oposición no aparecía en términos explícitamente clasistas, sino más bien como una crítica a la figura de “los poderosos” (Fundación Hammerskjöld, 1975).
- 17 Esta inscripción incluía, sin embargo, una crítica directa a los socialismos reales y, en el caso de Varsavsky, una especificación respecto del carácter “nacional” de la perspectiva.
- 18 Solo en tal régimen general de enunciación resultaría posible formular, en un plan de desarrollo lo siguiente: “no es lo mismo elaborar un plan para acercarse a las *actuales formas de vida* de los países industriales, que hacerlo para construir *nuestro propio modelo de nación*” (PTRLN, 1973: 15-16, énfasis nuestro).
- 19 En la crítica de FB, la teoría de Malthus “fue implícita o explícitamente utilizada por las *clases dominantes de su tiempo; respondía a sus intereses*, y dominó la política salarial y social durante casi todo el siglo XIX. La formulación de ‘soluciones alternativas’ nace de la lucha de las clases oprimidas por rechazar un orden social que las mantenía en niveles de vida infrahumanos. El reconocimiento de que la miseria era una consecuencia de la organización social vigente, y no el producto de una ‘natural inmodificable’, solo se convierte en un elemento dinámico de cambio porque surge en medio de una situación histórica determinada: la de los sectores sociales oprimidos. Son éstos quienes, a través de una larga lucha, consiguen modificar algunos de los caracteres básicos de la sociedad que se origina con la Revolución Industrial” (Mallmann, 1972: 5, énfasis nuestro).
- 20 “En forma muy breve, se podría caracterizar esta fase del capitalismo como una en que el sistema capitalista a nivel global comienza a funcionar como un sistema integrado, con creciente homogeneización de diversos procesos (producción, consumo, tecnología, etc.) y que opera en función de una lógica o racionalidad global” (CEPAL, 1979: 39).

- ²¹ Tal como señalamos más arriba, no hemos encontrado referencias en los documentos del BV. Cabe destacar, sin embargo, que Venezuela, y en particular Hugo Chávez, han sido más receptivos al impacto del pensamiento de Oscar Varsavsky.

CAPÍTULO II

Naturaleza de los estilos de desarrollo

Alfredo Eric Calcagno

¿Qué son los estilos de desarrollo?***La definición¹***

El estudio de las características cualitativas del desarrollo, en forma independiente o como complemento de la magnitud del crecimiento, fue una de las preocupaciones de un importante grupo de científicos sociales (que estructuraron una corriente “por otro desarrollo”) y de la CEPAL, allá por el decenio de 1960. Se ampliaba así la definición de desarrollo, que implicaba mucho más que crecimiento, ya que no sólo se refería al dinamismo de los principales agregados económicos sino a su estructura y proyección política y social. Se sostenía que el desarrollo “consiste en procesos de crecimiento y de cambio relacionados sistemáticamente entre sí” y “expresa una aspiración por una sociedad mejor”.² De este modo, se incorporaban elementos de poder político y económico, sociales, tecnológicos, sectoriales y regionales, que configuraban el tipo de sociedad a la que se quería llegar.

Dentro de este planteo global, Aníbal Pinto (1976) caracterizó al “estilo de desarrollo” como categoría de análisis, vinculándolo con los sistemas (capitalismo y socialismo) y con las estructuras (desarrolladas, semidesarrolladas y subdesarrolladas). El estilo de desarrollo es entonces la opción política, social y económica adoptada dentro de un sistema y estructura determinados.

Se define como “estilo social” al modo de vivir, trabajar y evolucionar de una sociedad, que incluye el estilo de consumo, laboral, tecnológico, científico, artístico y de acción política. Si la sociedad deseada difiere de la vigente sobre todo en las fuerzas productivas y su propiedad, es lógico que el vocablo “estilo” se parezca mucho a la expresión “modo de producción”. Si hay influencia de

antropólogos, historiadores o filósofos, coincide con alguna de las acepciones de “cultura” (Varsavsky, 1982c: 12). En el ámbito económico, se define al estilo de desarrollo como “la manera en que dentro de un determinado sistema se organizan y asignan los recursos humanos y materiales, con el objeto de resolver los interrogantes sobre qué, para quiénes y cómo producir los bienes y servicios” (Pinto, 1976: 104).

En síntesis, el estilo de desarrollo es el resultado de la forma como interactúan el Estado, el poder y el mercado en una determinada sociedad. En el fondo, se trata de orientar el desarrollo de acuerdo con ciertos valores, que durante muchos años fueron la justicia, la homogeneidad social, la autodeterminación nacional, el equilibrio ecológico y otros análogos.

Breve historia de los estudios sobre estilos de desarrollo³

En materia de estilos de desarrollo, los estudios latinoamericanos no sólo fueron sobresalientes, sino que precedieron a los de los países desarrollados. A principios del decenio de 1960, en los países del Norte desarrollado se planteaba el problema del sostenimiento del ritmo de crecimiento que habían alcanzado, para lo cual se aplicaban políticas keynesianas. En ese entonces, en los países subdesarrollados se cuestionaba la ortodoxia neoliberal, que se pretendía imponer con las políticas del Fondo Monetario Internacional.

Se caracterizaba a la estructura y funcionamiento del “capitalismo periférico” con un criterio global: “los fenómenos del desarrollo no pueden explicarse solamente con una teoría económica: hay que llegar a una teoría global que integre todos los elementos del sistema mundial del capitalismo. El capitalismo periférico es parte de este sistema mundial, pero tiene su propia especificidad” (Prebisch, 1981: 30 y 31). Aparecían entonces los “estilos de desarrollo” como una línea fecunda y autónoma de análisis de los problemas y crisis de los países subdesarrollados.

Los primeros trabajos sobre estilos de desarrollo en América Latina fueron orientados y muchos de ellos realizados por Oscar Varsavsky y se ejecutaron en el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela, y en la CEPAL en el decenio de 1960 y hasta mediados de los años 1970.

Los trabajos del CENDES eran sobre todo metodológicos. Al principio se basaron en la tesis doctoral de Edward P. Holland, que contenía un esbozo de experimentación numérica aplicado a la economía de la India. Holland se instaló en Caracas en 1961 para trabajar en el CENDES, con el auspicio de Jorge Ahumada, fundador del CENDES, y Héctor Hurtado, Director de Cordiplan; después de tres años de trabajo presentó el modelo V-2, que reproducía la historia económica venezolana entre 1950 y 1962.

Oscar Varsavsky, que analizó esos trabajos, constituyó en 1962 un grupo de “modelistas” en el Instituto de Cálculo de la Universidad Nacional de Buenos Aires. En 1963 ya funcionaba el primer modelo económico (MEIC-0). A fines de 1964, Oscar Varsavsky y Carlos Domingo decidieron realizar una aplicación sociológica del método y formalizaron la *Utopía* de Tomás Moro, que se programó y experimentó simultáneamente en Caracas y Buenos Aires con la colaboración de Jorge F. Sábato.

Al mismo tiempo, se aplicaron técnicas de experimentación numérica para formalizar modelos económicos –con incorporación de variables sociales– para Chile (1965) y Bolivia (1968) (el apartado que sigue se refiere a la experimentación numérica). La metodología matemática utilizada reproduce en un conjunto de ecuaciones el funcionamiento económico y de ciertas variables sociales en el pasado; y sobre esa base se proyectan políticas alternativas, cuya viabilidad y consecuencias muestran el modelo de experimentación numérica. De tal modo, pueden someterse a “experimentación y prueba” las hipótesis cualitativas.

A mediados de 1966 se organizó un nuevo grupo de modelos matemáticos en el CENDES de Caracas, dirigido por Oscar Varsavsky, que construyó una serie de modelos que fueron utilizados por Cordiplan de Venezuela (Proding, Dem y Educ).

La CEPAL presentó a su XIV Período de Sesiones (Santiago de Chile, 1971) el trabajo preparado por el Centro Latinoamericano de Proyecciones Económicas sobre *Un modelo para comparar estilos o políticas económicas alternativas*. La Oficina de la CEPAL en Buenos Aires comenzó en 1975, también con la dirección de Varsavsky, la elaboración de un modelo de la economía argentina, con fuertes implicancias sociales y económicas, que debió interrumpirse debido al golpe de Estado de mediados de 1976.

En 1966, José Agustín Silva Michelena realizó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts una aplicación del modelo de *Utopía* a una sociedad real (la venezolana). El trabajo sobre *Utopía* estimuló a Oscar Cornblit, Torcuato Di Tella y Ezequiel Gallo a la elaboración y aplicación de un modelo de cambio social y político en América Latina.

En 1972, Alfredo Eric Calcagno, Pedro Sáinz y Juan De Barbieri publicaron *Estilos políticos latinoamericanos*, sobre la base de las clases dictadas por los autores en FLACSO entre 1966 y 1969, trabajo en el que se formulaba un modelo de experimentación numérica y se lo aplicaba a casos concretos de la experiencia política latinoamericana.

En la Oficina Sanitaria Panamericana, en Santiago de Chile, Mario Testa elaboró un modelo de salud. Asimismo, el proyecto conjunto CEPAL-ILPES desarrolló un modelo demográfico para estudiar problemas de integración, bajo la dirección de Angel Fucaraccio.

Los principales trabajos se reunieron en Oscar Varsavsky y Alfredo Eric Calcagno (compiladores), *América Latina: Modelos matemáticos. Ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica y las ciencias sociales*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria S.A., 1971.

Mediante la elaboración y aplicación del método de experimentación numérica, se dispuso de la herramienta apta para evaluar la viabilidad y consecuencia de estilos de desarrollo alternativos. Es válida la observación del grupo del CENDES: “la posibilidad de hacer comparaciones teóricas entre estilos hipotéticos alternativos de desarrollo era escasa y dudosa antes de la aparición de los modelos matemáticos detallados y la experimentación numérica”; ahora, “los aspectos cualitativos del desarrollo pasan a primer plano y lo curioso es que comience a hacerse con métodos numéricos” (CENDES, 1971: 118).

En síntesis: los estudios sobre estilos de desarrollo en general fueron orientados por Oscar Varsavsky, y su originalidad radica no sólo en haber sido pionero –sus primeros trabajos se remontan a 1962– sino en haber dotado a la concepción teórica de un instrumento para verificar las hipótesis. Los ejes están expuestos en los libros *Proyectos nacionales* de Oscar Varsavsky y *El desarrollo esquivo* de Marshall Wolfe, y los artículos de Aníbal Pinto, Marshall Wolfe, Jorge Graciarena y Alfredo Eric Calcagno.⁴ Después, en los años setenta, esta orientación teórica confluyó con los estudios sobre el Enfoque Unificado del Desarrollo de la Secretaría de las Naciones Unidas y con los trabajos sobre la Estrategia Internacional del Desarrollo. Entonces comenzaron a elaborarse en los países desarrollados los estudios sobre “otro desarrollo”; sin embargo, estas investigaciones se concentraron en lo conceptual y carecieron del instrumental matemático para proyectar hacia el futuro y verificar –al menos con estudios de simulación– la factibilidad y consecuencias de las hipótesis.

La experimentación numérica

Comencemos por recordar en qué consisten los modelos de experimentación numérica. Son modelos realistas de sistemas económicos y sociales grandes, aplicables a temas como el desarrollo económico, los conflictos sociales, las estrategias políticas, la evolución de civilizaciones o los desequilibrios económicos. Tratan de reflejar una realidad compleja y de considerar una multiplicidad de interacciones. Su resolución está fuera de las posibilidades de un modelo mental, que sólo puede trabajar con un número muy reducido de variables.

El modelo utilizado por Varsavsky se emplea como criterio para elegir, de modo cualitativo, entre unas pocas alternativas de acción, cuyos efectos el modelo ayuda a comparar:

Se basa en un esquema contable, que se calcula año a año con ayuda de coeficientes, propensiones, elasticidades y tasas que son las usuales y sobre las que existe abundante información obtenida directamente o por comparaciones internacionales, y que permiten formular sin mucho riesgo algunas conjeturas razonables (...) El modelo permite calcular los efectos de políticas complejas, formadas por varias medidas simultáneas cuyas consecuencias no son siempre convergentes, de modo que sus efectos finales no pueden preverse intuitivamente; por ejemplo, no sería sencillo usar un esquema mental o intuitivo para prever la viabilidad y las consecuencias de una política que quiera combinar una tecnología que haga uso intensivo de la mano de obra, con un mejoramiento de la distribución del ingreso, que a su vez cambie la estructura sectorial de la demanda e invierta la tendencia de las necesidades de importaciones. Es necesario recalcar que el grado de confianza que merezcan los resultados cuantitativos dependerá de la exactitud de los datos e hipótesis que se posean sobre los “coeficientes técnicos” (por ejemplo, la productividad del trabajo y del capital, el promedio de vida útil, los coeficientes e insumos, la sustitución de importaciones, cada uno de ellos desagregado por sector y tecnología) (Calcagno, 1990: 7).

Como se expresa en el documento citado de la CEPAL, “en esencia, sólo se trata de reproducir los cálculos y razonamientos usuales, pero —y esta es la razón de ser del modelo— de modo integrado, en un esquema coherente y de fácil manejo”.

Los modelos de experimentación numérica permiten efectuar estudios comparativos de políticas, comprobar la sensibilidad de los parámetros, realizar análisis de razonabilidad (búsqueda de los valores razonables de los parámetros que harían viable una política deseable) y tender hacia un constante mejoramiento de los resultados. Además, pueden considerarse de modo coherente el corto y el largo plazo. Se analizan de modo simultáneo las características básicas, los métodos, los resultados y los costos.

Algunas características de los estilos de desarrollo⁵

Enfoque pluralista

Se reconoce como real y conveniente la existencia de una pluralidad de estilos y se revalorizan así los aspectos cualitativos del desarrollo. Dentro del discurso neoliberal, parece que el crecimiento es la consecuencia natural de la aplicación de determinadas políticas macroeconómicas y reformas estructurales (privatizaciones, desregulaciones, etc.), que espontáneamente lo generan, dinamizadas por la economía internacional. Este esquema sería

inevitable –porque no hay otra alternativa– y, además, por más que fuera socialmente injusta, la prosperidad que generaría terminaría difundiéndose a otros estratos de la población.

Por el contrario, los “estilos de desarrollo” enseñan ante todo que existe una pluralidad de soluciones políticas y económicas posibles, donde los beneficiarios y perjudicados no son los mismos y que tienen muy distintas implicaciones sociales y culturales; además, esos estilos no se desarrollan de modo espontáneo porque se liberan las fuerzas del mercado, sino que se logran y consolidan a través de políticas públicas y procesos políticos. Frente a la rigidez del modelo neoliberal, que se presenta como el único viable, aparece toda la gama de los diferentes estilos, que incluye además la posibilidad de cambio de sistema y estructura.

Rigor técnico en el análisis

La aplicación latinoamericana de los estilos de desarrollo se caracteriza por el rigor técnico que le da el método de experimentación numérica que conlleva. Cuando muchas tesis políticas y económicas están sustentadas en sofismas y peticiones de principios, los “estilos de desarrollo” son un ejemplo de rigor técnico (Calcagno y Calcagno, 1995: 3).

Revalorización del enfoque estructural y del mediano y largo plazo

Hay que destacar también que en los “estilos de desarrollo” se adopta una visión estructural que se inserta en la realidad social global, la que a su vez obedece a una realidad histórica. Como lo afirma Aníbal Pinto, “en esta definición aparentemente tan ‘neutra’ y elemental, se esconde una separación y hasta un repudio por lo que en contrapartida se podría llamar la visión ‘atomista’ aún tan en boga” (Pinto, 1975: 6 y ss.). El esquema neoliberal, además de fragmentar la realidad, se concentra en lo inmediato, ya que todo lo concerniente al mediano y largo plazo lo resolverá el “mercado” del mejor modo posible.

Consecuencias sociales y políticas de la aplicación de diferentes estilos

En el modelo liberal, existe incongruencia entre los aspectos económicos y políticos. Como se ha demostrado reiteradamente, hay una contradicción básica entre el liberalismo político y el económico (la legitimidad política se contradice con la exclusión o el malestar económicos de la mayoría de la población); y el liberalismo excluye lo social como ingrediente del desarrollo, que en teoría mejoraría cuando funcionen las leyes del mercado. Por el contrario, en la base del enfoque de los “estilos de desarrollo” se plantean los objetivos políticos y sociales de legitimidad, participación y solidaridad, que condicionan al esquema económico.

La economía, arte ministerial de la política

Las tesis neoliberales tradicionalmente lideradas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) se refieren a la política económica como si se tratara de una mezcla de ciencia exacta y medicina-castigo. Sostienen que se trata de un problema técnico, de cuya consideración surge una receta única, cuya aplicación lleva a políticas sanas que promoverán el crecimiento; pero en seguida, surge el castigo —el ajuste—, que sufrirá la mayoría de la población.

El carácter de inevitable de las soluciones impide el debate político y reduce la economía a la mejor administración de lo fatal y forzoso. Se enmascara así la designación de beneficiarios y perjudicados, y se oculta la declinación de la soberanía nacional, que son decisiones políticas. En cambio, en el esquema de los “estilos de desarrollo” se parte de la afirmación clásica que reconoce que la economía es un arte ministerial de la política y se trasladada a ese ámbito la decisión sobre los temas fundamentales.

Sistemas, estructuras y estilos de desarrollo

Los economistas neoclásicos ortodoxos niegan la posibilidad de soluciones económicas y sociales alternativas a las que propugnan. Frente a esa obstinación de carácter ideológico, algunos economistas heterodoxos utilizan las interrelaciones entre sistemas, estructuras y estilos de desarrollo como instrumentos de observación de la realidad. De ese modo se comprueba que existe un amplio abanico de posibilidades y que se trata de procesos dinámicos, con cambios de estilos, sistemas y estructuras. La historia no se empantana.

El cuadro 1 muestra una variedad de estilos dentro de estructuras desarrolladas y subdesarrolladas, en el capitalismo y en el socialismo. Decía Aníbal Pinto que “dados esos contextos de sistema y estructura y a causa de una variedad de elementos significativos, dentro de cada una de esas agrupaciones generales se perfilan estilos muy diversos y específicos, que se manifiestan en todos los niveles de la vida social” (Pinto, 1976: 102) . Se procura señalar los rasgos fundamentales de modelos globales coherentes y, en consecuencia, una lógica básica dentro de un sistema y una estructura; las alternativas que se citan no implican el planteo de dudosas antinomias, sino que procuran señalar los ingredientes que predominan en la solución de determinados problemas.

Cuadro 1**Alternativas de estilos de desarrollo dentro de estructuras y sistemas**

Estructuras Sistemas		Desarrollo	Subdesarrollo
Capitalismo	Estilo político	Conservadores Social-democracia	Oligarquía dependiente Nacionalismo popular
	Estilo económico	Liberalismo Economía mixta	Liberalismo Economía mixta
	Estilo social	Desocupación Ocupación	Marginados Integrados
	Estilo cultural	<i>American way of life</i> Originalidad	Imitación Creatividad
Socialismo	Estilo político	Autoritarismo Participación	Autoritarismo Participación
	Estilo económico	Planificación centralizada Mecanismos de mercado	Agricultura, minería y petróleo Industrialización
	Estilo social	Satisfacción de consu- mos privilegiados Consumos primarios masivos	Satisfacción de necesidades básicas Insatisfacción de consumos de mayor calidad
	Estilo cultural	Apertura Cierre	Imitación Creatividad

El análisis de las interrelaciones entre sistemas, estructuras y estilos puede contribuir a aclarar y sistematizar algunas evoluciones históricas, así como situaciones y conflictos del momento; por ejemplo, en qué medida el estilo neoliberal impide o ayuda a salir de una estructura (subdesarrollo); o cómo el estilo autoritario atenta contra un sistema (socialismo) o lo mantiene. Además, permite advertir gradaciones y tendencias a deslizamientos desde una zona hacia otra, en procesos dinámicos; pueden plantearse así los diferentes grados de dificultad que existen para transitar desde algunas áreas hacia otras.

Como hipótesis para un análisis, pueden considerarse tres sistemas (capitalismo neoliberal, economía mixta y socialismo) y tres estructuras (desarrollo, semidesarrollo y subdesarrollo). Resultan así nueve casilleros, con límites borrosos y con gradaciones, aun dentro de un mismo casillero. Dentro de estas zonas y moviéndose entre ellas, a veces siguiendo trayectorias laberínticas, se ubican los estilos de desarrollo.

En el caso del cuadro 2, los estilos de desarrollo se localizan dentro de los casilleros 1 a 9 y, según sean las circunstancias, pueden quedar anclados en un casillero o desplazarse de uno a otro. Por ejemplo, un país puede moverse desde el casillero 5 (economía mixta-semidesarrollo) al casillero 3 (neoliberalismo-subdesarrollo), desde la posición A a la A', si adoptando un estilo neoliberal imitativo genera más heterogeneidad, pierde capacidad de manejo tecnológico, soberanía y otros atributos esenciales. Puede también producirse la situación inversa, si se pasa de A' a A, es decir de un capitalismo neoliberal subdesarrollado a una economía mixta semidesarrollada.

Otro caso puede ser el salto del casillero 3 (capitalismo neoliberal-subdesarrollo) al casillero 2 (capitalismo neoliberal-semidesarrollo), desde el punto B al B', lo cual marcaría un proceso exitoso de crecimiento neoliberal; una tercera situación podía ser el pasaje del casillero 7 (socialismo-semidesarrollo) al casillero 5 (economía mixta-semidesarrollo), desde el punto C al C', que indicaría un cambio de sistema con una estructura análoga. Se advierte así una pluralidad de soluciones políticas y económicas posibles, que tienen muy distintas implicancias sociales y culturales.

Cuadro 2
Sistemas, estructuras y estilos de desarrollo

Estructuras Sistemas	Desarrollo	Semi- desarrollo	Subdesarrollo
Capitalismo neoliberal	1	2	3 B' <----- B A'
Economía mixta	4	5	6 C' / A'
Socialismo	7	8	9 C' /

El enfoque de los “estilos de desarrollo” enuncia categorías de análisis que son válidas. La distinción entre sistemas, estructuras y estilos (elaborada por Aníbal Pinto) permite diferenciar y ubicar correctamente los problemas básicos del desarrollo. En un momento en que se confundían las categorías de análisis, diseñó un esquema claro y dinámico. Dentro de cada sistema y estructura, los estilos no sólo constituían el “modo de vivir y trabajar de una sociedad” sino también el de “evolucionar”, es decir, pasar de una a otra modalidad dentro del sistema o de la estructura, o más aún, cambiar uno u otra, o ambos.

Cambios en los estilos de desarrollo

De lo expuesto surge la definición y caracterización de las estructuras, los sistemas y los estilos de desarrollo. Ahora consideraremos las posibilidades de que regímenes políticos, encarnados en estilos de desarrollo, se desplacen a través de estructuras y sistemas. Después de la anatomía se examinará la fisiología; para ello debe partirse de la realidad.

Un juicio realista acerca de un Estado requiere una evaluación de cómo vive su pueblo. En qué medida se respetan sus derechos humanos políticos y los no políticos: cuán homogénea es esa sociedad, si existe un acceso generalizado a la alimentación, a la salud, a la educación y a la seguridad social, y si puede ejercerse la participación política y social. Es evidente que existen países desarrollados, semidesarrollados y subdesarrollados. Como planteo general queda claro que hay diferencias sustanciales entre el bienestar de los ricos y el malestar de los pobres. Corresponde a la política, como sublimación de la violencia, encarar el problema, que en el fondo es de soberanía popular y nacional; de ella dependen los cambios de estilos.

En una primera aproximación, basta con señalar que en 2014 el ingreso nacional bruto por habitante de los países de ingresos altos (1.185 millones de personas) era de 41.584 dólares anuales; a su vez, los países de ingresos medios (2.516 millones de personas) tenían un ingreso de 13.961 dólares anuales; los de ingresos bajos (2.288 millones de personas) tenían ingresos por 6.353 dólares; y los de ingresos muy bajos (1.185 millones de personas) de 3.085 dólares anuales. Las diferencias promedio entre los habitantes de los países más ricos y los más pobres, era de 13 veces.⁶

En los países desarrollados, los “saltos” de los estilos de desarrollo entre los casilleros son de corto alcance. El sistema político está estructurado entre conservadores y social demócratas, con sociedades relativamente homogéneas. Puede acentuarse el sesgo de economía mixta, con el fortalecimiento del sector público; o, por el contrario, darle más ámbito al mercado con las privatizaciones; pero las oscilaciones son entre capitalismo neoliberal y economía mixta, es decir entre los casilleros 1 y 4. Los deslizamientos hacia el subdesarrollo se pueden presentar en segmentos minoritarios de la población (los “pobres relativos”: marginados, jubilados, desocupados o inmigrantes); no obstante, el sistema productivo nacional está en la categoría de desarrollado, con todo lo que implica en materia de infraestructura, servicios básicos, educación, salud, cultura y otras facilidades análogas.

En los países latinoamericanos, los estilos de desarrollo tienen una mayor posibilidad virtual de acción. Si se practica un capitalismo productivo con ingredientes sociales, se avanza hacia el semidesarrollo y la economía mixta: podía así mejorar su situación dentro del casillero 3 o, según los casos, pasar al

2 o al 5. Por el contrario, si la situación se degrada, el país se hunde aún más en el subdesarrollo neoliberal, es decir en el casillero 3.

En lo social, si las políticas económicas y sociales llevan a una sociedad dual, el país cae en una estructura subdesarrollada, así como se da un paso enorme hacia el semidesarrollo con la integración social.

Como se observa, se trata de procesos dinámicos, que funcionan de modo muy diferente según se trate de los enfoques neoliberales o de los estilos de desarrollo. El esquema neoliberal fragmenta la sociedad y se concentra en lo inmediato, ya que todo lo concerniente al mediano y largo plazo lo continúa resolviendo el mercado “del mejor modo posible”. Además, los procesos de globalización acentuados por la hegemonía del sector financiero, han acercado —sobre todo en los países desarrollados— las posiciones de los gobiernos y partidos conservadores y social-demócratas. En cambio, en el enfoque de los estilos de desarrollo se adopta una visión estructural de mediano y largo plazo, que se inserta en la realidad social, la que a su vez obedece a una evolución histórica; y en el corto plazo se consideran las relaciones de fuerzas existentes. El hecho de que esté sometida a los ritmos históricos y no a los de la vida humana, no quita que sean procesos sumamente dinámicos. En el caso de Sudamérica, en los primeros quince años del siglo XXI, la mayoría de los países afirmó la democracia, la situación social y la soberanía nacional. No obstante, a partir de 2016 en varios países están irrumpiendo gobiernos neoliberales que debilitan esos logros.

Algunas conclusiones

Esta reseña de la naturaleza, los antecedentes y la metodología de los estilos de desarrollo así como de sus interrelaciones con los sistemas y estructuras, lleva a revalorizar este enfoque.

Sus categorías de análisis, la orientación pluralista y cualitativa, el rigor técnico, la relevancia del examen estructural y de mediano y largo plazo, lo configuran como un excelente instrumento de análisis de la realidad; y su sentido dinámico refleja la cambiante realidad histórica y contemporánea. La antítesis de este planteo es la ideología neoliberal en auge, que pretende ser la única modalidad de desarrollo válida. En cambio, en el enfoque pluralista de los “estilos”, se lo consideraba como uno más entre muchos. De allí que se le asigne al neoliberalismo un doble papel, según el punto de vista que se adopte: para unos es un modelo único e inevitable, y por lo tanto el principal contradictor de los “estilos”; y para otros es uno más de los estilos a considerar.

En el análisis de los estilos de desarrollo debe responderse a la pregunta de en qué medida y bajo qué circunstancias se produce la circulación entre sis-

temas y estructuras. En palabras más poéticas, qué debe ocurrir para que una oruga se vuelva mariposa, cuándo permanece como oruga o en qué situaciones muere en el intento.

Cada estilo de desarrollo puede representar un proyecto nacional; o simplemente ser el producto de la inercia de situaciones internas o el reflejo de circunstancias externas. Todo eso no se produce por generación espontánea. El anclaje en una estructura o sistema, o su evolución o involución, depende del cumplimiento de requisitos y de la acción de las fuerzas políticas y sociales. Entre los requisitos, sobresalen la base humana y cultural, la escala de valores aceptada, la dotación de recursos, la educación y la tecnología. Las fuerzas actuantes son aquellas que ejercen poder y la organización institucional que las rige.

En ese sentido, el enfoque de los estilos de desarrollo provee de buenas categorías para los análisis económicos, políticos y sociales. En este caso, se introducen las categorías de análisis: sistemas (capitalismo, economía mixta y socialismo) y estructuras (desarrollo, semidesarrollo y subdesarrollo). Asimismo, se caracterizan los estilos de desarrollo como configuración y proyección social del desarrollo; en especial, se analizan los requisitos necesarios para que los estilos circulen entre sistemas y estructuras. Creo que de esta manera se provee de un buen método de análisis político, económico y social.

Al principio de esta nota decía que el estilo de desarrollo es el resultado de la forma como interactúan el Estado, el poder y el mercado en una determinada sociedad. Pues bien: una cabal aplicación del método de los estilos de desarrollo consiste en la correcta ubicación del mercado y de la política. Cada uno tiene su ámbito: el mercado sirve para obtener ganancias y para gerenciar mejor ciertas actividades, y la política para adoptar las decisiones que orientan y gobiernan a la sociedad. Durante las épocas en las que prevaleció el neoliberalismo (como en el último cuarto del siglo XX) muchos creían que al mundo lo dominaban el mercado y la tecnología; y que la política y el Estado estaban en vías de desaparición.

Lo ocurrido después constituye una resurrección y reivindicación de la política, con su creatividad y sus conflictos, con sus pugnas de intereses de clases, grupos y países; con la lucha por el poder nacional, regional y mundial, con la pelea por la inclusión social y la mayor soberanía. Se vuelve así a los significados originales: el mercado es el lugar en donde se compra y se vende; y la política provee el modo de realizar un proyecto de Nación, de región o de ciudad. Esperemos que el fantasma del neoliberalismo, que ahora ha reaparecido entre nosotros, no tarde en disiparse, como cuadra a un fantasma.

Notas

- ¹ Véase Calcagno, 1990.
- ² Véase Wolfe, 1976: 23 y ss.
- ³ Véase Calcagno, 1990: 56 y ss.
- ⁴ Véase Varsavsky, 1971a, Wolfe, 1974 y 1976b; Pinto, 1976; Graciarena, 1974 y Calcagno, 1990.
- ⁵ Véase Calcagno, 1990: 66 y ss.
- ⁶ Véase PNUD, 2015. Se trata del ingreso nacional bruto por habitante, medido en dólares por el método de paridad de poder adquisitivo para 2014. La fuente es: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), cálculos de la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano (HDRO), basados en datos del Banco Mundial (2014), el FMI (2014) y la División de Estadística de las Naciones Unidas (2014). En este estudio, además del ingreso por habitante, se consideran la esperanza de vida al nacer y la media de años de escolaridad.

CAPÍTULO III

Ciencia, cientificismo y (estilos de) desarrollo

Ana Grondona

No cualquier estilo científico será compatible con un estilo de sociedad determinada (Varsavsky, 1982b [1976]: 17).

El presente capítulo se propone analizar el papel de la ciencia y la tecnología en las problematizaciones actuales del desarrollo y, a partir de ello, establecer algunas consonancias y disonancias respecto de las discusiones sobre “estilos de desarrollo” que se presentaron en el capítulo precedente.

En los planes de desarrollo de Bolivia y Ecuador la cuestión científica y tecnológica tiene un lugar importante. Ella se articula, además, con problemas centrales como el de la soberanía o la protección del medio ambiente. Así, por ejemplo, entre los trece pilares que el presidente Evo Morales planteó en 2003 como condición para construir una Bolivia digna y soberana se incluyó el imperativo de la soberanía científica y tecnológica con identidad propia. Por otra parte, tanto en este caso como en el de Ecuador, se elaboraron planes que atienden específicamente a esta temática. En particular, para la elaboración de este capítulo nos hemos concentrado en el *Plan Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de Bolivia* (PNCITB) de 2013 y el *Plan Nacional de Ciencia, Tecnología, Innovación y Saberes Ancestrales de Ecuador* de 2010 (PNCITISA).

Las páginas que siguen están organizadas en cinco apartados. En el primero exponemos los lineamientos fundamentales de las iniciativas en ciencia y técnica vinculadas al buen vivir. Luego, abordamos las discusiones de la década del setenta, a las que dedicaremos mayor atención. Así, en el segundo apartado presentaremos la crítica formulada al cientificismo en aquel contexto y, en el tercero, el modo en que ella derivó en un cuestionamiento global al estilo de desarrollo por entonces vigente. En el cuarto apartado analizamos el papel de la ciencia en la delimitación de alternativas económicas, sociales y políticas del orden que se buscaba derruir en nombre de nuevos estilos de desarrollo. Finalmente, en el quinto, proponemos algunas de las líneas fundamentales para la puesta en diálogo-tensión de las discusiones de ambas coyunturas.

Entre la crítica y el refuerzo de “la” ciencia

[El] enfoque desarrollista no visibilizaba la existencia de *otros espacios de generación de conocimientos que no fueran los centros científicos* ni establecía la posibilidad de utilizar la ciencia y la tecnología para la solución de problemas nacionales, regionales y locales, *con participación de los habitantes de las diferentes regiones del país* (PNDB, 2006: 180, énfasis nuestro).

Tal como puede leerse en el epígrafe anterior, en el ejercicio crítico que los discursos del buen vivir realizan sobre el desarrollismo se incluye la cuestión científica. Esta crítica opera fundamentalmente por dos vías: por una parte subrayando la existencia y el valor de *otras* formas del conocimiento y, en segundo lugar, marcando la desconexión entre la producción científica y la sociedad en la que se inscribe. Según el mismo documento, la preeminencia de la ciencia en términos retóricos, convivió con la herencia “colonial del modelo primario exportador, que no produjo la agregación de valor a los productos y, por otro lado, la falta de una visión para impulsar el desarrollo de las herramientas de la CTI” (PNDB, 2006: 180). Así, nos encontraríamos frente a una paradoja: el desarrollismo no reconoció otro saber por fuera de la ciencia, al tiempo que ésta, en rigor, jugó un papel secundario en el desarrollo económico efectivo de nuestros países, habida cuenta de la preeminencia de las actividades primarias y/o de la industria liviana. A partir de estos elementos, en el discurso analizado se desprende como evidencia la relación de mutua implicancia entre el fortalecimiento de la ciencia y la tecnología¹ y del desarrollo económico social. Incluso, “el nivel de desarrollo de CTI, en la mayor parte de los casos, *define* el nivel de desarrollo económico y social y, cuando este último se eleva, generalmente promueve el desarrollo científico” (PNDB, 2006: 181, énfasis nuestro). Según constataremos en otros apartados de este capítulo, esta relación de mutua implicancia no resultaba evidente en el marco de las discusiones de la década del sesenta y del setenta sobre dependencia científica y tecnológica.

Tanto en Ecuador como en Bolivia observamos que el modo de “desestabilizar” aquello que desde la hegemonía liberal se ha entendido por ciencia y tecnología implica una doble operación: por una parte se enfatiza en la necesidad de *popularizar* el acceso a estas formas de conocimiento, al tiempo que también se subraya el imperativo de articularlos con saberes ancestrales/locales/populares que deben ser puestos en valor. En lo que hace al primer punto, en el *Plan Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de Bolivia* (PNC-TIB) del año 2013 se tematiza la “desconexión” entre los sectores generadores de conocimiento y la sociedad. Frente a ello, las acciones de divulgación cien-

tífica operarían como uno de los modos de *democratización del conocimiento*. Al respecto, debe subrayarse que la elaboración del PNCTIB involucró múltiples instancias de participación que incluyeron alrededor de 900 personas debatiendo en talleres y reuniones específicas.

Sin embargo, el énfasis más notorio de la crítica que se propone remite a la subestimación histórica de los saberes populares/ancestrales. Así, el *Plan Nacional de Desarrollo Bolivia de 2007-2010* cuestiona que “los saberes locales y conocimientos populares no han sido revalorizados y validados como mecanismo para reforzar la existencia de una cultura científica nacional, o como para iniciar procesos sostenidos, en la resolución de problemas locales y nacionales con participación amplia de la población con capacidad de aporte” (PNDB, 2006: 182). Por su parte, el plan de ciencia y tecnología de aquel país se propone el objetivo explícito de incorporar los saberes ancestrales y el “conocimiento indígena al campo de conocimientos científicos” (PNDB, 2006: 183). Una operación análoga se observa en Ecuador, cuyo documento de planificación tiene un título por de más sugerente: “Plan Nacional de Ciencia, Tecnología y *Saberes Ancestrales*”.

Una coincidencia que encontramos en ambos casos es el imperativo de sistematizar estos saberes en vistas a sus aportes a la producción sustentable y al desarrollo. La pregunta es, pues, cómo asociar estos conocimientos con tecnologías, procedimientos y normativas que permitan capitalizarlos en una nueva matriz productiva y de crecimiento. A partir de ello, se tematiza, por ejemplo, la legislación nacional e internacional sobre patentamiento² de otras formas de vida y de conocimientos indígenas. Por otro lado, también se propone el uso de tecnologías actuales para intervenir en estos procesos de refuncionalización de saberes. Así, por ejemplo, el PNCTIB propone el desarrollo de *hardware* y *software* para estudios arqueológicos y sistematización de saberes ancestrales, así como la implementación de sistemas de “buenas prácticas” como modos de poner en valor aquellos conocimientos.

Ahora bien, también observamos matices en el modo en que se plantea esta revaloración en Bolivia y Ecuador. Si bien en ambos casos hay un interés en articular la ciencia con saberes antes despreciados, en el plan ecuatoriano de 2010 pareciera evaluarse a estos últimos según los criterios de la primera, en tanto se propone identificar conocimientos en los saberes ancestrales y *probarlos* a través de “métodos científicos” (PNCTISA, 2010: 7). En este sentido, surge la pregunta respecto de las jerarquías aún vigentes entre distintas formas del saber.

Más allá de este último interrogante, a la luz de la lectura de los documentos de la segunda coyuntura que nos interesa analizar en este libro (la de los debates sobre estilos de desarrollo, en los que nos adentraremos a partir del próximo apartado), resulta notorio el que en la articulación propuesta “la”

ciencia permanece mayormente incuestionada, es decir, como un valor y un bien en sí misma. Es a partir de esta estabilización del desarrollo científico como una evidencia que pueden entenderse ciertas paradojas o tensiones tales como la puesta en órbita de un satélite que lleva por nombre *Tupac Katari*, pero que fue enteramente elaborado fuera de Bolivia, o la insistencia con la que los planes de ciencia de ambos países (pero particularmente en Ecuador) refieren al número de publicaciones indexadas como indicadores de cumplimiento de la política científica.

La ciencia en disputa

Existe una tendencia a creer que las cosas son como son y no podrían ser de otra manera por una especie de “diseño natural” (...). Esa educación es, precisamente, la que se empeña en mostrar al desarrollo científico como “natural” –y, por supuesto, esencialmente “bueno”– independiente de los avatares políticos y de las contingencias sociales (Sadosky, 1973: 225).

La cita precedente permite comprender, a contraluz, aquello que, justamente, pareciera estar “naturalizado” en los debates actuales sobre ciencia, tecnología y desarrollo. En el mismo texto al que pertenecen esas líneas, escrito por Cora Sadosky para la enciclopedia por fascículos *Transformaciones* del Centro Editor de América Latina, la matemática subrayaba que la función social de la ciencia en los países dependientes era la de contribuir a *reforzar la dependencia* (Sadosky, 1973: 226).

Por cierto la puesta en cuestión de las bondades del desarrollo científico y tecnológico no era por entonces patrimonio exclusivo de América Latina, ni de los países dependientes. A partir de los efectos tangibles de investigaciones como el “Proyecto Manhattan” durante la II Guerra Mundial –cuyo resultado fue el desarrollo de la bomba atómica– creció el interés y la confianza del capital por la innovación científica. Sin embargo, esta confianza e interés convivió tensamente con voces que alertaban contra el lado oscuro del “progreso” científico. Los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, pero también la colaboración explícita de las ciencias biológicas y sociales en el exterminio masivo de poblaciones a lo largo del conflicto bélico, horadaron la creencia en la ciencia como un instrumento de progreso y bienestar. La relación entre ciencia y política, siempre ríspida, se mostró aun más compleja.

Según explicaba Jorge Sábato en un texto de 1975 –recientemente reeditado en 2011– en el contexto de la inmediata posguerra, la acusación de

“cientificismo” corría por cuenta de las posiciones asociadas a la derecha política y al nacionalismo. En ellas resonaba la crítica de los físicos alemanes galardonados con el Premio Nobel P. Leonard y J. Stark. Mientras el primero había escrito un libro en 1936 en que delimitaba una física “genuinamente” alemana, el segundo había publicado numerosos artículos –entre ellos uno en los EE.UU en 1938– en los que distinguía una física ariana, concreta y creativa que se oponía a la peligrosa desviación de la física abstracta. Así, una figura como la de Albert Einstein era cuestionada por su “teoricismo” exacerbado, que en aquel contexto, se conjugaba con “socialismo”, con “judaísmo”, con “plutocracia” y con “internacionalismo”.

El “cientificismo” caracterizaba, pues, la desviación de los hombres de ciencia hacia “problemas ‘irrelevantes’ (como la naturaleza del espacio-tiempo, o la dualidad onda-corpúsculo) en lugar de emplear su talento en el estudio de los problemas urgentes del pueblo alemán, que eran entonces la desocupación, la miseria, la humillación producida por el tratado de Versalles, etc.” (Sábato, 2014: 34). Sin embargo, tal como señalaba el propio Sábato, pocos años después la misma palabra, inscripta ahora en otras formaciones discursivas³ (sumaríamos nosotros), tendrían un sentido muy diverso y se vincularían con las posiciones políticas opuestas. Así, sería cierta izquierda intelectual la que se rebelaría contra el “cientificismo” en nombre de una ciencia “nacional” (en el caso, sobre todo, de Varsavsky), “latinoamericana” (en el caso de Amílcar Herrera⁴), “rebelde” y “creativa”⁵ (en ambos casos).

La *nueva* evidencia que se construiría en aquellos debates era, justamente, la politicidad de la ciencia. Para argumentar en favor de esta hipótesis se insistía muy particularmente en las vinculaciones de los desarrollos científicos recientes y el aparato bélico de las grandes potencias.

En el trabajo de Sábato al que referimos más arriba, el autor encuentra en la “recepción” de la oposición juvenil a Vietnam y las revueltas estudiantiles de Europa el contexto de emergencia de las discusiones locales sobre el “cientificismo”. En este punto, sin embargo, nuestra interpretación resulta divergente.

El texto fundante de aquellas discusiones fue el pequeño libro de Oscar Varsavsky *Ciencia, política y cientificismo* de 1969. Allí el matemático y químico ubicaba las condiciones de producción de su propio texto. Se trataba de una reflexión –realizada en un momento de repliegue– sobre la experiencia de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (FCEN) en el periodo 1955-1966. Por aquellos años, en los que el impulso de “desperonización” convivió tensamente con un proyecto de “modernización” cultural, la FCEN se había convertido rápidamente en “centro de interés, crítica y aplauso”, un ámbito desde el que se había desarrollado una “tercera posición reformista o desarrollista” (Varsavsky, 1969: 4). Una de las consecuencias no mentadas de aquél proceso había sido su despolitización en la práctica. Ante

el desafío de “desarrollar” la Facultad y de inocularla de “la prevista invasión de fósiles antiperonistas” que buscaban regresar a sus aulas, se había optado por “métodos objetivos” que permitieran demostrar la incapacidad de estos “fósiles” sin recurrir a los mecanismos de la “trenza”⁶. Tales métodos objetivos incluyeron la valoración de artículos publicados en revistas de prestigio internacional, convocatoria a jurados extranjeros de renombre y poco peso a la antigüedad en la docencia (Varsavsky, 1969: 40). En el balance que Varsavsky realiza sobre aquellos años, llega a la conclusión de que aunque los criterios definidos habían sido exitosos para mantener alejados a los indeseables, se los había “reemplazado no por el tipo de científico politizado que deseábamos, sino *por cientificistas*” (Varsavsky, 1969: 40-41, énfasis nuestro).

En esa coyuntura, el Consejo Nacional de Investigaciones que, reconoce Varsavsky, habían promovido y apoyado “sin tener fuerzas para orientarlo” (Varsavsky, 1969: 40), se había convertido en la punta de lanza del cientificismo. Frente a este nuevo panorama –que se completaba con un sinnúmero de “jóvenes inmaduros” tentados para realizar estudios de posgrado en el extranjero y adoptar las modas “del Norte”–, el grupo de “reformadores” de la FCEN se había limitado a insistir “sin mucho éxito ni convicción (...) en la vinculación práctica de la Facultad con los ‘problemas nacionales’” (Varsavsky, 1969: 40). Esta vía de acción, sin embargo, se había mostrado insuficiente e incluso formal. Era necesario avanzar en otro sentido.

Entendemos, pues, que fue el balance de una *experiencia* histórica y política nodal –como había sido la refundación de la Universidad de Buenos Aires en el post-peronismo– y, sobre todo, *de sus límites*, lo que impulsó la problematización del lugar de la ciencia. En este mismo sentido, nos interesa la articulación de este problema no con el de los debates epistemológicos circulantes (lugar de entrada usual a estas discusiones), sino con el problema del *desarrollo* y la *dependencia*.

Resulta, a efectos de nuestra investigación, sugerente y llamativa la analogía en la trayectoria intelectual de los autores de dos textos seminales sobre el problema del “cientificismo” en Argentina y América Latina. Tanto el ya presentado Oscar Varsavsky como Amílcar Herrera⁷ (autor de *Ciencia y política en América Latina* de 1971, sobre el que nos extendemos más adelante) se desplazarían desde estos interrogantes vinculados a las condiciones de producción de conocimiento hacia preguntas más vinculadas al problema *económico* y social del desarrollo. Ese camino, además, reuniría de un modo muy singular ciencia, política y utopía. Por cierto, aunque nos centraremos en los abordajes de la perspectiva de estos dos autores, nos interesará también hacer referencia a otros documentos pertinentes para nuestro análisis, pues la referencia a Osvaldo Sunkel o Aldo Ferrer nos permitirá, además, mostrar el carácter intrínsecamente interdisciplinario de los debates analizados.

Ciencia, desarrollo y dependencia

La pérdida de la ilusión desarrollista-cientificista permite ahora que los más politizados se planteen el problema general de la misión de la ciencia en esta sociedad y lleguen a la conclusión de que ella consiste en participar directamente en el proceso de reemplazarla por otra mejor y en la definición e implementación de ésta (Varsavsky, 1969: 41).

En su célebre texto de 1969, Oscar Varsavsky delimitaba y criticaba diversas figuras o posiciones del campo científico: los “fósiles”, que ya hemos citado y que representaban las posiciones conservadoras de la universidad previas a 1945; los “reformistas”, que habían emprendido la conducción de la facultad confiados en las promesas del desarrollo; los “totalitarios” que asumían posiciones estalinistas estereotipadas; y finalmente, los “rebeldes” que —como Varsavsky— buscaban modos de superar las limitaciones de todos estos posicionamientos.

Desde esta posición “rebelde”, el matemático caracteriza al “cientificismo” como “la posición de los investigadores que se habían adaptado al mercado científico, que renuncian a preocuparse por el significado social de su actividad, desvinculándola de los problemas políticos, y se entrega de lleno a su ‘carrera’, aceptando para ella las normas y valores de los grandes centros internacionales, concretados en un escalafón” (Varsavsky, 1969: 15). El cientificismo implicaba, desde esta perspectiva, una desnacionalización de la ciencia local, pues esta asumía como propia la agenda de los países centrales. Ello, no sólo por una imposición directa —que operaba a través de los múltiples canales de financiamiento externo como los de Ford Foundation, Carnegie Hall, Rockefeller⁸, etc.— sino también mediante mecanismos subjetivos como la “autocensura” (Varsavsky, 1969: 20) o la “angustia” (*idem*: 18) y la “ansiedad” por publicar (*idem*: 15). A estos padecimientos se agregaba el destino de los científicas de un país subdesarrollado a convertirse en “frustrado[s] perpetuos[s]”, condenados a llegar siempre tarde a los temas de moda. Ello, sumado a la desventaja en términos de recursos, infraestructura y organización, colocaban al científico en una competencia sin respiro que no podía ganar. Cora Sadosky, por su parte, subrayaba el proceso de *alienación* al que estaban sometidos los científicos insertos en este régimen de producción.

En su trabajo de 1970, Amílcar Herrera analizó muchos de los mismos mecanismos de condicionamiento “directo” e “indirecto” por parte de los países avanzados, sobre todo de los EE.UU. Según el geólogo, la falta de “estímulo local, originado por la escasa demanda que la sociedad ejerce sobre su actividad científica” (Herrera, 2015: 117), orientaba a los investigadores

hacia temas de moda, es decir, los cultivados por los centros científicos más importantes y que recompensan con mayor prestigio internacional. Estos “buscadores de prestigio” respondían a las agendas de los países centrales y organismos internacionales a fin de encontrar la obtención de fondos. A todo ello se sumaba, en el diagnóstico de ambos científicos la corriente de becarios e investigadores que se dirigían hacia el Norte (Herrera, 2015: 117).

Varsavsky encontraba en el *paper*⁹ uno de los mecanismos nodales para el funcionamiento y la expansión del cientificismo. Este albergaba una lógica cuantitativa de evaluación de la calidad científica en la que, por ejemplo, la aceptación de trabajos en ciertas revistas especializadas alcanzaba como garantía, sin preguntarse por los intereses que orientaban esas formas “anónimas” y “objetivas” de selección. Así, se avanzaba más en “extensión” que en “profundidad”, al tiempo que se desvinculaba al “mercado científico” de los problemas nacionales. Según caracterizaba en un texto posterior de 1972, el *estilo científico* de su tiempo respondía a una sociedad consumista, individualista y burocratizada.

Estas condiciones configuraban lo que Varsavsky denuncia en 1969 como el problema del “colonialismo científico”¹⁰ (Varsavsky, 1969: 22), de la “dependencia cultural” (*ídem*: 1969: 7) y del “seguidismo” (*ídem*: 1969: 22, 25, 26). Tal como se sostiene en un texto de 1972, el colonialismo científico suponía una división en la que los países periféricos desarrollaban, a lo sumo, ciencia básica bajo la premisa de “necesaria publicidad y comunicación de resultados” que permitía su inmediata apropiación por parte de los países ricos (Varsavsky, 1982 [1972]: 54).

En consonancia con estas observaciones encontramos, en un texto de Amílcar Herrera de 1970, un intento, agudo y bibliográficamente actualizado, de caracterizar y *explicar* las condiciones de aquello que Varsavsky denunciaba sin tantas precisiones. En esta explicación la división internacional del trabajo era analizada con mayor detalle. Según el geólogo, los países centrales detentaban el monopolio de las técnicas y procesos de producción más desarrollados, mientras que los países dependientes debían dedicarse a los sectores de la producción de menor rentabilidad y/o a importar tecnología, convirtiéndose en una suerte de “proletariado externo de los países avanzados” (Herrera, 2015: 109). Esta “estrategia general” se complementaba con la instalación de grandes empresas extranjeras (sobre todo norteamericanas) que imponían no sólo pautas de consumo (punto sobre el que volveremos) sino que también actuaban “determinando la estructura del sistema de producción y *bloqueando la creación de una capacidad científica propia*, al importar todas las tecnologías de las casas matrices instaladas en el exterior”¹¹ (Herrera, 2015: 45, énfasis nuestro).

Así, la *transferencia tecnológica* (bajo la forma de instalación de empresas transnacionales o compra de patentes¹²) resultaba una trampa si no iba acompañada de una mirada más amplia sobre el problema de la dependencia¹³:

No se trata de que los países desarrollados realizan sólo investigación que sirve exclusivamente para sus propios fines; gran parte de los resultados de su actividad científica son también potencialmente útiles para los países subdesarrollados, pero éstos, para aprovecharlos, necesitarían crear una capacidad científica y tecnológica propia suficiente para alcanzar, en este terreno, el grado de autodeterminación que les permita aplicar esos resultados a la resolución de sus problemas específicos. En otras palabras, necesitarían crear sistemas científicos de nivel –aunque no necesariamente de volumen– equivalente a los de los países adelantados (Herrera, 2015: 48).

Si Varsavsky hacía un uso virtuoso de su irónica pluma para *denunciar* la práctica de la “ciencia como deporte”, una de las caras del cientificismo, Herrera enfocaba sus esfuerzos en *explicar históricamente* sus condiciones de posibilidad. Por cierto, también Cora Sadosky aportaría a este punto, señalando que esta forma, disociada totalmente de sus aplicaciones y de sus resultados, representaba una singularidad de los países dependientes, en los que había una *mitificación* de la ciencia como actividad capaz, por sí sola, de acrecentar el acervo cultural de una nación (Sadosky, 1973).

Volver sobre este tipo de problematizaciones pone al desnudo los mecanicismos a partir de los cuales en las discusiones contemporáneas del buen vivir, que analizamos en el primer apartado, “la ciencia” permanece incuestionada y peligrosamente autoevidente. Es justamente nuestra sospecha respecto de una mitificación *actual* de la ciencia la que orienta la reflexión que se presenta en este capítulo. Retomando el análisis de Herrera, creemos que uno de los elementos fundamentales sobre los que ella se monta (en las dos coyunturas que nos interesa poner en debate), es la valoración de la “libertad” y la “autonomía” de la práctica científica. Desde la perspectiva de Herrera, esta libertad era, mirada más de cerca, *indiferencia*. Así, la complacencia de los sectores dominantes en la Argentina ante la represión y vaciamiento de las universidades después de la “noche de los bastones largos”, contrastaba con la reacción que había suscitado en los EE.UU la intromisión del senador McCarthy en las universidades. Las inquietudes ante la proliferación de la “subversión intelectual” habían encontrado en los EE.UU un límite de legitimidad justamente al obstaculizar el desarrollo de las tareas científicas y tecnológicas. Así, la autonomía de la que podían gozar las ciencias en las latitudes del Sur era causa de un relativo desinterés antes que de un “consenso liberal”. Según sostenía Osvaldo Sunkel –en uno de los ensayos incluidos por Jorge Sábato en *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-dependencia*– ningún proyecto de interés económico se paralizaría de cerrarse alguna de las universidades latinoamericanas (Sunkel, 2011: 126).

El caso era, según Herrera, que los agentes que en los países centrales habían impulsado el desarrollo científico y tecnológico no habían asumido

ese rol en América Latina¹⁴. Tanto el camino del Estado¹⁵, como el del empresariado industrial habían fracasado. En una primera etapa, la dinámica del crecimiento hacia afuera –basado en el modelo agroexportador– no había requerido de un crecimiento industrial y, en consecuencia, tampoco de un desarrollo científico y tecnológico acorde a aquel proceso¹⁶. Luego, el proceso de industrialización a partir de la década del treinta no había resultado de una “cultura industrial”, sino de una respuesta coyuntural a contingencias del mercado internacional. En virtud de su carácter relativamente transitorio y de haberse centrado en la denominada “industria liviana”, tampoco había requerido demasiados insumos de ciencia y técnica. Por el contrario, se había basado en la incorporación directa de “tecnologías provenientes de los países desarrollados”¹⁷ (Herrera, 2015: 76).

Por otra parte, el actor social de este proceso no había sido una burguesía industrial nacional, sino clases medias asalariadas no industriales y pequeños empresarios. Siguiendo muy de cerca el análisis de Marcos Kaplan¹⁸, Herrera señalaba que el acceso de dichas clases al aparato estatal había estado mediado –salvo “raras excepciones”– por partidarios del comercio libre, liberales anticlericales no industrialistas. A partir de ello, la intervención del Estado en la economía había permanecido “anormal y transitoria”. La debilidad de un aparato burocrático con estructuras poco estables, ineficaces y desprestigiadas había impedido que este cumpliera responsabilidades ampliadas que apuntaran a resolver los problemas de la acumulación de capital.

A pesar de no haber impulsado autónomamente el proceso de industrialización, una vez producido debió mantenerse, pues de lo contrario “su destrucción acarrearía grandes perturbaciones económico-sociales” (Herrera, 2015: 79). El modo de hacerlo había sido fundamentalmente la protección aduanera, sin dedicar esfuerzos, en esos períodos de protección, al despliegue de los requisitos necesarios para garantizar una industria sostenida en su capacidad de innovación tecnológica. Una de las consecuencias de este proceso había sido un empresariado industrial “con mentalidad mercantil, sin una conciencia clara de sus fines”, que, carente de esta “conciencia industrial”, había adoptado los intereses de las clases tradicionales, propietarias de la tierra y asociadas al modelo agro-exportador, “creándole una ideología en permanente conflicto con sus verdaderos intereses” (Herrera, 2015: 79).

En este punto, Herrera avanza una hipótesis que no hemos observado en otros trabajos del período. Esta resulta de una interrogación respecto del papel de la ciencia (cuyas bondades el discurso desarrollista no se cansaba de exaltar) en la legitimación del orden social o, en otros términos, en la configuración de cierta hegemonía desarrollista-cientificista. Según el geólogo, había un notorio desfasaje entre la *política científica explícita* de los gobiernos de la región y su *política implícita*, es decir, la que realmente llevaban adelante (Herrera, 2011).

Esta divergencia era el resultado de la crisis del proyecto nacional aun vigente, pero que habían emergido en el período inmediato poscolonial y que se basaba en el uso extensivo de la tierra, en la explotación de las materias primas por parte de capitales extranjeros y en una industrialización básica de bienes de consumo; este proyecto se sostenía en una alianza de intereses de oligarquías terratenientes, exportadores e importadores. Este se encontraba, sin embargo, cada vez más incapacitado de “obtener el consenso del resto de la sociedad o, por lo menos, su aprobación pasiva” (Herrera, 2011: 170). Así, las contradicciones entre las políticas científicas implícitas y explícitas eran síntoma de la tensión entre el proyecto nacional ya caduco y nuevas aspiraciones sociales; es decir, de una *crisis de hegemonía*.

Justamente, en este marco, el desarrollo científico operaba como una *fachada de progresismo* y modernización, al tiempo que podía descomprimir las tensiones descritas en el párrafo precedente, pues extendía una promesa hacia el futuro, un tiempo por venir en el que los supuestos frutos del desarrollo tecnológico permitirían resolverlas. Se ensayaba aplazar, así, el cuestionamiento de la estructura de distribución vigente, condición necesaria, según Herrera, de un verdadero desarrollo autónomo. El resultado era una “*actitud ambigua* de la mayoría de los gobiernos de América Latina con respecto a la actividad científica” (Herrera, 2015: 91-92, énfasis nuestro), a partir de la cual “al mismo tiempo que *exaltan el papel de la ciencia como motor de progreso*, crean y mantienen las condiciones que hacen *imposible el desarrollo de una capacidad científica propia*” (Herrera, 2015: 91-92).

La conclusión a la que se arribaba una y otra vez era que el mentado “desarrollo de una capacidad científica propia” resultaba inescindible de un re-planteo general del modelo/estilo/forma/proyecto de desarrollo por entonces vigente. El despliegue de una política científica coherente no dependía de la acción de los consejos o centros de planificación específicos, sino de establecer claramente las *necesidades* y los *objetivos nacionales*. A partir de ello, se generaría una demanda concreta sobre las instituciones de investigación: “*una política científica efectiva no es la generadora de un esfuerzo consciente y profundo de desarrollo, sino una de sus consecuencias*” (Herrera, 2015: 67, énfasis original).

La apuesta por una planificación creativa basada en las necesidades nacionales iba a ser el ángulo desde el cual, tanto Herrera como Varsavsky, criticarían al modelo o estilo de desarrollo vigente —entretejido en las redes de la dependencia económica y cultural— y propondrían uno nuevo¹⁹.

Por una Ciencia Nueva. Crítica, creación y utopía

[El] objetivo de estas páginas: hacer un llamamiento a todos los científicos politizados para que se liberen del culto a una ciencia adaptada a las necesidades de este sistema social y dediquen su talento a preparar científicamente su reemplazo por un sistema nuevo, con una ciencia nueva (Varsavsky, 1969: 4, énfasis nuestro).

Tanto la utopía que proponía el Modelo Mundial Latinoamericano de Fundación Bariloche (dirigido por Amílcar Herrera) como el Socialismo Nacional Creativo/Estilo Pueblocéntrico (en adelante, SNC) que proponía Oscar Varsavsky partían de una crítica radical al modelo de desarrollo entonces circulante²⁰. A diferencia de los diagnósticos del estilo del Club de Roma que pronosticaban un futuro plagado de catástrofes y tensiones, Fundación Bariloche subrayaba la contemporaneidad de tal experiencia para buena parte de la población mundial. A partir de ello, *la desigualdad* resultaba un problema central con el que lidiaban ambos diagnósticos. En efecto:

las minorías privilegiadas de los países del Tercer Mundo gozan de niveles de consumo equivalentes a los de las clases altas de los países desarrollados, mientras que sectores considerables de la población de estos últimos no alcanzaron todavía la satisfacción plena de sus necesidades materiales y culturales más elementales (Amílcar Herrera *et. al.*, 2004 [1977]: 51).

En consonancia con este argumento, se sostenía que los límites del crecimiento y de la generalización de sus frutos no respondían a restricciones “físicas” (vgr. la relación población/recursos) sino sociales, entre las que se incluía la propiedad privada. Retomando críticas anteriores ya esbozadas por Herrera²¹ y Varsavsky, se proponían alternativas a un modo/estilo de desarrollo inviable. Por cierto, aunque con marcadas críticas a la experiencia del socialismo real, la perspectiva tanto de Fundación Bariloche como de Oscar Varsavsky se presentaba como indudablemente *anticapitalista*.

El modo de la crítica de Varsavsky resultaba, si se quiere, más singular, pues delimitaba una serie pintoresca de estilos alternativos cuya viabilidad (física, social y política) se contrastaba frente al modelo propuesto (SNC). Las promesas de modernización y desarrollo por entonces preponderantes representaban la aceptación de *un* estilo (CONsumista o DESarrollista²²) basado en la necesidad de las empresas y una extrapolación mecánica del presente proyectado hacia el futuro. Ese modelo de desarrollo, generalmente no explicitado, se presentaba como el único camino posible, cuando resultaba, en

realidad, físicamente y socialmente inviable. Entre sus consecuencias estaba la producción de una sociedad dual: de consumo opulento para unos pocos y marginalidad social para muchos. Al igual que el cientificismo, el estilo consumista operaba bajo la falacia cuantitativa “del numerito” (Varsavsky, 1971a: 80), según la cual *toda* forma de crecimiento del Producto Bruto Interno resultaba auspiciosa. Varsavsky impugnaba, precisamente, la pretendida neutralidad de los lenguajes económicos y estadísticos, pues detrás de la evidencia del cálculo del PBI se escondía una analogía (no explicitada y sumamente problemática) entre un país y una empresa.

El problema, adelantamos, no residía en el gesto cuantificador, sino en la ausencia de tematización respecto de las *necesidades* que tal crecimiento debía atender (las del sistema, para el estilo “empresocéntrico” o las de los humanos, para el SNC). El desarrollo, como proyecto nacional, no debía ponernos en relación con los otros países en una carrera por devenir “potencias” (seguidismo) sino con nuestras propias necesidades. Así, retomando un álgido debate de la economía política latinoamericana, debían ser éstas las que indicaran qué y cuánto importar y exportar y no los requerimientos abstractos de una “balanza de pagos” (Varsavsky, 1971a: 97). El señalamiento constante del problema que representaba la producción y el consumo superfluos es uno de los rasgos de los textos analizados y que pone negro sobre blanco la escala humana del proyecto varsavskiano.

Pues bien, aunque el estilo científico vigente era objeto de una crítica general, la ciencia (rebelde) tenía un *papel* fundamental tanto en la sociedad futura (en la que sería un fin en sí misma, democratizada para todo el pueblo), como en la *transición* que iba a producirla. En este sentido, representaba un *instrumento* para la transformación. En efecto, la creatividad científica y tecnológica resultaba, tanto para Varsavsky como para Herrera, un elemento clave en el camino hacia una nueva sociedad. Para que pudiera cumplir con estos nuevos objetivos era menester que se recentrara, ella también, alrededor de las “necesidades nacionales”. Al respecto, sin embargo, existe un interesante matiz y tensión entre la propuesta de Varsavsky y la de Herrera: mientras el primero se aferra al horizonte de “la nación”, en virtud de la flexibilidad que garantizaba esa escala o nivel de agregación en términos de planificación (Varsavsky, 1971a: 229), Herrera se inclina por “una ciencia cuya orientación y objetivos generales estén en armonía con la necesidad de resolver los múltiples problemas que plantea el desarrollo *de la región*” (Herrera, 2015: 120, énfasis nuestro)²³.

Otra diferencia entre ambas posiciones se vinculaba al grado de innovación que requería el sistema científico para cumplir con la tarea consignada. Para Herrera el objetivo que debía perseguir la política científica latinoamericana no era competir “en *volumen* de producción científica con las más grandes potencias”, pero sí sobrepasar el tamaño crítico “por encima del cual es

posible la plena participación en los beneficios que se derivan del progreso general de la ciencia y la tecnología” (Herrera, 2015: 206). Por su lado, Varsavsky sostenía que la ciencia de los últimos 15 o 20 años resultaba inútil o contraproducente para los primeros 15 o 20 años del Socialismo Nacional Creativo. En este diagnóstico había también una suerte de consumo y producción ostentosa, de *derroche*, del esfuerzo científico. Al respecto, la ciencia nuclear y los avances conceptuales derivados de la teoría de la relatividad, pero también las demandas del estilo “curar el cáncer” o descontaminar el ambiente representaban escollos en el camino a priorizar *otras* necesidades más imperiosas como resolver el hambre o las pestes.

Más allá de estas diferencias, en ambos casos la ciencia tenía, como rol fundamental, *proyectar otros futuros posibles* y, sobre todo, *mostrar su viabilidad*. En los párrafos que siguen analizaremos el modo en que en este ejercicio operó una racionalidad creativa que religaba dos elementos que habían sido escindidos en el socialismo deudor del materialismo histórico: ciencia y utopía.

La creatividad científica y, singularmente, tecnológica, resulta una condición *sine qua non* en el horizonte que trazaba Herrera. No sólo por la caracterización de la ciencia como una actividad realmente creadora o por su propuesta de desarrollar polos de creatividad tecnológica, el geólogo sostenía, incluso, que los científicos debían y podían “crear recursos naturales”²⁴. Por su parte, Varsavsky proponía una nueva racionalidad basada en “la mirada del constructor”²⁵ (Varsavsky, 1971: 35), cuyo punto de partida era la decisión de construir una sociedad futura que fuera al mismo tiempo realizable y “que nos guste” (Varsavsky, 1971a: 9). Una de las críticas tanto de Varsavsky como de la Fundación Bariloche al materialismo histórico era que este había prescindido de describir y calibrar con mayor detalle su proyecto utópico.

A partir de este principio, siempre ideológico y que debía ser explicitado, de lo que se trataba era de mostrar la *viabilidad* de las metas fijada. Ella involucraba tres niveles: a) viabilidad física, que contempla recursos materiales, organizacionales y humanos con lo que se cuentan para satisfacer las necesidades; b) viabilidad social o distributiva, que considera los conflictos sociales, las posibilidades de distribución de determinadas líneas de acción; y, finalmente, c) viabilidad política, que se pregunta por el funcionamiento y la toma del poder, la dirección política, etc. Tanto el Modelo Mundial Latinoamericano como los proyectos nacionales de Oscar Varsavsky buscan describir y *calcular* las posibilidades y límites de la alternativa proyectada. Planteada como una forma concreta de “conquistar el futuro” y salir de la desesperanza, Varsavsky insistía en “la necesidad y posibilidad de un nivel intermedio de trabajo, teleológico-racional, que sirva como *guía de acción*—es decir, que dé criterios para tomar decisiones de acción— pero que, al mismo tiempo, sea una *interpretación fiel del nivel principista*” (Varsavsky, 1971: 171, énfasis nuestro).

Otro rasgo que comparten ambas propuestas es que lejos de partir de la optimización de cierta meta (mejorar las condiciones de vida del 20% más pobre de la sociedad, por ejemplo²⁶), se planteaban contemplar la *simultaneidad* de cumplimiento de objetivos que involucran requerimientos individuales y colectivos, materiales y espirituales. Para ello, se ponían en marcha dispositivos capaces de proyectar y calcular el juego complejo de variables involucradas en su satisfacción. Aparece, así, la intervención *instrumental* de las ciencias (matemáticas/estadísticas) y de la naciente tecnología computacional a la que nos referimos más arriba. Si bien se partía de modelos mentales y diseños utópicos, de lo que se trataba era de ponderar cuantitativamente “estrategias” y “tecnologías” para realizar los objetivos.

A tal fin, Varsavsky había tomado y desarrollado la perspectiva de la experimentación numérica de Edward Holland a partir de su encuentro con el especialista en Venezuela en 1962. Esta técnica de planificación retomaba aspectos de la econometría y de la simulación, aunque se diferenciaba de ambas. El diseño de un modelo matemático se organizaba partiendo de la delimitación de componentes formados por un determinado conjunto de variables (endógenas y exógenas) a las que se asignan rangos. La interconexión entre componentes y variables descansa en hipótesis del diseño que podían ser más o menos “cargadas”. Cuanto menos presupuestos, más ajustado será el cálculo. A partir de diversos controles, se proyectan sucesivos escenarios en virtud de los cuales evaluar la viabilidad de ciertas líneas de acción. Estos modelos calculan los diversos recursos necesarios para la satisfacción de las necesidades delimitadas, el capital necesario, los recursos humanos, la capacidad de importación necesaria, la infraestructura institucional requerida, la capacidad de innovación demandada, pero también prometía calcular mapa de actores, de intereses y de conflictos. Por cierto, la experimentación numérica circuló en diversos ámbitos, no sólo en el grupo de modelistas del Instituto del Cálculo con Manuel Sadosky y Jorge Sábato, sino también en el Instituto Di Tella y entre otros expertos de fuste como Oscar Cornblit y Eric Calcagno.

Aunque en otra escala –la de Varsavsky era nacional, mientras que la de Fundación Bariloche era global–, el Modelo Mundial Latinoamericana también hizo uso de las nuevas tecnologías de programación y planificación. Se proyectaba y calculaba aquel mundo alternativo con el objetivo de

(...) probar más allá de toda duda legítima que en el futuro previsible el medio ambiente y los recursos naturales no impondrán límites físicos absolutos; y (...) mostrar que a partir de las condiciones actuales de disponibilidad de capital, mano de obra, evolución demográfica, existencia de tierra cultivable, etc., los diferentes países o regiones del mundo, especialmente los

más pobres, pueden alcanzar los objetivos propuestos en un plazo razonable (Herrera *et. al.*, 2004, [1977]: 34).

Por una parte, el MML diferenciaba distintos *sectores económicos* vinculados a la satisfacción de un conjunto de necesidades previamente definidas²⁷: 1) alimentación; 2) servicios habitacionales; 3) educación; 4) otros servicios y bienes de consumo; 5) bienes de capital. Estos sectores estaban verticalmente integrados. Para cada uno existía una cantidad de capital y trabajo requeridos y se establecían niveles de producción según la productividad de los factores²⁸. Luego, en el diseño del modelo se habían establecido relaciones (graficadas en un diagrama de flujos²⁹) entre los diversos subsectores. Otra de las delimitaciones clave en el MML era la distinción de distintos bloques a partir de los que organizar la proyección global del esquema; uno abarcaba todos los países desarrollados, otro, América Latina y el Caribe, un tercero para África y un cuarto para Asia, Oceanía y la URSS. Por otro lado, se calculaban las relaciones entre estos bloques a partir de los valores agregados de las importaciones y exportaciones por sector.

Así, a partir de distintas fuentes de información, sobre todo de publicaciones de organismos de las Naciones Unidas, se calculaba y realizaban proyecciones que permitían avizorar el año en que cada uno de los bloques podía alcanzar los objetivos planteados. El primer “ciclaje” se realizaba a partir de datos históricos de variables cuya evolución era ya conocida, de modo de contrastar los valores arrojados por el modelo contra la evolución efectiva de las variables y realizar las correcciones pertinentes.

Nos interesa señalar tres cuestiones respecto de estos métodos de *proyección científica de utopías*. En primer lugar, tanto el MML como los proyectos nacionales eran muy exigentes en términos de producción de información³⁰. Esto es, requerían del desarrollo de un saber experto estatal (nacional, regional y global) capaz de generar y procesar una importante cantidad de datos³¹. Por otro lado, en segundo lugar, estas propuestas operaban bajo lo que denominaríamos un paradigma de la “complejidad” y delimitaron un papel instrumental (y fundamental) para los científicos y los tecnólogos en el procesamiento de un gran número de variables (Herrera, 2015: 107). En esa labor ocupan un lugar central las herramientas de planificación (vgr. la matriz insumo producto) que venían importando/desarrollando en la Argentina instituciones como el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y a nivel regional el Consejo Económico para América Latina (CEPAL) o el Centro de Estudios para el Desarrollo (CENDES) de Venezuela³².

Finalmente, resulta llamativo el nivel de detalle con el que se proyectan las utopías definidas como “viables” y “deseables”. Varsavsky, por ejemplo, llega a imaginar, con bastante precisión, formas alternativas de organización de

la reproducción de la vida y la socialización primaria que superen las evidentes restricciones de la forma “familia”. Al describir los nuevos núcleos sociales básicos se detenía a justipreciar cuál sería su extensión óptima (entre 100 y 200 personas, número “razonable todos pueden conocerse con la intimidad de parientes cercanos”, Varsavsky 1971a: 211), la forma de su vivienda y hasta la frecuencia con la que sus miembros deberían socializar con personas por fuera del núcleo a fin de “recibir estímulos externos” –era recomendable pasar un mes al año como huésped de otro núcleo, preferiblemente de otra región– (Varsavsky 1971a: 211-212)³³.

Se trató, pues, de perspectivas indudablemente holistas que, al mismo tiempo, estaban abiertas a una planificación bastante detallada de la utopía por venir.

Las discusiones sobre estilos científicos en la agenda política

Tal como vimos en los apartados anteriores, los debates analizados perforaron el sentido común de su tiempo al subrayar la multiplicidad de *estilos* de ciencia, de desarrollo, de tecnología, de vida disponibles³⁴ y/o viables. Quisiéramos señalar, en este breve apartado, que aquellas discusiones excedieron la mera circulación en papel. Por el contrario, se incorporaron a diversas experiencias políticas que resultaron en iniciativas continentales, proyectos tecnológicos y planes de gobierno. Ejemplo de ello fue la puesta en marcha del Pacto Andino y, a través de él, iniciativas de integración de políticas tecnológicas y científicas (como la organización de un registro tecnológico)³⁵.

Asimismo, por aquellos años se registraron intentos concretos de garantizar desarrollos tecnológicos autónomos y soberanos. Podríamos mencionar dos ejemplos, por un lado, la Empresa Nacional de Investigación y Desarrollo Eléctrico S.A. (ENIDE) creada en Argentina en 1971 y cuyo objetivo era producir, distribuir e intercambiar conocimiento técnico-científico en el campo de la energía eléctrica y sus aplicaciones y en la que cumplió un rol clave Jorge Sábato. En segundo lugar, podríamos mencionar el desarrollo de la División Electrónica de FATE lanzada en 1969 –por cierto, el mismo año en el que, con el pequeño y certero libro de Varsavsky, se iniciaba el debate que hemos analizado en las páginas anteriores–. Esta división produjo distintos modelos de la calculadora CIFRA y llegó a ocupar un lugar importante en el mercado, con una producción que pasó entre 1971 y 1975 de 500 a 45.600 calculadoras, respectivamente (De Alto, 2013: 125).

La historia de la División Electrónica de FATE implicó la convergencia de múltiples trayectorias y recorridos, entre los que se destacan quienes venían del Instituto de Cálculo³⁶ y de los laboratorios de la Facultad de Ingeniería

—entre ellos, Carlos Varsavsky, hermano de Oscar—. Ambas iniciativas (ENIDE y FATE) funcionaron como el punto de llegada del desarrollo científico y tecnológico que se desplegó en la Argentina desde 1956 en adelante. En la historia que narra Bruno De Alto (2013) queda claro que esos resultados fueron fruto de un esfuerzo institucional, pero también extra-institucional, pues ante las múltiples crisis y exilios forzados, fueron las iniciativas individuales y las redes informales de solidaridad las que garantizaron el desarrollo de las capacidades científicas de un modo más o menos estable.

Entre esas iniciativas estuvo el Centro de Programación Matemática (CPM) fundado por Oscar Varsavsky en 1968. Se trató de una experiencia interesante porque en ella se intentó desplegar nuevos estilos de producción científica más acordes a una “ciencia rebelde” como la que pregona su director. Así, según una serie de documentos a los que accedimos en el archivo Centros de Documentación e Investigación de Cultura de Izquierdas (CeDInCI), el objetivo central del CPM era estudiar las condiciones de transición al socialismo. Para hacerlo, se proponían modalidades de trabajo participativo y horizontal que respondían al diagnóstico (compartido por Varsavsky, Herrera y Sadosky) sobre la alienación de los trabajadores de ciencia y técnica. Por cierto, también encontramos en Aldo Ferrer una inquietud por incrementar la participación en el sistema de ciencia y técnica no sólo para los propios científicos sino también hacia otros sectores de la sociedad, en particular hacia los trabajadores (Ferrer, 2014: 147 ss.).

Nuevamente, queremos subrayar que estas reflexiones e iniciativas no quedaron reservadas a círculos de intelectuales y científicos. Por el contrario, formaron parte de unas ciertas posibilidades del decir y del hacer, de un cierto régimen de prácticas (discursivas y no discursivas). Así, observamos en muchos de los documentos del CPM, pero también en textos publicados bajo el nombre de Varsavsky alrededor de 1974, claros trazos del lenguaje del tercer gobierno peronista y sus apuestas por la “reconstrucción” y la “liberación nacional”. El juego de incidencias resulta, por cierto, especular, pues a lo largo de aquel plan, publicado en 1973, se observan alusiones más o menos directas a las discusiones que venimos de describir en los apartados anteriores:

El desarrollo científico y tecnológico debe constituir uno de los pilares del esfuerzo de Reconstrucción y Liberación (...). Se trata, en esencia, de poner el talento técnico y la *capacidad creadora* de los argentinos —aspecto importante del patrimonio nacional— al servicio de los objetivos más trascendentes del Plan. Entre éstos, cabe destacar la *ruptura de la dependencia tecnológica* que en múltiples formas ha sido y sigue siendo una fuente de distorsión de la realidad nacional y aun de las necesidades y aspiraciones de nuestro pueblo. Ello implica el *desarrollo de nuestra capacidad para resolver nuestros problemas tec-*

nológicos, recurriendo a la cooperación externa sólo cuando sea indispensable (PTRLN, 1973: 18, énfasis nuestro).

(...) Para alcanzar estos propósitos se fortalecerá tanto la investigación básica como la aplicada, con criterio selectivo que la subordine a los fines nacionales y no para que sirva de complemento del desarrollo científico y técnico de los grandes centros industriales del mundo. El fortalecimiento de esta *capacidad creadora* de los argentinos exige contar con una sólida infraestructura científica y técnica de organismos del Estado (PTRLN, 1973: 19, énfasis nuestro).

Esta inquietud por el papel de la ciencia se manifestó, en el tercer gobierno peronista, de diversos modos. Por una parte a partir de la redefinición del lugar de las universidades nacionales en el proyecto nacional (que se cristalizó en la denominada “Ley Taiana”), también mediante iniciativas más pequeñas, como las “Jornadas de política científica y política tecnológica para la reconstrucción y Liberación Nacional” de 1973, de las que encontramos distintos documentos en las cajas de Oscar Varsavsky a las que referimos más arriba.

No estamos pues, ante un conjunto de discusiones (las de estilos científicos/estilos de desarrollo) que hayan permanecido circunscriptas al ámbito académico o experto. Por el contrario, la revisión del archivo muestra una profusa tematización que desestabilizó el sentido común sobre cuestiones tan naturalizadas como las del valor intrínseco del desarrollo científico, la validez de las redes internacionales de publicaciones y revisión de pares como modos de legitimación del conocimiento o la propia neutralidad científica. Curiosamente, hoy muchas de estas cuestiones parecen haber recuperado su estatuto de verdades autoevidentes.

Apuntes para un diálogo postergado

En el presente capítulo nos hemos propuesto, siguiendo la invitación general del libro, poner en relación los debates actuales alrededor del buen vivir con las discusiones de los años setenta en torno de estilos de desarrollo. Puntualmente, hemos revisado los modos en que en un caso y en otro se ha problematizado la relación entre *ciencia, tecnología y desarrollo*.

Según analizamos en el primer apartado, las discusiones contemporáneas parecen haber optado por una estrategia de desestabilización del primado del saber científico y técnico a través de un intento de (re)vincularla con los saberes populares. Ello de dos modos, por una parte apostando a la divulgación o popularización de la ciencia, y, fundamentalmente, a través de una revalorización de los saberes ancestrales o locales convocados a aportar a la nueva matriz de desarrollo, sobre todo en lo que hace al cuidado de la naturaleza.

En las discusiones sobre estilos de desarrollo esta no fue la vía principal para desestabilizar al cientificismo. Sin embargo, también observamos allí una inquietud por la divulgación científica. Conviene referirnos a este punto brevemente. Por una parte, el estilo de escritura de Oscar Varsavsky muestra un interés por volver inteligible los problemas que analiza. En efecto, buena parte de *Proyectos nacionales* es una tematización del lenguaje hermético de la economía. Así, el uso de refranes, de versos de tango y de giros del habla común construyen una escena enunciativa que interpela a los legos a acercarse a cuestiones que suelen estarles vedadas. Del mismo modo, Fundación Bariloche produjo *¿Catástrofe o nueva sociedad?*, y textos más cortos, para intervenir en la discusión pública que había iniciado el Club de Roma con sus oscuras predicciones sobre el futuro de la humanidad. Asimismo, el trabajo de Cora Sadosky (un tomo de una enciclopedia en fascículos) formó parte de un proyecto de divulgación científica que condujo Boris Spivacow tanto en la editorial Abril, como en EUDEBA y en el Centro Editor de América Latina.

Justamente, alrededor de la experiencia de la editorial Abril en los años cincuenta, Oscar Varsavsky había ensayado un modo muy singular de divulgación científica y de vinculación entre ciencia y utopía³⁷. Por aquellos años, bajo el seudónimo de Abel Asquini, el matemático había publicado distintos cuentos cortos en *Más Allá. Revista mensual de fantasía científica*. Esta publicación cuya *alma mater*, según Spivacow, había sido Varsavsky (Maunás, 1995: 37). Contaba también entre sus filas a Héctor Oesterheld. Entre los comentarios editoriales publicados –cada número incluía uno que podía tratar sobre temas tan disímiles como el racismo o el problema del consumo de automóviles– hubo varios que reflexionaban sobre la “fantasía científica” como un género capaz de mostrar un futuro más allá de los límites del presente. La construcción de mitologías del futuro permitía abrir preguntas respecto de lo que podría ocurrir “si” ciertas cosas fueran de otro modo. En definitiva, se trataba de una manera de relativizar las evidencias del presente al tiempo que se sembraba entre los jóvenes una cierta forma de experimentar la curiosidad científica. En aquellas reflexiones se avizoraban, además, algunos de los debates que hemos recorrido más arriba:

Hace 150 años, Malthus (...) llegó a la conclusión de que no existían sino dos posibilidades de salvación para la humanidad: una el control y la limitación de los nacimientos, y su alternativa, una serie perpetua de guerras, carestías y epidemias, redujeran el número de hombres, tal como los impuestos reducen el circulante y curan la inflación monetaria.

(...) A este punto intervienen *los escritores de fantasía científica*: para ellos, los problemas del porvenir son tan importantes y tan claramente definidos como los problemas del pasado, ya resueltos por la historia. *Y ellos podrían imaginar*

no una, sino docenas de soluciones al problema que aterra a los pesimistas sabios y a los pesimistas sin imaginación (...). Por supuesto, estas soluciones no son realistas; es decir, *no lo son hasta el momento.* Pero las imposibilidades del pasado son los lugares comunes del presente, y lo mismo sucederá con las aparentes imposibilidades del presente. ¡Dejad que hablen los profetas de calamidades! Hasta Casandra, de haber sabido que de la ruina de Troya surgiría la gloria de Roma, hubiera muerto menos afligida (Asquini, Abel, 1954. “Alcancemos el porvenir”, en *Revista Más allá*, N° 3, 9 de febrero, énfasis nuestro).

Por el contrario, la cuestión de los saberes ancestrales, indígenas y/o locales omnipresentes en las reflexiones de la actual coyuntura no aparece en el centro de aquellas discusiones³⁸. A pesar de la relevancia que por entonces tenía la lectura de textos de Darcy Ribeiro, y de la posibilidad de que al trabajar con él en el Centro de Estudios de Participación Popular (Lima-Perú) en 1972 Oscar Varsavsky se haya topado con esta cuestión, bajo ningún punto de vista se trata de un tema medular de aquellas problematizaciones. Es probable que esta constituya, al menos mirada desde nuestra actualidad, una de sus limitaciones o, al menos, de sus silencios. Sin embargo, cierta apuesta “plenamente” moderna se muestra absolutamente subversiva respecto de estabilizaciones que en nuestro presente parecen haberse configurado como nuevo sentido común sobre los “saberes ancestrales” y su vínculo con la modernización:

Conviene recordar (...) que: la Revolución Mexicana y la Revolución Boliviana de 1953 –o sea los movimientos de transformación y modernización de estructuras arcaicas más profundas de América Latina, antes de la Revolución Cubana– tuvieron como protagonistas principales a sectores de población de origen predominantemente indígena –campesinos mexicanos y obreros mineros del altiplano– y no a los sectores “modernos”, presumiblemente más dinámicos y propensos a aceptar el cambio (Herrera, 2015: 159, énfasis nuestro).

Con sus comillas, Herrera nos invita a interrogar aquello que se presenta como moderno y a mirar más de cerca los procesos históricos concretos y heterogéneos de modernización (sin comillas) en nuestro continente. En obvia referencia a las hipótesis de que la “demora” en el desarrollo era responsabilidad del atraso cultural de los países del Sur (*cultural lag*), Herrera encuentra en la historia efectiva del continente, en sus revoluciones populares y en su “población predominantemente indígena” elementos clave de procesos de modernización que, insistimos, habría que estudiar más allá de las imágenes míticas vinculadas a la colonialidad del poder-saber, pero –a veces– reproducidas también por quienes pretenden criticarlas. La invitación a una crítica radical de la modernidad sin desplazarse por fuera de ella resulta, entendemos,

muy potente, pues rechaza de plano las mitologías desarrollistas sin recaer en lo que Cora Sadosky denominaba, los riesgos del “curanderismo”. Una verdadera trampa que nos despoja de buena parte de la historia de las luchas y resistencias de este continente y amenaza con desarmarnos “frente al enemigo” (Sadosky, 1973: 18).

Notas

- 1 Aunque el saber científico aparece relativamente mitificado, como veremos, no encontramos cuestionamientos respecto del papel de los “expertos” (consultores), cuyo saber no sería verdaderamente científico (PNDB, 2006: 182).
- 2 En el caso de Bolivia hay una tematización particular alrededor de la hoja de coca, aspecto fundamental en la economía campesina. En el PNDB puede leerse: “Por tanto, este conjunto de saberes y conocimientos deben ser registrados y sistematizado e instaurar una normativa que respete la propiedad *intelectual y comunitaria* de los pueblos, permitiendo un mayor y mejor aprovechamiento sostenible de los recursos que generarán la nueva matriz productiva, con beneficios y derechos, justos y equitativos. La mayoría de los países en desarrollo en contraposición a los países desarrollados excluyeron el patentamiento de todas las formas de vida, como las variedades de plantas y animales, ya que se consideró que nadie podía tener propiedad sobre aquello de lo que somos parte: la naturaleza y el entorno (...). Al no existir esta normativa en Bolivia se comenzaron a registrar en el extranjero (...). Por tanto, es importante elaborar y someter a su aprobación la Ley de Protección del Conocimiento Indígena como mecanismo de resguardo de patrimonio intangible de nuestros pueblos mediante el proyecto sistematización y valoración de saberes étnicos que tendrá un costo de un millón de dólares” (PNDB, 2006: 190).
- 3 Se trata de un concepto que tomamos de Michel Foucault y que hemos trabajado en un artículo colectivo (Aguilar, Glzman, Grondona y Haidar, 2014).
- 4 Amílcar Herrera fue un geólogo argentino. En 1966, luego de la fatídica intervención de la Universidad de Buenos Aires, trabajó en la Universidad de Chile, de donde fue expulsado con falsas acusaciones de espionaje en 1969. Desde entonces formó parte de la Fundación Bariloche y sería el coordinador del proyecto a cargo del Modelo Mundial Latinoamericano, nodal para el análisis que propone este libro. En 1976 debió exiliarse nuevamente, esta vez en Brasil, donde pudo desarrollar una extensa e intensa carrera científica. Según consigna su hija Alejandra Herrera, en una introducción biográfica a un libro de su padre recientemente reeditado por la Biblioteca Nacional (Herrera, 2015: 31), el geólogo también había realizado trabajos como consultor de CEPAL en 1962. Se trata de un dato relevante, dada la centralidad que tendría este organismo de Naciones Unidas en los posteriores debates sobre “estilos de desarrollo”.
- 5 Este cuestionamiento de la ciencia por parte de científicos que bregaban por estilos alternativos de producción de conocimiento en vistas a una transformación radical de la sociedad fue, insistimos, un fenómeno global. Allí estaba, por ejemplo, el movimiento de *Science for the people* que se opondría al guerra de Vietnam. Por cierto, la genealogía de estos movimientos debería incluir iniciativas como las de Inglaterra entreguerras, alrededor de figuras como Joseph Needham (Werskey, 1988). Ello permitiría, además, establecer conexiones entre las resistencias de la década del setenta y las luchas del antifascismo. En el caso de la Argentina esta relaciones resultan prístinas si atendemos a la trayectoria vital y política de figuras como las de Oscar Varsavsky, Cora Ratto, Manuel Sadosky (padres de Cora Sadosky) y Boris Spivakow, entre otras.

- 6 En palabras de Varsavsky: “sumada a nuestra fama de izquierdistas, la acusación de ‘trececeros’ nos hubiera liquidado” (1969: 49).
- 7 Nos hemos concentrado, en el caso de ambos autores, en la lectura de trabajos e iniciativas fechadas entre 1969 y 1976. Así, buena parte de los trabajos de Herrera sobre prospectiva tecnológica (desarrollados en la década del ochenta) quedarán fuera de nuestro análisis.
- 8 En su texto de 1973 Cora Sadosky analiza el modo en que estas fundaciones puestas en marcha por grandes magnates habían servido como un modo de eludir regulaciones e impuestos en torno de las grandes herencias en los EE.UU, un elemento fundamental para comprender su papel.
- 9 A partir de ello, Varsavsky sostenía que la ciencia no era neutral tampoco en lo que refería al contexto de justificación, pues los métodos/modos de trabajo estaban viciados de perniciosos supuestos: la lógica de la producción del *paper*, la premisa de “cuantas más máquinas mejor, etc.” (Varsavsky, 1982 [1976]: 59 ss).
- 10 Sugerentemente, Varsavsky también define formas del “colonialismo interno” entre las ciencias. Así caracteriza la relación de dominación de las ciencias naturales/exactas respecto de las sociales a las que imponen, por ejemplo, la obligación de matematización en lugar de la búsqueda de lenguajes formales propios (Varsavsky, 1982 [1976]).
- 11 Algunos años después, Aldo Ferrer (2014 [1974]) referiría a la importación de “paquetes tecnológicos”, o de maquinarias “llave en mano”.
- 12 Según explica Amílcar Herrera, en América Latina las empresas –principales promotoras del desarrollo tecnológico en las experiencias de modernización/industrialización europeas– no realizan investigación en ciencia y tecnología, salvo en períodos excepcionales. Tal fue el caso de la Segunda Guerra Mundial, momento en que, como consecuencia de la dificultad de circulación y comunicación, algunas de las filiales locales de empresas transnacionales (el caso de Phillips) debieron asumir tareas antes centralizadas en el viejo continente. Por cierto, Oscar Varsavsky participó del Laboratorio de Investigaciones Radiotécnicas de Philips y su interrupción, luego del fin de la guerra, funcionó como un disparador de sus reflexiones posteriores. Así lo sostiene Carlos Domingo en una compilación publicada en Venezuela: “yo supongo que esto debió ser un golpe que lo marcó, que él se dio cuenta de que los estaban dirigiendo de afuera, y que la tecnología y todo lo que era la parte de la inteligencia y del desarrollo científico y todo eso iba a quedar siempre afuera” (Domingo, 2007: 136).
- 13 Sobre este punto, Herrera no dejaba lugar a dudas: “A nadie se le ocurre pensar que para elevar el nivel cultural de una región de analfabetos es suficiente instalar una biblioteca provista de los mejores clásicos de la literatura mundial; de la misma manera, es absurdo imaginar que un país atrasado científicamente puede usar y adaptar a sus necesidades específicas los resultados de la ciencia moderna, la actividad más compleja que ha producido la humanidad” (Herrera, 2015: 100). En trabajos posteriores retomará alguna de estas apreciaciones en una interrogación respecto de las “tecnologías adecuadas” para cada contexto histórico y cultural (Herrera, 1981).
- 14 Resulta muy sugerente el modo en que Herrera apunta que los primeros desarrollos tecnológicos no surgieron en las universidades, reacias a involucrarse en la vida práctica, sino alrededor de las primeras manufacturas e industrias, como modo de resolver problemas puntuales de los procesos de producción. Sería recién con el desarrollo de la industria química y del uso de la electricidad como fuente de energía que “la tecnología basada en la ciencia se transforma verdaderamente en el motor del progreso industrial” (Herrera, 2015: 86).
- 15 Aldo Ferrer (2014), retomando la experiencia de la ley de “compre nacional”, que había impulsado como Ministro de Economía en 1970, insistía en el papel del sector público para el desarrollo y, en particular, para garantizar la demanda de tecnología.
- 16 Susana Murillo (2012) precisó esta hipótesis, mostrando que una de los principales impulsos para el desarrollo de la ciencia y la tecnología durante el régimen agroexportador, en particular de la medicina y las ciencias biopolíticas, fue el imperativo de *control social*.

- 17 La inquietud de Herrera por la historia de la dependencia tecnológica recorre otros trabajos que hemos analizado. Por una parte, los artículos que Ferrer (2014) publicó bajo el título *Tecnología y economía política económica* en 1974 analizan muy particularmente el papel de las empresas subsidiarias a partir de la segunda fase de industrialización en el continente. En el compendio de Sábató (2011), por su parte, Jaguaribe (2011 [1971]) subraya la paradoja que supuso que el proceso de sustitución de importaciones, que había surgido como intento de lograr cierta autonomía respecto de los mercados extranjeros, terminaría reforzando la dependencia en los procesos de importación de tecnología.
- 18 Herrera retomaba, sobre todo: Kaplan, Marcos, 1967. *Desarrollo socioeconómico y estructuras estatales en América Latina, Aportes*. París: Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, y del mismo autor el libro publicado en 1965 por editorial Macchi *Países en desarrollo y empresas públicas*.
- 19 Por cierto, tanto Osvaldo Sunkel (2011), como Aldo Ferrer (2014) coincidieron con esta perspectiva, pero partiendo de la pregueta por el desarrollo.
- 20 Para un abordaje más extenso de ambas cuestiones, remitimos al lector al capítulo introductorio del libro y al anexo documental.
- 21 Resulta particularmente interesante la crítica de Herrera a aquellas perspectivas que recomendaban privilegiar para los países subdesarrollados las industrias mano de obra intensiva, pues las ventajas de tal política resultarían temporarias ante el ineluctable avance de la tecnología. La apuesta no era “deformar el desarrollo”, sino provocar un cambio global en las estructuras económicas y sociales que permitiera una radical redistribución de los ingresos (Herrera, 2015: 111).
- 22 En el texto de 1971 *Proyectos Nacionales* se contraponían el Estilo Consumista (o Desarrollista, vigente), el Estilo Autoritario, el Estilo Hippie, el Estilo Lunar y el Estilo Creativo (deseable); en *Hacia una política científica nacional*, del año siguiente, se contrastaban el Estilo Neocolonial (vigente), el Desarrollismo Nacional (inviabile) y el Socialismo Nacional Creativo (utopía probablemente viable); finalmente en el libro de 1974 *Estilos tecnológicos* la comparación se reducía al Estilo Empresocéntrico y el Pueblocéntrico.
- 23 Varsavsky polemizaba abiertamente con esta posición en 1972 al criticar “las perspectivas desarrollistas” que, ante los costos inviables del despliegue de la ciencia, planteaban la necesidad de integración de varios países en el despliegue de políticas científicas, como era indudablemente el caso de Ferrer en 1972 y sus recomendaciones de cooperación (Herrera, 2015: 203 ss.). El matemático señalaba que aun en este caso y dado que el presupuesto de ciencia de los EE.UU representaba el 20% del PBI total de América Latina, la única vía era subvertir la lógica del seguidismo. La perspectiva de Herrera, por su parte, era compartida por Aldo Ferrer (2014) y estaba en la base de algunas iniciativas políticas, como la del Grupo Andino (conformado desde 1969 por Perú, Colombia, Venezuela, Chile, Ecuador y Bolivia) que además de propiciar un mercado común, proponía programas sectoriales de desarrollo industrial conjunto a partir del despliegue de innovación tecnológica (Mata Mollejas, 1973). En el capítulo a cargo de Pilar Fiuza y Celeste Viedma se trabaja más exhaustivamente sobre los debates en torno de la integración económica en aquella coyuntura.
- 24 Así, “una de las tareas más importantes que debe encarar la investigación tecnológica en América Latina es la creación de nuevos recursos naturales, no sólo para aumentar su capacidad de exportación, sino también, y principalmente, para apoyar su propio desarrollo industrial. La expresión “crear recursos naturales” parece paradójica, pero responde a la realidad. Los recursos llamados naturales no son estrictamente tales, son esencialmente el producto de la investigación científica y tecnológica” (Herrera, 2015: 104).
- 25 Retomamos en este punto aspectos centrales de la conferencia dictada en abril de 2015 junto a Victoria Haidar en el Centro Cultural de la Cooperación “Un Varsavsky contemporáneo: revisitando su legado desde los márgenes”.
- 26 En la recepción que la Organización Internacional del Trabajo y otros organismos interna-

cionales hicieron de la problematización de las necesidades básicas propuesta por Fundación Bariloche, observamos un deslizamiento en virtud del cual el objetivo deja de ser su satisfacción universal en el marco de una transformación radical del orden vigente y pasa a ser una meta de políticas públicas focalizadas en el 20% de la población más pobre. Sobre este punto, ver Grondona (2014).

- 27 El capítulo de Paula Aguilar analizará con mayor detenimiento la definición de estas necesidades.
- 28 Se aclaraba que “La función de producción incorporada al modelo es del tipo Cobb-Douglas, escogida porque admite sustitución entre capital y trabajo. Esta característica es muy importante, sobre todo para los países subdesarrollados, donde es esencial la posibilidad de sustituir capital por trabajo” (Herrera *et. al.*, 2004 [1976]: 60).
- 29 Ver anexo documental.
- 30 Encontramos una exigencia análoga en los planteos de Aldo Ferrer sobre desarrollo tecnológico, pues subraya la necesidad de conocer acabadamente qué tipo de tecnologías se importan para poder descomponerlas y sustituirlas aunque fuera parcialmente (Ferrer, 2014: 128 ss.).
- 31 Entre las propuestas vinculadas a la producción/sistematización de información hay referencias a un “Banco Central de Información” que contenga toda la experiencia popular relevante para esa visión del mundo, organizada de muchas maneras diferentes, tantas como se propongan y de recuperación o fácil acceso para ampliar el horizonte de creatividad (Varsavsky, 1971a: 209). Hay una insistencia en evitar el despilfarro de información, el SNC “dedicará especiales esfuerzos a mejorar la difusión y transferencia de conocimientos científicos que, incluso cuando existen desde hace muchas décadas, no son aprovechados en su totalidad” (Varsavsky, 2013: 86).
- 32 En otro trabajo nos hemos referido al paso de Oscar Varsavsky por algunas de estas instituciones (GEHD, 2014).
- 33 Paula Aguilar en su capítulo se detendrá a analizar algunas implicancias de esta “híper-planificación” de la vida cotidiana.
- 34 La prosa más convencional de Aldo Ferrer (2014) detectaba estilos históricos de desarrollo económico o tecnológico: ofensivo, defensivo, de absorción, de trasplante o de adaptación.
- 35 El capítulo a cargo de Pilar Fuza y Celeste Viedma se extiende con mayor detalle sobre el Pacto Andino y su vínculo con la ALALC.
- 36 El Instituto del Cálculo había abierto sus puertas en 1961, bajo la iniciativa del Decano de la FCEN Rolando García y la dirección de Manuel Sadosky. Formó parte de la experiencia “reformista” de la Universidad de Buenos Aires sobre la que reflexionaba, unas páginas más arriba, Oscar Varsavsky. Entre sus actividades más importantes estuvo la compra y puesta en funcionamiento de “Clementina”, la primera computadora para fines científicos de la Argentina. Entre los especialistas involucrados en el organismo estuvo Oscar Varsavsky en un área de economía matemática. Información consultada en el portal del Instituto del Cálculo <http://www.ic.fcen.uba.ar/Institucional-Historia.php> (consultado el 19/02/2016)
- 37 Por cierto, por aquellos mismos años Oscar Varsavsky transitó junto a Boris Spivacow (quien devino su conuñado) y a otros compañeros vinculados a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales una experiencia de vida en comunidad en un departamento situado en la calle Aráoz de la Ciudad de Buenos Aires (Maunas, 1995: 168 ss.). La búsqueda de utopías posibles fue, sin dudas, un objeto de reflexión y práctica en la trayectoria de Varsavsky.
- 38 Sí encontramos una mención de Amílcar Herrera a la relevancia de los “saberes locales” en la delimitación de tecnologías adecuadas en una ponencia que presentó en el Seminario de tecnologías apropiadas para los asentamientos humanos (Herrera, 1981: 7). Sin embargo, estas discusiones, al igual que la “prospectiva tecnológica” desarrollada por el geólogo han quedado fuera del foco de nuestra atención.

CAPÍTULO IV

**Cuestión ecológica, buen vivir
y debates sobre estilos de desarrollo**

Victoria Haidar

Desde su instalación, hacia fines de los años sesenta, como una problemática global y de la progresiva conformación en el sistema de Naciones Unidas de un régimen de “gobernanza” del ambiente, la cuestión ecológica se ha presentado como uno de los tópicos privilegiados de las confrontaciones entre los países latinoamericanos del Tercer Mundo y los países ricos del norte. La polémica entre los partidarios de detener el crecimiento económico y aquellos que, por su parte, se esforzaban por engarzar la “pieza ambiental” a los ya multidimensionales esquemas de planificación para el desarrollo apareció vertebrando las múltiples propuestas y controversias que suscitaron, entre otros aspectos salientes de la coyuntura, la publicación del Informe Meadows (1972)¹, la Conferencia sobre Medio Humano (1972) y la agenda, activada por la crisis del petróleo (1974), del Nuevo Orden Económico Internacional (NOIE).

Estaban quienes, combinando tópicos malthusianos y darwinismo social, defendían la existencia de límites naturales para el crecimiento y apelaban a la sobrevivencia de los más aptos. Contra esas posiciones –sostenidas, entre otros, por el Club de Roma (Meadows, 1972)– se erigieron voces que (sin negar la operatoria de ciertas restricciones biológicas) pensaban que los límites eran socio-políticos. Así, tanto los informes sobre las condiciones ambientales en América Latina que la CEPAL (1971a, 1971b) produjo en el marco de la convocatoria a la Conferencia sobre Medio Humano (1972), como el “Informe Founex” (1971)² y el MML (Herrera, 2004 [1977]) confluían en enfocar el problema ambiental desde la perspectiva del “desarrollo y el subdesarrollo” así como en sostener la factibilidad, mediada por la selección de tecnologías adecuadas, del desarrollo en armonía con el ambiente.

Ciertamente, los conflictos no se reducían a la tensión entre desarrollarse y/o conservar el ambiente: los esfuerzos por encontrar una combinación

óptima entre ambos vectores estaban sobredeterminados por las contradicciones entre las élites tecno-burocráticas que procuraban encauzarlos (reformas mediante) en los marcos del estilo de desarrollo capitalista transnacional *en ascenso*³ y aquellos grupos de expertos que, por el contrario, entendían que la persecución simultánea de ambos objetivos sólo podía darse en el contexto de “otro desarrollo” u otro “estilo de desarrollo”. Entre ambos polos se emplazaban quienes –desconfiando de la vía revolucionaria– procuraban apuntalar, de manera pragmática, algunos de los motivos ligados a las discusiones sobre formas de desarrollo alternativas, en el horizonte de un NOEI, más equitativo⁴.

Oscilando entre estos dos últimos posicionamientos, se ubica un aporte singular a la problematización de la cuestión ecológica que procede de *otra problematización*, distinguible pero entrecruzada con aquella. Nos referimos a los debates sobre los estilos de desarrollo⁵ que tuvieron lugar en América Latina entre 1968 y 1981.

Olvidadas y denegadas, esas reflexiones sobre los estilos de desarrollo no aparecen –o lo hacen reducidas al burocrático papel de antecedentes– en las controversias acerca del abordaje que se hace de la cuestión ecológica en el enfoque del vivir bien/buen vivir/*sumak kawsay*⁶. Basta con asomarse al abarrotado campo de las producciones que, desde las ciencias sociales y la militancia ecológica e indigenista, procuran comprender el tratamiento que en los planes nacionales, las constituciones y ciertas leyes provenientes de los estados de Bolivia y Ecuador, se da al ambiente, para comprobar la ausencia, en “este” campo, de toda referencia, a “aquellos” contenidos históricos.

Resulta significativo, sin embargo, que unos debates que opusieron resistencia al estilo capitalista consumista transnacional, no tengan *nada* que aportar a las discusiones actuales; más aun si consideramos que los mismos coagularon –en una de sus manifestaciones más elocuentes– en un proyecto de la CEPAL que llevó por nombre, precisamente, *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina* (1978-1980)⁷.

Frente a ese silencio, en este capítulo nos dedicamos a exhumar y analizar los aportes que, desde la problematización de los estilos de desarrollo, se hicieron, entre 1968 y 1981, a la cuestión ecológica. Al restablecerlos y discutirlos aspiramos a ampliar y profundizar los debates contemporáneos sobre la ecología del buen vivir, mostrando tanto las huellas que aquellos “pasados presentes” han dejado sobre estos debates, como las posibilidades no articuladas pero articulables que los mismos abren.

Con esa finalidad construimos un *corpus* que articula una serie de documentos relativos a los debates sobre los estilos de desarrollo (1968-1981) y otra serie concerniente al enfoque actual buen vivir (2007-2013). La primera está integrada por: a) un conjunto de textos producidos en el marco del proyecto *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina* (1979-1981)⁸; b)

el MML (Herrera, 1976), así como otras elaboraciones conexas, emergentes, asimismo de la Fundación Bariloche⁹; c) libros y artículos de Oscar Varsavky (1971a, 1971b, 1974, 1982 [1975], 1982 [1976]), y d) documentos y artículos en los que Ignacy Sachs (1973, 1974) elabora la noción de “ecodesarrollo”.

En la segunda serie incluimos: a) el PNDB (2007); b) el PNBVE (2013-2017)¹⁰; c) la Constitución de Ecuador (CE 2008) y del Estado Plurinacional de Bolivia (CB 2009); y d) Ley de Derechos de la Madre Tierra N°71 (LDMT 2010) y la Ley Marco de la Madre Tierra y Desarrollo Integral para el Vivir Bien N°300 (LMMT 2012), ambas procedentes de Bolivia.

El capítulo está organizado de la siguiente manera: en el primer apartado reponemos los ejes principales del modo en que el problema ecológico es abordado en el enfoque del buen vivir. Como podrá observarse, la aproximación que ensayamos no es convencional. Prácticamente no nos detenemos en los tópicos que suelen ser discutidos en la bibliografía¹¹ y enfatizamos los aspectos que tienen más que ver con la forma en que se plantean y abordan los “problemas” ambientales, que en las “respuestas” concretas que se les dan. La exposición subraya tres aspectos: el tipo de abordaje “integral” u “holista” que recibe la cuestión ecológica en ese enfoque (I.1), el funcionamiento de esa cuestión como punto de articulación entre diversas luchas (I.2) y la coexistencia de formas plurales de significar (y en consecuencia tratar) a la naturaleza (I.3). En el segundo apartado, que reúne el grueso del capítulo, analizamos con mayor detalle las contribuciones que se hicieron desde los debates sobre los estilos de desarrollo, en torno a la cuestión ambiental. La exposición, aunque lleve diferentes títulos, recorre los mismos ejes analizados en relación al enfoque del buen vivir: encuadre estructural (II.1), polémica y política (II.2) y pluralización (II.3). Finalmente planteamos una serie de conclusiones¹².

La cuestión ecológica y el enfoque del buen vivir

En el conjunto de procesos sociales y debates relativos al concepto –plural y en construcción (Acosta, 2012)– de bien vivir/buen vivir/*sumak kawsay*, la cuestión ecológica ocupa un lugar central. Incluso, ha llegado a señalarse que el propio concepto de *sumak kawsay* está irrigado por la disputa ecológica, y que es a partir de ahí que se derivan en cascada las otras dimensiones del significado (Belotti, 2014: 43).

Esa centralidad obedece, en primer lugar, al carácter innovador de esos planteos en lo que refiere a la discusión sobre el modo de pensar (y de regular) la relación naturaleza-sociedad. Resulta insoslayable que, al reconocer a la naturaleza/Pacha Mama como sujeto de derechos, la Constitución de la República de Ecuador (2008), la ley N° 71 (LDMT, 2010) y la ley N° 300

(LMMT, 2012) producen algo “nuevo”: generan un desplazamiento respecto del antropocentrismo subyacente a la idea del “derecho a un ambiente sano” introduciendo, en los cuerpos normativos (de manera novedosa para la civilización occidental) un punto de vista “eco-céntrico”¹³.

En segundo lugar, la centralidad que asume la temática ecológica en el enfoque del buen vivir se comprende si consideramos que esta última noción ha sido puesta en discusión en el contexto de las luchas encabezadas por los pueblos indígenas de la región andina en pos de la defensa de sus modos de vida, de las luchas de movimientos ambientalistas (entre otros movimientos sociales), y de la instalación, en Bolivia y Ecuador, de gobiernos progresistas que lo reivindican –en un escenario de pluriculturalidad e interculturalidad– como un horizonte civilizatorio y cultural “alternativo” al concepto de desarrollo.

Como sabemos, algunas de las críticas más agudas al modelo capitalista, industrialista y consumista de desarrollo, se articularon, hacia fines de los años sesenta, en nombre de la supervivencia de la especie humana y de la conservación del ambiente. La “conciencia ecológica”, que fue construyéndose progresivamente desde la Segunda Posguerra, incluyó, desde sus primeras manifestaciones, un cuestionamiento tanto de la viabilidad fáctica como de la legitimidad del crecimiento económico ilimitado. La propuesta del *zero growth* planteada en el Informe Meadows (1972) es un punto de coagulación de esa clase de advertencias.

Sin embargo, además de los motivos “anti-productivistas” o “anti-capitalistas” (y en algunos casos, también, “anti-modernos”) que confluían en los planteos ambientalistas, desde fines de la década de 1960 el esquema capitalista, industrialista y consumista de desarrollo venía siendo cuestionado. Así, tanto desde algunas instituciones del Norte como desde los países de América Latina se impugnaba dicho modelo por su incapacidad de alcanzar objetivos redistributivos, por la escasa participación que conferían a las masas en el proceso de tomar decisiones vinculadas al desarrollo, etc.

Entre estos últimos cuestionamientos se incluyen los debates sobre los estilos de desarrollo de los que nos ocupamos a lo largo de este libro. Si bien en esa problematización convivían varios niveles de análisis¹⁴ y las significaciones que se atribuyeron a la noción de “estilos” no fueron idénticas¹⁵, los aportes convergían tanto en el descontento con los logros que habían obtenido las políticas de desarrollo, como en la disconformidad con la definición de desarrollo concebido como un proceso homogéneo con etapas predeterminadas y cuyo objetivo sería alcanzar niveles de ingreso, patrones de consumo y estructuras económicas similares a las de los países capitalistas industrializados (Pinto, 1976).

Recapitulando, hacia la década de 1970 la perspectiva ambiental se combinó con otras perspectivas críticas, basadas en la preocupación por las desigualdades sociales, los derechos humanos, los valores de la autonomía na-

cional y la identidad cultural, para poner en entredicho una serie de creencias derivadas de la ideología del crecimiento económico que habían prevalecido desde la Segunda Posguerra.

Enmarcados en las discusiones sobre la crisis de la civilización occidental, los debates actuales acerca del buen vivir retoman aquel impulso crítico que, hacia finales de la década de 1960 puso en cuestión el modelo capitalista, consumista transnacional de desarrollo, señalando, tanto sus “límites ecológicos” como “socio-políticos”. Recuperando las reivindicaciones y la potencia creativa de diferentes luchas sociales, los planes nacionales de Bolivia y Ecuador impugnan “el desarrollo” entendido como esquema único, unidireccional y de alcance universal y afirman la posibilidad de construir modos de existencia que integren, con un sentido emancipatorio, las aristas ecológico-natural, económico-social, cultural, espiritual, jurídico-política, estética, etc. En consonancia con ese desafío, en el enfoque del buen vivir, la injusticia ambiental y la injusticia social son, como veremos, dos caras de un mismo problema.

Cuestión ecológica y transformación social

En el enfoque del buen vivir los problemas ambientales se encauzan en proyectos que apuntan a la transformación de las sociedades: el buen vivir es, en sí mismo, un horizonte co-existencial modelado por valores (la solidaridad, la creatividad, la participación profunda, etc.) diferentes a aquellos de las sociedades capitalistas, industrialistas y consumistas. Mientras desde el punto de vista neoliberal que traduce la racionalidad de la *green economy*, esos problemas se abordan de manera “aislada” y “parcializada”, atacándose —con una mentalidad cortoplacista— sólo sus manifestaciones exteriores, en la perspectiva del buen vivir, lo ambiental se encuadra en una “totalidad coherente”. Así, entre la forma de pensar el problema y las tecnologías seleccionadas para representarlo y darle respuesta existe afinidad: la decisión de “planificar” y de hacerlo el punto de vista de un “nosotros” conlleva una vocación articuladora y totalizadora. En los proyectos que estamos analizando, el “nosotros” se conjuga bajo formas míticas y discursivas, en varias lenguas. En esas apelaciones son frecuentes las referencias a “la comunidad” pero, asimismo, a la “nación”.

Al orientarse en torno de la idea de buen vivir, los planes nacionales asumen —en términos cognitivos—, la unidad fundamental de todos los hechos históricos, el peso y la significación de los procesos sociales considerados en su totalidad y no como un “cúmulo de cosas”. Ello está ligado, simultáneamente, a la decisión cultural de asumir el carácter “comunitario” de la existencia, así como la “complementariedad” entre los modos plurales de existencia; decisión que encuentra inspiración tanto en las cosmovisiones holistas de los pueblos andinos como en vertientes del pensamiento occidental¹⁶.

La perspectiva de “totalidad” que caracteriza al enfoque del buen vivir es tanto “ética”, como “epistemológica” y “político-práctica”. La distinción de esos tres registros es relevante a los fines de establecer las relaciones de afinidad que dicho enfoque mantiene con otros discursos y experiencias. Ciertamente, los planteos relativos al buen vivir encuentran inspiración en las culturas de los pueblos andinos pero dicha inspiración es, principalmente, de carácter “ético” y “político-práctico”. Difícilmente pueda homologarse el abordaje totalizador que expresan los planes nacionales de Bolivia y Ecuador, a formas de pensamiento mítico característica de dichas civilizaciones, y ello sin perjuicio de que el buen vivir funcione, en sí mismo, como un nuevo “mito movilizador” para varias luchas sociales.

Al mismo tiempo, sostenemos que en términos epistemológicos y, asimismo, político-prácticos, dicho encuadre resulta afín a la tradición de pensamiento estructuralista que impregna los planteos sobre los estilos de desarrollo. Así, los planes nacionales fundados en la idea de buen vivir, son el resultado, deliberado, de operaciones cognitivas que, abrevando en el utillaje de la filosofía y de la ciencia (y, por lo tanto, del pensamiento moderno), opone resistencia a las formas (también modernas) de abordar lo real en modo “parcializado”, “compartmentado”, “focalizado”, “disperso”, etc.

Como puede leerse en las siguientes citas:

Vivir bien como parte de la comunidad (...) significa vivir bien contigo y conmigo lo cual es diferente del “vivir bien” occidental que es individual, separado de los demás e inclusive a expensa de los demás y separado de la naturaleza (PNDB, 2006: 10).

Compartimos (...) el “estar” juntos con todos los seres, que tienen vida y son parte de la nuestra. El mundo de arriba, el mundo de abajo, el mundo de afuera y el mundo del aquí, se conectan y hacen parte de esta totalidad, dentro de una perspectiva espiral del tiempo no lineal (PNBVE, 2009: 18).

Esa perspectiva totalizadora también se expresa en las formas de inteligibilidad de los problemas ambientales, los cuales se insertan en esquemas de interrelaciones múltiples y complejas. Así, los modos de producir, generar conocimiento, consumir, educar, disfrutar del tiempo libre, relacionarse con la naturaleza, etc., se articulan y procuran complementarse en un proyecto societal común que reconoce, no obstante, códigos culturales diferentes. En consonancia con ello, se diseñan estrategias que, desde una perspectiva de “integralidad”, permiten realizar, simultáneamente, varios objetivos. La integralidad está consagrada, como principio, en la Ley Marco de la Madre Tierra y Desarrollo Integral para el Vivir Bien N°300 (art.4 inc.3):

La interrelación, interdependencia y la funcionalidad de todos los aspectos y procesos sociales, culturales, ecológicos, económicos, productivos, políticos y afectivos desde las dimensiones del Vivir Bien deben ser la base del desarrollo integral, de la elaboración de políticas, normas, estrategias (...) así como de los procesos de planificación, gestión e inversión pública armonizados en todos los niveles del Estado Plurinacional de Bolivia.

En esta dirección, el punto de vista ambiental aparece incorporado, en el PNBVE (2013-2017) en las políticas educativas y culturales; mientras que, por su parte, es profunda la marca que la idea de interculturalidad (expresada en prácticas tales como el “diálogo de saberes”) deja en el campo de las políticas ambientales.

No menos relevante para comprender la forma de aproximación holista a la que nos estamos refiriendo, es considerar la instauración de las reglas de la “interdependencia” y la “complementariedad”¹⁷ como criterios ético, políticos y jurídicos a partir de los cuales pensar las relaciones entre los derechos ambientales, los derechos de la naturaleza y los demás derechos individuales y colectivos reconocidos en las Constituciones y en las leyes de Bolivia y Ecuador, y dirimir, eventualmente, los conflictos que se susciten entre ellos. Así, uno de los principios que podemos leer en la LMMT establece la compatibilidad y complementariedad de derechos, obligaciones y deberes. Un derecho –enuncia el texto– no puede materializarse sin los otros o no puede estar sobre los otros, implicando la interdependencia y apoyo mutuo (art.4 inc.1). Avanzando en este esfuerzo de complementación la Constitución de la República de Ecuador (art.321) prescribe que el derecho de propiedad, en todas sus formas, deberá cumplir su “función social y ambiental”.

Como explicamos seguidamente, la complementariedad presupone el reconocimiento de modos plurales de significar la naturaleza y la relación naturaleza-sociedad.

Significaciones plurales de la naturaleza

Los enfoques del buen vivir organizan regímenes de uso y protección en los que la valoración intrínseca de la naturaleza se articula con otra serie de significaciones ético-culturales, económicas y políticas. Así, por una parte, la naturaleza se concibe en la CE (art.71) como “Pachamama (...) el espacio donde se realiza la vida”. Y es, en la letra de la LMMT (art.5 inc.1) “la comunidad indivisible de todos los sistemas de la vida y los seres vivos interrelacionados, interdependientes y complementarios, que comparten un destino común”.

Esta última ley avanza, incluso, reconociendo, como principio la “no mercantilización de las funciones ambientales de la Madre Tierra”. Las fun-

ciones ambientales y procesos naturales de los componentes y sistemas de vida de la Madre Tierra no son considerados como mercancías sino como dones de la sagrada Madre Tierra (LMMT art.4).

Asimismo, en un registro simbólico análogo, el agua se piensa, en el PNDB en el “contexto cultural (...) como un ser vivo, parte de la naturaleza y proveedor de vida, expresión de flexibilidad, reciprocidad y base del ser humano y su vida (...) un factor de relacionamiento, armonía e integración” (PNDB, 2006: 116).

A estas aproximaciones que rompen con el antropocentrismo (para alojar, incluso, algunos rasgos vitalistas) se sobreimprime, tanto en el caso de la Constitución de la República de Ecuador como de las leyes sancionadas en Bolivia, el lenguaje moderno y liberal de los “derechos”. Como señalamos anteriormente, ambos estados avanzan más allá del paradigma del “derecho al ambiente sano”, para reconocer a la naturaleza como sujeto de derechos.

De manera simultánea a ese proceso de subjetivación jurídica, la naturaleza se piensa y administra en términos de “recursos naturales”, susceptibles de apropiación, control, o explotación. En este sentido, la Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia impone la “industrialización” de los recursos naturales y el PNBVE (2013) prevé aprovechar el patrimonio natural según un modelo “eficiente” que incluye el uso de incentivos económicos para fomentar las “mejores prácticas” ambientales.

En ambos proyectos nacionales, la utilización intensiva de los recursos naturales encuentra justificación en la necesidad de generar las rentas que permitan combatir la pobreza y las múltiples situaciones de desigualdad que se consideran prioritarias¹⁹, así como avanzar en la transición hacia el “biosocialismo” (Le Quang y Vercoutère, 2013). La biodiversidad se concibe, también en los dos países, como una “ventaja comparativa” (PNDB, 2006: 112; PNBVE, 2013: 22) y una oportunidad para diversificar, e incluso transformar, la matriz de acumulación, generando, a partir de los bio-conocimientos, productos con valor agregado de origen industrial.

Pero la protección de la biodiversidad también tiene una significación ética y cultural. Se vincula, en un contexto de la globalización, con el proyecto de asegurar la pervivencia de otro modo, no occidental, de relacionamiento con la naturaleza, en el marco de una “decisión cultural” como la planteada en el Preámbulo de la CB, de asumir la “pluralidad vigente de todas las cosas”.

Desde esa perspectiva, la naturaleza funciona como símbolo del simple “estar”: es la tierra para las comunidades rurales, el bosque para las nómades, el barrio y la ciudad para las urbanas (PNDB, 2006: 11). Se busca preservar la naturaleza por su valor, como vimos, pero al mismo tiempo, por la relación “intrínseca” que tienen ciertas comunidades con la naturaleza que genera “vi-

siones de mundo”, “interpretaciones del trabajo”, “identidades sobre el tiempo y sus mitos”, “construcción de la territorialidad y del poder” (PNDB, 2006: 11). Así, en el PNDEC (2007: 223) se enfatiza la existencia de “profundas relaciones entre el patrimonio cultural y natural”, mientras que en Bolivia la protección de esas formas de relación con la naturaleza apunta a “preservar y rescatar unas memorias (...) fortalecer otros modos de vida y valores como la complementariedad, la solidaridad, etc.” (PNDB, 2006: 11).

Al reconocerse y valorizarse diversas formas de abordar la naturaleza, la racionalidad científica moderna pierde su “monopolio” en tanto ámbito exclusivo de producción de verdad y se legitiman los saberes ancestrales de los pueblos indígenas. Tanto en el PNDB como en los PNBVE la relación entre las ciencias y los saberes colectivos es objeto de una persistente reflexión que está animada por el propósito de descolonizar dichas sociedades y profundizar sus democracias²⁰.

De la mano de la decisión político-cultural de “tomar en cuenta” modos de vida que fueron históricamente discriminados e inferiorizados, se programan un repertorio de intervenciones orientadas a revalorizar, recuperar, proteger, sistematizar y socializar los conocimientos, tecnologías, saberes, usos y consumos de las culturas originarias; proponiéndose estrategias fundadas en el “diálogo de saberes”. Es que las luchas relativas a la “cuestión racial” y a la “cuestión social”, tanto como las luchas antiimperialistas, atraviesan los debates del buen vivir, impregnando como veremos seguidamente, el tratamiento de la cuestión ecológica.

Derechos de la naturaleza y luchas

El enfoque del buen vivir se inscribe, como ha sido observado en varias oportunidades en este libro, en la historia de las luchas contra diversas formas de opresión. Ciertamente, en Bolivia y en Ecuador los planes nacionales y las constituciones (que están imbricados) conforman apuestas para colonizar el futuro imaginando alternativas en relación al presente. Sin embargo, tanto los esfuerzos de planificación como de reforma constitucional partieron de la producción de diagnósticos críticos en los que se recuperan, entre otras, las reivindicaciones de los pueblos indígenas, de los movimientos feministas, ambientalistas, etc., así como las luchas que los países del Tercer Mundo mantienen, históricamente, con aquellos del Primer Mundo.

En consonancia con ello, aquel enfoque comprende e integra como objetivos “simultáneos”, tanto la desmercantilización de la naturaleza como el desmontaje de los dispositivos coloniales y la satisfacción de las necesidades sociales básicas de las poblaciones. Con esa lógica, la LMMT (art.45 inc.2) establece que las políticas orientadas al vivir bien, incluidas las ambientales,

deben ser desarrolladas considerando los procesos de “descolonización” y “despatriarcalización”.

Asimismo, el eje Norte-Sur vertebrará las polémicas que se establecen, tanto en los planes nacionales de Bolivia y Ecuador, como en sus políticas internacionales, en torno a la cuestión ecológica. Es que, como señalara el presidente de Bolivia en la última Convención de la ONU sobre Medio Ambiente (Río + 20, 2012), el enfoque de la “economía verde” significa un “nuevo nuevo colonialismo de doble partida” (Morales, 2012) que mercantiliza la naturaleza y moviliza argumentos ambientalistas con la finalidad de legitimar el dominio histórico que los países del Norte han ejercido sobre aquellos del Sur.

Las posiciones que desde los gobiernos de ambos países vienen esgrimiéndose respecto de “lo ambiental”, y, en particular, frente a ciertos temas controversiales, como el “cambio climático”²¹, apuntan a reivindicar la “deuda ecológica” que los países del Norte mantienen respecto de los países del Sur, a afirmar la soberanía permanente de los estados sobre los recursos naturales no renovables²², defender la soberanía económica sobre todos los recursos naturales, así como los derechos de los pueblos indígenas.

Así, atendiendo al saqueo de recursos que ha sufrido a lo largo de su historia América Latina, al igual que las amenazas actuales de biopiratería, en la Constitución boliviana (art.30 inc.11) y en la ecuatoriana (art.322 y 402) se han introducido cláusulas destinadas a prevenir un nuevo despojo. Ya con anterioridad a la sanción de la Constitución, en el PNDB (2007) se problematiza el proceso de registro bioprospectivo y de patentamiento de todas las formas de vida que puso en marcha el acuerdo TRIPPS que, junto con el vacío de normativa nacional, resultó en que varios componentes de la biodiversidad boliviana se registraran en el extranjero. En consecuencia, se plantea la necesidad de elaborar y someter a aprobación leyes que resguarden esas formas del patrimonio intangible.

Por otra parte, las políticas internacionales desplegadas por los gobiernos de Evo Morales y Rafael Correa, tanto en el sistema de Naciones Unidas como en otros foros mundiales, han tendido a incorporar la perspectiva de los “derechos de la naturaleza” en los documentos que organizan la gobernanza (global) del ambiente²³. Esta innovación, así como la valorización, característica del enfoque del buen vivir, de la relación intrínseca que los pueblos indígenas mantienen con la naturaleza, es uno de los aportes que los países del Sur realizan a la comunidad internacional, con la finalidad de confrontar la crisis civilizatoria y de avanzar hacia la realización de la justicia social y ecológica.

Recapitulando, a lo largo de este primer apartado procuramos visibilizar y caracterizar tres de las marcas que hacen a la singularidad del abordaje de la cuestión ecológica en términos de buen vivir: integralidad, pluralidad e

imbricación con diversas luchas. El objetivo del segundo apartado consiste en mostrar que, con diverso grado de elaboración teórica, e impregnados de las particularidades de la coyuntura, en esos tres rasgos ya estaban presentes los debates sobre los estilos de desarrollo que se dieron en América Latina entre 1968 y 1981.

Estilos de desarrollo y ambiente

Así como en el enfoque del buen vivir la cuestión ecológica ocupa un lugar central, en los debates sobre los estilos de desarrollo tuvo un lugar relativamente marginal, al menos hasta la conformación, en el seno de la CEPAL, del Proyecto *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina* (1978). Esta iniciativa se sumaba a otros antecedentes de dicha agencia regional en materia ambiental. La convocatoria de la ONU a la Conferencia sobre Medio Humano y la creación subsiguiente del PNUMA, habían motivado la realización de toda una serie de seminarios e informes previos, en los que la perspectiva del desarrollo-subdesarrollo había ocupado un lugar preponderante (CEPAL, 1971a; 1971b; 1973; 1976).

Dos rasgos hacían, no obstante, a la singularidad del Proyecto de 1978. Por un lado, por primera vez el enfoque de los estilos de desarrollo, afín a las reflexiones sobre la planificación (y, por lo tanto, con la disciplina económica), se utilizaba de manera explícita y multidimensional para pensar el tema del medio ambiente. De esta manera se pretendía salvar la insuficiencia de los estudios sobre el desarrollo, que habían prestado escasa atención a esa cuestión.

Como se señala en la introducción del libro que compila varios de los aportes a aquel proyecto, el tema ambiental ingresó en la agenda de la planificación sobre el desarrollo “por la ventana”. En la medida en que no formaba parte del “mito” del desarrollo económico, lo ambiental estaba en gran parte invisibilizado²⁴. No puede dejar de destacarse, sin embargo, que W. Leontief, precisamente el padre de la denominada matriz de “insumo-producto”, desarrollada en la década de 1940 y que tanta significación tendría en el campo de la planificación presentó, en 1970, un modelo que integraba en su análisis tradicional de “insumo-producto” las variables ambientales²⁵.

Por otro lado, la singularidad de proyecto de la CEPAL estaba dada por la pragmática (y, al mismo tiempo, esperanzada) lectura que dicha institución propuso de la coyuntura: una lectura atravesada por un clima de “posibilidades abiertas” tanto para el “manejo” (*management*) de los problemas ambientales o de “cambio” del estilo de desarrollo dominante, que se truncaría en el transcurso de muy pocos años. Así, en el documento final del Seminario Regional realizado en Chile en 1979, que redactó Osvaldo

Sunkel, la crisis del petróleo, al poner en discusión tanto la sustentabilidad de las fuentes de energía convencionales, como el orden económico internacional, constituía una oportunidad para los países de América Latina, que estaban en condiciones, no sólo de explorar fuentes de energía alternativas, sino de impulsar (como se venía haciendo desde la UNCTAD) cambios en el sistema del comercio internacional, que involucraran una participación más activa para ellos. Ello dependía, asimismo, de que los países del Norte aceptaran introducir reformas estructurales en el orden económico internacional, abriendo paso a una división internacional del trabajo más acorde con la “nueva estructura de ventajas comparativas” que estaba esbozándose (Sunkel, 1981: 100).

De manera aun más radical, Sachs alentaba al Tercer Mundo a aprovechar la coyuntura, que se entendía de transición hacia el uso de fuentes renovables de energía, para “lanzar las bases de una nueva civilización industrial de los trópicos, adaptada a sus ecosistemas y fundamentada en tecnologías propias, o, por lo menos, tecnológicamente menos dependientes de los grandes centros industriales” (Sachs 1980: 109).

Estas posibilidades, sin embargo, se abrían en un horizonte en el que, mientras florecían las críticas, el modelo capitalista consumista transnacional se convertía en el estilo de desarrollo ascendente a nivel mundial²⁶, absorbiendo todos aquellos elementos de los paradigmas competidores que no le eran estructuralmente dañinos (Melnick, 1979: 8).

La crisis del petróleo operó, ciertamente, como condición de posibilidad para que la CEPAL se aventurase a pensar las relaciones entre los estilos de desarrollo y el ambiente. Pero también existieron otros factores que hicieron posible el Proyecto. Entre ellos, desempeñan un rol fundamental los aportes teóricos, epistemológicos y metodológicos de O. Varsavsky (1971a, 1974, 1975)²⁷ así como las modelizaciones que, en respuesta a la hipótesis del “crecimiento cero” planteada por el Club de Roma²⁸ había producido la Fundación Bariloche.

Por otra parte, al tiempo que se dio inicio al Proyecto de la CEPAL, el concepto de “ecodesarrollo”, ya era ampliamente conocido. Como ya destacamos, aunque el término fue utilizado por primera vez por el Secretario del PNUMA, M. Strong, su elaboración y formalización se debe al economista, (y consultor de varias agencias de la ONU) Ignacy Sachs, quién en 1973 defendió, en un documento preparado para la CEPAL²⁹, al “ecodesarrollo” como un estilo especialmente viable en los países subdesarrollados. Como huella de la circulación de esta noción, en el MML (Herrera 2004, [1977]: 59), se señalaba que el concepto de “ecodesarrollo” constituía un buen marco de referencia general para pensar en la compatibilización entre el desarrollo y la protección del ambiente.

Como explicaremos en los apartados siguientes, más allá del Proyecto del año 1978³⁰, las diferentes líneas que nutrieron los debates sobre los estilos de desarrollo, efectuaron aportes que serían nodales para el tratamiento de la problemática ambiental y que resuenan en las discusiones actuales concernientes el buen vivir.

El encuadre estructural

Una de las contribuciones que, frente a las encrucijadas que plantean las relaciones naturaleza-sociedad, produjo la problematización acerca de los estilos de desarrollo, consistió en poner en discusión, hacia la década de 1970, un “encuadre” o “marco” holista/integralista/estructuralista, constructivo³¹ e histórico³² para abordar toda una serie de problemas.

En un muy informado trabajo, elaborado en el marco del Proyecto de CEPAL, en el que se revisaban las diferentes metodologías propuestas para pensar la cuestión ambiental, Melnick (1979) sostenía que el ambiente debía ser tratado en la perspectiva estructuralista de la “unidad fundamental” de los hechos históricos³³. Como señalara Gallopin (1980) en otro trabajo, un marco general ideal requeriría considerar de forma simultánea los aspectos físicos, sociales y culturales del medio ambiente, incluyendo, no sólo las variables ambientales que son operativas en un determinado momento dentro de una sociedad, sino los subconjuntos de variables que son “percibidas”, aquellas a las que se atribuyen “valores sociales”, los subconjuntos que pueden ser modificados y controlados, así como las estrategias para mejorar la situación.

Tal encuadre ya estaba en movimiento en América Latina, tanto en el análisis y la comparación de distintos estilos de desarrollo que O. Varsavsky realizó en Proyectos Nacionales (1971a), como en la apuesta por la modelización global realizada por la Fundación Bariloche y en los ensayos de “planificación espacial”, entre los que se destacan el enfoque del “ecodesarrollo” (Sachs, 1973).

El aporte, que admitía varias formulaciones³⁴, consistió menos en un conjunto específico de propuestas que, en una perspectiva genuinamente problematológica, en un método de trabajo y de análisis para encontrar soluciones. Su marca distintiva radicaba en la adhesión al cambio radical en el sistema, en asociar las respuestas a la cuestión ecológica a la construcción de una sociedad estructuralmente diferente, fundada en un nuevo sistema de valores. Había convergencia en que, como sostuvieron los científicos de la Fundación Bariloche (1976), la solución de los problemas ambientales no podía articularse sobre la aplicación circunstancial de medidas correctivas, sino que requería la creación de una sociedad intrínsecamente compatible con su medio ambiente.

Tras el ascenso, una década más tarde, del paradigma del desarrollo sustentable³⁵ este encuadre desaparecería del horizonte de los debates derro-

tado por los enfoques de las “externalidades” y del “análisis costo-beneficio” (cuya apoteosis es el enfoque contemporáneo de la *green economy*). Así, el afán por “asociar” desarrollo económico, lucha contra la pobreza, protección del ambiente, tan marcado en el Informe Brundtland (1987), presupone un cuidadoso trabajo de “separación” de esos componentes o dimensiones y, con ello, la derrota de posiciones que partían, por el contrario, del carácter integrado, de la íntima imbricación entre los procesos de la naturaleza y los procesos sociales.

En esta dirección, una de las principales contribuciones de los debates sobre los estilos de desarrollo consistió en articular lo ambiental con toda otra serie de problemáticas entre las que se destacaba la cuestión del consumo³⁶. Ese aspecto funcionaba como una pieza táctica para la resolución de las encrucijadas que planteaba la cuestión ecológica y permitía a los países del Tercer Mundo ajustar cuentas con aquellos del Norte.

Mientras en el Tercer Mundo las necesidades básicas de las masas permanecían insatisfechas, el Norte desplegaba índices de consumo elevados y ostentosos, que permitían explicar gran parte los problemas ambientales. Así, el consumo “dispendioso” e “irracional” de las naciones desarrolladas, que, en virtud del “efecto demostración”, se había encarnado en las minorías privilegiadas de los países en desarrollo (Herrera, 2004 [1977]: 45), era responsable del deterioro del medio ambiente. Esto era así en la medida en que el consumismo derrochador aparecía como la fuente principal del dinamismo del sistema capitalista (Sunkel, 1981).

El consumo era una de las aristas a través de las cuales la cuestión ambiental entraba en conexión con la ética, con el modo de existencia de las personas³⁷. En esta dirección, al discutir las diferentes salidas a la crisis energética Sachs (1980: 113) sugería estudiar los modelos de uso del tiempo social, ya que las formas de ocio tenían, en opinión del autor, “implicaciones energéticas significativas entre las clases altas, acostumbradas a salir fuera de la ciudad durante los fines de semana y pasar sus vacaciones en el extranjero” (Sachs, 1980: 113).

Si bien se consideraba fundamental, la racionalización del consumo aparecía como una tarea compleja, ya que sólo un cambio de valores permitiría modificar la estructura de la demanda social. Las mayores dificultades estaban en los puntos en los que se exigía cambiar el estilo de vida, por la atracción que ejercía el modelo consumista sobre todos aquellos que vivían aún muy por debajo de los niveles de satisfacción, siquiera elemental, de sus necesidades materiales y que aspiraban, con razón, “a un mínimo de confort” (Sachs, 1980: 111). En este punto, al tiempo que se promovía la austeridad voluntaria y la autolimitación en los niveles (que se entendían abusivos) de consumo material (Sachs, 1980: 110), también se hacían propuestas concretas, que iban desde

la generalización del uso de la bicicleta hasta la invención vehículos urbanos eléctricos de menor tamaño.

Es que, en contradicción con el determinismo ambiental sostenido por el Club de Roma, los aportes que, desde la problematización de los estilos de desarrollo se hicieron para resolver los problemas ambientales, tuvieron un carácter netamente “constructivo”. Ese rasgo involucraba una fuerte confianza en las capacidades manipulativas del hombre y presuponía una ética antropocéntrica. El descubrimiento, efectuado en la Segunda Posguerra por la “ecología humana” (Hawley, 1950) de que el hombre no ocupa un dicho predeterminado en los sistemas ecológicos, había respaldado el humanismo, en desmedro de las éticas ambientales que, aun marginales, orientaban algunas de las reflexiones acerca de la planificación³⁸.

Desde la perspectiva de la ecología humana, Melnick (1979) remarcaba –contraponiéndose a los diagnósticos catastrofistas– que la “sobrevivencia” no tenía el mismo significado para los seres humanos y para el resto de las especies animales: el hecho de que la sobrevivencia humana iba más allá de los imperativos puramente biológicos, y de que los seres humanos podían sobrevivir en una variedad de escenarios, ponía sobre el tapete el problema de la “necesidades básicas”, sobre el que ya había llamado la atención el MML (1977) y que ocupaba un lugar medular en los trabajos de Varsavsky. La preocupación por el “umbral” de necesidades básicas que debían ser satisfechas para que las poblaciones pobres de América Latina alcanzaran un nivel de vida aceptable atravesaba los posicionamientos que los científicos latinoamericanos tenían respecto del ambiente, colocando un límite infranqueable a las posiciones conservacionistas. Como se señalaba acertadamente desde la Fundación Bariloche:

Cualquier política de preservación del ecosistema o de reducción del consumo de recursos naturales será difícil de ejecutar efectivamente, a escala mundial, hasta que cada ser humano haya logrado un nivel de vida aceptable. En otras palabras, sería absurdo pedir a los habitantes de las vastas regiones pobres de la tierra –en su gran mayoría al borde de la mera supervivencia– que se preocupen por el eventual efecto que podría tener, en un futuro lejano, su magro consumo actual (Herrera, 2004 [1977]: 46).

Esta preocupación por las desigualdades sociales, no impidió, sin embargo, la consideración del punto de vista de las generaciones futuras. Si el pensamiento de la “naturaleza” como sujeto de derechos estaba, hacia la década de 1970, afuera del horizonte de lo pensable, la perspectiva de “largo plazo” que marcaba la temática ambiental, favoreció la inclusión, en algunos análisis (Varsavsky, 2013 [1974]; Mallman, 1975) del relativamente novedoso punto de vista de las generaciones futuras.

Así, la impronta “constructiva” del enfoque radicaba, precisamente, en la confianza de que los grupos humanos (sociedades, naciones) podían escoger las grandes direcciones para los procesos sociales. En este sentido, la irrupción del problema ambiental trajo una renovación de las discusiones sobre la “planificación”. Ello es particularmente claro en las reflexiones en torno al “ecodesarrollo” (Sachs, 1973; 1974) en donde el acento está puesto en los “estilos tecnológicos”.

A su vez, al tocar la agenda de la planificación, la cuestión ambiental también condujo, en el Proyecto *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, a repensar el rol del Estado. Si por un lado se afirmaba que el Estado tenía una responsabilidad fundamental en la reorientación de los estilos, por otro lado se advertía acerca de la posibilidad de que el mismo actuara como un “aparato legitimador y reproductor de las fuerzas del mercado”. La salida frente a este dilema radicaba en promover la amplia participación de la población en todos los niveles (Sunkel, 1981: 123).

Más allá de la confianza en los sistemas institucionales de planificación y en la invención de tecnologías adecuadas, también se reconocía que las posibilidades manipulativas estaban, en cada momento histórico, sujetas a un “sistema de limitaciones”. “No cualquier estilo de desarrollo es deseable aunque cuente con el consenso necesario”, advertía Melnick (1979: 61), puesto que las restricciones ambientales contaban como uno de los elementos de la decisión para adoptar un estilo; algo que, en el esquema de Varsavsky (1971a), aparecía incluido en las consideraciones relativas a la factibilidad material o física de un determinado proyecto nacional.

Frente a esta tensión entre “manipulación y limitación” se imponían las soluciones fundadas en la figura del “equilibrio” que aparecía conjugaba en los documentos bajo distintas formulaciones. Así, Melnick (1979) sostenía que el “justo medio” aristotélico era la mejor apuesta, Sachs (1980: 109) se inclinaba por la “prudencia”³⁹ y en el informe del Proyecto de la CEPAL se optaba por la fórmula de un “desarrollo ecológicamente equilibrado” (Sunkel, 1981: 100).

Ciertamente, la idea de que era posible armonizar ambos vectores resultaba tranquilizadora y conseguía amplias adhesiones, frente a otros aspectos de la problematización de los estilos de desarrollo, que generaban controversias. Así, dada la magnitud y el alcance de muchos de los cambios deseados, la cuestión de la “factibilidad”, esto es la dimensión “operacional” de las propuestas, constituía una de las cuestiones más discutidas. O. Varsavsky, formalizando una tradición que contaba con desarrollos en Venezuela, Chile y Argentina, sostenía que la factibilidad de los diferentes objetivos de transformación social planificados para el largo plazo, podía demostrarse utilizando la “experimentación numérica”⁴⁰; tal método permitía evaluar y comparar

la viabilidad de diferentes proyectos nacionales. Por su parte, también los científicos de la Fundación Bariloche apostaron a los modelos matemáticos —en este caso de “simulación”— para probar la viabilidad de un “modelo mundial” intrínsecamente compatible con el ambiente. En ambos casos, una nueva sociedad, orientada hacia la satisfacción de las necesidades y la plena participación de los seres humanos en todas las decisiones sociales, aparecía como una “utopía realizable”.

Sin embargo, hacia el final de la década de 1970 los puntos de vista parecían ser más escépticos. Así, luego de repasar las diferentes posturas estructurales, S. Melnick (1979) se lamentaba porque ninguna de ellas había llegado al nivel operativo, encontrándose en un nivel “más o menos utópico”. Y aunque la dirección parecía ser claramente promisoria, frente a la ausencia de alternativas mejores, lo único que podía hacerse era recurrir a las tecnologías disponibles: el enfoque de las “externalidades” y al análisis “costo beneficio”.

También O. Sunkel en el informe del Proyecto Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, consideraba que las posiciones que apostaban al cambio social, adolecían de “falta de realismo para un futuro inmediato”. Es que, aun cuando en dicho Proyecto se “visibilizaban” y “analizaban” las consecuencias de las diversas posibilidades que, todavía en 1978, estaban abiertas para los países latinoamericanos, el énfasis estaba depositado sobre aquellos aspectos que parecían más promisorios a la luz de crisis del petróleo y de las discusiones sobre el NOEI⁴¹. Se trataba así, de impulsar las transformaciones en el orden económico internacional, logrando una inserción activa de América Latina y de introducir modificaciones parciales que mejoraran la calidad de vida de la población, incluidas aquellas que contribuirían al desarrollo de “otro estilo”.

La opción de la CEPAL consistía, entonces, en buscar una salida “realista y positiva” para los gobiernos de la región, que tenían un campo de maniobra limitado y se enfrentaban a fuerzas internacionales con gran capacidad para imponerse (Sunkel, 1981: 171). Aun así, en el marco del proyecto no dejaron de plantearse, tampoco, los interrogantes que, desde una perspectiva crítica, suscitaba esta integración “pragmática” en el sistema internacional. En esta dirección, “parecía tan desaconsejable confiarse demasiado en la integración activa como descartarla del todo” (Sunkel, 1981: 103).

La lectura de la coyuntura también exigía considerar los argumentos de aquellos que apostaban a un estilo de desarrollo orientado hacia la satisfacción de las necesidades básicas, aunque los cambios que tal estilo exigía resultarían utópicos. Así, una parte de las críticas de los partidarios de las transformaciones estructurales, se dirigían a una de las instituciones que presentaba más limitaciones para instrumentar soluciones a los problemas ambientales: la propiedad privada. Así, hacia mediados de la década de 1970, la cuestión

ambiental activó, entre los expertos de la Fundación Bariloche, una reflexión sobre la propiedad privada que, aunque no resultaba extraña en un escenario en el que el socialismo todavía constituía una opción real, exhibía cierta singularidad, si consideramos, por ejemplo, que el tema apenas si resultaba tocado en el Proyecto de la CEPAL. En el nuevo modelo societario propuesto, el concepto de propiedad debía ser reemplazado por el más universal del uso de los bienes de producción y de la tierra⁴²:

No existiría propiedad de estos bienes, sino gestión de los mismos, decidida y organizada por los mismos procesos de discusión mediante los cuales se regula el resto de las actividades sociales (...). Dentro de este marco conceptual, y de acuerdo con las diferencias en las tradiciones, rasgos culturales y modo de organización de los diferentes grupos humanos, podrán encontrarse muchas formas de manejo y administración de la propiedad, que al mismo tiempo que le quitan su valor tradicional como medio de acceso al poder y a situaciones personales de privilegio, permiten su disfrute en forma equitativa por todos los miembros de la sociedad (Herrera, 2004 [1977]: 47).

Mientras la Fundación Bariloche se inclinaba hacia esta solución en el informe de la CEPAL se advertía, solamente, acerca de la necesidad de desarrollar estructuras jurídico-políticas que fuesen congruentes con los requisitos del estilo por el que se hubiese optado y de la transición hacia el mismo (Sunkel, 1981).

Pero, como veremos, no sólo existían controversias *entre* las distintas instituciones y expertos que funcionaron en la problematización de los estilos de desarrollo, como posiciones de enunciación. Las polémicas atravesaban la cuestión ecológica y la conectaban con la cuestión social.

El problema ecológico como lugar de articulación de múltiples luchas

Muy tempranamente, la concepción que los expertos, las instituciones internacionales y los gobiernos latinoamericanos tuvieron de los asuntos del medio ambiente se vinculó con la perspectiva del desarrollo-subdesarrollo y con los conflictos que atravesaban las relaciones entre los países latinoamericanos y los países del Norte. Así, ya en el Seminario Regional Latinoamericano sobre los Problemas del Medio Ambiente Humano y el Desarrollo (1971b), que se realizó en el marco de la convocatoria a la Conferencia sobre Medio Humano, sin negar la existencia de problemas ambientales comunes, la CEPAL se inclinó por enfatizar la “diversidad de situaciones e intereses” que afectaban de modo distinto a los países ricos y a los subdesarrollados⁴³.

El punto de vista de los estilos de desarrollo reforzaría esta idea para desembocar en la afirmación (política, epistémica y ética) relativa a la impo-

sibilidad de políticas ambientales “universales”. En lo ambiental, al igual que en todo otro registro de problemas, era necesario considerar los puntos de vista regionales, nacionales y locales. Este planteo, que ha marcado la política internacional latinoamericana por décadas, resultaba, hacia comienzos de la década de 1970 bastante provocador, puesto que tanto el malthusianismo redivivo del Club de Roma, como el cosmopolitismo de la ONU, conducían a la adopción de medidas uniformes y globales.

Es que de manera muy precoz, también, las reflexiones que suscitó, entre los expertos latinoamericanos, la cuestión ambiental, estuvieron impregnadas por los problemas, los motivos y el vocabulario de la “dependencia”. Así, las discusiones ambientales intersectaban dicha problematización, al menos en tres facetas sensibles: en primer lugar (esto ya desde la emergencia, en la década de 1950, del punto de vista del Tercer Mundo pero con particular intensidad a partir de la crisis del petróleo) lo que estaba en juego era la soberanía política y económica de los estados latinoamericanos sobre sus recursos naturales (fundamentalmente, sobre aquellos no renovables).

En segundo lugar, en la medida en que, en las visiones más auspiciosas, la amortiguación de la contaminación dependía de la intervención humana, el problema de la “dependencia tecnológica” adquiría una gran relevancia. En esta dirección, tanto la perspectiva, sostenida por O. Varsavsky de los *Estilos tecnológicos* (1974) como el enfoque de las tecnologías adecuadas (Herrera, 1981), aparecían como respuestas posibles a las encrucijadas que en términos de auto-determinación tecnológica planteaban los problemas ambientales. Así, uno de los desafíos planteados en el Proyecto de CEPAL (Sunkel, 1981) tenía que ver con la capacidad de las sociedades latinoamericanas para, a partir del conocimiento empírico de sus propias realidades (que la propia CEPAL había contribuido a desarrollar), producir conocimientos científicos y tecnologías adecuadas a sus propias exigencias, en lugar de limitarse a incorporar ciencia y tecnología generada en los centros de irradiación del sistema transnacional, que tendían a reproducir o fortalecer formas de vida coherentes con las necesidades de expansión de ese sistema.

En esta dirección, la preocupación por la adopción, en las sociedades periféricas, de tecnologías ambientalmente amigables, vino a reforzar las discusiones sobre la dependencia tecnológica y científica. En el marco de las reflexiones sobre el “ecodesarrollo”, el registro de los estilos científicos y tecnológicos ocupaba un lugar central. Así, el cuidado del ambiente se presentaba como un argumento adicional para dejar de adaptar tecnologías importadas, ensayadas en situaciones culturales y ecológicas diferentes y que tenían efectos sociales nefastos, y reorientar los esfuerzos sociales hacia el diseño de tecnologías adecuadas a las condiciones del medio natural y social en el que serían utilizadas. Al mismo tiempo, lo ecológico demandaba un cambio en el estilo

de la investigación científica. Contra el “seguidismo”, denunciado en numerosas oportunidades por Varsavsky, los investigadores debían, en opinión de Sachs (1974) preocuparse por la solución de los problemas locales y, evitando la hegemonía de los criterios de rentabilidad y maximización, hacer lugar, en la evaluación de las propuestas, al punto de vista cultural y ecológico⁴⁴.

En tercer lugar, las preocupaciones ambientales eran percibidas desde América Latina como un factor que podía incrementar aún más las profundas asimetrías que surcaban el comercio internacional y limitar las estrategias desarrollistas, ya fuera mediante la imposición de restricciones a las importaciones, de normas de calidad ambiental que funcionaran como barreras pararancelarias (Santa Cruz, 1971), de costos adicionales sobre los procesos de inversión (Tomassini, 1972), etc.

Si la relación Norte-Sur era un principio axial en la mayoría de los planteos, cobraría un lugar destacado en el Proyecto de CEPAL, en el que la dimensión geopolítica aparecía como un factor de referencia constante, de la mano de la constatación de que los estilos nacionales se encontraban cada vez más determinados por las tendencias que prevalecían en el sistema transnacional (Sunkel, 1981). Estaba claro que la posibilidad de resistir al estilo de desarrollo ascendente y de articular un estilo de desarrollo diferente, que procurara un desarrollo eficiente y a la vez centrado en la satisfacción de las necesidades humanas, dependía de los procesos políticos y de estructura de poder prevalecientes en las sociedades periféricas (Sunkel, 1981).

Pero además de las contradicciones Norte-Sur, otro de los aportes de los debates sobre los estilos de desarrollo consistió en mostrar que los problemas ambientales estaban atravesados por percepciones diferentes acerca de la “naturaleza” y por visiones contradictorias, en conflicto, acerca de cómo confrontar dicha cuestión.

El registro subjetivo de las “percepciones sociales” acerca del ambiente⁴⁵ fue utilizado en varios de los estudios que se produjeron en el contexto del Proyecto de la CEPAL. Como subrayara Gallopin (1980) analizando los datos de una encuesta sobre los problemas ambientales en Centroamérica, las percepciones son diferentes según se trate de sectores de ingresos bajos o altos; habitantes de zonas rurales o urbanas; tampoco son idénticas las apreciaciones del medio natural o artificial.

En los diversos estudios que nutrían el Proyecto de CEPAL se utilizaban varias categorías simultáneas para explicar la variabilidad en las percepciones que incluían el punto de vista de la “clase”, las diferencias “étnicas” e, incluso, las determinaciones emergentes de la desigual participación de los países en el sistema capitalista internacional:

Entre el Norte y el Sur no sólo difieren los medio ambientes operativos reales, sino también los componentes percibidos, deducidos y valorizados. Estas

diferencias actúan como fuente de variación, en el sentido estadístico, de tal manera que aunque los ambientes operativos fueran esencialmente los mismos, de todas maneras podrían surgir amplias divergencias en materia de políticas y actitudes (Gallopín, 1980: 229).

Esta clase de investigaciones permitían conectar las estrategias de planificación con las opiniones y expectativas de las personas, mostrando sus contradicciones y ambivalencia, coadyuvando, con ello, a “corregir” y “enriquecer” la visión técnica (Wilheim, 1980). No dejó de plantearse, tampoco, la posibilidad de, participación mediante, modificar las percepciones, con la finalidad de lograr un grado de ajuste mayor entre las apreciaciones subjetivas y las condiciones físicas y ecológicas (Torres, 1979: 8).

Asimismo, el análisis de las percepciones se presentaba como una herramienta útil en la formulación de políticas ambientales. Así, “para no correr el riesgo de fracasar rotundamente”, era necesario considerar tanto los componentes “objetivos” como los “subjetivos” del medio ambiente (Gallopín, 1980). En esta dirección, la producción de conocimiento empírico permitía justificar la posición defendida por los países de América Latina acerca de la imposibilidad de políticas ambientales universales: no se trataba, solamente, de que unos eran desarrollados y otros subdesarrollados y sus objetivos diferentes; esos diferentes posicionamientos en el capitalismo mundial condicionaba lo que cada una de las poblaciones entendía (y valoraba) como “ambiente”.

Al resaltar las dimensiones “culturales” de los problemas ambientales y visibilizar la multiplicidad de puntos de vista, esa clase de indagación se conectaba muy bien con el enfoque “agencial” de los procesos sociales que, con nítidas resonancias de los trabajos de Alain Touraine, atravesaba la lectura pragmática que la CEPAL proponía en 1979, y con la que comenzaba a tomar distancia de los enfoques estructurales que confiaban en la planificación a largo plazo. En esta dirección, la visión de la sociedad que el informe final proponía no estaba lejos de la concepción sugerida por Touraine (1978: 321), de un “conjunto de sistemas de acción por medio de los cuales, a través de sus tensiones y conflictos, un conjunto social actúa sobre sí mismo, sobre su organización y sobre su cambio”.

Era preferible, desde esa perspectiva agencial, que “los conflictos de intereses en torno a la política del medio ambiente se planteen en forma abierta y se consideren legítimos” (Sunkel, 1981: 117). Al exhibir y poner en discusión los diferentes cursos de acción disponibles, la CEPAL contribuía, en una mirada realista, a que las distintas categorías de actores –las empresas, los estados, los ciudadanos “ilustrados”, los intelectuales, las masas, etc.– persiguieran sus intereses y por decirlo de uno modo brutal, jugaran libremente sus juegos de poder. Esta confianza en la capacidad auto-regulativa de las fuerzas

sociales involucraba tanto una apuesta hacia las resistencias como un rebajamiento del rol del Estado y una crítica (que tenía mucho de auto-crítica) a la racionalidad constructiva y al papel que las élites intelectuales podía cumplir en el cambio de estilo⁴⁶.

Parece más promisorio [recomendaba la CEPAL] considerar lo que sucede en función de procesos de mutación social que pueden o no considerarse problemas y que sólo de un modo imperfecto y precario pueden ser abordados por una acción racional, es decir racional desde el punto de vista de algún interés social defendible, o de alguna visión de lo que sería una Buena Sociedad (Sunkel, 1981: 109).

Pluralización

La singularidad de la problematización que estamos reponiendo está dada, en gran medida, por la afirmación de la pluralidad irreductible de todas las cosas: de los procesos de producción, la tecnología, la ciencia, las formas de organización política, etc. Esta centralidad conferida a “las culturas” que, en la perspectiva de Varsavsky, eran culturas nacionales, y que llevaba a la *estilización* de todas las prácticas sociales, estaba justificada en términos epistemológicos y éticos. Por un lado, aceptar una cultura universal –universalización que, de la mano de la cultura de masas, se había intensificado– no sólo reducía la capacidad de acción frente a cambios inesperados, sino que significaba, desde el punto de vista de aquel autor, “poner todos los huevos en una misma canasta”: era necesario ensayar muchos caminos distintos para tener, así, una buena probabilidad de que alguno esté en la buena dirección.

Por otro lado, la inclinación hacia la diversidad cultural –que es una de las contribuciones específicas que los pueblos latinoamericanos podía hacer en la construcción de una nueva civilización⁴⁷– estaba atada al imperativo ético de proteger a la humanidad, que ponía, justamente, en peligro su supervivencia al uniformar su cultura y seguir un solo estilo (el estilo capitalista trasnacional ascendente) que ya había demostrado suficientes amenazas. La “‘explosión cultural’ que iguala a los hombres a través de las mismas películas, historietas, canciones, deportes y agencias noticiosas internacionales, es más peligrosa que la demográfica, energética o de contaminación, porque retarda la creación de instrumentos para vencer a éstas” (Varsavsky, 1982 [1976]: 104).

La apuesta hacia la “diversificación” que es característica de estos planteos debe prevenirnos contra la torpeza de, en palabras del mismo autor, *arrojar el niño con el agua sucia*. Ciertamente, por más atención que, hacia fines de la década de 1970 la CEPAL haya prestado a la cuestión ecológica, es imposible soslayar el extremo cuidado que los expertos colocaron en rescatar

y valorizar la posibilidad humana de transformar, manipular, “artificializar”, la naturaleza⁴⁸, impugnando con esto, todas las “utopías regresivas”. Todo un conjunto de datos de la coyuntura permiten comprender el “humanismo de base” que impregna las propuestas: la apuesta por una racionalidad constructiva (Varsavsky, 1982 [1976]), el cosmopolitismo de la Fundación Bariloche y la confianza cepalina en las posibilidades transformativas ligadas a la dinámica de los conflictos sociales.

Sin dejar de atender al sistema de limitaciones biológicas o, en palabras de otro autor, a la viabilidad física de los diferentes proyectos, *del otro lado* estaban las posiciones neo-malthusianas (entre otras formas de determinismo ecológico) y la sociobiología económica, que presuponía la determinación genética de la racionalidad económica. Las consecuencias de estos puntos de vista no podían ser, para América Latina, más oscuras: si con la detención del crecimiento, alentada por los “conservacionistas”, las posibilidades de satisfacer las necesidades humanas de las poblaciones pobres se desvanecían, la suposición de que la performance económica estaba determinada por la carga genética, significaba un nuevo racismo⁴⁹.

No puede dejar de señalarse, tampoco, la existencia de algunas “grietas” tanto en lo relativo al antropocentrismo como en lo que respecta a la confianza en la ciencia. En un artículo sobre la educación ambiental, enmarcado en el Proyecto Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, V. Sánchez (1980) se ocupó de promover modificaciones que tendieran a superar la visión del hombre como dominador de la naturaleza y generar la conciencia de que “somos un trozo de naturaleza ‘en’ la naturaleza”. Asimismo, en el Informe redactado por Sunkel (1981) se pasa revista a las críticas a la racionalidad científica.

Por otra parte, ni la exaltación de lo antropocéntrico, ni el logocentrismo ni, en fin, la imagen de “hombre creador” (Varsavsky, 1971b) clausuran el espacio para la *irrupción de lo nuevo* que estas propuestas, al asumir la pluralidad de todas las cosas, habilitan y alientan. Hay dos aspectos de los planteos que estamos analizando, marcados por Varsavsky, que expresan, en forma clara, esta precaución contra la “fossilización”: por un lado, la insistencia en el carácter “abierto” e “incompleto” de los repertorios de necesidades que orientan los “estilos de desarrollo”. Y, por otro lado, la inclusión de la “libertad de cambiar de estilo”, recaudo que involucra la consideración del punto de vista de las *generaciones futuras*.

Latía en la problematización sobre los estilos de desarrollo una opción por “lo democrático”, “lo controversial” y “lo plural” que no sólo hacía que toda propuesta concreta estuviera sujeta a revisión sino que auspiciaba la visibilización de los diferentes puntos de vista. En esta dirección, aunque la significación que los pueblos indígenas confieren a la naturaleza difícilmente

entraba en los repertorios de necesidades que los expertos (con sus correspondientes *habitus*) imaginaban, el “modo de abordaje” que, contra la concepción universal del “desarrollo”, ellos defendían, permitía incluir esa significación si ella conseguía ser reconocida (luchas sociales mediante) como una necesidad (cultural, espiritual, política) “legítima”⁵⁰.

Por otra parte, si bien los aportes que analizamos no dejaron de estar dirigidos a los gobiernos de la región –e incluso, en el caso de la Fundación Bariloche y de la CEPAL a las tecno-burocracias internacionales– tampoco dejaban de interpelar a otros *agentes*. En esta dirección, mientras las contribuciones de Varsavsky parecen dirigidas a un (algún) movimiento político con voluntad revolucionaria, no puede dejar de leerse, en el informe final del proyecto de la CEPAL cierto escepticismo acerca de que los estados latinoamericanos fueran (es comprensible, estamos a fines de la década de 1970) los mejores interlocutores para los planteos sobre otros estilos de desarrollo.

Ciertamente, en la problematización de los estilos de desarrollo, ni las comunidades indígenas, ni los movimientos campesinos y ni las poblaciones marginadas de las ciudades figuraban como “actores” de las transformaciones imaginadas. Sin embargo, tanto en las elaboraciones de I. Sachs acerca del “ecodesarrollo” como las investigaciones que se realizaron en el marco del Proyecto de la CEPAL, advertimos una valorización de los saberes ecológicos de las comunidades campesinas y de los pueblos indígenas, así como del modo en que estos últimos se relacionaban con la naturaleza; y la común insistencia de tomar en cuenta, en la planificación, las “percepciones populares” acerca del ambiente.

En una investigación sobre la historia ecológica de América Latina, donde la letra de Marx ocupa un lugar relevante, Gliglo y Morello (1979) analizaron el vínculo que las civilizaciones precolombinas tuvieron con la naturaleza entendiéndolas en términos de “estilos pre-hispánicos de desarrollo”. Sostuvieron que la relación hombre-naturaleza era más armónica, no en virtud de una suerte de “equilibrio ecológico” natural, sino por la significación que la naturaleza adquiría para aquellos pueblos. Así, “el suelo, el bosque, el agua, eran parte integrante de la cultura; conservarlos era prolongar la vida” (1979: 130). Tras subrayar la eficiencia de los saberes ecológicos de los pueblos indígenas, los autores señalan, con un tono no desprovisto de nostalgia que “hubiera sido altamente positivo el tratar de incorporar el acervo de conocimientos e integrarlos a las disciplinas científicas específicas. El largo camino de ecología ya había sido recorrido hacia siglos” (Gliglo y Morello, 1979: 121).

Asimismo, al revalorizar los saberes ecológicos empíricos y destacar los impactos destructivos que, tanto en términos sociales como ecológicos, tuvo la “conquista”, el análisis ponía en discusión el etnocentrismo, leyendo como

el saldo, trágico, del desplazamiento de un “estilo de desarrollo” por otro y conectándolo con los debates de la coyuntura:

La pérdida de casi todo el acervo cultural precolombino, se ve agravado hoy día por el conflicto entre lo “moderno” centrado en un estilo de desarrollo en ascenso y lo “tradicional”. Mucho de lo tradicional contiene la amalgama de este conocimiento precolombino con tecnologías y sistemas implantados por los colonizadores. El costo en vidas humanas y en recursos, muchos de ellos desapercibidos, para poder implantar el “estilo de desarrollo” ibérico, fue realmente impresionante. La penetración del estilo se realizó en función del desplazamiento del estilo anterior (...). Por último, cabe reflexionar si nuestra historia no es sino la historia de la tasa de extracción de nuestros recursos, de las formas foráneas de dominación, de las estrategias y las tácticas de penetración del estilo ascendente, de la fuga de excedente esta región (Gligo y Morello, 1979: 147-148).

Otras investigaciones empíricas se dirigieron, también, a refutar varias de las hipótesis que, derivadas de las teorías de la modernización, asociaban “atraso” con contaminación. Así, en un trabajo en el que estudia la agricultura campesina en América Latina, Ortega (1980) pone en discusión la validez de la idea, planteada en la Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria y Desarrollo Rural (FAO, 1979) de que gran parte de la degradación ambiental se debía, en América Latina, a la actividad de los agricultores pobres y pastores. La aplicación de la dicotomía “tradicional-moderno” para pensar los procesos agrarios latinoamericanos involucra una simplificación excesiva de la realidad agrícola y una generalización descalificadora: desde esa grilla no podían percibirse las particularidades, matices, procesos de descomposición y recomposición que habían experimentado los sistemas agrarios que se colocaban mecánicamente en el “área tradicional”. Se descalificaba “lo tradicional” sólo por carecer de los rasgos asociados a “lo moderno”.

De la concentración de tierras, capitales y producción se da por lo general un paso más para caer en una fácil ligazón entre presiones demográficas en las escasas tierras disponibles para la agricultura campesina y el deterioro del medio ambiente. El fenómeno se aprecia en forma estática, suponiendo que no existiría, o que sería limitada la capacidad de cambio o adaptación de las poblaciones campesinas a los incrementos demográficos. Este punto de vista no parece suficientemente documentado, ni se ha demostrado debidamente la visión de estancamiento económico y productivo que caracterizaría a la agricultura campesina tradicional (Ortega, 1980: 547).

Esa clase de aproximaciones involucraba, asimismo, una revalorización de la racionalidad ínsita en la agricultura campesina, que tendía a erosionar la antinomia entre “prácticas campesinas” y “técnicas agronómicas”. Como sostuvo Ortega (1980) no se trataba de términos antinómicos: ya el modo de proceder de los campesinos, basado en la observación y en la experimentación, involucraba la movilización de las actitudes científicas. Las diferencias se relacionaban no con la naturaleza de lo que se hacía, sino con el nivel de sistematización alcanzado.

Asimismo, esa revalorización se relacionaba con los aportes que esas prácticas podían proporcionar tanto en lo que refiere a la defensa del ambiente como a la conexión entre los procesos productivos y la satisfacción de las necesidades. En este sentido, el autor antes citado no dejó de destacar el interés que podían asumir la agricultura campesina para los debates sobre los estilos de desarrollo, considerando la relación que en ella se daba entre la actividad económica y la satisfacción de necesidades fundamentales.

La incorporación, en las estrategias de planificación, del punto de vista de las comunidades locales, incluyendo los pueblos indígenas, era, por otro lado, uno de los rasgos peculiares del esquema del “ecodesarrollo”. “Sin necesidad de ser original a toda costa”, este modelo procuraba contrariar la tendencia a la uniformación, dando gran importancia a la participación efectiva de la población en la elaboración de ecoestrategias, de las poblaciones locales en las investigaciones, y procurando aprovechar el conocimiento de los ecosistemas que detentaban las poblaciones indígenas (Sachs, 1974).

Recuperando las elaboraciones relativas al ecodesarrollo, en una contribución tendiente a generar metodologías para la producción de tecnologías adecuadas a un nuevo estilo de desarrollo, Herrera (1981) señala que un elemento fundamental es la utilización del “conocimiento local” y apuesta a la coexistencia entre las tecnologías basadas en el conocimiento empírico tradicional y aquellas más sutiles basadas en la ciencia. Así, el reconocimiento de la importancia de la participación popular en proyectos específicos de desarrollo no está basado sólo en una posición ideológica —la admisión de que la gente tiene el derecho a participar en su propio desarrollo— sino también y principalmente, en consideraciones pragmáticas y operacionales.

Reflexiones finales

La incorporación del punto de vista del buen vivir, tanto en las Constituciones, como en los planes nacionales de Bolivia y Ecuador, significa, para las sociedades de ambos estados plurinacionales, múltiples desafíos. Confrontar la cuestión ecológica a través de modos de pensamiento y estrategias que permitan proteger a la naturaleza sin, por ello, dejar de atender las otras dimensiones del buen vivir –satisfacción de las necesidades humanas básicas, descolonización, despatriarcalización, etc.– es uno de los más encendidos y urgentes dilemas que presentan los procesos que analizamos.

Así, el hecho de que la explotación intensiva de los recursos naturales funcione en los planes nacionales en los que, asimismo, se reconocen los valores intrínsecos de la naturaleza, como un “medio” para atacar las injusticias sociales, plantea un tipo particular de conflicto ético. Como ya apuntaba Varsavsky, esa clase de dilemas es frecuente en proyectos que contemplan la realización de una multiplicidad de objetivos, con temporalidades diferentes. “Hay muchas variables (...) consideradas como objetivos por algunos y como instrumentos por otros: son las que pueden producir conflictos éticos” (Varsavsky, 1971b: 1020).

Pensamos que esa clase de encrucijadas –así como las luchas sociales, las críticas y denuncias que las encarnan– son consustanciales al tipo de comprensión “estructural” de los hechos históricos que inspiran los modos de gobierno ensayados en los países andinos. Su multiplicación es, de por sí, un síntoma de un (siempre reversible e inestable) repliegue del neoliberalismo. Para esta última racionalidad el problema de articular objetivos simultáneos que reconocen temporalidades diferentes no existe.

Mientras la creencia en el poder armonizador del mercado torna superflua la política, la conformidad con la situación existente hace innecesaria toda aproximación procesual: así como el neoliberalismo excluye el largo plazo de los cálculos del gobierno, se congratula en despojar al presente de todas sus contradicciones, ofreciendo, frente a los conflictos de intereses, sus propias fórmulas de salvación. Con esta lógica puede comprenderse el atractivo que ejerce, incluso sobre bienintencionados ecologistas, un instrumento como la *green economy*, que promete utilizar las fuerzas del mercado a favor de la conservación de la naturaleza.

Encontramos, dicho esto, serias limitaciones en las estrategias de resistencia que, frente a la *green economy* (con sus mercados de bonos de carbono⁵¹, sus servicios ambientales etc.), se afanan en movilizar el buen vivir como una contra-fórmula de salvación, identificándolo, sin más, con las cosmovisiones de los pueblos y nacionalidades indígenas. El reconocimiento de que los estados (pluriculturales y plurinacionales) de Bolivia y Ecuador constituyen un punto

de referencia ineludible de los debates acerca del buen vivir torna mucho más fecunda, pensamos, un modo de lectura que, en lugar de remitir –en forma exclusiva o preponderante– su significación a “la” lucha y “la” cosmovisión de aquellos pueblos, permita exhibir sus múltiples y heterogéneas procedencias.

Este capítulo fue, así, concebido y escrito en la convicción de que la exhumación y el análisis de la problematización relativa a los estilos de desarrollo, contribuiría a profundizar la comprensión de lo que puede significar, hoy, confrontar la cuestión ecológica desde el punto de vista del buen vivir. En esta dirección, la reconstrucción, en perspectiva histórica, del modo cómo, al interior de aquellos debates, se había pensado “lo ambiental”, dice, por contraste, de la singularidad de los procesos del presente, caracterizados por el entrecruzamiento de novedosos procedimientos de subjetivación y trabajosos mecanismos de des-subjetivación. Ciertamente, el reconocimiento de derechos de la naturaleza y la afirmación, en un contexto de pluriculturalidad, de los derechos de los pueblos y nacionalidades, son dos de los rasgos más innovadores de los procesos que se desarrollan en Bolivia y Ecuador.

Si la valoración intrínseca de la naturaleza, las ideas relativas a su desmercantilización, así como la predicación de que existen estrechos vínculos entre su protección y los procesos de descolonización y despatriarcalización, constituyen una marca distintiva del presente, entre los debates sobre los estilos de desarrollo y la problematización actual del buen vivir existen al mismo tiempo, un conjunto de “afinidades” de las que procuramos dar cuenta a lo largo de este capítulo y que aparecen sintetizadas en la siguiente tabla.

Cuadro 1

Debates sobre los estilos de desarrollo	Debates sobre el buen vivir
Abordaje estructural como método de trabajo y de análisis de múltiples problemas (entre ellos lo ambiental) en un triple registro: normativo, epistemológico y político-práctico	Huellas de un abordaje estructural en funcionamiento en una serie de “planes de gobierno” (si bien con un desigual nivel de elaboración) en los registros: normativo (se apuesta transformar la sociedad), epistemológico (interdependencia, complejidad) y político-práctico (planes nacionales, principio de integralidad, etc.).
En la comprensión de los problemas ambientales y en la proposición de estrategias para intervenir sobre ellos, se consideran, de manera articulada, tanto los aspectos “macro” relativos al capitalismo como las dimensiones “micro” de los modos de existencia de diferentes grupos sociales (prácticas de consumo, de recreación, etc.); tanto los datos “objetivos” relacionados con la creciente	El tratamiento que se otorga al ambiente aparece indisolublemente unido a los esfuerzos por dar respuesta a la cuestión social y a la cuestión étnica/colonial. Se apuesta a la obtención y redistribución de la renta derivada de la explotación de los recursos naturales para satisfacer las necesidades de la población, así como a la explotación económica de la biodiversidad con la finalidad de

<p>transnacionalización del capitalismo como los aspectos “subjetivos” relativos a las “percepciones” del ambiente.</p>	<p>transformar la matriz de acumulación.</p> <p>Los planes nacionales consideran los problemas ambientales en las propuestas relativas a la política educativa, de ciencia y tecnología, cultural, etc.</p> <p>La protección de la naturaleza aparece relacionada al respeto de los derechos de los pueblos y nacionalidades indígenas.</p>
<p>Reconocimiento de la diversidad de las percepciones acerca del ambiente, atribuibles a determinaciones de “clase”, “étnicas”, así como a la diferenciación “urbano-rural”.</p>	<p>Reconocimiento de las concepciones plurales acerca de la naturaleza, énfasis en el clivaje “occidental-no occidental”.</p>
<p>Valorización de los saberes ecológicos de las comunidades campesinas y los pueblos indígenas, impugnación del esquema “tradicional-moderno”.</p>	<p>Crítica a la racionalidad científica, valorización de los saberes ancestrales, institucionalización del “diálogo de saberes”.</p>
<p>Participación efectiva de las comunidades y la población en el diseño e implementación de estrategias de ecodesarrollo.</p>	<p>Plurinacionalidad, participación efectiva de la población en el diseño y la implementación de las políticas ambientales.</p>
<p>El registro “geopolítico” (eje Norte-Sur) resulta central para comprender los problemas ambientales de los países del Tercer Mundo.</p>	<p>La cuestión ecológica se pone en relación con la temática del imperialismo.</p> <p>Las propuestas de Bolivia y Ecuador de configurar sociedades que vivan en armonía con la naturaleza se presentan como un aporte de las sociedades del Tercer Mundo a la resolución de la “crisis civilizatoria”.</p>
<p>Punto de vista de las generaciones futuras.</p>	<p>Nuevas subjetividades: naturaleza, generaciones futuras.</p>
<p>Pluralización del desarrollo como modo de asegurar la supervivencia humana y de resolver las injusticias sociales.</p>	<p>Pluriculturalidad como forma de resistir a la globalización y de contribuir a dar respuesta a la crisis civilizatoria.</p>
<p>Imaginario de una “nueva civilización industrial de los trópicos” fundada en el uso de tecnologías propias, menos dependientes.</p>	<p>Imaginario de una nueva civilización, de una sociedad el buen vivir.</p>
<p>Formulación de propuestas en múltiples escalas: mundial, regional, nacional y local.</p>	<p>Intervenciones en múltiples escalas, con predominio de lo nacional y lo mundial.</p>
<p>Énfasis en la soberanía estatal en sus diversas dimensiones.</p>	<p>Énfasis en la soberanía estatal en sus diversas dimensiones, incluyendo la soberanía permanente sobre los recursos naturales no renovables.</p>

Finalmente, si además de pensar al buen vivir como una perspectiva innovadora que orienta planes de gobierno, regulaciones jurídicas y estrategias concretas de intervención sobre múltiples problemas, lo concebimos como un

nuevo “mito movilizador” frente al mito menguante del “desarrollo” (en singular), todavía hay un aporte más que las discusiones sobre los estilos desarrollo pueden hacer al presente, señalando en esta (nuestra) escena del buen vivir, la presencia de posibilidades no articuladas pero articulables. Así, pasar de un régimen de propiedad a un régimen de gestión de los bienes, decidida mediante procesos de discusión con plena participación popular o avanzar en el desarrollo de tecnologías adecuadas a las necesidades de las poblaciones de los países del Tercer Mundo, son dos de las propuestas que, puestas en discusión entre 1968 y 1981, forman parte entre muchas otras, del universo discursivo del buen vivir.

Notas

- 1 Hacemos nuevamente alusión al ejercicio de proyección de escenarios que el denominado “Club de Roma” (un grupo de científicos y políticos reunidos desde 1968 en torno a las preocupaciones por el desarrollo) encargó al MIT y que fue publicado en por Dennis Meadows, bajo el título de “Límites del Crecimiento”. Allí se recomendaba un congelamiento del crecimiento económico para los países centrales y un estricto control de la natalidad en los países periféricos.
- 2 Nos referimos al Informe elaborado por un conjunto de expertos en las reuniones preparatorias para aquella Conferencia.
- 3 Desde esta perspectiva se apuntaba a incorporar al modo de producción capitalista tecnologías ambientalmente amigables y a utilizar herramientas de mercado para favorecer la internalización de los costos ambientales.
- 4 Entre las elaboraciones que giraban en torno a la idea de “otro desarrollo” se cuentan el Informe Hammarkjöld (1975) y los diferentes trabajos publicados en los *dossiers* de la International Foundation for Development Alternatives entre 1978 y 1991. Estas reflexiones se distinguían de la problematización de los estilos de desarrollo porque sólo se concentraban en lo conceptual, mientras que la segunda contaba con el instrumental matemático para proyectar el futuro y verificar hipótesis (Calcagno, 1990: 58). Para una visión crítica de la primera vertiente puede consultarse Wolfe (1979).
- 5 Como dominio singular de interrogaciones y respuestas acerca de los modos cómo las sociedades producen, se organizan políticamente, investigan, etc., los discursos sobre los estilos de desarrollo constituyen, desde nuestro punto de vista, una problematización. Considerando el relevante papel que desempeña la “polémica” en dicha problematización, en la cual los términos vivir bien/buen vivir/*sumak kawsay* han sido objeto de heterogéneas apropiaciones y significaciones, a lo largo de este capítulo utilizaremos, también con frecuencia, la expresión “debates sobre los estilos de desarrollo”.
- 6 Sin desconocer las profundas diferencias que separan los planteos realizados desde Bolivia y Ecuador, para hacer más amigables la lectura de este capítulo, nos referiremos a las propuestas, los marcos regulatorios, las políticas internacionales y los planes nacionales que se articulan en torno de las ideas de vivir bien/buen vivir/*sumak kawsay*, en términos de enfoque del buen vivir. Preferimos utilizar el término “enfoque” para enfatizar la circunstancia de que los planteos y controversias acerca del buen vivir involucran, en lo que atañe a la ecología (pero también a otras cuestiones) un “punto de vista” o una “perspectiva” singular, diversa al

enfoque (hegemónico) del “desarrollo sustentable” y a su versión más contemporánea, la *green economy*.

- 7 A comienzos de 1978 la CEPAL acordó con el PNUMA realizar un proyecto de investigación y un seminario regional sobre estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina, cuyos objetivos eran: esclarecer las relaciones recíprocas entre los estilos de desarrollo prevalentes en América Latina y los problemas ambientales y de aprovechamiento de recursos; promover otros estilos de desarrollo y proponer medidas que tendieran a mejorar las condiciones de vida, incluidas aquellas que tuvieran como meta el desarrollo de otros estilos. El Proyecto se llevó a cabo entre julio de 1978 y junio de 1980. Por su parte, el seminario regional del mismo título tuvo lugar entre 19 al 23 de noviembre de 1979, en la sede de la CEPAL en Santiago de Chile (Sunkel, 1981).
- 8 Dicho proyecto funcionó como una suerte de carretera colectora en la que confluyeron diversos estudios en torno al multifacético problema ambiental que la CEPAL había encargado a especialistas de distintas disciplinas: reflexiones relativas a los marcos conceptuales y las epistemologías para estudiar los problemas ambientales, la relación entre ambiente y poblaciones marginales, ambiente y urbanización, la historia ambiental latinoamericana, etc. Esas contribuciones, que se pusieron en discusión en el Seminario realizado en 1979, se difundieron a través de dos medios principales: los dos volúmenes de la serie “Lecturas” que el FCE publicó en 1981 bajo el título *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente*, y el N° 12 de la *Revista de la CEPAL*, publicado en diciembre de 1980.
- 9 *El Modelo Mundial Latinoamericano. Informe Preliminar* (Fundación Bariloche, 1973) y *el Anteproyecto para la realización de un modelo matemático de simulación de paradigmas de desarrollo en América Latina* elaborado por Carlos Mallmann (1975).
- 10 De manera complementaria haremos alusión a los otros planes nacionales formulados por el gobierno del presidente Correa: el PNDEC (2007-2010) y el PNBVE (2009-2013).
- 11 Así, el reconocimiento de los derechos de la naturaleza en la CE (2008) y en la LDMT de 2010 y la LMMT de 2012, o la existencia de supuestas “contradicciones” entre la actuación internacional de los gobiernos de Morales y Correa en materia ambiental, y las estrategias desarrollistas nacionales, fundadas en la explotación de los recursos naturales. Entre otras contribuciones puede consultarse: Gudynas (2010, 2011); Gudynas y Acosta (2011); y Viola Recanses (2014).
- 12 No puede dejar de señalarse que otro de los ejes que atraviesa y pone en diálogo el enfoque del buen vivir y la problematización en torno a los estilos de desarrollo, y del que no nos ocupamos específicamente aquí, es la cuestión de la “participación”. Son múltiples los interrogantes y las respuestas que se ensayan en los documentos que analizamos en relación a la participación de los ciudadanos y de grupos sociales en particular, tanto en lo concerniente a la generación de conocimiento sobre el ambiente como a las políticas ambientales.
- 13 El ecocentrismo considera de manera medular el concepto de ecología, de comunidad de seres como centro de la moral. Se parte de la idea de un mundo natural que posee un valor inherente. Dentro de este enfoque las perspectivas más difundidas son la “ética de la tierra” identificada con Aldo Leopold (1949) y la “ecología profunda” articulada por el filósofo Arne Naess (1973).
- 14 Así, los análisis de O. Varsavsky tenían como punto de referencia la “nación”, la escala del modelo elaborado por la Fundación Bariloche era “mundial” y las propuestas de planificación basadas en la idea de “ecodesarrollo” tenían, en los análisis de Sachs un alcance regional.
- 15 Se hablaba de “estilos de desarrollo”, pero también de “estilos tecnológicos”, “estilos políticos”, entre otras adjetivaciones. En una formulación amplia, que comprendía varias dimensiones, Varsavsky (1982 [1975]: 19) se refirió al “estilo social” entendiéndolo como el modo de vivir, trabajar y evolucionar en una sociedad.
- 16 Entendemos que también resuenan en estos planteos la filosofía del “estar siendo” del argen-

- tino Rodolfo Kusch (2012 [1976]). Sin embargo, no exploramos esa línea de la genealogía del buen vivir en este trabajo.
- 17 La “complementariedad” es una idea que, como destaca Tapia (2011), está fuertemente ligada a la de “redistribución”.
 - 18 Para un desarrollo más amplio de los argumentos correspondientes a este apartado remitimos a Haidar y Berros (2015b).
 - 19 Así, mientras la LMMT (art.4 inc.11) establece que, en el contexto de las estrategias de desarrollo, el Estado otorga prioridad a las personas de menores ingresos económicos y con mayores problemas en la satisfacción de sus necesidades materiales, sociales y espirituales y goce pleno de sus derechos fundamentales, en el PNBVE se señala que “el primer paso es resolver el acceso a bienes, oportunidades y condiciones que garanticen –al individuo, a la colectividad y a las generaciones futuras– una vida digna [si bien se aclara] sin perjudicar a la naturaleza” (PNBVE, 2013: 24).
 - 20 Este punto ha sido tratado por Ana Grondona en el presente libro.
 - 21 En el contexto de la 15va Conferencia de partes de la Convención sobre Cambio Climático desarrollada en 2009 en Copenhague, desde diferentes países de América Latina (incluyendo, entre otros, a Bolivia y Ecuador) y algunos países asiáticos (Malasia, Sri Lanka) se presentó una Carta Abierta de Apoyo Internacional al Reconocimiento y Reparación Integral, en los acuerdos de Copenhague, de la Deuda Ecológica por Cambio Climático. Luego del rotundo fracaso de la Cumbre de Copenhague, el presidente Evo Morales convocó a la Primera Conferencia Mundial de los Pueblos sobre Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra que tuvo lugar, en el año 2010 en Cochabamba. Ese encuentro se selló con la Declaración Universal de los Derechos de la Madre Tierra aprobada por 35.000 personas, entre las que se contaban integrantes de movimientos ecologistas indígenas, campesinos, feministas, etc.
 - 22 Contemplada desde una perspectiva geopolítica, la naturaleza tiene tanto un valor material como simbólico, tal como se expresa en Ecuador al recuperar la voz de Frantz Fanon (1963): “La Tierra no solo nos dará pan, ante todo la Tierra nos dará dignidad” (PNBVE, 2013:19).
 - 23 Sobre la circulación internacional de este enfoque remitimos a Haidar y Berros (2015a).
 - 24 Considérese la siguiente reflexión: “Filósofos y humanistas se vienen ocupando desde hace tiempo de las consecuencias psicosociales de la técnica; pero en cambio los economistas han sido generalmente renuentes a insertar su ambivalencia en la interpretación de los fenómenos del desarrollo. La han considerado elemento exógeno, como a los elementos políticos, sociales y culturales de la realidad. Preocupados por una peculiar asepsia doctrinaria, se han resistido a la inserción de estos elementos y de las mutuas relaciones que existen entre ellos en la dinámica del desarrollo” (Prebisch, 1980: 74).
 - 25 Véase Leontief, 1970. “Environmental repercussions and the economic structure: an input-output approach”, en *Review of Economics and statistics*, Vol. 52, 262-271.
 - 26 Para un análisis de la coyuntura geopolítica en la que tuvieron lugar los debates sobre los estilos de desarrollo remitimos al capítulo de Fiuza y Viedma en este mismo libro.
 - 27 Se puede leer el reconocimiento a la incidencia que tuvo el trabajo de Varsavsky, así como la experiencia del grupo del CENDES, en el proyecto de la CEPAL, en Pinto (1980).
 - 28 Contra las interpretaciones dominantes del Informe Meadows, Sergio Melnick (1979) sostenía que la hipótesis del “crecimiento cero” tenía por finalidad producir el “impacto político” que llevaría, eventualmente, a la posición de un “crecimiento distinto” que, según este autor, es la que se sugiere en líneas generales en el Informe.
 - 29 Sachs, Ignacy, 1973. *Población, tecnologías, recursos naturales y medio ambiente. Edodesarrollo: un aporte a la definición de estilos de desarrollo para América Latina*. ECLA/RNMA/DRAFT/S5. División de Recursos Naturales y medio Ambiente.
 - 30 Además de estas distintas vertientes de la problematización de los estilos de desarrollo, en el Proyecto de CEPAL confluyeron las reflexiones sobre el “desarrollo unificado” y el enfoque

de las “tecnologías adecuadas”, que despuntaron en la década de 1970 en convergencia con las reelaboraciones a las que había dado lugar el II Decenio del Desarrollo y, asimismo, la crisis del petróleo.

- 31 Aunque sólo en el trabajo de Melnick (1979) hallamos una cita a Piaget (1969), pensamos que en las referencias al “enfoque constructivo” presentes en los trabajos de Varsavsky resuenan, como dominio discursivo, las elaboraciones piagetianas. Corresponde señalar, asimismo, que uno de los principales difusores del pensamiento de Piaget en la Argentina y en el ámbito latinoamericano, fue el físico argentino Rolando García, el cual compartió con Varsavsky y otros científicos de la región comprometidos con objetivos emancipatorios, diferentes espacios de reflexión y acción. García, quién había tomado contacto directo con la Piaget y con las ideas de la Escuela de Ginebra durante su exilio en Suiza, escribió junto a Emilia Ferreiro el prefacio de la edición en castellano de la *Introducción a la epistemología genética*, que publicó Paidós en 1975. Si bien el enfoque estructuralista u holístico, acarrea, de suyo, una epistemología constructivista, O. Varsavsky utilizaba el término “constructivo” en un sentido más amplio, para comprender no sólo una epistemología y una metodología, sino una disposición subjetiva y un habitus. Así, en *Ideas básicas para una filosofía constructiva* (Varsavsky, 1982 [1976]) habla de un “estilo constructivista” que incluye dimensiones políticas, éticas, epistemológicas.
- 32 En las reflexiones acerca de este rasgo aparece tanto la advertencia respecto de independencia del “tiempo histórico o social” de los problemas y el “tiempo cronológico” que previene contra intervenciones solamente concentradas en las manifestaciones cronológicas de los problemas (Melnick, 1979: 2), como, fundamentalmente en los trabajos de Varsavsky (1982 [1975]), la perspectiva de larga duración característica de los procesos históricos generales de transformación, que alcanzan, en la interpretación de Darcy Ribeiro (1969) de modo simultáneo, pero desigual, a los pueblos.
- 33 Al introducir la expresión “ambiente humano” (a diferencia del concepto de medio ambiente) el Informe Founex (1971) logró imponer la idea de la “unidad fundamental” de todas las variables asociadas al desarrollo, pero dificultó la distinción de las mismas (Melnick, 1979).
- 34 En el artículo de Melnick (1979) se distinguen tres grandes grupos de formulaciones: la visión de la ecología humana, las teorías acerca de los “límites” (físicos o socio-políticos) al crecimiento y el enfoque del desarrollo-subdesarrollo.
- 35 La expresión “desarrollo sustentable” se utilizó, por primera vez, en la Estrategia Mundial de Conservación formulada por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, en 1980. Es decir que, al tiempo que se publicaban los dos volúmenes del libro *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina* (Sunkel y Giglio, 1981), ese término ya había sido puesto a rodar en los debates que se daban, a nivel de las organizaciones internacionales, acerca del ambiente. Sin embargo, la formulación y consagración hegemónica del modelo se produciría algunos años después cuando fuera adoptado en el Informe *Nuestro Futuro Común* (Brundtland, 1987). Dicho documento, elaborado, tras cuatro años de labor, por la Comisión de Naciones Unidas dirigida por el entonces secretario de dicha entidad, Gro Harlem Brundtland, se produjo en una coyuntura signada por el diagnóstico del adelgazamiento de la capa de ozono (1981), los debates sobre la crisis del petróleo, las extendidas sequías en el territorio africano y el accidente nuclear de Chernobyl (1986). Para su análisis remitimos a Aguilar *et. al.*, 2015.
- 36 Para un abordaje amplio de la cuestión del consumo en el marco de los debates sobre los estilos de desarrollo remitimos al capítulo de Coviello y Pryluka en este mismo libro.
- 37 Una aproximación detallada respecto de cómo aparecen problematizadas las dimensiones de la subjetividad y la socialidad en los debates sobre los estilos de desarrollo se encuentra en el capítulo de Aguilar de este libro.
- 38 Melnick (1979) menciona, en forma crítica, una posición vida o naturacéntrica, asociada con los enfoques conservacionistas.
- 39 El ecodesarrollo es un desarrollo socialmente deseable, económicamente viable y ecológicamente prudente (Sachs, 1980: 109).

- 40 Para la explicación de este método véase Calcagno y Varsavsky 1971b, el capítulo de Alfredo E. Calcagno y el de Ana Grondona en el presente libro.
- 41 Para un estudio minucioso de estas dimensiones geopolíticas remitimos al capítulo de Fiuza y Viedma en este libro.
- 42 No podemos dejar de poner en relación estos discursos con las elaboraciones que desde el campo del derecho y de la filosofía apuntan a la búsqueda de formas de pensar y de dispositivos que permitan el disfrute colectivo de los “bienes comunes” y, en otras elaboraciones, el cambio hacia un régimen fundado, no sobre los “derechos”, sino sobre los “usos”.
- 43 En diversas formulaciones, esta sería la posición que asumiría los países del G 77 en los foros internacionales frente a los problemas ambientales. En términos jurídicos esta idea se plasmó en la Convención de Río (1992) en el principio de las “responsabilidades comunes pero diferenciadas”.
- 44 Un desarrollo más amplio del tratamiento que se dio a las temáticas concernientes a la ciencia y la tecnología a interior de los debates sobre los estilos de desarrollo se encuentra en el capítulo de Grondona.
- 45 La investigación acerca de las percepciones sociales del ambiente había sido promovida por la UNESCO en el marco del programa *Man and Biosphere* (MAB), creado en 1971.
- 46 “El hecho de que la mayor parte de los miembros de esta categoría obtengan beneficios materiales del actual estilo de desarrollo crea contradicciones de cierta consideración entre estilos de vida y expectativas de status social asociados al ‘consumismo’, por una parte, y la conciencia de la inevitabilidad de un giro hacia la mayor austeridad e igualdad, por otra” (Sunkel, 1981: 111).
- 47 Este argumento aparece en los trabajos de Darcy Ribeiro (1969) un autor que Varsavsky había leído.
- 48 La disputa contra las posturas conservacionistas a ultranza, que auspiciaban la detención del crecimiento se daba también en la lectura que, en el marco del proyecto de la CEPAL, se hacía de la historia ambiental de América Latina. Así, en contra de las imágenes románticas de un pasado con una naturaleza intocada (Gligo y Morello, 1979: 112), se concentraron en afirmar y demostrar que “los pueblos precolombinos no vivieron en equilibrio con la naturaleza” y que el vínculo que tenían con ella estaba mediado por actos de conocimiento.
- 49 “El fascismo racial es el paso más inmediato si todo es reducido a genes y se olvidan los procesos sociales, políticos y especialmente educativos. El altruismo, de acuerdo a la sociobiología económica, es un problema de proximidad genética. El otro lado de la moneda, nunca mencionado, es la discriminación que fácilmente podría ser justificada por esta tendencia, en términos genéticos” (Melnick, 1979: 20).
- 50 Una de las debilidades de los planteos sobre los estilos de desarrollo, está dada, desde nuestro punto de vista, en la escasa atención que prestan al problema de la “legitimidad” de las necesidades. La interrogación por la legitimidad aparece muy ligada a las reflexiones concernientes a la racionalización del consumo y, por lo tanto, a la crítica de la publicidad y de la “cultura de masas”, pero está claro que no se limita a este aspecto. Un punto de vista complementario al que aquí se esboza puede encontrarse en el capítulo de Aguilar en este mismo libro.
- 51 Una aguda crítica al mercado internacional como “máquina de crecimiento” que por su sólo funcionamiento permitiría resguardar los recursos naturales del planeta así como dar respuesta al problema de la pobreza en los países del Sur puede encontrarse en los trabajos que Graciela Chichilnisky (1984 y 1985), una de las artífices del MML, publicó en la revista *Desarrollo Económico* cuando los debates sobre los estilos de desarrollo perdían intensidad y comenzaban a ser acallados de la mano del ascenso hegemónico del neoliberalismo.

CAPÍTULO V

**Las pautas de consumo como problema:
Resonancias de los debates sobre estilos de desarrollo
en las propuestas del buen vivir/vivir bien**

Ramiro Coviello y Pablo Pryluka

Los debates sobre el desarrollo que tuvieron lugar durante la primera década del siglo XXI en América Latina han sido trabajados desde diversos enfoques y atendiendo a las múltiples dimensiones vinculadas a la temática. En este capítulo abordaremos los modos en que ha sido problematizada¹ la cuestión del consumo en la formulación de planes nacionales de desarrollo, donde aparecen tensionadas las propuestas del buen vivir/vivir bien con la noción misma de desarrollo. Asimismo, nos proponemos rastrear cómo en estas discusiones emergieron nuevamente temas que habían estado presentes hacia finales de la década de 1960 y comienzos de 1970 en América Latina, enmarcados en los denominados debates sobre estilos de desarrollo. Más puntualmente, en la Argentina la circulación de estas ideas ocupó un lugar destacado, tanto porque allí se nuclearon varios de los principales protagonistas de dichos debates, como porque encontraron eco en la elaboración de políticas públicas. Justamente por eso, destacamos en este trabajo cómo influyeron las ya mencionadas discusiones en la formulación del *Plan Trienal para la Liberación y la Reconstrucción Nacional 1974-1977* –de aquí en más, PTRLN–, entendiendo que allí aparecieron elementos centrales para el debate sobre estilos de desarrollo.

Así, nos proponemos, en primer lugar, analizar los modos en los que en las propuestas planificadoras aparecidas en Bolivia y Ecuador a comienzos del siglo XXI se tematiza “el consumo” como un aspecto que trasciende su mera dimensión económica. En un segundo momento, mostraremos cómo aspectos centrales de esas tematizaciones se hallaban presentes en los debates sobre estilos de desarrollo que emergieron en América Latina hacia fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. Luego analizaremos el modo en que en esta última coyuntura las problematizaciones sobre la cuestión del consumo se

plasmaron, de manera semejante a la de las propuestas contemporáneas del buen vivir/vivir bien, en una instancia de planificación nacional. Nos referiremos específicamente al PTRLN, lanzado en Argentina a fines de 1973 durante el tercer gobierno de Juan Domingo Perón. A lo largo de este recorrido, pretendemos mostrar las resonancias que los debates sobre estilos de desarrollo encuentran en las problematizaciones en torno de la cuestión del consumo presentes en las políticas planificadoras encaradas por Ecuador y Bolivia a comienzos del siglo XXI. Finalmente, cabe señalar que este trabajo se inscribe dentro del campo de los estudios sobre la planificación en la Argentina², a la vez que forma parte de los estudios históricos sobre el consumo³.

El consumo como problema en las propuestas del buen vivir/vivir bien

A caballo entre la penumbra del fin de siglo y los albores que acompañaron la llegada de los años 2000, América Latina fue testigo de una crisis social, política y económica que auguraba el fracaso de las políticas de reforma de mercado (Bértola y Ocampo, 2013). Como contrapartida, por entonces se produjo el arribo a la arena política regional de una serie de nuevos gobiernos identificados con propuestas políticas ubicadas a la izquierda del espectro político (Levitsky y Roberts, 2011). Si bien el puntapié inicial lo representó la llegada al poder en Venezuela del Movimiento Quinta República, liderado por Hugo Chávez, los ascensos de Lula da Silva (Brasil), Néstor Kirchner (Argentina), Evo Morales (Bolivia), Michelle Bachelet (Chile), José Mujica (Uruguay) y Rafael Correa (Ecuador) formaron parte de un cambio de escenario regional. Sin embargo, la apertura de la fase “posneoliberal” se caracterizó más por la existencia de diferentes grados de negación de la estrategia materializada en el Consenso de Washington que por conformar un nuevo modelo a escala regional. Así, solamente los gobiernos de la República Bolivariana de Venezuela, del Estado Plurinacional de Bolivia y de la República de Ecuador propusieron un enfrentamiento más directo con las políticas de reforma de mercado (Sader, 2009).

Fue en el marco de la formulación de esas alternativas de organización social, política y económica que los debates sobre el desarrollo han recobrado vigencia. Habiendo ocupado una posición central durante la segunda posguerra, a partir de mediados de los años setenta esta noción fue progresivamente desplazada por el concepto de crecimiento. Entre las versiones que más han trascendido en términos tanto políticos como académicos de los nuevos debates alrededor del desarrollo, se hallan las propuestas del *sumak kawsay*-vivir bien/buen vivir, que, con un hondo arraigo en cosmovisiones indígenas, en Bolivia y Ecuador alcanzaron el rango de política de estado. Esto se cristalizó

en la formulación de planes nacionales, tales como el *Plan Nacional de Desarrollo: Bolivia digna, soberana, productiva y democrática para Vivir Bien 2006-2010* (PNDB, 2006), lanzado en 2006 por el gobierno del presidente Evo Morales, y el *Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013* (PNBVE, 2009) y el *Plan Nacional para el Buen Vivir 2013-2017* (PNBVE, 2013), impulsados por el gobierno del presidente ecuatoriano, Rafael Correa.

Como se señaló en la introducción del presente volumen, si bien existen diferencias entre la propuesta boliviana y la ecuatoriana, en ambas el desarrollo aparece íntimamente vinculado a dimensiones que exceden lo meramente económico. Así, en el PNDB se sostiene que la propuesta basada en la concepción del vivir bien “postula una visión cosmocéntrica que supera los contenidos etnocéntricos tradicionales del desarrollo” (PNDB, 2006: 10). Por su parte, en el plan ecuatoriano de 2009 se dedica todo un apartado a analizar el cambio de paradigma que implicaría el “desplazamiento de la palabra desarrollo para incorporar en el debate el concepto de Buen Vivir” (PNBVE, 2009: 32).

El hecho de que, tal como se ha analizado en los capítulos precedentes, estos nuevos debates en torno del “desarrollo” le asignen un rol protagónico a las perspectivas holistas/integrales, supuso que sus objetos de indagación fueran anudados con múltiples cuestiones. Entre ellas se cuenta el problema que aquí nos convoca: el del consumo que, abordado a partir de la noción “patrones de consumo”, aparece entrecruzado con aspectos de distinta índole. En ese sentido, por ejemplo, se establece una tensión entre los patrones de consumo “uniformes”, producto de la globalización, y la “preservación de la diversidad biológica”⁴.

La vocación por la diversidad y la admisión de las formas múltiples del crecimiento supone una postura de resistencia ante la imposición de un “macromercado” globalizado y a la creación y difusión de *patrones de consumo*, de pensamiento y de comportamiento uniformes, a la contradicción provocada y acelerada entre la producción capitalista y la preservación de la diversidad biológica, de los recursos naturales y de la integridad de los ecosistemas por el *modelo de consumo globalizado* (PNDB, 2006: 13, énfasis nuestro).

Así, la admisión de otras formas de crecimiento, acordes con una “conciencia ambiental”, suponen para las propuestas del vivir bien/buen vivir la formulación de políticas públicas “activas” orientadas a la generalización de “patrones de consumo responsables” (PNBVE, 2009: 330). Por cierto, estas políticas no se vinculan exclusivamente con la cuestión ambiental, sino que suponen efectos en otras dimensiones, pues se orientan a “fortalecer la soberanía alimentaria y la economía endógena para el Buen Vivir” (PNBVE, 2009: 330).

A partir de un diagnóstico sobre “la enfermedad del consumismo” el segundo de los planes de Ecuador sostiene que, “con el fin de evitar mayores efectos de estas externalidades, el Estado debe articular y regular los patrones de consumo y ahorro, desde su núcleo, en convergencia con los valores democráticos del Buen Vivir” (PNBVE, 2013: 427). A tal fin, deberán producirse “un conjunto de medidas restrictivas” capaces de reordenar los “hábitos de consumo”, como por ejemplo, la regulación de la publicidad en espacios públicos y en particular de la dirigida a menores de doce años o “la propuesta de etiquetación de la información de químicos o alimentos de orígenes transgénicos” (PNBVE, 2013: 427).

La enfermedad del consumismo se mitiga con los ritmos de la globalización y la colonización cultural del capitalismo, y de la misma manera contagia sus crisis. Con el fin de evitar mayores efectos de estas externalidades, el Estado debe articular y regular los patrones de consumo y ahorro, desde su núcleo, en convergencia con los valores democráticos del Buen Vivir. Un conjunto de medidas restrictivas pueden reordenar los hábitos de consumo no acotados, como la publicidad en espacios públicos o la dirigida a menores de doce años, la regulación de alimentos no saludables y la propuesta de etiquetación de la información de químicos o alimentos de orígenes transgénicos (PNBVE, 2013: 427).

Así, se observa que las respuestas destinadas a combatir “la enfermedad del consumismo” se basan en una construcción del problema específico del consumo atada a diversas problemáticas más generales: en este caso, la “colonización cultural” y el papel que en ella juega la publicidad.

Por último, cabe mencionar que las preocupaciones por “los patrones de consumo uniformes” movilizadas en las propuestas del vivir bien/buen vivir, encuentran su expresión más puntual en la formulación de políticas públicas destinadas a reducir el “consumo de bienes suntuarios importados” (PNBVE, 2013: 347) y, como contraparte a “generalizar hábitos saludables y prácticas solidarias, social y ambientalmente responsables” (PNBVE, 2009: 338). Por cierto, esta propensión a combatir la importación de bienes de consumo suntuarios se asocia directamente a problemas económicos típicos de las economías periféricas, como ser el gasto de divisas que ese tipo de patrones de consumo implican⁵.

En suma, podemos decir que en los planes nacionales de Ecuador y Bolivia, asociados a las propuestas del vivir bien/buen vivir⁶, el problema del consumo se anuda con múltiples dimensiones. Así, se parte de afirmar que los patrones “uniformes” que fomenta el modelo globalizado, entran en contradicción con la preservación del medio ambiente. Luego, se identifica a la

generalización de los patrones típicos de la “enfermedad del consumismo” con la “colonización cultural” y el rol que en ésta juega la publicidad. Parte importante de los síntomas de esa “enfermedad” se constatan en la propensión al consumo de bienes suntuarios, de origen importado, cuyo efecto es también económico, puesto que implica un gasto de divisas. Finalmente, se disponen políticas públicas orientadas a la promoción de “patrones de consumo responsables”, que han de tener efectos tanto en el campo de la economía como en el cultural y el ambiental⁷.

En el próximo apartado veremos cómo buena parte de estas cuestiones que plantean en torno del problema del consumo las propuestas del vivir bien/buen vivir, estaban presentes ya en la coyuntura de debate sobre el desarrollo a finales de los años sesenta y principios de los setenta.

El consumo en los debates sobre estilos de desarrollo

Los debates sobre estilos de desarrollo emergieron hacia fines de los años sesenta, en una coyuntura de profundo balance a nivel internacional en torno de la denominada “primera década del desarrollo” y en un clima de problematización global de la relación entre desarrollo, demografía, avances tecnológicos, dimensión nacional, recursos naturales y consumo. Tal como se ha analizado en los capítulos precedentes, estos debates se posicionaron críticamente respecto de la mirada reduccionista y economicista acerca de la cuestión. Así, trocaron la pregunta en torno de los futuros límites físicos del crecimiento por otra centrada en los límites sociales y económicos del estilo de desarrollo existente⁸.

Tal como se ha puntualizado en los capítulos anteriores, así como en trabajos previos del Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso (Aguilar *et al.*, 2015), aquí nos interesa subrayar las resonancias discursivas entre las propuestas del vivir bien/buen vivir y los debates sobre estilos de desarrollo que por ese entonces emergieron en América Latina. Siguiendo esa línea, en el presente apartado rastreamos aquellos ecos vinculados a la problematización del consumo, especialmente a partir del análisis de dos trabajos elaborados al calor de las discusiones de fines de los años sesenta y principios de los setenta: *Proyectos Nacionales, Planteos y Estudios de Viabilidad*, publicado por Oscar Varsavsky⁹ hacia 1971, y el *Informe Preliminar del Modelo Mundial Latinoamericano*¹⁰, elaborado por la Fundación Bariloche en 1973¹¹.

En buena medida, ambos constituían una respuesta a las previsiones y las recomendaciones de política pública que habían hecho su aparición de la mano del Club de Roma y que se sintetizaron en el libro de 1972 *Los límites del crecimiento*, al que nos hemos referido en los capítulos anteriores. Aquel

diagnóstico rozaba las presunciones más pesimistas acerca del futuro: existían límites naturales al crecimiento que respondían a las presiones desmedidas que la humanidad había realizado sobre los recursos naturales disponibles. Esta versión *aggiornada* de la tradición malthusiana se traducían también en una serie de recetas para mitigar la situación, organizada especialmente en torno a dos recomendaciones: los países centrales debían limitar su crecimiento y los países periféricos precisaban aumentar sus controles sobre la natalidad.

En la obra de Varsavsky, el problema del consumo tenía una relevancia tal que el estilo de desarrollo vigente era definido como “estilo consumista” o “estilo CONS”.

El nivel de consumo material es el más alto posible en bienes y servicios de toda clase. El concepto de ciudadano se hace equivalente a “consumidor” (...) El consumo suntuario es la mejor medida de “status” y prestigio. Los bienes son típicamente de consumo opulento: suntuarios y de alto contenido superfluo (Varsavsky, 1971a: 173).

Para Varsavsky, la publicidad cumplía un rol fundamental para la reproducción de semejante estilo de desarrollo, ya que “distorsionaba” la capacidad de discernimiento de los consumidores en el mercado. Esta distorsión se traducían en propuestas concretas que favorecían la imitación de pautas ajenas: “consumir lo que ellos ponen de moda” (Varsavsky, 1971a: 110-111).

Al igual que en los documentos recientes de Bolivia y Ecuador que analizamos más arriba, el abordaje que proponía Varsavsky sobre el problema del consumo también tomaba en consideración su impacto económico, especialmente en lo tocante a la importación de bienes. Ya que en el mercado tenían mayor influencia “quienes pueden pagar”, la oferta de bienes se orientaba al “consumo de cúpula, diversificado, suntuario”. Este “estilo de consumo” entraba en franca tensión con el “consumo popular”, ante todo por la cantidad diferenciada de bienes importados que uno y otro suponían. Según este mismo análisis, la preeminencia de ciertos estilos de consumo se vinculaba directamente a la cuestión de la autonomía nacional. Desde la perspectiva del matemático la autonomía económica era “fácil de lograr en la Argentina”, dado que “alimentación, vestuario, vivienda, educación y salud son necesidades que pueden satisfacerse en grado más que aceptable para toda la población, con importaciones insignificantes, en cuanto se renuncia al consumo suntuario” (Varsavsky, 1971a: 240).

El “estilo CONS” se contraponía en el planteo de Varsavsky al “estilo creativo” o “estilo CREA”. Mientras el primero era definido como modernista y desarrollista, el segundo se identificaba como socialista, nacionalista y solidario. En este último, el crecimiento económico debía estar orientado por la sa-

tisfacción de las necesidades humanas, pero abordadas en su dimensión social y universal. Este planteo aparecería nuevamente en una obra posterior, con una referencia clara a las “necesidades populares” (Varsavsky, 2013 [1974]). En este sentido, puede decirse que si bien en las propuestas del vivir bien/buen vivir resuena la crítica de Varsavsky al consumo suntuario/importado, en el planteo formulado a principios de los setenta se iba un paso más allá, contraponiéndolo al consumo popular/nacional.

Al analizar, en el próximo apartado, los modos en que el consumo se tematizó en el *Plan Trienal para la Reconstrucción y Liberación Nacional* volveremos sobre esta contraposición consumo suntuario/importado y su vínculo con la autonomía económica. Abordado desde un país periférico cuya economía estaba signada por problemas recurrentes de balanza de pagos, el consumo adquiriría una dimensión eminentemente política durante el tercer gobierno peronista. Antes, sin embargo, debemos referirnos al segundo documento que consignamos más arriba.

El ya mencionado *Informe Preliminar* de Fundación Bariloche fue también una pieza clave para la problematización del consumo en los debates sobre estilos de desarrollo. Tras haber participado de la reunión de presentación del Informe Meadows en Río de Janeiro en 1970 –previo a su publicación–, un equipo liderado por Amílcar Herrera se propuso rebatir los argumentos del Club de Roma a partir de la construcción del Modelo Mundial Latinoamericano (MML). Hacia octubre de 1973, este grupo de científicos publicó un documento en el que, aunque se establecía un contrapunto con el catastrofismo malthusiano del “Informe Meadows”, también se señalaba:

los problemas de las aglomeraciones urbanas incontroladas, y el deterioro general del medio ambiente generado por una cultura que tiene casi como único objetivo aumentar el consumo de bienes materiales hasta límites irracionales, *puede crear* condiciones de vida casi tan catastróficas como la escasez malthusiana (Fundación Bariloche, 1973: 8, énfasis nuestro).

Al igual que en las propuestas actuales del buen vivir/vivir bien, el documento de la Fundación Bariloche partía de reconocer la existencia del deterioro ambiental, y de inmediato vinculaba al fenómeno con la cultura de una “sociedad consumista” –en contraposición con el “Informe Meadows” que lo asociaba al crecimiento demográfico–, cuyo origen radicaba en las pautas seguidas por los “países actualmente desarrollados”. En ese sentido, entre las premisas básicas del modelo se señalaba que las sociedades periféricas no podían “progresar copiando las pautas seguidas en el pasado por los países actualmente desarrollados” (Fundación Bariloche, 1973: 7). Ello, no sólo en virtud de “la improbabilidad de repetir ese camino en las actuales condicio-

nes sociopolíticas, sino, y principalmente, porque tampoco es deseable, ya que supondría repetir la evolución que ha llevado a estos a la situación actual de consumo dispendioso e irracional, de acelerado deterioro social y, en última instancia, de creciente alienación” (Fundación Bariloche, 1973: 7)¹².

En consonancia, el documento consideraba que el “uso destructivo e irracional de los recursos naturales y el deterioro del medio ambiente natural” se derivaban del incremento del “consumo de las naciones desarrolladas y de las minorías privilegiadas de los países en desarrollo (...) resultado de un sistema de valores intrínsecamente destructivo” (Fundación Bariloche, 1973: 7). En este como en otros puntos, coincidía con el planteo de Varsavsky al identificar al consumo de las “minorías privilegiadas” como una parte central del problema.

Siguiendo esas premisas, se proponía “la creación de una sociedad intrínsecamente compatible con su medio ambiente” (Fundación Bariloche, 1973: 7). El modelo esbozado se erguía sobre cuatro supuestos básicos, “que hacen a los aspectos centrales del desarrollo y la organización social”. El último de esos supuestos era que “se trata de una sociedad no consumista, vale decir, de una sociedad en la cual el consumo no es un valor por sí mismo” (Fundación Bariloche, 1973: 8).

Por último, cabe señalar que, al igual que en la propuesta de Varsavsky, para el diseño del MML el problema del consumo se relacionaba con el concepto de “necesidades”¹³. En ese sentido, se sostenía que era posible erradicar el problema de la escasez de recursos naturales, en tanto y en cuanto se limitara su consumo a “un mínimo compatible con la satisfacción de las necesidades primarias básicas” (Fundación Bariloche, 1973: 75)¹⁴.

Como vemos, al igual que ocurre en las propuestas actuales del buen vivir/vivir bien, la preocupación por el consumo desmedido que conducía al despilfarro de los recursos naturales constituyó uno de los principales temas abordados en los debates sobre estilos de desarrollo. En buena medida, su centralidad respondía a la polémica entablada con el Club de Roma: si existían límites al crecimiento, estos no respondían a los excesos de consumo de la población mundial en su conjunto, sino más bien a un determinado estilo de desarrollo –el “consumista”– que suponía esta dinámica. Incluso más, la existencia de patrones de consumo desmedidos –en general “copiados” de pautas extranjeras–, se asociaba a los hábitos de los sectores de ingresos medios y altos, a las “minorías privilegiadas”, que se volcaban al consumo “opulento”, “suntuario”, “importado” y “superfluo”. La responsabilidad frente a sus consecuencias recaía, pues, en los países centrales y en las élites de los países periféricos. El estilo de consumo vigente se contraponía a aquel orientado a la satisfacción de las necesidades básicas/humanas/populares, que podía ser administrado con una baja cantidad de divisas. Así configurado, el problema del consumo entablaba una disputa que debía ser zanjada en el ámbito de la política.

El problema de las pautas de consumo en el Plan Trienal de 1973

Uno de los principales modos adoptados en la Argentina de la segunda posguerra para formular propuestas de resolución a los problemas políticos, económicos y sociales de los modelos de desarrollo proyectados –diversas variantes de la industrialización por sustitución de importaciones– pasó por el diseño estatal de planes nacionales plurianuales. Tal es así que desde una mirada retrospectiva de largo plazo se constata que existió en el país un amplio consenso en torno a la necesidad de planificar la política económica y social, que contrasta con la marcada inestabilidad institucional que siguió al derrocamiento del peronismo en 1955 (Fiszbein, 2010; Jáuregui, 2013)¹⁵.

También las problematizaciones contemporáneas del consumo de las propuestas del buen vivir/vivir bien se han plasmado en planes nacionales. Así, creemos pertinente producir un diálogo entre estos debates actuales y un plan construido al calor de las discusiones sobre los límites y las alternativas al desarrollo a las que nos referimos en el apartado anterior. En particular, en lo que sigue, nos centraremos en analizar el impacto que los debates sobre estilos de desarrollo tuvieron en el *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional 1974-1977* (PTRLN), lanzado a fines de 1973 durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón. Como es de esperar, haremos foco en la proyección que se le dio a la cuestión relativa al problema del consumo.

Es preciso señalar que ya durante el año previo a la presentación del PTRLN, el propio Perón lanzó desde su exilio en Madrid el *Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo* (21 de febrero de 1972), de cara a la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano, que se desarrollaría durante el mes de junio en Estocolmo. En buena medida, las reflexiones volcadas en ese documento se inscribían en el clima de debate internacional sobre desarrollo que se había desatado a finales de los años sesenta, oscilando entre los argumentos del Club de Roma y los de los debates que emergieron como respuesta desde América Latina. En lo que respecta al problema del consumo, señalaba:

La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo implica que el lucro y el *despilfarro* no pueden seguir siendo el motor básico de sociedad alguna (...). En otras palabras: necesitamos *nuevos modelos* de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que, al mismo tiempo que den prioridad a la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano, racionar el consumo de recursos naturales y disminuyan al mínimo posible la contaminación ambiental (Perón, 1972: s/p, énfasis nuestro).

Al igual que en los documentos analizados de Varsavsky y la Fundación Bariloche, frente al “despilfarro” de los recursos naturales, el problema del

consumo debía ser abordado considerando la “satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano”.

Más tarde, consumado su regreso a la Argentina, en algunas de sus numerosas intervenciones públicas el líder del justicialismo volvió a referirse al tema del consumo como uno de los puntos destacados de su política económica. Así, a un mes de las elecciones que lo consagraron como presidente de la Nación por tercera vez, el 18 de agosto de 1973, Perón brindó un discurso frente al Congreso del Partido Justicialista reunido en el Teatro Nacional Cervantes en el que señalaba:

¡El desarrollo! Yo vengo de un mundo que está terriblemente arrepentido del desarrollo que han hecho. Y en este momento el mundo superdesarrollado está entrando en una etapa de desesperación, porque ve que su desarrollo tecnológico lo ha llevado a la destrucción de los medios que la naturaleza le ha venido ofreciendo para pervivir. En este momento, las sociedades de consumo han llevado a un despilfarro tal los medios ecológicos de la humanidad, que se está quedando sin comida y sin materia primera. El problema más grave de este momento es que año tras año mientras aumenta la población, disminuye la posibilidad de ofrecerle comida, porque ésta va escaseando y escaseará cada día más, por el despilfarro que el hombre ha hecho de sus propios medios ecológicos (Perón, 1973a: s/p).

Como vimos, las advertencias sobre el “despilfarro” y su amenaza sobre “los medios ecológicos de la humanidad” no resultaban una novedad en 1973, pero sí eran novedosas las condiciones de su enunciación: esta vez eran dichas por Perón en un discurso partidario. Esta visión estaba acompañada por un diagnóstico respecto a la necesidad de forjar un desarrollo tecnológico nacional que no podía resultar de la imitación de los modelos que habían generado tal situación¹⁶. Si quería evitarse el futuro apocalíptico que el modelo seguido por los países centrales había generado, las pautas de crecimiento económico y social debían ser definidas de forma tal que no afectaran negativamente a la naturaleza (Perón, 1973a). De hecho, parte de estas preocupaciones ya habían sido incluidas sucintamente en las *Coincidencias programáticas del plenario de organizaciones sociales y partidos políticos* (CP), firmadas el 7 de diciembre de 1972 por un amplio espectro de dirigentes políticos, obreros y empresariales en el ocaso de la dictadura de la “Revolución Argentina”¹⁷. En este documento se señalaba:

La deformación impuesta por el sistema vigente con más la política utilizada en los últimos años, a lo que deben sumarse los vicios propios de la sociedad contemporánea, resultado de la producción y el consumo en masa; de la tecnología unificante, y de la superconcentración empresaria, obliga a plan-

tearse como cuestión de máxima importancia la revisión de muchas formas sociales (CP en PTRLN, 1972: 298).

Luego de asumida la Presidencia de la Nación, Perón volvería a hacer referencia al tema en un discurso brindado en la CGT el 13 de diciembre de ese mismo año. Sin embargo, esta vez el estigma sobre el consumo como factor desestabilizador del ecosistema convivía con su ponderación como “factor de riqueza”¹⁸. La pregunta por el rol del consumo pasaba, entonces, a tener una respuesta ambigua: por un lado era dinamizador del crecimiento a través de la redistribución del ingreso; por el otro, una pesada carga sobre los recursos naturales. Como si no bastara esta doble caracterización, el consumo también debía ser pensado en relación al problema del ahorro, que tenía un papel central en las discusiones sobre las crisis recurrentes de balanza de pagos de la economía nacional. Así, Perón afirmaba que el consumo “es un factor de riqueza, no como algunos idiotas creen que para hacerse ricos hay que ahorrar; nadie se ha hecho rico ahorrando” (Perón, 1973b: 12).

Cuando el 21 de diciembre presentó ante la opinión pública el *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*, destacó nuevamente este elemento novedoso para el discurso peronista, que dialogaba con las propuestas de Varsavsky y de la Fundación Bariloche. Más allá de la centralidad de la identidad nacional, la novedad estaba representada por la afirmación de que se pretendían estimular nuevas pautas de consumo:

Estamos conformando un nuevo modelo de vida argentina, con patrones de consumo que respondan a nuestras necesidades y formación cultural, y que asegure una alta calidad de vida para cada uno de los habitantes de la Patria, a fin de que todos tengan posibilidad de satisfacer sus necesidades vitales (Perón, 1973c, s/p).

El cruce entre “necesidades” y “patrones de consumo” se producía esta vez en el discurso de un flamante presidente electo. Esta preocupación se correspondía con las que se presentaban en el plan, donde se expresaba claramente la necesidad de redefinir las pautas de consumo generales de la sociedad argentina¹⁹. Esta respuesta, basada en la promoción de comportamientos diferenciados tanto en las pautas como en los niveles de consumo de los distintos sectores sociales, no resultaba menor para la estrategia propuesta. Así, el primer objetivo enunciado en el texto del plan destacaba que el consumo debía ser pensado en sus aspectos culturales, trascendiendo al problema de la redistribución del ingreso y atendiendo a la necesidad de “conformar un nuevo modelo de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que lleve a la *plena realización* de todos los habitantes de la Nación Argentina” (PTRLN, 1973: 13, énfasis nuestro).

Algo semejante quedaba establecido en otro de los objetivos del PTRLN, cuya consecución suponía la adopción de “patrones de consumo” adecuados a la realidad argentina, que no fueran “mera copia o reflejo de otras sociedades que, aunque avanzadas en cuanto a su grado de desarrollo económico, afrontan actualmente gravísimos problemas ecológicos y sociales” (PTRLN, 1973: 14). De este modo, y retomando los discursos que el propio Perón había enunciado desde su regreso al país, se proponía “una sociedad regida por valores distintos a los que predominan en las sociedades contemporáneas de consumo, con sus secuelas de despilfarro y deterioro del medio ambiente” (PTRLN, 1973: 17). Al igual que en el caso de Varsavsky y de la Fundación Bariloche, el derroche de recursos asociado a un consumo desmedido se unía directamente con las características de la demanda de los sectores de medios y altos ingresos, con sus “hábitos de consumo”²⁰.

En ese sentido, en el plan en cuestión se proponía corregir “el proceso de distorsión de las pautas de consumo inducido por la competencia publicitaria” (PTRLN, 1973: 116), que, entre otras cuestiones, había producido “una composición de la producción caracterizada por la hipertrofia de ramas productoras de bienes suntuarios” (PTRLN, 1973: 115). Entre ellas se señalaba el crecimiento exagerado de la industria de la construcción residencial para “grupos de altos ingresos”. Estas “distorsiones” impuestas por la publicidad eran entendidas como la creación de deseos que poco tenían que ver con las “aspiraciones de nuestro pueblo” y con la satisfacción de sus “necesidades básicas”. De este modo, en el plan el problema del consumo se anudaba con el de la publicidad y el de las necesidades, algo que como vimos estaba presente ya en el planteo de Varsavsky. A su vez, cabe destacar que aquí también se establecía una conexión entre el consumo de bienes suntuarios y lo extranjero/importado, frente a lo que se proponía “prohibir las importaciones de bienes suntuarios prescindibles” (PTRLN, 1973: 301). Como señalamos en el apartado anterior, esta cuestión no resulta menor en el contexto de una economía periférica signada por los estrangulamientos de balanza de pagos.

En síntesis, los modos de analizar las implicancias negativas que el consumo tenía sobre los estilos de desarrollo hicieron su aparición en el PTRLN, aun cuando el peronismo históricamente había hecho del consumo uno de los estandartes para garantizar la justicia social²¹. El abordaje de esta cuestión más allá de sus dimensiones económicas como un verdadero problema cultural, que hemos visto emerger tanto en los debates sobre estilos de desarrollo como en el mismo plan, puede explicarse al menos en parte a partir de los puntos de contacto existentes entre la trayectoria de Oscar Varsavsky y la del redactor del PTRLN, Alfredo Eric Calcagno.

A los efectos de nuestro trabajo, resulta significativo traer a colación un punto que se halla ciertamente desatendido en la historiografía sobre la cons-

trucción del PTRLN: nos referimos al asesoramiento que brindó un grupo de técnicos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) a los funcionarios del Ministerio de Economía (*Clarín*, 27/11/1973). Se trató de un grupo de técnicos, en su mayoría argentinos, que se habían trasladado al país desde la sede que el organismo de Naciones Unidas tenía en Santiago de Chile. A la cabeza de este grupo estaba Alfredo Eric Calcagno, quien, según Carlos Leyba²² y Héctor Valle²³, fue el redactor de la parte más política del plan. Asimismo, ambos ex-funcionarios sostienen que el aporte de este grupo²⁴ fue muy significativo y que su presencia en el octavo piso del ministerio –donde funcionaba el viejo CONADE²⁵– era cotidiana.

La cuestión anteriormente señalada reviste una importancia central para comprender el contacto entre los debates sobre estilos de desarrollo y la construcción del PTRLN. Esto es así ya que Calcagno mantenía un vínculo intelectual y una amistad muy estrecha con Oscar Varsavsky. Habían trabajado juntos para la CEPAL en Santiago de Chile, compilando el libro *América Latina: Modelos matemáticos (Ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica)*, publicado en 1971 por la Editorial Universitaria. Aún más, según el testimonio del propio Calcagno, desde la oficina que la CEPAL finalmente instaló en Buenos Aires hacia 1974 se contrató a un grupo de científicos, encabezados por Varsavsky²⁶, para que aplicaran a la economía argentina el modelo de experimentación numérica que éste había desarrollado. Poco tiempo después, se publicarían en la *Revista de la CEPAL* –dirigida entonces por Raúl Prebisch– dos artículos que empleaban el concepto “estilos de desarrollo”²⁷. En efecto, entendemos que los debates sobre estilos de desarrollo permearon en el PTRLN no sólo en virtud de cierta circulación de discursos y de aquello que “puede y debe decirse” en una cierta coyuntura, sino también en virtud de la vinculación entre determinadas figuras relevantes para la planificación en América Latina de aquellos años.

Conclusiones

Carlos Leyba afirma: “según nuestra concepción, el desarrollo era –y es– un problema cultural, un problema de valores, un sistema de prioridades” (Leyba, 2010: 107). Esta formulación viene a reafirmar algunas de las presunciones que presentamos a lo largo del capítulo. Para los funcionarios encargados de la redacción del PTRLN, el problema del desarrollo, que desbordaba al campo de la economía, tenía una fuerte dimensión cultural. Al margen de los múltiples propósitos que el plan asumía como propios, la voluntad por configurar nuevas pautas que aliviaran las presiones sobre las importaciones y, en última instancia, contribuyeran a estimular el ahorro interno, sin duda jugaba un rol destacado en sus planteos. Si los sectores de medios y de altos ingresos se habían habituado a un consumo suntuario orientado por criterios extranjeros, el nuevo gobierno peronista asumía la tarea de promover y estimular lógicas de consumo acordes a la tradición y a las necesidades locales. De este modo, la respuesta a la pregunta por las pautas de consumo quedaba configurada en términos polares: “suntuario/extranjero” y “popular/nacional”. Este diagnóstico, novedoso para el peronismo, no lo era en la Argentina: Varsavsky y la Fundación Bariloche fueron pioneros al problematizar la noción de desarrollo tomando en consideración la existencia de distintos estilos de consumo y el problema de la satisfacción de las necesidades básicas/humanas/populares. De esta forma, la condensación de algunas de estas discusiones en el PTRLN, muestra la circulación de dichos planteos y su impacto en la elaboración de políticas públicas planificadoras.

Finalmente, como sosteníamos al inicio del capítulo, vale destacar el eco que estas reflexiones sobre los vínculos entre consumo y desarrollo encontraron en los proyectos planificadores de Bolivia y Ecuador. En buena medida, allí resuenan, la mayor parte de las veces borrando los trazos de un pasado no tan lejano, interrogantes y cuestionamientos cuyo carácter radical tensiona la viabilidad de las propuestas del buen vivir-vivir bien. Esta constatación vuelve a posar la mirada sobre un pasado que las consideraciones del presente, a partir de una crítica unívoca a la noción de “desarrollo”, suponen homogéneo, y permite rescatar otros sentidos enterrados bajo el peso de las derrotas.

Notas

- ¹ La noción de “problematización” se corresponde con el proyecto foucaultiano de una historia crítica del pensamiento, focalizando el abordaje en los modos en que se constituyen problemas como objetos del pensamiento y en las estrategias que se desarrollan para responder a ellos (Revel, 2008), a veces llegando a expresarse en programas y prácticas institucionales

concretas (Restrepo, 2008). Así, la tarea del investigador pasa por “describir el haz de interrogantes (históricamente situados) en el que tal sentido (o práctica) emergió como respuesta” (Aguilar; Glozman; Grondona; y Haidar, 2014: 49). Dichos interrogantes pueden ser heterogéneos, a veces contradictorios, y pueden combinarse de múltiples maneras, produciendo sentidos diversos. A partir de las respuestas concretas que se formulan en relación a ellos, es posible identificar las características que delimitan a un problema determinado.

- 2 Acaso porque la implementación de planes nacionales de desarrollo fue constantemente interrumpida por discontinuidades político-institucionales –a excepción del *Plan de Gobierno 1947-1953*–, hasta hace poco la historia del planeamiento había permanecido bastante desatendida en el ámbito local. No obstante, en consonancia con el renacer del interés por el pasado industrial y con el resurgir de experiencias planificadoras en la región, en los últimos años una serie de estudios centrados en el análisis de las instituciones estatales y de las ideas vinculadas al planeamiento (Jáuregui, 2005, 2013; Berrotarán, 2006; Tereschuk, 2008; Fiszbein, 2010; González Bollo, 2010; Gómez y Tchordonkian, 2013), en la relación con los saberes expertos y su traducción en políticas públicas (Bernazza, 2006; González Bollo, 2008; Pereyra, 2012) y en el desempeño propiamente económico de los planes proyectados (Leyba, 2010; Vitto, 2012) han puesto en valor la producción académica en torno de la temática.
- 3 Se trata de un campo que si bien han crecido a nivel internacional (Trentmann, 2004), en la Argentina es aún incipiente. A escala global, los trabajos se han concentrado especialmente en cuatro grandes líneas de investigación: las prácticas del consumo y su relación con la producción de identidades sociales (De Grazia, 1996, 2005), los movimientos de consumidores (Hilton, 2003, 2009; Baker 2009; Rhodes, 2006; Schwarzkopf, 2015), la publicidad y la creación de identidades de marca (McFall, 2004; Schwarzkopf, 2008, 2009) y los vínculos entre consumo y ciudadanía (Daunton y Hilton, 2001; Cohen, 2003; Bevir y Trentmann, 2007). Aquí nos referiremos especialmente a esta última serie de trabajos, que son los que han encontrado mayor eco en la historiografía referida al caso argentino (Rocchi, 1998; Elena, 2007, 2011; Fridman, 2010; Milanesio, 2014)
- 4 Véase, en este mismo volumen, el capítulo de Victoria Haidar sobre la cuestión ecológica en las propuestas del buen vivir/vivir bien y de los debates sobre estilos de desarrollo.
- 5 “Las divisas obtenidas por la exportación no fueron destinadas a la reinversión, sino –una parte de ellas– a la importación de productos de consumo, en especial de productos suntuarios para los núcleos oligárquicos minero-terratinentes” (PNDB, 2006: 4).
- 6 En la Argentina, el tema del consumo ha ocupado un lugar central en la agenda del kirchnerismo, especialmente a partir del inicio de la década de 2010. Programas como *Precios Cuidados* y *Ahora 12* tuvieron dos tareas principales: garantizar el acceso a “precios justos” a determinados bienes considerados básicos para de ese modo atentar contra la “especulación” de las cadenas de comercialización y estimular el consumo mediante el financiamiento de compras de diversos bienes durables. No obstante, el cuestionamiento a los patrones o estilos de consumo no se destacó como uno de los pilares del abordaje de la temática.
- 7 Resultan llamativos los ecos que parecen tener algunas de estas preguntas en el líder de la Iglesia Católica, el Papa Francisco I, quien en su carta encíclica del 24 de mayo de 2015 –titulada *Laudato Si*– esbozó una serie de críticas al “consumismo” en relación a la cuestión ambiental. Éstas fueron reforzadas en su intervención en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares (9 de julio de 2015, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia), al señalar que “la concentración monopólica de los medios de comunicación social que pretende imponer pautas alienantes de consumo y cierta uniformidad cultural es otra de las formas que adopta el nuevo colonialismo”.
- 8 Véase el capítulo introductorio del presente volumen.
- 9 Sobre Varsavsky, véase la nota al pie 11 del capítulo introductorio.
- 10 La versión definitiva del Modelo Mundial Latinoamericano se concluyó hacia 1975 y fue publicada dos años más tarde: Herrera *et. al.*, 1977, *Catástrofe o nueva sociedad: Modelo Mundial*

Latinoamericano. Ottawa: International Development Research Centre.

- ¹¹ Sobre la Fundación Bariloche, véase la nota al pie 10 del capítulo introductorio.
- ¹² Para un análisis del problema de la alienación en los debates sobre estilos de desarrollo y en las propuestas del buen vivir/vivir bien, véase el capítulo de Paula Aguilar incluido en el presente volumen.
- ¹³ “El modelo se diseñó en base a una función de necesidades básicas definida como la mínima cantidad de recursos físicos que permita a cada ser humano, en una sociedad igualitaria, beneficiarse de los valores esenciales de la civilización” (Fundación Bariloche, 1973: 10).
- ¹⁴ Es importante decir que en torno de la cuestión de las “necesidades” se dio un debate entre Varsavsky y uno de los principales integrantes de la Fundación Bariloche, Amílcar Herrera. Para un análisis de la cuestión, véase Grondona (2014).
- ¹⁵ A partir de la segunda posguerra el planeamiento estatal se generalizó a nivel internacional como un modo de dar respuesta a los problemas nacionales, a través de la formulación de propuestas inteligibles y realizables de vinculación de los problemas sociales y económicos (Jáuregui, 2013). En América Latina, la planificación se inscribió en distintas estrategias de movilización de los recursos políticos y sociales en pos de alcanzar el modelo de desarrollo proyectado. Si bien hay antecedentes de importancia en los años cuarenta y cincuenta, la cuestión tuvo un fuerte impulso a partir de 1962 con la creación del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) en el seno de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), lo cual incentivó la circulación regional de técnicos y funcionarios para el diseño de planes nacionales de desarrollo. La expansión regional del planeamiento operó como un marco de referencia al interior de los distintos países, legitimando procesos orientados a la intervención programada del Estado tanto en el plano económico como en el plano social.
- Los comienzos del planeamiento en Argentina coincidieron con el impulso de la intervención estatal y la expansión inicial del modelo de industrialización sustitutiva, en la coyuntura de crisis económica que caracterizó a los años treinta. Así, el trabajo del Consejo Nacional de Posguerra y la Secretaría Técnica de la Presidencia de 1944 constituyen un hito en la planificación económica como estrategia de desarrollo orientada a la industria sustitutiva, que terminaría de tomar cuerpo a través del lanzamiento de dos planes quinquenales (Berrotarán, 2006).
- En esa historia también fueron relevantes la creación del Consejo Federal de Inversiones (CFI) y del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) durante la Presidencia de Frondizi y su maduración bajo los gobiernos de José María Guido (1962-1963) y de Arturo Illia (1963-1966). El modelo de desarrollo comenzó a vincularse progresivamente con la defensa nacional y la seguridad, lo cual se convertiría en un aspecto central de la irrupción del estado burocrático autoritario (Fiszbein, 2010).
- ¹⁶ Véase en el presente en este volumen el capítulo de Ana Grondona sobre la cuestión científico-tecnológica en los debates sobre estilos de desarrollo y en las propuestas del buen vivir/vivir bien.
- ¹⁷ Entre los firmantes se cuentan la CGT, la CGE, el Movimiento Nacional Justicialista, la Unión Cívica Radical, el Movimiento Integración y Desarrollo y el Partido Popular Cristiano.
- ¹⁸ “Cuando nosotros podamos multiplicar nuestro negocio, nuestro gran negocio del país, y distribuir justamente el producto de esa multiplicación, el poder adquisitivo de la masa popular será tan extraordinario que el consumo pegará un empujón para arriba” (Perón, 1973b: 12).
- ¹⁹ “El Plan prevé que este incremento en el consumo promedio resulte de diferentes comportamientos en las pautas y niveles de consumo de asalariados y no asalariados” (PTRLN, 1973: 41).
- ²⁰ “Las metas de crecimiento del Plan no implican sólo un cambio cuantitativo. No se procura producir más de lo mismo, o bienes distintos, pero que sustenten el mismo modelo de desarrollo cuyo dinamismo se basa en la demanda altamente diversificada de los grupos de ingresos altos y medios; y lo que es peor en el enorme despilfarro de recursos a que llevan sus hábitos de consumo” (PTRLN, 1973: 16).

- 21 Gracias a los trabajos de Elena (2011) y Milanesio (2014) sabemos que el consumo era pensado en la visión clásica del peronismo como un motor para el crecimiento. La redistribución de la riqueza funcionaba como un aliciente para la producción, en la medida en que contribuía a ensanchar el mercado interno, a la vez que mejoraba los estándares de consumo obrero con la aspiración de que todos alcanzaran una *vida digna*. No obstante, la tensión entre el fomento del consumo y la promoción del ahorro también ocupó un lugar importante en la política económica peronista, especialmente tras la crisis de 1949/1952 y el consecuente “cambio de rumbo” adoptado (Rougier y Fiszbein, 2004).
- 22 Subsecretario General de Programación y Coordinación del Ministerio de Economía y Vicepresidente Ejecutivo del Instituto Nacional de Planificación Económica (INPE), tuvo a su cargo las tareas operativas del PTRLN. Entrevista realizada el 21 de octubre de 2015.
- 23 Director Nacional de Planeamiento Global del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) entre 1970 y 1977. Entrevista realizada el 2 de noviembre de 2015.
- 24 Otros integrantes fueron Ricardo Cibotti, Alberto Fracchia, Oscar Altimir y Horacio Santamaría.
- 25 Si bien los organismos de planificación heredados fueron inmediatamente intervenidos tras la asunción de Cámpora, prácticamente la totalidad de los funcionarios del CONADE permanecieron en sus cargos. El organismo pasó a funcionar bajo la órbita de la Secretaría de Programación y Coordinación del Ministerio de Economía, bajo la dirección de Orlando D’Adamo y la subdirección de Carlos Leyba. Una vez presentado el PTRLN, el gobierno peronista crearía un nuevo organismo de planificación: el Instituto Nacional de Planificación Económica.
- 26 Entrevista con Alfredo Eric Calcagno, realizada el 2 de octubre de 2014.
- 27 Se trata de Pinto (1976) y Graciarena (1976).

CAPÍTULO VI

Planificar una “nueva sociedad”: tiempo, trabajo, política

Paula Lucía Aguilar

La visible contradicción entre la suficiencia productiva global y la existencia de grandes masas pauperizadas se explica, como bien se sabe, por las diferencias en la distribución de los satisfactores (ingreso, poder, saber, etc.). La superación de esta flagrante contradicción es, claro está, premisa inicial del Modelo a desarrollar. Pero la forma en que se lo supere –y es ésta otra de las premisas básicas del Modelo– condicionará en forma integral las *alternativas de sociedad que emergerá de esta etapa histórica*, sus características *económicas, políticas, culturales y psico-sociales* (Mallman, 1975: 3, énfasis nuestro).

Este capítulo busca contribuir al estudio de los planes y modelos de desarrollo alternativo producidos en y desde América Latina a través de la caracterización, en un conjunto de textos programáticos, de los diagnósticos y respuestas acerca de la vida social en vistas a la construcción de modos de vida superadores de sus formas capitalistas. Entendemos que la formulación de proyectos alternativos de desarrollo no sólo pone en cuestión la relación entre producción, riqueza y satisfacción de las necesidades de la población en términos económicos. Se desprenden de sus propuestas un conjunto de características atribuidas a la organización social entendida como deseable y definiciones acerca de las cualidades subjetivas necesarias para sostener la viabilidad de los procesos de transformación propuestos.

Partimos de caracterizar un conjunto de premisas teóricas producidas en Ecuador, asociadas al enfoque del buen vivir/*sumak kawsay* y propuestas como orientadoras de la acción estatal y de los denominados planes nacionales de desarrollo en la búsqueda de un paradigma alternativo¹. Luego, abordamos detenidamente los aportes críticos y experiencias de planificación y modelización matemática de la viabilidad de la sociedad futura, producidos

en Argentina en la década de 1970 por dos equipos de trabajo científico interdisciplinario: aquel que participara en el *Modelo Mundial Latinoamericano* (en adelante MML) dirigido por Amílcar Herrera² e inscripto en la Fundación Bariloche y el conjunto de trabajos sobre “estilos de desarrollo”, sistematizados por Oscar Varsavsky en su libro *Proyectos Nacionales. Planteos y estudios de viabilidad* (1971) y trabajos subsiguientes³. Ambos conjuntos de textos, aunque producidos en dos coyunturas históricas diferentes entre sí⁴, comparten la búsqueda por trascender las definiciones puramente economicistas acerca del desarrollo, ampliando las dimensiones de la vida social y subjetiva involucradas en el debate sobre las alternativas y las vías concretas para alcanzarlas. En suma, postulan un interrogante situado y vigente por la relación entre economía y sociedad cuyas múltiples respuestas dan lugar a la caracterización detallada de modos de vida posibles.

Las experiencias de planificación aquí consideradas proponen esquemas de producción y distribución de la riqueza orientados por premisas científico técnicas⁵, definidas como inescindibles de un conjunto de principios políticos e ideológicos que tienen por horizonte alcanzar condiciones de vida aceptables y viables para la población. En este sentido, se formula en ellas una perspectiva integral de la existencia humana en tanto tal, que exige incorporar a la cuestión del desarrollo un conjunto de dimensiones vitales, aunque esquivas a la cuantificación u objetivación en variables matemáticas e indicadores estadísticos: el tiempo, la relación con los afectos, el problema de la integración social, la diversidad cultural, los modos posibles de organización familiar, la participación política y la creatividad actual o potencial de los seres humanos.

Entendemos que estas distintas problematizaciones de la vida social e individual y su organización presente y futura delimitan unos horizontes utópicos del gobierno⁶ (Dean, 1999). En las respuestas que cada uno de los proyectos esgrime se entretejen diagnósticos sobre la transformación de las relaciones económicas de producción y reproducción con reflexiones sobre los sujetos, sus deseos y necesidades. Ya sea bajo la forma de principios de orientación de la acción estatal en el marco de planes nacionales de desarrollo o desde la apuesta por modelos de prospectiva y cálculos matemáticos de viabilidad, los textos aquí considerados trazan una serie de propuestas para alcanzar lo que construyen como una vida mejor para las poblaciones actuales y las generaciones venideras. Emerge entonces un conjunto de interrogantes clave a la hora de pensar estratégicamente el futuro. ¿Qué formas de sociabilidad y subjetividad garantizarían la participación crítica y la viabilidad material, política y social de los procesos de transformación propuestos? ¿Cuáles son las herramientas para alcanzarlos?

Este capítulo se propone dar cuenta de algunas de las respuestas disponibles producidas en ambas coyunturas. Para ello, en primer lugar, recorre los

argumentos críticos de la relación entre crecimiento económico, desarrollo y calidad de vida, asimilados al aumento del Producto Bruto Interno (en adelante PBI). Luego, caracteriza las propuestas elaboradas para la superación de este obstáculo técnico e ideológico, con especial atención a aquellas dimensiones vinculadas a la vida social y subjetiva. En tercer lugar, se detiene en los principales rasgos de la organización social que se desprenden de este conjunto de propuestas a partir de su problematización sobre la utilización del tiempo dentro y fuera del trabajo, las relaciones familiares, la integración social, la educación y la potencialidad creativa de la política, entendida como núcleo de todo proceso de construcción de un futuro mejor, o en los términos de los debates trabajados, futuros en plural, utopías realizables.

Más allá del PBI

Antes de hablar de cuánto es el desarrollo hay que saber cuál (Varsavsky: 1971: 113).

Se traslada el centro de gravedad del *crecimiento cuantitativo a la expansión cualitativa*, desde el momento que la actividad se vertebra sobre la calidad de vida –individual, grupal y colectiva– por la *expansión y plena realización humanas, y se apunta al bienestar generalizado* basado en el uso más que en la posesión y acumulación de bienes (Fundación Bariloche, 1973: 38, énfasis nuestro).

Tanto en los debates recientes por las definiciones y tareas del buen vivir como en los proyectos de desarrollo alternativo producidos durante la década de 1970, se rechaza la definición de “el” desarrollo como un proceso unívoco, lineal, progresivo y medible en términos de crecimiento económico, cuyo principal indicador cuantitativo sería el aumento del PBI⁷. Se discute entonces la subsunción y homogeneización de la vida social que supone asimilar este índice, sin más, a una mejora de las condiciones de vida (Ramírez, 2012), o la propensión a traducirlo como un camino a seguir necesariamente para alcanzar la posición de los países centrales sin considerar la especificidad de los recursos y modelos productivos propios de cada país o región (Varsavsky, 1971a; Herrera *et. al.*, 2004 [1977]). Esta posición crítica constituye un punto de partida común que permite poner en relación el conjunto de textos aquí contemplado.

A continuación, exponemos los argumentos de la crítica contemporánea formulada al PBI en el marco del caso ecuatoriano para luego recuperar los elementos comunes que pueden identificarse en las posiciones que, ya en los primeros años de la década de 1970, advertían sobre una utilización del lenguaje de la economía que entendían como “falaz” y la insuficiencia del aquel

indicador para medir o representar en términos cualitativos las condiciones de vida de la población.

La crítica a la evidencia del aumento de los niveles de producción, consumo y crecimiento agregado como objetivos a alcanzar en sí mismos, ha cobrado creciente actualidad en las discusiones en torno al buen vivir en el marco del proceso político ecuatoriano. En su búsqueda teórica y política por establecer principios alternativos para la medición estadística de las condiciones de vida, esta perspectiva cuestiona la utilización del PBI por parte de la economía neoclásica, definida como la principal corriente del pensamiento económico neoliberal y, por ende, “campo de adversidad” (Foucault, 2007) en su construcción de alternativas:

El bienestar de la población visto como la suma de las utilidades de los individuos, ha sido entendido como la riqueza de las naciones que hay que promover socialmente. La ecuación es simple: *se debe producir la mayor cantidad de bienes para que los individuos de la sociedad tengan mayores opciones para elegir*. La utilidad que recibe un individuo se evalúa en función de qué canasta de productos selecciona de las opciones posibles que tiene a su alcance. *El bienestar del individuo se consigue en la medida en que satisface su deseo a través de la compra*. Este deseo se expresa a partir de la preferencia de cada individuo, revelada en la elección que hace al comprar un producto y descartar otro del mercado. *En esta perspectiva la utilidad se equipara a la felicidad y al bienestar* (Ramírez, 2012: 23, énfasis nuestro).

Existe una vasta literatura que critica los conceptos de producto interno bruto total y por habitante y sus tasas de crecimiento como medidas adecuadas de bienestar, pues ignoran la distribución social del ingreso, integran inadecuadamente ciertos impactos negativos de la economía sobre el medio ambiente, hacen invisibles los recursos que la economía toma de la naturaleza y, además, ignoran la escasa asociación entre crecimiento económico y mejora en el bienestar colectivo (PNBVE, 2013: 28).

Estas formas mercantilizadas y cuantitativas que promedian una cifra global del PBI por habitante como medida del bienestar son rechazadas bajo el argumento de que la teoría económica neoclásica ha considerado sólo *parcialmente* la vida humana al medir el bienestar en términos de una sumatoria de consumos individuales, sin contemplar otros aspectos de la existencia necesarios para alcanzar una “vida buena”. Entendida ésta como la verdadera (y desalienada) “riqueza de los pueblos” en el marco del derecho social al buen vivir.

La satisfacción de las necesidades, la consecución de una calidad de vida y muerte dignas, el amar y ser amado, y el florecimiento saludable de todos, en paz y armonía con la naturaleza para la prolongación indefinida de las culturas humanas y de la biodiversidad (Ramírez, 2012: 17).

El Buen Vivir no postula el no desarrollo, sino que aporta a una visión distinta de la economía, la política, las relaciones sociales y la preservación de la vida en el planeta. El Buen Vivir promueve la búsqueda comunitaria y sustentable de la felicidad colectiva, y una mejora de la calidad de vida a partir de los valores (PNBVE, 2013: 18).

Así, se contraponen la construcción de una vida *bien vivida*, a la alienación de la subjetividad en el consumo como definición del bienestar en los términos de una economía orientada por la desigualdad y la competencia. Se plantea entonces redefinir los criterios de distribución del tiempo destinado al trabajo y los afectos, y diseñar nuevas formas de medición de la *vida plena*⁸ a partir de la inclusión no sólo de los bienes materiales, sino también de la generación y disfrute de los “bienes relacionales”⁹, eje fundamental del bienestar.

Dado que el objetivo es la reorientación normativa y práctica de la acción estatal y de la economía bajo nuevas lógicas, la propuesta contempla la posible utilización de un conjunto de tecnologías de registro y fórmulas de cuantificación econométrica que permitirían calcular un “índice de la vida saludable y bien vivida” (Ramírez, 2012: 89) basado en la consideración conjunta de aspectos económicos y no económicos de la vida social que van desde el tiempo dedicado a los afectos hasta la participación política y la relación con la naturaleza¹⁰. La unidad de este conjunto de mediciones será el *tiempo*, en detrimento de la traducción monetaria. El desafío de la planificación estatal orientada por las premisas del buen vivir, es también técnico. Las propias herramientas de la planificación estatal a mediano y largo plazo fueron desacreditadas por el neoliberalismo, obturando la capacidad estatal para proyectar. Se suma entonces el desafío de crear instrumentos novedosos.

En su trabajo sobre “Proyectos Nacionales” (1971), Oscar Varsavsky planteaba que la objetivación numérica del crecimiento económico presentada en términos de presunta neutralidad técnica ocultaba un elemento fundamental: la explicación del “cómo” se había arribado a tal crecimiento, es decir, una definición clara de sus objetivos cualitativos y modelos productivos específicos. De acuerdo con su perspectiva, la cifra del PBI entendida como único indicador del desarrollo económico de un país velaba la especificidad de las relaciones de producción y distribución que le dieran sustento, y era por tanto, ideológica. Además, en estos cálculos, el país era “*presentado como si fuera una empresa*, cuyos objetivos sí pueden resumirse con un solo número: la ganancia” (Varsavsky, 1971a: 25, énfasis nuestro).

La trampa está en la *linealidad, la vía única y se arma mediante la típica falacia cuantitativa de medir el desarrollo por un número* (...) y deducir de ahí que debemos *imitar a los países* que tienen más alto ese indicador (Varsavsky, 1971a: 101, énfasis nuestro).

El modo de superar la “falacia cuantitativa” y evitar la dependencia que implicaba seguir lo que otros países habían hecho previamente como único camino posible para alcanzar el desarrollo, era la definición clara de los objetivos del *proyecto nacional* a diseñar y el cálculo de su viabilidad física, política y social (Varsavsky, 1971a).

La denuncia de la evidencia del crecimiento económico como fin en sí mismo, sin considerar los procesos históricos y sociales que trazaban sus condiciones de posibilidad, está también presente en el diagnóstico crítico del estado de cosas imperante en el capitalismo, punto de partida del MML:

El *crecimiento económico* (...) cuantificable esencialmente por su capacidad de producir bienes materiales, requiere en forma creciente el *ordenamiento y la subordinación de todos los demás aspectos de la vida social*, actividad científica y preparación profesional, ordenamiento territorial, actividades culturales, etc. Esta visión reduccionista del concepto de “progreso” conduce además a *ignorar la especificidad de las culturas, y de todos aquellos factores potencialmente cualitativos que mal pueden traducirse en demanda económica directa* (Herrera et al. 2004 [1977]: 60, énfasis nuestro).

El informe preliminar, producido por la Fundación Bariloche en 1973 advertía sobre las consecuencias políticas y analíticas de aceptar en un sistema como el capitalista, “caracterizado por la *desigualdad, la explotación, la dominación y la escasez*, con un tipo de organización autoritario-vertical” sostenido por la llamada “*ideología del crecimiento*, concebido éste como unilineal y cuantificable, necesario e inevitable, medio y fin en sí mismo”. La aceptación de estas condiciones resultaba en una “actitud” que se describía como reduccionista, fatalista, conformista y destructiva” (Fundación Bariloche, 1973: 45, énfasis nuestro). La aceptación sin más del crecimiento como medida del desarrollo suponía un diagnóstico acrítico que obturaba la posibilidad de transformación social.

Para contrarrestar esta “evidencia” y romper con el fatalismo de los diagnósticos sobre los límites físicos del crecimiento promovido desde los países centrales¹¹ era preciso establecer claramente las metas del desarrollo al cual se aspiraba y estudiar el comportamiento conjunto de los factores involucrados en la consecución de objetivos cualitativos. Estos serían construidos a partir de la participación de las mayorías, discutidos y evaluados científicamente en términos de factibilidad material en el mediano y largo plazo.

A la hora de establecer las variables de la modelización matemática de la transformación social deseada, el equipo liderado por Amílcar Herrera prefirió la “tasa de esperanza de vida al nacer” como criterio de optimización de los recursos presentes y futuros (Herrera *et al.*, 2004 [1977]: 98). Reconocía en ella una medida resumen que contemplaba un conjunto interrelacionado de factores, permitía su procesamiento matemático y superar, al menos en parte, las limitaciones del PBI.

Tanto el planteo de proyectos nacionales y su definición de *estilos de desarrollo*, como el MML, defendían con contundencia la necesidad de explicitar sus lineamientos ideológicos claramente, sin opacidades ni ocultamientos tras una pretendida objetividad científico técnica. En este sentido, sus formulaciones involucran un conjunto de tomas de posición que sirven de base a la modelización matemática¹². La clave era la definición cualitativa de los estilos de desarrollo/proyectos nacionales o, en los términos del MML, de los *modelos* (en plural) más convenientes para cada sociedad a partir del diagnóstico de la coyuntura histórica presente y la proyección de sus cualidades futuras, en pos de su transformación en el sentido de la justicia y la igualdad. Esta definición, como veremos, se esperaba que fuera el resultado de la participación colectiva y la discusión política.

Establecer un conjunto de principios ideológicos como punto de partida no contradecía la necesidad de planificación y cálculo. Por el contrario, se esperaba que estas definiciones actuaran como criterios de optimización de los recursos en su traducción matemática. Así, el conocimiento científico se ponía al servicio de la definición y evaluación concreta de la factibilidad material y de la viabilidad física, social y política de los objetivos de desarrollo. La pura cuantificación sin metas políticas, advertía Varsavsky, constituía un rasgo de tecnocracia (y seguidismo):

Quando los tecnócratas nos recomiendan medidas para “crecer”, sin haber definido previamente si nuestra meta es una sociedad *autoritaria o mística, consumista o creativa, o nacionalista, o igualitaria*, nos empujan irresponsablemente a seguir el estilo predominante hoy en los países más industrializados (Varsavsky, 1971a: 112, énfasis nuestro).

Se trataba entonces de delinear un nuevo “modelo societal integrado” (Mallman, 1975), una “Nueva Sociedad” (Fundación Bariloche) o nuevos “Estilos Sociales” en el marco de la definición de proyectos nacionales concretos (Varsavsky, 1971a). En términos más cercanos en el tiempo de promover una nueva “socio ecología política del tiempo” en el marco del buen vivir (Ramírez, 2012). n suma dar paso a lo que Varsavsky caracterizó como una *utopía realizable*.

En el caso ecuatoriano, la cuantificación propuesta en contraposición a las limitaciones del PBI reconoce la utilización del tiempo¹³ y su distribución individual y social como unidad principal para la definición de los objetivos a alcanzar. El horizonte es la emancipación de una región del tiempo de vida en términos de *ocio creativo*, o al menos no destinado al puro consumo como eje del bienestar, sino a la generación y disfrute de los llamados bienes *relacionales*. Dado que la lucha contemporánea está planteada contra el neoliberalismo, la discusión hace foco en la centralidad que éste otorga al individuo y la necesidad de encontrar formas más plenas de vida común como paso necesario para poder pensar una sociedad alternativa. El *sí mismo* exacerbado y competitivo se torna así un terreno de lucha. En este punto, se destaca el diagnóstico de una “carencia de la ciencia económica y la disputa de sentidos que existe alrededor de su aparataje conceptual” (Ramírez, 2012: 49) en términos de explicar los procesos que conducen al desarrollo de los países y por ende, la necesidad de considerar dimensiones más amplias de la vida. El desafío es alcanzar lo que el *Plan Nacional de Desarrollo 2013-2017* denomina (y postula entre sus objetivos principales) la creación de una “nueva métrica”:

El sistema capitalista ha influido profundamente en el tipo de métrica con que se evalúa el sistema económico y social. Esta métrica presenta limitaciones en cuanto a sus dimensiones y disponibilidad de información; por lo tanto, no está acorde con el reto programático que implica alcanzar el Buen Vivir (PNBVE 2013: 28).

Una de las posibilidades es la utilización de modelizaciones econométricas¹⁴, similares a aquellas utilizadas por la economía neoclásica, pero que reemplacen las variables utilizadas en términos monetarios por variables relacionadas con concepciones multidimensionales de la vida individual y social. Esto “permitirá *problematizar el ámbito de la política pública* en función de una variable focal distinta de aquella que busca incrementar el ingreso o el consumo” y a partir de esta transformación “todas las políticas tendrán que redefinir su objetivo” en virtud de un objetivo trascendente “trabajar menos para que *todos vivan a plenitud*” (Ramírez, 2012: 45, énfasis nuestro).

En los esquemas de desarrollo alternativo producidos en la década de 1970 existía mayor familiaridad con las prácticas de la planificación estatal. En este sentido, tanto aquellas técnicas, como la modelización matemática compleja, constituían las herramientas a ser aplicadas a la búsqueda de un cálculo certero de la viabilidad de cada posible camino a tomar y de las dificultades a enfrentar en la transición. La combinación compleja y simultánea de los objetivos era un elemento crucial para definir el rumbo y delimitaría además el tipo de sociedad resultante.

Queremos *construir una nueva sociedad*, y el Proyecto Nacional es para ello tan necesario como los planos y anteproyectos de cualquier obra. Él deberá expresar, de manera constructiva, nuestra interpretación global de la historia del país y del mundo (Varsavsky, 1971a: 11, énfasis nuestro).

Así, no se propone la construcción de un modelo matemático limitado a lo económico y demográfico, sino de un *modelo societal integrado*, donde los factores económicos tendrían un papel decisivo como instrumentos –o restricciones– en cuanto hace a la producción de bienes y servicios necesarios para alcanzar las *metas sociales y humanas* que el usuario del Modelo postule (Mallman, 1975: 1, énfasis nuestro).

No sería ya la búsqueda del aumento del PBI lo que gobernaría las alternativas posibles sino las metas establecidas por los proyectos nacionales, en los términos de Varsavsky o los objetivos delineados a partir de las premisas del modelo matemático formulado por su usuario para el caso del MML o los objetivos de desarrollo orientados por el buen vivir. Serán las necesidades de la población, y su satisfacción, las que establecerán la orientación política y técnica de los modelos alternativos que se construyan para imponer límites y construir alternativas a la reproducción del capitalismo entendido como un sistema desigual, consumista y destructivo.

Alternativas

Describir una sociedad ideal no es, sin embargo, suficiente; es necesario, además demostrar que es materialmente viable (Herrera *et al*, 2004 [1977]: 46).

La apuesta tanto del MML como de la formulación *Proyectos Nacionales...* consistió en ubicarla satisfacción de las *necesidades* de la población como faro principal de los objetivos del desarrollo¹⁵. La escala de las propuestas (mundial en el caso del MML y nacional para los Proyectos Nacionales) y la cantidad y tipo de necesidades consideradas difiere en uno y otro caso. Sin embargo, tienen en común un punto de partida: la pregunta por la viabilidad y alcance de dicha satisfacción plausible de ser proyectada técnicamente.

El MML se proponía discutir el diagnóstico de los límites físicos del crecimiento de la población propuestos, como vimos, desde los países centrales industrializados. Sostenía que los problemas más importantes que afrontaba el mundo moderno, eran “sociopolíticos” y estaban “basados en una desigual distribución del poder tanto internacional como dentro de los países, en todo el mundo” (Herrera *et al.*, 2004 [1977]: 46). Con miras a comprobar esta hi-

pótesis ubicaba la satisfacción de las necesidades “básicas” en el centro de la discusión de las decisiones políticas y sociales que orientarían la planificación de una nueva sociedad presente y futura. La formulación de alternativas en términos de “proyectos nacionales”, por su parte, requería que el modelo productivo planificado garantizara la cobertura de un conjunto de necesidades definidas colectivamente a partir de objetivos cuya concreción daría forma no sólo a diferentes estilos de desarrollo (en plural) sino también, a *estilos de desarrollo* científico-tecnológico a mediano y largo plazo.

Una lectura atenta al modo en que las necesidades a satisfacer eran definidas nos permite observar los principios orientadores de la reorganización de la vida social en juego. El diagnóstico era contundente: la sociedad capitalista articula unas formas de producción, de consumo, de trabajo y ocio que han producido graves consecuencias sociales (marginalidad, opresión, desigualdad) y también ambientales, y exige, por lo tanto, un urgente replanteo de sus principios básicos. El resultado: una sociedad consumista, competitiva, desigual, que moldeaba sujetos alienados y que no estaban en condiciones de participar de forma activa o creativa en la transformación social y productiva y cuya relación con la naturaleza –de explotación de recursos naturales– hacía fáticamente insostenible continuar del mismo modo¹⁶. En suma, de imaginar otros futuros cercanos o lejanos en el tiempo.

La construcción de una nueva sociedad definida como “igualitaria y libre” (Herrera *et al.* 2004 [1977]: 47), de “plena participación y no consumista” (Herrera *et al.*, 2004 [1977]: 41) debía contemplar la satisfacción de las *necesidades* de la población. Éstas serían las variables orientadoras de un ejercicio de análisis proyectivo y matemático de los caminos más viables a seguir. Si bien la meta a alcanzar era la satisfacción de *todas* las necesidades posibles, calcular los grados de viabilidad de la propuesta implicaba establecer ciertos criterios para su jerarquización social¹⁷. Al respecto:

Se persigue como objetivo final *una sociedad mundial igualitaria* tanto social como internacionalmente en lo referente a la satisfacción de las necesidades básicas. Su principio básico es el reconocimiento de que *todo ser humano –por el mero hecho de existir–* tiene derechos inalienables a la satisfacción de *todas sus necesidades fundamentales* –alimentación, salud, vivienda, educación– que son esenciales para su incorporación completa y activa a su cultura. Estas necesidades se consideran fundamentales porque sin un nivel adecuado de satisfacción de cada una de ellas resulta *imposible participar con dignidad y activamente en el universo de los seres humanos*; se consideran invariantes, pues están presentes en cada ser humano independientemente de que pertenezca a una determinada cultura, a su origen, raza, sexo, etc. (Mallman, 1975: 10, énfasis nuestro).

Sin embargo, proyectar un horizonte alternativo al capitalismo, desde una perspectiva más amplia de la existencia humana, no podría reducirse a estas necesidades fundamentales. Años después, en el anteproyecto “Modelo Matemático de Simulación de Paradigmas del Desarrollo de América Latina” (1975), redactado por Carlos Mallman, se afirmaba que sería preciso ampliar la selección a un grupo de necesidades “cualitativamente diferentes” relacionadas con la “seguridad, amor, comprensión, gobierno, recreación, creación, darse sentido y sinergia” (Mallman, 1975: 1), incorporando en un próximo proyecto también aquellas variables socio-políticas, culturales y económicas que permitieran dar cuenta de la especificidad latinoamericana en el contexto mundial¹⁸.

A la hora de su modelización matemática, el MML advertía que la traducción de estas “necesidades de tipo espiritual” en variables cuantificables encontraba límites prácticos. Su objetivación tendería a la homogeneización de necesidades cuya manera de satisfacerlas variaría según la sociedad de que se tratase y en el tiempo. Asimismo, aunque incluyera en su formulación algunas vías posibles de superación de estos límites prácticos¹⁹, aclaraba que los modelos matemáticos no buscarían “determinar” estas necesidades cualitativamente diferentes a priori. Su traducción operativa, aun cuando fuera necesaria para la realización de los cálculos de proyectiva, tendría el riesgo de eliminar la dimensión de la elección personal y la privacidad, nodales en el ejercicio de la libertad y, por ende, premisas fundamentales de la transformación social. Estas necesidades debían “incluirse por tanto en el *ámbito de la libertad* de las sociedades y de los individuos. El modelo sólo pretende encontrar un camino que permita superar *las restricciones materiales* que se oponen a la posibilidad del ejercicio de esa libertad” (Mallman, 1975: 9, énfasis nuestro).

En términos conceptuales el MML buscaba superar la tensión entre la restricción económica y la libertad individual, en pos de una sociedad igualitaria a escala mundial cuyo valor fundamental no fuera el consumo en sí mismo. Calculaba sobre estos parámetros su viabilidad material. El desafío estaba entonces en incluirlas necesidades “espirituales” necesarias para la conformación de una nueva sociedad basada en otros principios (solidaridad, amor, integración) sin restringir los espacios de autonomía que permitirían conjurar la amenaza del totalitarismo.

Si no se toma esta precaución, se emergerá con una sociedad de organización paternalista y de objetivos consumistas como se ha demostrado históricamente en la mayoría de las sociedades capitalistas y socialistas. Pretendemos, en cambio, que el desarrollo nos lleve, con continuidad, a una sociedad participativa (democrática) y cuyo objetivo sea alcanzarla realización integral de sus miembros (Mallman, 1975: 45, énfasis nuestro).

La insistente referencia a la libertad y a la participación no era casual. Por un lado, se sostenía en el diagnóstico de una sociedad desigual y alienada en el consumismo capitalista donde la libertad se encontraba restringida. Por otro, la cercana experiencia de los totalitarismos europeos y las críticas a los socialismos reales²⁰ funcionaba como advertencia permanente de cualquier ejercicio de planificación estricta de la vida social o individual. Así, es posible identificar en estos textos una permanente tensión entre el resguardo de la libertad individual entendida como condición *sine qua non* de la creatividad humana en pos de la transformación social, y los riesgos de subsumirla en la objetivación burocrática en la planificación de futuros posibles. De este modo lo sostenía también Oscar Varsavsky al detallar el conjunto de necesidades a considerar en el diseño de un proyecto nacional:

Alguien podría plantear aquí el viejo y falso problema de los fines y los medios. ¿Aceptaríamos cualquier estrategia que haga viable nuestro Proyecto Nacional? Esto suscita la imagen de masas humanas cruelmente oprimidas en aras de alguna empresa monumental como las pirámides, o la pérdida de la libertad en un Estado totalitario que persigue sus propios fines sin preocuparse de los valores humanos (...). Nuestro Proyecto Nacional debe incluir todas las *necesidades que merezcan tenerse en cuenta; por ejemplo la necesidad humana de no ser tratado como esclavo. Así, si las metas incluyen un buen grado de participación popular y una satisfacción razonable en el trabajo*, esas estrategias totalitarias quedan automáticamente excluidas, pues no satisfacen esos objetivos, por eficientes que sean para satisfacer otros (Varsavsky, 1971a: 58, énfasis nuestro).

El criterio de orientación de los proyectos nacionales concretos eran también las “necesidades humanas, individuales y colectivas, materiales o espirituales de todo tipo” (Varsavsky, 1971a: 32). Su grado de satisfacción, forma y plazo dependerían de su viabilidad física, política y social, dando forma, por efecto de conjunto de los múltiples factores a diversos estilos de desarrollo. En este sentido, la determinación de esas necesidades no sólo sería “el punto de partida valorativo” que “motiva explica y sirve de guía a todo lo demás”, sino que debía definir el rumbo del proceso productivo en su conjunto (Varsavsky, 1971a: 33).

La lista preliminar (y abierta) de 25 dimensiones de la vida social²¹ entendidas como necesidades a considerar en la definición de un proyecto nacional específico, contemplaba aquellas denominadas “físicas” (alimento y vestuario, vivienda equipamiento y servicios, bienes durables, salud y transporte) y también un conjunto de necesidades “sociales, culturales y políticas” que comprendían aspectos nodales de la organización de la vida social en su conjunto. Varsavsky consideraba fundamental incorporar a la discusión de los proyectos nacionales, elementos como el tiempo y su administración, la organización

de un “núcleo social básico” (familia u otro), la integración social, el ocio, la satisfacción en el trabajo, la distribución del reconocimiento y el rol de la creatividad, base insoslayable de la participación política a partir de una “imagen del mundo” en permanente controversia.

En este punto, plantean que no era posible definir la *legitimidad* de las necesidades en sí mismas ya que ésta emergería de la disputa política y de los lineamientos del proyecto nacional en construcción que las contemplara. Las condiciones de vida de cada grupo social estarían definidas por el grado y forma de satisfacción de las diferentes necesidades a lo largo del tiempo. Éstas debían orientar el proceso productivo dando paso a *modos de vida* posibles. Es decir, estabilizando “estilos sociales” asociados a estilos de desarrollo. Oscar Varsavsky contraponía el estilo de desarrollo CONsumista –extrapolación de largo plazo de los modos de organización social y productiva capitalista, desigual y consumista asociada al desarrollismo– al estilo CREATivo, del que se esperaba garantizara la factibilidad de la satisfacción de las necesidades de la población de un modo pleno y sostenible en el tiempo. Años después definiría su propuesta como estilo de desarrollo “pueblocéntrico” (Varsavsky, 2013 [1974]); es decir, orientado por las necesidades del pueblo²².

No obstante, tal como se advierte, tanto en el planteo de los proyectos nacionales como en los principios orientadores del MML, los medios de comunicación de masas por vía de la publicidad tenían fuerte incidencia en la promoción de necesidades y de anhelos de consumo. Si bien éstos respondían a grados de libertad individual y aspiraciones personales, la posibilidad de planificar la viabilidad material o física de la satisfacción de las necesidades teniendo por premisa la construcción de una sociedad no consumista (o al menos donde el consumo no fuera un valor en sí mismo) veía en esta “fabricación” y reproducción permanente de necesidades “artificiales” un desafío inquietante.

En efecto, desde que la publicidad se hace en forma masiva a través de todos los medios de difusión, los *deseos no vitales de la gente* son orientados, promocionados, moldeados por un agente u otro, y es *ridículo hablar de libertad o espontaneidad*. Cualquier necesidad por encima de las vitales puede modificarse con una buena campaña publicitaria, y el problema entonces es quién decide el contenido de esa campaña (Varsavsky, 1971a: 40, énfasis nuestro).

Es evidente que en los países desarrollados (...) el capitalismo ha logrado niveles elevados de bienestar material para la mayoría de la población. Esto, unido al uso de la *seducción y la manipulación* –más que a mecanismos coercitivos o represivos directos– como medios de control social, hace que en esas sociedades la *alienación* sea un rasgo tanto o más importante que la explotación directa (Herrera *et al.* 2004 [1977]: 60, énfasis nuestro).

Tanto en términos de su viabilidad física (los recursos materiales limitados necesarios para sostener la producción permanente de satisfactores) como en los efectos alienantes que el consumismo suponía en términos subjetivos, se reiteraba en estos proyectos alternativos la pregunta por la “legitimidad” de las necesidades²³. Si bien se afirma que no hay una definición a priori y que esta debía ser discutida a través de diversos mecanismos de participación y de disputa política²⁴, dejaban abierto el interrogante sobre los mecanismos concretos a disponer para tal discusión. Sobre todo, porque la posibilidad misma de esta discusión estaba dada por la formación de sujetos que fueran capaces de participar en la disputa por la transformación social, y esto requería brindar especial atención a su nivel de formación educativa y política.

Si los debates sobre estilos de desarrollo y el MML postulaban poner la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales en el centro de la discusión de los modelos productivos y de organización social, la perspectiva del Buen Vivir, ubica la *vida* (en sentido amplio, biológico y social) en el núcleo de su propuesta. Esto supone disputar al capitalismo la definición y contenidos posibles de la “calidad de vida” como eje orientador. En este punto, su horizonte de transformación de la vida social postula discutir el uso del tiempo (dentro y fuera del trabajo) por fuera de las pautas mercantiles de organización.

El argumento consiste en que los bienes materiales no son los únicos que determinan que una persona viva bien, ni que el desarrollo social puede ser pensado únicamente en términos de maximizar utilidades. Por el contrario, el amor y la amistad, la salud y la educación, la vida civil y la participación en democracia son cuestiones que nos interesan en mayor medida, y el indicador más importante de ello es el tiempo que dedicamos a estas actividades (Ramírez, 2012: 12, énfasis nuestro).

Esto no solo implica reconsiderar las formas de la producción, la distribución y el consumo o la consecución de ganancias sino también la dimensión de lo que Ramírez denomina “bienes relacionales”. Se amplía la satisfacción que denomina “objetiva”, contemplando de modo sistemático la dimensión “no material” del buen vivir. Esta mirada, que toma la vida como eje, conlleva modos de cálculo y evaluación que construyen cierta conmensurabilidad a partir de la unidad “tiempo”. Tal como el MML o el diseño de proyectos nacionales establecían sus parámetros en términos de necesidades, la propuesta de una “socio ecología política del tiempo” construye indicadores sintéticos a partir de distintas clasificaciones del uso del tiempo. Así, desarrolla el “índice de vida saludable bien vivida” también denominado “esperanza de vida saludable vivida a plenitud”²⁵ y lo combina con “los años de vida de la naturaleza por habitante y kilómetro cuadrado”

(Ramírez, 2012: 49). Se espera que estos indicadores pasen a formar parte de aquella “métrica” estatal alternativa mencionada páginas atrás.

El cálculo de la generación y disfrute de los bienes relacionales implica una fórmula matemática que pone en relación el tiempo dedicado al “trabajo emancipador”, el tiempo “potencial de contemplación”, el “tiempo social” y el “tiempo público”. Esta clasificación se resume en la idea de tiempo “bien vivido”; es decir “emancipado, con espacio para la contemplación y la interacción con los afectos, pero también aquel que se utiliza para la participación en actividades públicas dentro de la comunidad” (Ramírez, 2012: 50). La posibilidad de considerar formas del consumo o de la contemplación asociadas al florecimiento personal requiere, una reorientación del proceso productivo que permita ampliar las opciones disponibles.

En este marco es necesario repensar un sistema económico-productivo alternativo, con nuevas formas de propiedad de los medios de producción y nuevas formas de organización de la producción, *en donde se amplíe el ámbito de elección de la organización de la vida, así como el de las posibilidades de los individuos de construir sociedad* (socializar) (Ramírez, 2012: 45, énfasis nuestro).

La propuesta del buen vivir, traducida a la posibilidad técnica de orientación de políticas públicas, tiene claros puntos de contacto con las discusiones de alternativas al desarrollo propuestas por el MML y los proyectos nacionales. Especialmente en lo que refiere al rechazo al consumismo, la cuestión ecológica y la problematización de la alienación. Sin embargo, incorpora o profundiza elementos propios de sus condiciones de producción contemporáneas: la inclusión de las desigualdades de género como clave en la distribución del tiempo y el trabajo, la incorporación de elementos de las cosmovisiones indígenas a la discusión, el acento sobre el respeto a la diversidad, y el lugar de lo afectivo con modos específicos de cuantificación. Asimismo, su análisis del tiempo no se restringe a la vida personal. Incluye lo público, a través de la valoración positiva de la participación política como instancia transformadora de las situaciones injustas en búsqueda de lo común. Con todo, advierte, esta participación solo sería posible si se promueve el encuentro, profundo, productivo, igualitario con los otros. He ahí el mayor desafío de las sociedades desiguales contemporáneas. La igualdad (en la diversidad) se entiende como espacio de lo múltiple y base de la democracia radical.

Una lectura conjunta de las propuestas aquí consideradas revela una diferencia fundamental respecto del uso del concepto de *ideología*. El diagnóstico de los textos producidos en la década de 1970 brinda a esta categoría un lugar preponderante. Lo hace para explicar la relación entre ciencia y técnica, planteando la necesidad de sostener principios ideológicos explícitos en la formu-

lación de objetivos y estableciendo fuertes críticas a la “tecnocracia”. También se la menciona al analizar los efectos de la publicidad y los medios de comunicación en el consumismo exacerbado y la alienación subjetiva, primordial para la dominación ideológica y la creación, en términos de Marcuse (1984), de las “necesidades ficticias”. La definición de la sociedad futura, tal como hemos visto, también supone un conjunto de principios ideológicos.

El diagnóstico crítico en términos de buen vivir, por su parte, utiliza la noción de alienación subjetiva, contrapuesta al florecimiento personal y social pero no pone en juego una “teoría de la ideología” como tal. La crítica se construye, sin embargo, jaqueando la evidencia de la disciplina económica ortodoxa neoliberal (marginalista) que se presenta como neutral y objetiva. Es decir, realiza un claro *develamiento* de los mecanismos ideológicos en funcionamiento, de su naturalización y de las consecuencias sociales y políticas de tal efecto. Es interesante observar, entonces, cómo se formula la discusión de alternativas en dos coyunturas específicas entre las que varía el régimen de lo que puede y debe ser dicho.

La respuesta que los proyectos aquí considerados postulan ante la definición del desarrollo como un camino unívoco objetivado en la medida del PBI es la definición de una transformación de la vida social que contemple la vida humana en tanto totalidad compleja a partir de reubicar las necesidades de la población y la calidad de vida como eje de las acciones a tomar. Tanto aquellas “fundamentales” o “físicas” como las que refieren a dimensiones espirituales, afectivas y creativas de la población. La definición del modelo productivo que pueda garantizar la satisfacción de las necesidades será el eje de las disputas.

En este punto, la libertad y la creatividad, constituyen elementos claves de la potencialidad crítica y transformadora de la práctica política. En ella se dirime la legitimidad y las prioridades colectivas. En suma, la posibilidad de construir lo *común*. La técnica, por su parte, aportaría los instrumentos para la planificación y el estudio de la viabilidad concreta poniéndose al servicio de un proyecto emancipador. Un conjunto de orientaciones definidas ideológicamente se traducirían así en los indicadores que permitirán tomar las decisiones más acertadas en cada coyuntura. Se trata de contemplar, en el ejercicio de la planificación o de la definición de objetivos y métricas novedosas, la potencialidad de una nueva sociedad.

Una nueva sociedad

La sociedad no solo constituye un dato sino que también es una propuesta cuya elaboración implica determinada orientación valorativa (Fundación Bariloche, 1973: 4).

Ahora bien, ¿qué proyectos de organización de la vida social se desprenden de los principios establecidos? A partir de la lectura de las propuestas, es posible caracterizar algunos rasgos de la “nueva sociedad” a construir. Nos detendremos aquí en las dimensiones relacionadas con el trabajo, el ocio creativo, las relaciones sociales, la educación y la participación política. Un conjunto de interrogantes se formula una y otra vez en los textos trabajados al momento de establecer los lineamientos principales de una nueva sociedad. ¿Cómo superar el individualismo y construir formas de solidaridad por fuera de la lógica del consumo y la competencia? ¿Cuáles son los ámbitos de establecimiento de lazos y construcción de la vida colectiva? ¿Cómo lograr que la potencialidad creativa de lo humano no quede reducida a la lógica de la mercancía?

En este sentido, un punto de partida fundamental es la relación entre producción y trabajo, expresada en la organización del tiempo. Elemento clave de la conceptualización de la subsunción real del trabajo al capital y de la crítica marxista de la alienación, una profunda revisión de los modos de utilización del tiempo se propone, con distintos matices, en las tres formulaciones de alternativas consideradas. Esto implica la redistribución del tiempo necesario para la satisfacción de las necesidades humanas en los términos descritos en el apartado anterior, la reorganización de la matriz de producción de bienes y servicios, y una reformulación del lugar de la subjetividad en el proceso de trabajo.

Como hemos visto, en la propuesta de una “socio ecología política del tiempo”, en el marco del buen vivir, la redistribución del tiempo en la vida individual y social es el eje. Su horizonte: el borramiento de la distinción entre “trabajo” y “vida”, como ámbitos cotidianos antinómicos, para alcanzar un tiempo de trabajo no alienado, que permita la realización material y afectiva de los sujetos. En suma “un reequilibrio de los tiempos sociales que reduzca la importancia del trabajo en beneficio de otras dimensiones de la existencia humana” (Ramírez, 2012: 48). En esta operación de análisis del tiempo es clave que el tiempo “por fuera del trabajo” o “libre” no sea simplemente recapturado por las múltiples formas del consumo, incluso aquellas relacionadas con el entretenimiento.

Vale recordar que desde la microeconomía neoclásica al analizar el mercado laboral, el individuo busca maximizar su utilidad/satisfacción en función del

consumo y del ocio, sujeto a la restricción del tiempo y el salario. Si bien parecería que aquí se incorpora la variable tiempo, el análisis usualmente se circunscribe a cómo maximizar el ingreso para poder consumir más, dado que el *tiempo libre es un bien más de consumo, para lo cual existe —por ejemplo— la industria del entretenimiento (...)*. A lo que nos referimos es a que, en estricto rigor, tal mirada supuestamente neutra implica una propuesta de vida: la de la opulencia y la insatisfacción permanente (acumular más es siempre mejor) (Ramírez, 2012: 37, énfasis nuestro).

El tiempo *bien vivido* abriría nuevos ámbitos de conocimiento de sí mismo y de los otros, para la creatividad, los afectos y, se espera, para la participación política guiada por valores de solidaridad, respeto mutuo y cuidado de la naturaleza. Tal como mencionáramos, se promueve la existencia de un tiempo cualitativamente distinto, con espacio por el florecimiento personal. Sin embargo, la búsqueda no se restringe al plano individual ya que se complementa con el tiempo dedicado a la generación y disfrute de bienes relacionales, de fortalecimiento de lazos. El desafío es la articulación entre la plenitud individual y la construcción de una sociedad que respete y potencie libertades y derechos colectivos:

Potenciar la sociedad es promover el desarrollo de las libertades y de las capacidades reflexivas, críticas y cooperativas de cada individuo, de cada pueblo y de cada colectivo. Esa capacidad exige que la ciudadanía tenga influencia en la discusión sobre el uso, la asignación y la distribución de los recursos tangibles e intangibles del país. Exige, además, que todos estemos en condiciones de desarrollar nuestros talentos y facultades, de acuerdo con el proyecto de vida que va a procurarnos felicidad, dignidad, realización y plenitud (PNBVE, 2013: 22).

Estas capacidades reflexivas serán las que se pondrán en juego en la discusión de los objetivos del desarrollo, en la disputa política por alcanzarlos. A diferencia de los demás proyectos aquí analizados, los planteos cercanos al buen vivir de la experiencia ecuatoriana describen algunos de los mecanismos institucionales de tal participación²⁶.

En el estilo de desarrollo CREA, propuesto por Varsavsky como superador del DESARrollismo capitalista, se esperaba fuera posible una expansión de formas de trabajo no alienado que estimularan la creatividad y la plenitud personal y social. Para esto, señalaba, no existían “recetas seguras, y durante muchos años será necesario dedicarle buena parte del talento creativo popular” (Varsavsky, 1971a: 232). A corto plazo, la satisfacción en el trabajo provendría “principalmente de estímulos políticos”, sin embargo, advertía que

este entusiasmo inicial no era duradero y que “antes de un quinquenio deben usarse otros estímulos”, de los cuales uno importante era la rotación y la redistribución del tiempo trabajado.

Disminuir las horas de trabajo necesarias para la producción, encontrar nuevos métodos de aprendizaje, prolongar la duración de la vida activa, son *actos creativos* que la sociedad agradecerá en forma especial, por su “efecto multiplicador”: tienden todos a aprovechar mejor el potencial creador humano (Varsavsky, 1971a: 223, énfasis nuestro).

En el marco de las propuestas de Fundación Bariloche, también se proponía un análisis exhaustivo de la utilización del tiempo humano para promover su redistribución organizada. Según se señalaba en su informe preliminar, una sociedad no consumista, con las necesidades básicas cubiertas elegiría, luego de haber alcanzado un nivel razonable de vida, “aumentar el tiempo libre antes que producir bienes materiales adicionales” (Fundación Bariloche, 1973: 9). Carlos Mallman, por su parte, sostenía que el tiempo liberado de la necesidad, debía estudiarse y ser incorporado paulatinamente a las modelizaciones matemáticas por realizar.

Una vez conocido el tiempo humano disponible se puede introducir al Modelo el balance del uso del tiempo, primario y secundario, para cada región y por grupos de edades. Se investigará la posibilidad de desagregar el uso del tiempo en categorías tales como: manutención, cuidado, formación, recreación y perfeccionamientos personales; relaciones interpersonales familiares, en el trabajo, en la comunidad y fuera de ella; trabajo remunerado, familiar, voluntario y obligatorio; recreación y perfeccionamiento interpersonales; uso funcional, afectivo y recreativo del hábitat y perfeccionamiento del mismo (Mallman, 1975: 26).

Según puede leerse en el planteo de Varsavsky, esta necesidad de redistribuir el tiempo de trabajo y no trabajo una vez cumplidos los objetivos básicos de satisfacción de las necesidades fundamentales, latía el riesgo de un uso “no virtuoso” del tiempo libre, por lo que se insistía en la necesidad de promover el ocio creativo, con rasgos productivos. El “ocio creativo” era definido como una actividad que daba “sentido a la vida del individuo” (Varsavsky, 1971a: 223). Así, las actividades realizadas en tiempo de ocio no debían promover el individualismo, sino que debían encararse como actividades de grupo, colectivas y constructivas. Se destacaba la importancia de impulsar las prácticas deportivas que permitirían a los sujetos entablar formas de relación cooperativas no competitivas, opuestas a la inmediatez de la satisfacción en el consumo.

Con todo, advertía el autor, el proceso de “desprestigiar” y tornar “innecesaria” la lucha competitiva, tratando de sustituirla por el “espíritu de equipo”, era lento y se iría afirmando a medida que la familia nuclear se fuera integrando hasta disolverse en un “núcleo social más amplio” (Varsavsky, 1971a: 209).

La búsqueda por potenciar la creatividad involucraba librar un área de la producción en serie centralizada de los objetos de consumo a una suerte de terminación “personalizada”, especialmente de los bienes no suntuarios de modelo único y uso colectivo. De acuerdo con Varsavsky esto contribuiría tanto a la aceptación de esos bienes por parte de la población como a brindar el espacio de libertad para el ocio recreativo y estimulante en la vida cotidiana. En este punto, la propuesta del Estilo CREATivo valoraba especialmente la producción casera ya que ésta podría generar espacios de intercambio por fuera de lo mercantil y competitivo, una suerte de “colectivismo”, aunque “equilibrado”²⁷.

Si bien Varsavsky utilizaba la metáfora familiar para referirse a los lazos sociales, su propuesta avanza hasta repensar la “estructura molecular de la sociedad” en el marco del Estilo de Desarrollo CREA²⁸. Era preciso contar con un “núcleo social básico” que cumpliera con las funciones de protección tradicionalmente atribuidas a la familia y que permitiera realizar las tareas de socialización de los niños, estimulando la comunicación horizontal²⁹. Este núcleo podría adoptar diferentes formas y modos de organización que permitieran inculcar cierta disciplina, los valores del trabajo en equipo y de la solidaridad. Aclara que por un tiempo se mantendría (aunque no de modo obligatorio) la organización por matrimonios con sus hijos, pero la responsabilidad con respecto a los niños se repartiría entre todos los adultos³⁰ cuyos ingresos se utilizarían para las necesidades comunes. Los mecanismos de socialización en estas nuevas condiciones también se esperaba fueran colectivos:

(...) es probable que incluso *los hombres nuevos sean insuficientes, por separado o de a parejas, para socializar a los niños de la nueva sociedad*, y que eso requiera, además de la educación sistemática y los medios de difusión, el contacto personal e íntimo con un grupo grande de adultos, no demasiado homogéneo (como lo es la familia carnal extendida), y un grupo grande de niños de todas las edades (Varsavsky, 1971a: 210, énfasis nuestro).

Una responsabilidad por la socialización que no “cierre los horizontes” de los futuros posibles requería según el autor la circulación de los niños y de los adultos entre distintos núcleos, a partir de visitas prolongadas entre grupos que se dedicaran a tareas y profesiones heterogéneas. Se proponía asimismo una socialización de los trabajos domésticos entre los miembros y un diseño de viviendas con servicios comunes que se adaptara a las necesidades del núcleo

social. Además todos los integrantes colaborarían “desde la edad más temprana” a “cuidar la casa”. En este marco, la falta o falla de un núcleo socializante efectivo podía generar problemas de integración social, “anomia social extendida” (Varsavsky, 1971a: 58). Este núcleo era considerado un primer espacio de formación en la práctica de la participación y la discusión de las cuestiones relevantes para la vida social, una suerte de socialización política temprana³¹.

La inquietud por la formación de aquel sujeto crítico que pudiera tomar conciencia y acompañar la transformación social propuesta por los modelos alternativos de desarrollo se expresa no sólo en la crítica a la alienación en el consumo, sino también en la importancia brindada a la educación. No sólo aquella formal (en todos sus niveles), científica universitaria, sino también los procesos de formación en oficios y tareas asociadas a la formación en y para el trabajo. De acuerdo con los principios del MML constituye una necesidad básica del hombre en tanto la sociedad requiere de

(...) el reconocimiento y desarrollo de sus capacidades fundamentales para el ejercicio de la razón, la autonomía, la diversidad, la libre realización de sus necesidades y posibilidades en la comunidad, sin admisión de excepciones y discriminaciones. Además, debe afirmar la posibilidad y la deseabilidad de la generalizada y efectiva participación de los individuos y grupos en la continua invención y actualización del futuro (Fundación Bariloche, 1973: 36).

Se afirmaba que la educación debía extenderse a lo largo de todo el ciclo vital dado que revitalizaba el compromiso con nuevos modos de vivir. En este sentido, para descartar la posibilidad de repetir el pasado o continuar con el presente se requería una constante renovación del “instrumental y de las categorías que la conducta utiliza para orientarse”, la discusión pública de los grandes problemas, la búsqueda de la transformación social. La educación no sólo debía “acompañar o seguir los cambios” sino “salir a su encuentro y en un cierto sentido provocarlos” (Fundación Bariloche, 1973: 37). En este punto, las dimensiones “*futuras y cualitativas* adquieren toda su trascendencia; y de este modo pasarían a ocupar el núcleo central de la educación los grandes problemas de *la identidad nacional, las cuestiones ideológicas y políticas, económicas, sociales y culturales*” (Fundación Bariloche, 1973: 37, énfasis nuestro).

Varsavsky ubica también en la educación una clave de la transformación social en vistas a alcanzar un estilo de desarrollo CREATivo. El “salto” cualitativo (tanto en la producción como en la fuerza de trabajo) capaz de ser producido a través de la educación, sostenía, no requería de insumos importados y por tanto, no se vería afectada por las cíclicas restricciones de divisas dado que sus recursos humanos estarían disponibles. Si la educación permitía además niveles altos de productividad e innovación, señalaba, se podría incluso soste-

ner un consumo alto de bienes. En suma, la relación entre proyecto nacional y educación dependía mucho del “planteo inicial correcto del contenido cualitativo de la educación” ya que las metas igualitarias exigían que la propiedad fuera “del tipo socialista” y “existían grupos poderosos opuestos al cambio” (Varsavsky, 1971a: 63). O sea, su viabilidad política. Tanto en la propuesta de la Fundación Bariloche como en los proyectos nacionales la clave al pensar la educación era su capacidad de promover y estimular la creatividad, en el plano social como científico. Se reiteran las advertencias sobre una potencial uniformización en serie de los contenidos y métodos que homogenicen las especificidades de cada grupo social. ¿Cómo se produciría la innovación científica sin espacio para la creatividad?

[S]e desconfiará de estos métodos masivos de educación. La homogeneidad mental sería fatal para el estilo CREA (...). Nada hay más anti creativo, más unidimensional, que la recepción pasiva de información depurada y perfeccionada, exactamente igual para toda la población (Varsavsky, 1971a: 219).

Educar de modos creativos e innovadores, para promover la participación y alcanzar una sociedad justa e igualitaria; construir las condiciones para la viabilidad social y política de un proyecto transformador; redistribuir el tiempo de trabajo y no trabajo, promover el ocio creativo; establecer mecanismos de protección social para todas las etapas de la vida; fortalecer los lazos con los afectos, el cuidado de la naturaleza, disfrutar más allá del consumo; imaginar nuevos modos de medición de las condiciones de vida; discutir las formas tradicionales de organización familiar; dar un espacio a la creación cotidiana, con las propias manos; participar de actividades cooperativas, colaborativas, colectivas y solidarias; y romper con la alienación consumista, competitiva, del sí mismo.

Lo que estaba (y está) en juego en los diferentes proyectos alternativos de desarrollo es la definición de la vida social e individual en el futuro, de diagnosticar agudamente el presente y por sobre todo la posibilidad de proponer alternativas, en plural. Así una educación que promueva la participación en todas las instancias vitales, que amplíe y desarrolle la potencialidad integral de cada individuo permitirá entonces su compromiso en la disputa de las metas colectivas del proyecto de desarrollo y en la construcción del conocimiento necesario para la conformación de una nueva sociedad: democrática, justa e igualitaria.

Futuros en plural

A lo largo de este capítulo hemos recorrido algunas de las respuestas que un conjunto de textos producidos en coyunturas disímiles plantean a la pregunta por una “nueva sociedad”. Este ejercicio de lectura permitió identificar las especificidades propias de las condiciones de producción de los textos considerados. Si la advertencia sobre la alienación subjetiva se presentaba en los textos producidos durante la década de 1970 como una cuestión ideológica (en términos de la falacia cuantitativa de la Economía), los debates recientes se proponen la develación del mecanismo de naturalización de la economía neoclásica, sin referir explícitamente la categoría de ideología para llevar a cabo la tarea.

La tensión entre la necesidad de planificación de la vida social para alcanzar los objetivos de desarrollo propuestos y la libertad individual es clave para comprender el énfasis en la cualidad creativa de la condición humana presente en los textos trabajados. Creatividad aplicada a todas las áreas de la vida social (trabajo, producción, ciencia, técnica, arte, lazos). Paradójicamente, esta dimensión creativa, de posibilidad de surgimiento de lo nuevo e inesperado, no puede dejarse librada al azar. Es preciso delinear objetivos comunes, establecer y calcular los modos fácticamente viables de concretarlos. En este punto, la participación de la población, se define como el elemento fundante de la legitimidad de las metas propuestas, de los futuros posibles.

La formulación de todos estos ejercicios de proyectiva, de modelización matemática, de reorientación de políticas estatales hacia el buen vivir se basan en la política como arena donde se discuten futuros posibles. En su lenguaje de fórmulas, métricas y modelizaciones, objetivos de mediano y largo plazo, apuestas por la planificación técnica orientada por principios igualitarios, este conjunto de propuestas alternativas recuperan un rasgo imprescindible de articulación entre política y utopía:

[E]s preciso señalar la naturaleza y funciones, esclarecedoras y movilizadoras, de la utopía. Por un lado, rechaza el falso rigor y el engañoso realismo que consagran lo existente y dominante como algo “natural” o “dado para siempre”; por otro, incorpora una dimensión futura, concebida como una gama de opciones relativamente abiertas entre las cuales se elige una. Es decir, desnuda y revela las ideologías justificativas del orden existente, de la dominación, del privilegio, la injusticia y la opresión. Perfila una apertura hacia lo posible; torna más verosímil la factibilidad de un cambio radical con respecto al actual estado de cosas. Incorporada a la conciencia y a las prácticas individuales y colectivas, genera actitudes emancipadoras, toda vez que inaugura esperanzas a la libertad y a la creatividad (Fundación Bariloche, 1973: 42).

Notas

- 1 Trabajaremos sobre las propuestas de una “socio ecología económica del tiempo” (Ramírez, 2012) y las premisas *Plan Nacional de Desarrollo/Plan Nacional para el buen vivir 2013-2017*.
- 2 Para la elaboración del MML se estableció un primer comité en 1971 compuesto por Carlos Mallman, Jorge Sábato, Enrique Oteiza, Amílcar Herrera, Helio Jaguaribe y Osvaldo Sunkel. Luego se fueron sumando especialistas en cada área temática: Economía, Educación, Alimentación, Urbanización, Contaminación, Salud, Demografía y Matemáticas. Según señala Herrera: “las hipótesis y la filosofía básica del modelo fueron producto de una larga y ardua tarea colectiva, y es muy difícil diferenciar aportes individuales” (Herrera et al., 2004 [1977]: 41)
- 3 Nos centramos especialmente en las premisas que caracterizan del estilo de desarrollo “CREAtivo” más tarde reformulado como “Socialismo Nacional Creativo” o “pueblocéntrico” (Varsavsky, 1971 y 1974) que sistematiza las características principales de su propuesta para la construcción de una nueva sociedad.
- 4 Para una explicación desde el Análisis Materialista del Discurso de la pertinencia de la puesta en serie de textos producidos en dos coyunturas, véase Aguilar, Fiuza, Glozman, Grondona y Pryluka, 2015.
- 5 Para un análisis de la ciencia y la tecnología tanto en los debates del buen vivir como en la formulación de estilos de desarrollo, véase el capítulo de Grondona en este libro.
- 6 Entendemos por gobierno, desde una perspectiva foucaultiana la “conducción de la conducta” de sí y de los otros, orientada por una serie de técnicas y tácticas, “tecnologías de gobierno” en las que se traducen en un conjunto de valores y principios orientadores de prácticas concretas (Foucault, 2001a y 2006; Dean, 1999).
- 7 En términos económicos, el PBI es un indicador que engloba a la producción total de servicios y bienes de una nación durante un determinado periodo de tiempo, expresada en un monto o precio monetario.
- 8 En los documentos analizados aparecen distintas formulaciones de “vida plena” o “emancipada, desalienada” asociadas al objetivo de las propuestas alternativas y a la construcción de un horizonte superador de la opresión capitalista. Mientras que aquellas producidas en los años setenta mantienen claras resonancias discursivas con los trabajos de Herbert Marcuse (citado por Oscar Varsavsky) o Erich Fromm la perspectiva de subjetividad desalienada del “Buen Vivir” (en la formulación aquí considerada) se inscribe en una perspectiva marxista y aristotélica combinada con elementos de la tradición indígena andina. En los tres casos, aparece la utilización del término “Socialismo”, o la caracterización de la sociedad futura como “socialista” e igualitaria.
- 9 Se definen como “bienes relacionales” el sentimiento de amar y ser amado, la amistad, el compromiso público para participar de la vida civil o política, y la relación de convivencia existente entre el ser humano y la naturaleza o *Pachamama*” (Ramírez, 2012: 19). El autor advierte los riesgos de profundizar la subsunción de la vida a la economía al utilizar esta noción traducida en términos cuantificables de tiempo, por ello sugiere utilizar las nociones de *generación y disfrute*, por sobre las de *producción y consumo* de estos bienes.
- 10 Una dimensión nodal de esta problematización es la relación con la naturaleza y la cuestión ecológica, sobre la que haremos aquí solo algunas menciones. Para un análisis minucioso de esta última, véase el trabajo de Victoria Haidaren este libro.
- 11 Nos referimos al llamado Informe Meadows sobre los “límites del Crecimiento”. El MML busco responder científicamente desde América Latina el diagnóstico de la Modelización realizada por el MIT cuyas recomendaciones sugerían la disminución de la población de los países subdesarrollados a partir de establecer que los límites del crecimiento eran físicos.

- 12 En términos del MML se parte de un “modelo conceptual”, la propuesta de una “nueva sociedad”, en el cual “el modelo matemático” constituye “el instrumento para investigar su factibilidad material” (Herrera et al., 2004 [1977]: 46). En términos de Varsavsky “propondremos manejarnos en dos niveles de abstracción: uno, el nivel de *los grandes objetivos, o esquema ideológico o principista*; otro, el de *proyecto nacional, o estilo de país o de desarrollo*, que no es más que la interpretación del primero en términos operativos o muy cerca de ello, y que en particular debe dar metas para el período de transición” (Varsavsky, 1974: 31, énfasis nuestro).
- 13 Según se advierte, otra consecuencia de ubicar el tiempo y su distribución en el centro de la propuesta de un *socio ecología política del tiempo* sería la posibilidad de establecer un núcleo común con las concepciones indígenas de temporalidad, luego de un ejercicio de adaptación de la propuesta.
- 14 Aunque excede el núcleo de este capítulo, cabe destacar que la asociación entre gobierno y tecnologías de cuantificación es un amplio campo de reflexión que involucra tanto su rol en la construcción clásica del Estado Social en relación con la estadística en los siglos XIX y XX, como las tecnológicas de planificación de mediados del siglo XX o las modelizaciones econométricas en el caso de la economía neoclásica. Véase Desrosières (2011) y Lascoumes (2005), entre otros.
- 15 Para un análisis detallado de la circulación de estas propuestas en foros como la OIT, CEPAL y sus efectos fundamentales en el debate internacional experto sobre la pobreza, véase Gronzona (2014).
- 16 Sobre la cuestión ecológica en estos debates, véase el capítulo de Victoria Haidar en este volumen.
- 17 Mallman retomaría luego la discusión de un elemento clave para considerar el consumo, aun en el presente: la jerarquización individual “para pasar de las necesidades a un deseo cada persona tiene que usar su *jerarquía de necesidades, es decir, sus valores y su prioridad de satisfactor para saciarlo* (...). El ideal sería poder formalizar en el Modelo la forma en que se generan y modifican dinámicamente los deseos. Para ello sería necesario explicitar la dependencia de deseos del conocimiento que el sujeto tiene de la distribución de los satisfactores, y del uso que hace de sus satisfacciones o insatisfacciones anteriores para cambiarlas (Mallman, 1975: 43, énfasis nuestro).
- 18 Sobre los procesos de integración de América Latina, véase el capítulo de Fiuza y Viedma en este libro
- 19 A modo de ejemplo, una variable fundamental que actúa como modo de cuantificar algunas dimensiones simbólicas de las condiciones de vida eran los *años de escolaridad*.
- 20 En su prólogo a la edición del MML en 2004 Gallopin señala: “(...) la propuesta era *socialista* más que *capitalista*, aunque el énfasis central en la participación democrática en la sociedad ideal distinguía netamente nuestra propuesta de los estados socialistas entonces existentes” (MML, 2004 [1977]: 18).
- 21 “Cada necesidad es sólo el nombre de una variable, de una dimensión humana, y cada variable debe tener un dominio de posibles respuestas, niveles, puntos, valores o alternativas (Varsavsky, 1971a: 121).
- 22 Ver el cuadro de Varsavsky incluido en el Anexo Documental.
- 23 Esta ambigüedad o apertura en las referencias a los mecanismos de establecimiento de la “legitimidad” de las necesidades, es también tratada por Victoria Haidar en este libro. La relación entre política, participación y alternativas de desarrollo está presente tanto en los documentos producidos en la década de 1970 como en los debates contemporáneos. Volveremos sobre este punto.
- 24 En el MML se afirma al respecto: “Asignamos la más alta prioridad a la *participación* de los miembros de la sociedad en las decisiones, tanto como un fin en sí mismo como un mecanismo principal para establecer la legitimidad de las necesidades en la nueva sociedad (Herrera et. al, 2004 (1975): 17).

- 25 Incluye la esperanza de vida al nacer, el tiempo de enfermedad, el tiempo relacional y los años de escolaridad. Aunque parte de concepciones teóricas y metodológicas distintas, es notable la similitud con las variables del anteproyecto de Carlos Mallman oportunamente citado.
- 26 Un elemento importante a considerar es el rol del Estado en cada una de las propuestas. El texto del Plan Nacional de Desarrollo enuncia desde una posición de función pública en curso, mientras que la escala de discusión del MML es la proyectiva a nivel mundial. La perspectiva de *Proyectos Nacionales* ubica el Estado en el centro de la propuesta, como mecanismo articulador de las políticas y reorientador de la matriz productiva
- 27 “En términos generales, el énfasis debe pasar del *falso individualismo actual*—que es en realidad sobre todo aislamiento y alienación— a un *colectivismo equilibrado*, extensión de la actitud que se supone reina en una familia unida” (Varsavsky, 1971a: 199, énfasis nuestro).
- 28 El propio Varsavsky admite que repensar las estructuras familiares a partir de los proyectos nacionales, “Se trata de un verdadero *desafío a la creatividad*, y aunque sea extralimitarnos con respecto a los objetivos de este librito, daremos algunas características de su funcionamiento que nos parecen plausibles, y que *están siendo ensayadas en comunas aisladas en todas partes del mundo*” (Varsavsky, 1971a: 209). Esas “comunidades aisladas” como las llama el autor, iban desde modos de organización de la vida colectiva en comunidad (hippie o de otro tipo) hasta su propia experiencia de vida cotidiana en común en la “casa Aráoz” (Maunas, 1995: 168 ss.).
- 29 “Se puede estimular la formación de lazos solidarios muy fuertes en grupos de distinto tamaño y categoría, con mucha comunicación horizontal, interpersonal capaces de socializar con mayor o menor éxito, dando a cada miembro seguridad, amor y criterios de comportamiento. Posibilidades: Familia clásica, Pareja o grupo muy pequeño de adultos, Clan de varias familias, Comunidad rural o urbana (barrio reducido), Lugar de trabajo, Asociaciones voluntarias (club, comité, iglesia), Asociaciones involuntarias (cárcel, servicio militar, campos de trabajo)” (Varsavsky, 1971a: 138, énfasis nuestro).
- 30 Esta propuesta se encuentra en textos feministas contemporáneos al debate propuesto por Varsavsky. En uno de ellos se afirma que la experiencia en curso de socialización colectiva en *kibutz* era la forma más avanzada encontrada hasta ese momento para redistribuir las tareas de cuidado y crianza atribuidas a las mujeres como principal responsable.
- 31 “La actividad de más prestigio en el núcleo es la discusión de los acontecimientos políticos y culturales, sobre todo de aquellos en cuya conducción le toca participar de alguna manera. El núcleo no es una célula política, pues no tiene por qué resultar más homogéneo en ese sentido que una familia usual, *pero sí es una primera etapa de discusión de cualquier proyecto*” (Varsavsky, 1971a: 212, énfasis nuestro).

CAPÍTULO VII

Unidad latinoamericana y desarrollo en ALBA y Buen Vivir. Una aproximación desde la historia del presente

Pilar Fiuza y Celeste Viedma

Los últimos años del siglo XX dejaron como saldo un fuerte ciclo de luchas populares antineoliberales en América Latina. El levantamiento zapatista en 1994 o el Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2001 fueron algunos de los hitos que marcaron su inicio. Se trata de un período signado por la presencia de masas en las calles y la incapacidad de los sistemas sociales y políticos de dar respuesta a las urgentes necesidades populares. Frente a esta crisis de representación, serían los movimientos sociales autónomos los que nuclearían y canalizarían las demandas de las mayorías. A partir de nuevas formas de organización y una revalorización de la identidad indígena, campesina y latinoamericana, estos movimientos llevaron adelante fuertes luchas contra las políticas del “consenso de Washington”.

La resistencia y levantamientos populares¹ generaron así las condiciones de posibilidad para el derrocamiento de gobiernos neoliberales y el surgimiento de líderes populares que asumirán las presidencias de los distintos países. Tal es el caso de Hugo Chávez en Venezuela (1999), Evo Morales en Bolivia (2006) y Rafael Correa (2007) en Ecuador. Estos gobiernos, no sólo significaron una crítica profunda a los efectos del neoliberalismo en sus territorios sino, fundamentalmente, la construcción de propuestas económicas y sociales de carácter *alternativo*. En ese sentido, como se ha señalado en los capítulos anteriores, esta crítica supuso una desestabilización del modo hegemónico de entender “el desarrollo” (vinculado a la idea de “crecimiento económico” o “modernización”) ampliando y dotando a esta noción de nuevos sentidos. Nos referimos a las formulaciones del *sumak kawsay*-vivir bien/buen vivir formuladas tanto en el *Plan Nacional de Desarrollo: Bolivia digna, soberana, productiva y democrática para Vivir Bien 2006-2010* (PNDB, 2006) lanzado por Morales en el 2006, como en el *Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013* (PNBVE,

2009) y el *Plan Nacional para el Buen Vivir 2013-2017* (PNBVE, 2013), impulsados por el gobierno del presidente ecuatoriano, Rafael Correa. Estos discursos, en conjunto con la emergencia de la Revolución Bolivariana que asomaba en el año 2004 en Venezuela –tras el resultado del referéndum presidencial que decidía la permanencia de Hugo Chávez en la presidencia– inauguraron un nuevo contexto político regional. Éste estuvo marcado por un significativo desplazamiento hacia la izquierda de la política latinoamericana (Boron, 2012) y la reinstalación en el debate público de la palabra “socialismo” a partir de la emergencia de la “Revolución Bolivariana” en ese país.

Por otra parte, cabe señalar que la crítica a las políticas neoliberales supuso un reordenamiento de las alianzas y relaciones exteriores del conjunto de estos países. Nos referimos al enfriamiento de los vínculos con EE.UU. y al fortalecimiento de las articulaciones políticas y económicas a nivel regional que se produjeron en este período. Esto tuvo su expresión en la formulación del “NO al ALCA” en la IV Cumbre de las Américas en el 2005, pero también en el surgimiento de una serie de instancias de articulación político-regional. Entre ellas, se destaca particularmente la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP)² en tanto pone en el centro de la propuesta la unidad latinoamericana, abonando a un modelo de integración que excede la forma de acuerdos comerciales y que se caracteriza por su signo emancipador.

En el presente capítulo nos proponemos analizar el modo en que un conjunto de diagnósticos y propuestas producidas al sur del continente problematizaron las relaciones entre “desarrollo”, “soberanía” y “unidad latinoamericana”. En efecto, nos interesa abordar la forma en que en ellos se entiende la noción de articulación regional no sólo como condición para terminar con los procesos de dependencia sino también como herramienta para contribuir a la transformación de las relaciones de poder mundial. En torno a ello, trabajaremos a partir de la hipótesis que en dichos planteos latinoamericanistas resuenan algunos de los modos de anudar “desarrollo” e “integración” surgidos en los debates sobre estilos de desarrollo de fines de la década del sesenta y principios de los setenta. En particular, nos referimos a la discusión respecto del “Nuevo Orden Económico Internacional” (NOEI) y a los discursos que pregonaban por un cambio en las relaciones “Norte-Sur”. Se trata de una serie de planteos que –al igual que los más contemporáneos *discursos desde el Sur*– no solo se caracterizaron por una retórica de fuerte *politización*, sino que también supusieron la formulación de una serie de propuestas *alternativas*.

En ese sentido, el trabajo realizado aquí no es otra cosa que un ejercicio de “historia del presente” (Dean, 1999 y Foucault, 1987; 2007) de esta serie de propuestas sobre integración regional que surgen en el Sur del continente en un contexto posneoliberal. Ello supone echar luz sobre “aquellas inercias del

pasado que viven en el presente” (Castel, 2001: 4) y que han sido soterradas y olvidadas en los trajines de otras batallas.

El capítulo consta de un primer apartado en el que, a partir del trabajo con los mencionados planes de buen vivir y con una serie de documentos de ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), abordaremos los modos en que se define la noción de “unidad latinoamericana” y su relación con “desarrollo”. Posteriormente, nos referiremos a la forma en que la cuestión “integración” fue presentada en el debate sobre estilos de desarrollo, realizando un recorrido que abarca las primeras experiencias de integración económica regional: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y el Pacto Andino; así como también propuestas de mayor integralidad, como el Instituto de Integración de las Américas (INTAL) y el *Plan Trienal para la Liberación y la Reconstrucción Nacional 1974-1977*. Posteriormente, nos referiremos al modo en que en los discursos aludidos se plantea la relación entre la conformación de un bloque de poder del Cono Sur y la construcción de un “nuevo orden mundial”. Introduciremos en este punto el informe de la Fundación Dag Hammarskjöld titulado *¿Qué hacer?* y la propuesta de Fundación Bariloche denominada “Modelo Mundial Latinoamericano”. Por último, esbozaremos algunas conclusiones con respecto a las resonancias, los “trazos” que pueden rastrearse de los discursos producidos en las décadas del sesenta y setenta y aquellos que denominamos *discursos desde el Sur*.

Los discursos desde el Sur: de la resistencia al neoliberalismo hacia una alianza estratégica para la soberanía político-económica

A la hora de describir los discursos del buen vivir, una de las características que no es posible soslayar es su posición crítica respecto del modelo de acumulación neoliberal. Así, se hace referencia a las consecuencias dañinas de aquellas políticas, señalando su correlato con la reprimarización de la economía, el deterioro de los términos de intercambio, la desinversión productiva y disciplinamiento de la fuerza laboral. Del mismo modo, estos discursos subrayan el recrudescimiento de la dominación económica del Norte hacia el Sur en lo que hace, por ejemplo, a la brecha de ingresos *per capita* entre las poblaciones más pobres y más ricas del mundo. En ese sentido, la perspectiva del buen vivir adquiere el signo de una *politicización* que delinea un “nosotros” a partir de la oposición a un adversario que se construye como enfrentado, antagónico al primero (Verón, 1987). De este modo, “el Sur” aparece aquí no ya como categoría geográfica sino como un concepto de densidad política: definiendo al “nosotros” al que nos referimos. La dinámica de relaciones globales es delineada a partir de esta división y atendiendo a procesos de do-

minación y desigualdad: la posibilidad para el Sur de acceder a un desarrollo nacional se encuentra íntimamente condicionada por el papel *subordinado* de sus economías en el sistema capitalista. Esto es un elemento muy claro en el vivir bien ecuatoriano:

El concepto dominante de “desarrollo” ha entrado en una profunda crisis (...). La presente crisis global de múltiples dimensiones demuestra la imposibilidad de mantener la ruta actual: extractivista y devastadora para el sur, con desiguales relaciones de poder y comercio entre norte y sur, y cuyos patrones de consumo ilimitado llevarán al planeta entero al colapso al no poder asegurar su capacidad de regeneración (PNBVE, 2009: 17).

En el caso del Estado Plurinacional de Bolivia, se hace alusión también a la “dominación colonial” que, según el diagnóstico de estos planes, continúa hasta la actualidad a partir de la adquisición de diversos ropajes que permiten mantener sus efectos en nuestras sociedades: “colonismo republicano”, “colonialismo neoliberal” (PNDB, 2006: 14). La forma colonial es, además, un rasgo constitutivo de los modelos de acumulación y organización política que —importados desde el centro— garantizan la persistente exclusión social y política de las comunidades originarias:

La reconstrucción continua de lo colonial penetra todas las esferas sociales y en ella se mezclan elementos de dominación, exclusión étnica, racismo y hegemonía, mistificados por la modernización liberal y neoliberal de segmentos de la sociedad (PNDB, 2006: 14).

De esta forma, este signo de politización que se desprende de la caracterización de las desigualdades que han operado históricamente es acompañado por la reflexión sobre la necesidad de elaborar determinadas políticas estratégicas para finalizar con estos procesos de dominación. En ese sentido, se hace referencia a ciertas tareas “internas” para el desmontaje de estos procesos: por un lado, se apunta a una “descolonización del Estado” y, con ella, a la creación de una forma de gobierno que exprese el poder que surge de las clases populares e indígenas; por otra parte, se impulsan “procesos endógenos de satisfacción de necesidades” (PNBVE, 2009: 56) y de “cambio en el patrón de desarrollo” (PNDB, 2006: 12).

Ahora bien, casi en un mismo nivel de prioridad y presente en los tres planes de desarrollo analizados, la *dimensión geopolítica* acompaña estas estrategias emancipadoras. De esta forma, a partir de la perspectiva de desarrollo que se expresa en los documentos, es posible decir que aparece en diversos países de América Latina una mirada que entiende a la integración regional

como un medio y herramienta fundamental para lograr la soberanía económica y política. Se hace explícita la necesidad de consolidar una alianza estratégica con los países de la región como también de asumir un papel activo que favorezca la consolidación de organizaciones de carácter supranacional conformadas por Estados de América Latina y del Caribe. Para ello se establece que es preciso dejar atrás los condicionamientos externos que caracterizaron a las relaciones exteriores de gobiernos previos, y asumir a una posición de independencia y defensa de sus potencialidades y recursos como nación³.

Por último, resulta interesante señalar que los procesos de integración son entendidos como una apuesta estratégica que debe acompañarse de una importante capacidad de liderazgo. Se trata de no convertir los acuerdos en “letra muerta” y hacer efectivos los tratados con acciones concretas, “dejando atrás las cartas de intención y las agendas condicionadas” (PNBVE, 2009: 62).

En efecto, durante la última década surgieron en América Latina nuevos marcos de integración regionales que se sumaron a aquellos existentes: Mercado Común del Sur (MERCOSUR), Comunidad Andina, Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), Comunidad del Caribe (CARICOM). En el 2004 nació ALBA, en el 2008 la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) y en el 2010 la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Más allá de las particularidades y objetivos divergentes de cada uno de estos espacios de integración⁴, nos interesa abordar la propuesta del ALBA como aquella en la que resuenan más fuertemente las discursividades presentes en el buen vivir.

ALBA: la recuperación de un proyecto de emancipación regional

La historia del ALBA se remonta a la III Cumbre de las Américas en abril del 2001 en Canadá, cuando Venezuela se negó a firmar el acuerdo que por unanimidad aprobaba la propuesta del ALCA (Área del Libre Comercio de las Américas). En diciembre de ese año, en la III Cumbre de Jefes de Estado y Gobierno de la Asociación de los Estados del Caribe, Hugo Chávez Frías presentó la idea como una propuesta de integración económica, social y política para América Latina y el Caribe. En el 2004 se confirmó su aparición con la aprobación de los protocolos de fundación por parte de Venezuela y Cuba en la Habana. El ALBA surgió así como alternativa contra el ALCA (Karg y Lewit, 2015; Boron, 2008) como modelo de articulación política que tenía como objetivo la continuidad y profundización de la propuesta neoliberal y funcional a los intereses del proyecto “imperial” histórico de Estados Unidos. Se trata de una propuesta que tiene como eje “la unidad” en un sentido de asociación política más que el de “integración” (Katz, 2008).

ALCA es una vieja propuesta, que antes en 1990 se llamó de otra manera

“Iniciativa para las Américas”. El ALCA nace ya en el siglo XVIII, nace de aquella gran república, aquel gran estado que luego se convirtió en imperio, nació con las garras del águila imperial. Lamentablemente nace desde el inicio, desde hace 200 años pues, Thomas Jefferson, uno de los creadores de aquel estado norteamericano lo dijo, lo dijo, lanzó el plan imperialista Thomas Jefferson, dijo que Estados Unidos tenía como destino tragarse —así mismo lo dijo, con esa expresión— una a una las nacientes repúblicas antes colonias españolas. Desde entonces es que viene el plan anexionista, colonialista de Estados Unidos, así que nosotros no sólo debemos ser enterradores del ALCA sino enterradores y en mucha mayor dimensión, complejidad y profundidad, del modelo capitalista neoliberal que desde Washington arremete contra nuestros pueblos desde hace tanto tiempo (Chávez, 2005).

De esta forma, así como el proyecto del ALCA se remonta a los mismos intereses y proyectos imperiales que se debatieron en el siglo XVIII durante el proceso de independencia de EE.UU, el concepto de unidad que se desprende del ALBA también se muestra solidario con la historia latinoamericana. En efecto, recupera el sueño anticolonial y antiimperialista de la Patria Grande vigente en el pensamiento de algunos de los próceres de la historia latinoamericana tales como Bolívar, San Martín y Martí, como también de Bartolina Sisa, Tupac Amaru, Tupac Katari y Manuela Saenz. Ciertamente, los principios del ALBA son señalados como los mismos que sustentaron el camino iniciado por estos próceres de la historia de la región; en continuidad con el “modelo político y ético” de “esta obra emancipadora” (ALBA-TCP, 2010b: 1). Presenta, así, las memorias en la que se inscribe como una historia en la que los mismos conquistadores y dominados se personifican en nuevos cuerpos, pero libran siempre las mismas batallas.

Desde esta mirada, el ALCA suponía la persistencia del saqueo de los recursos de los pueblos a partir de políticas sociales y económicas que, por un lado, incrementaron el poder de las empresas multinacionales por sobre las de los propios estados nacionales, y por el otro, pauperizaron las condiciones de vida de la población. El neoliberalismo reforzó el poder y dominio del capital global occidental a “a través de las empresas transnacionales a expensas del sacrificio y explotación de la población, y de los recursos naturales de la región, con notables consecuencias sociales como la precarización del empleo y el incremento de la pobreza” (ALBA-TCP, 2015: 4).

El ALBA asume un carácter expresamente anti neoliberal y anti políticas de libre mercado, no solo como una herramienta para resistir al avance de las políticas del Consenso de Washington, sino también como capaz de generar una propuesta de desarrollo *alternativa*. Dicha propuesta, asimismo, posee elementos que permiten pensarla como con un horizonte anti-sistema. Desde

allí, se plantea la construcción de sociedades soberanas e independientes, con modelos de desarrollo orientados hacia la satisfacción de necesidades y no a las del mercado. Surge como una alianza político estratégica que tiene el fin de “producir las transformaciones estructurales y el sistema de relaciones necesarias para alcanzar el desarrollo integral requerido para la continuidad de nuestra existencia como naciones justas y soberanas” (ALBA-TCP, 2015: 4). Es decir, se busca un cambio en la estructura de relaciones que sostienen el “dominio colonial” en América Latina, que asume el nombre de “Socialismo del Siglo XXI” (ALBA-TCP, 2010b: 2).

Pero el ALBA no sólo plantea un proyecto de integración regional, sino que también lo *transforma* en un modelo de integración que establece prioridades distintas con respecto a sus antecesores. La integración se vincula, de este modo, a una nueva concepción del desarrollo nacional de sus países integrantes, como veremos a continuación.

El desarrollo desde la unidad.

Iniciativas para la construcción de una alternativa contra-hegemónica

En este apartado trataremos la dimensión sobre el desarrollo presente en la perspectiva emancipatoria del ALBA. La transformación de las estructuras dependientes de los países de la región supone la consolidación de un *nuevo modelo de integración* que priorice las necesidades de los pueblos sobre los principios de la justicia y la equidad. En otras palabras, la concepción de desarrollo se encuentra estrechamente vinculada a la de unidad latinoamericana: no hay posibilidad de un desarrollo nacional sin desarrollo de la región en su conjunto.

Ahora bien, en esta problematización de “desarrollo” es plausible encontrar una serie de nuevos elementos. Por un lado, significa la ruptura con la transferencia de recursos hacia el centro que supuso el modelo neoliberal y su redireccionamiento hacia proyectos regionales. Así una idea central en el discurso del ALBA es la construcción de una “Zona Grannacional de Desarrollo Compartida” entre los distintos Estados. Dicha tarea requiere de la puesta a disposición de los principales recursos estratégicos de cada economía: recursos naturales, energéticos y humanos. Con esta coordinación se busca transformar el potencial económico de la región en un poder efectivo a ser puesto en juego en las relaciones internacionales.

La preocupación por el desarrollo se vincula, asimismo, a la generación de una base productiva con énfasis en los campos “industrial, agroindustrial, energéticos y tecnológicos” (ALBA-TCP, 2010c: 2). Para ello, generar procesos virtuosos que permitan reducir la vulnerabilidad de estas economías frente a las crisis internacionales aparece como una tarea primordial. Aquí se hace re-

ferencia a la necesidad de mejorar la competitividad de las exportaciones, pero también a la importancia de producir instancias económicas de articulación industrial y financiera. Así, frente a la crisis internacional del 2009 y la posibilidad de que ésta vaya en detrimento de los procesos de desarrollo iniciados, surgen desde el ALBA una serie de iniciativas proactivas para la prevención de futuros traslados de crisis del “centro” a nuestras economías. Entre ellas se encuentra la creación de un banco para la inversión productiva en la región –“Banco del Sur”– y de un “Sistema Único de Compensación Regional de Pagos” (SUCRE); es decir, de una moneda regional que sustituya al dólar en los intercambios comerciales entre países latinoamericanos. Del mismo modo, se encuentra la propuesta de generación de empresas Grannacionales de carácter público inter-estatales, una suerte de “transnacionales públicas” destinadas a cortar con la dependencia económica y tecnológica. Estas iniciativas de articulación tendrán así un fuerte componente “*creativo-crítico*” (PNBVE, 2009: 108) en donde el fortalecimiento de la soberanía político-económica está puesto en función de una *ética contrahegemónica* basada en la lógica de la solidaridad y la cooperación.

Las iniciativas antes mencionadas, vinculadas a la concepción del desarrollo que sostiene el ALBA, se encuentran en estrecha relación con la mencionada transformación del significado que adquiere la integración regional desde esta perspectiva. Desarrollaremos esto último a continuación.

La ampliación de los sentidos de integración

En torno a lo señalado en el apartado anterior, el ALBA propone asimismo una ampliación de los sentidos de la integración regional. Esto se evidencia en el cuestionamiento que desde allí se realiza a las experiencias integracionistas previas producidas en América Latina. Éstas son vistas críticamente, por un lado, por haber reducido la idea de integración a la de comercio; y, por el otro, por haberlo hecho bajo la égida del Consenso de Washington. Se trata de modelos que, en efecto, no contemplaban las diferencias concretas existentes entre las economías locales y la de los países centrales, “tributando reciprocidad a los grandes mercados a pesar de las enormes asimetrías existentes” (ALBA-TCP, 2010c: 2) y reforzando, en consecuencia, el poder del centro y la competencia intra-regional. Asimismo suponían la reproducción *sine qua non* de formatos neoliberales unívocos.

Frente a ello, la respuesta es la promoción de lógicas alternativas de intercambio en donde los “pueblos” no son “simples consumidores o mercancías”, sino que son considerados desde su “condición humana” (ALBA-TCP, 2010a: 2). El Tratado de Comercio entre los Pueblos (TCP) es un ejemplo de ello. Allí, a diferencia de los “acuerdos comerciales tradicionales” –que también suelen li-

mitar la idea de “trato solidario” al cumplimiento de cláusulas diferenciales– se recurre al principio de “ayuda oportuna”. Se trata de una solidaridad no atada a tratados comerciales sino a las posibilidades complementarias que poseen los estados latinoamericanos. Así lo expresa Bolivia en su plan de desarrollo:

El Vivir Bien extensivo a las relaciones con los pueblos en condiciones distintas al simple intercambio mercantil de productos entre empresas, que beneficiar primero a sus propietarios y residualmente a los demás, significa incorporar la solidaridad, la complementariedad y la reciprocidad –entendida como ayuda oportuna y no como un intercambio de compensaciones obligatorias y equivalentes en las relaciones entre naciones y pueblos– rompiendo así con las formas tradicionales de los limitados acuerdos de comercio (PNDB, 2006: 17).

En ese sentido, a diferencia de experiencias previas al ALBA, se incluye una mirada más profunda respecto de las posibilidades de articulación, trascendiendo la lógica comercial y poniendo en agenda nuevas dimensiones como lo cultural, lo social, lo científico y lo tecnológico. Así se mencionan una serie de proyectos grannacionales ambiciosos: la construcción de la Universidad de los Pueblos “UNIALBA”; proyectos de alfabetización y postalfabetización regionales; la creación de una señal televisiva; de un centro para la ciencia tecnología e innovación y un polo tecnológico; entre otras iniciativas.

Ahora bien, el intento del ALBA parece estar, sobre todo, en potenciar el desarrollo de la región por medio de una articulación *política*. Ello se expresa no solo en su orientación antiimperialista y en la búsqueda de construcción de la unidad en contra del “intervencionismo en América Latina”, sino también, como veremos a continuación, en la apuesta estratégica a la conformación de un bloque regional para la transformación de las relaciones internacionales en su conjunto.

Buen Vivir, ALBA y el cambio en las reglas de juego

En el conjunto de los *discursos desde el Sur* analizados, la integración regional aparece vinculada a dos dimensiones principales. Por un lado, la unidad política y económica de la región se entiende como una vía para el fortalecimiento de los procesos de desarrollo endógeno de los países latinoamericanos. Esto es así, no sólo en tanto permite multiplicar recursos y esfuerzos sino también porque su configuración como bloque mejora la capacidad negociadora de estos países en lo que respecta a los intercambios comerciales, brindando de ese modo mayores posibilidades económicas a la región. Desde esta perspectiva, la integración es vista como un medio para favorecer el lugar individual de cada una de las economías débiles frente a la competencia: “la unión hace

a la fuerza”. Ahora bien, esta mirada más instrumentalista de la integración es complementada con un planteo que adquiere una perspectiva de mayor profundidad: la comprensión de que para revertir la posición de dominación en la que se encuentran las naciones de América Latina, no se trata solo de “jugar mejor el juego”, sino de ir también y paulatinamente transformando sus reglas; es decir, “subvertir el orden de dominación actual” (PNBVE, 2009: 107).

El planteo de integración regional de los *discursos del Sur* se orienta así hacia la construcción de un nuevo orden internacional, que rompa la hegemonía del Norte. Este “cambio de reglas” se vincula a la intención de dar con una forma de integración que no suponga una “única vía” –como la liberalización de la economía y las reformas neoliberales– sino que acepte distintas opciones para participar de los mercados de la economía mundial, de acuerdo a las necesidades de cada país. Ello supone, en otras palabras, la posibilidad de elegir “con qué perfil productivo, social y cultural” (PNDB, 2006: 202) se desea participar.

El desafío así es la construcción de una *nueva economía mundial* de carácter *multipolar*. Ello significa generar relaciones internacionales más democráticas y horizontales a partir del diálogo fluido entre diversos bloques. En ese sentido, América Latina debe asumir un rol activo y “participar con propuestas y como bloque en la nueva dinámica de la economía mundial” (ALBA-TCP, 2010c: 2). Las propuestas incluyen, por ejemplo, la creación de una “nueva base monetaria global” con el fin de reemplazar al dólar como principal moneda de intercambio global, siendo dicha moneda el causante “invisible y oculto” de las cíclicas crisis mundiales. Se promulga así la creación de una moneda que resulte de una combinación o “canasta de monedas” de las diversas grandes economías del mundo.

Por último, en estos discursos se destaca también la necesidad de desarrollar vínculos “Sur-Sur”; es decir, relaciones de Latinoamérica con otros países denominados como “emergentes”. No obstante, ello se señala como una apuesta a ser generada no de forma unilateral sino a partir, y tomando como “punto privilegiado”, a las instancias de articulación ya desarrolladas, a saber: UNASUR, ALBA y CELAC (PNBVE, 2009: 62).

Hasta aquí, hemos analizado el modo en que los *discursos desde el Sur* adquieren el signo de la politización, en tanto “el Sur” constituye una categoría política antagónica al “Norte” y subyugada por el mismo. Como señalábamos, desde allí se entiende que para mitigar los procesos de dominación la integración regional es una estrategia política imprescindible, en tanto posibilita el avance hacia nuevos modelos de desarrollo. El proyecto del ALBA se destaca en este sentido, por su propuesta de desarrollo orientado a la satisfacción de necesidades, por un lado, y, por el otro, por la propuesta –necesaria para lo primero– de unidad latinoamericana que excede lo meramente económico y adquiere un sentido más amplio. Por último, como vimos, también encontra-

mos, tanto en el ALBA como en los discursos del buen vivir, el planteo de la necesidad de subvertir el orden internacional imperante en su conjunto. Veremos a continuación qué aspectos de nuestro presente podemos rastrear en los debates sobre estilos de desarrollo .

La integración regional y los debates sobre estilos de desarrollo: diversas perspectivas en pugna

En este apartado nos proponemos trabajar en los debates sobre estilos de desarrollo que se produjeron a fines de la década del sesenta y principios en la década del setenta. Así, a pesar de no haber sido explícitamente recuperados, entendemos que es posible encontrar en ellos una serie de planteos que resuenan fuertemente en el ALBA y buen vivir. A esos fines, abordaremos las primeras experiencias concretas de integración económicas en la región, para luego dar cuenta de propuestas de mayor integralidad que surgieron en esta coyuntura.

El primer intento de integración regional lo constituyó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), nacida en 1960 tras la firma del Tratado de Montevideo. Auspiciada inicialmente por la CEPAL⁶, consistía en un acuerdo por el cual los Estados se comprometían a eliminar gradualmente, en un plazo de doce años, las restricciones a la importación de determinados productos establecidos en “listas nacionales”. El objetivo principal de esta alianza era alcanzar un mercado común en un plazo de doce años, luego de la conformación de una zona de libre comercio. Tenía como premisa subyacente la idea de que la ampliación del mercado generaba mayores posibilidades de insertar productos nacionales y, con ello, mejores condiciones para el desarrollo económico. Ahora bien, el objetivo nunca se alcanzó⁷ y hacia fines de la década del sesenta se produjo una fractura entre los países llamados “comercialistas” –Argentina, Brasil y México– y los llamados “desarrollistas” –Chile, Colombia, Ecuador, Perú y posteriormente Bolivia–. Estos últimos crearon, en 1969, una sub-alianza denominada Pacto Andino a través del Acuerdo de Cartagena (AC) (Barbosa, 1993).

El Grupo Andino constituía un sistema más compacto y complejo que ALALC y suponía un intento de lograr un modelo que superase el intercambio comercial como fin último de la integración. En efecto, como podemos apreciar en la lectura del Acuerdo, la mirada del desarrollo se encontraba relacionada a la generación de procesos de industrialización para favorecer un “mejoramiento persistente en el nivel de vida de los habitantes de la Subregión” (AC, 1969: 1). En ese sentido, ha sido mencionado cómo el Pacto Andino implicó un salto cualitativo en relación con el modelo de integración planteado en ALALC, no sólo puesto que generó mejores condiciones institucionales para su funcionamiento (estableciendo plazos automáticos para la

supresión de barreras y creando instituciones comunes), sino también porque supuso la coordinación en amplios y diversos aspectos de la política económica de cada país. Contemplaba, entre otros asuntos, la coordinación de los planes de desarrollo de los países miembros en sectores específicos, la planificación conjunta en materia de infraestructura, la creación de un régimen especial para la industria y el sector agropecuario, el establecimiento de una política comercial común y la armonización de las políticas cambiarias, monetaria, financiera y fiscal. Se destacaba también la articulación en materia cultural (promoción de programas como el Convenio Andrés Bello) y tecnológica⁸.

Asimismo, hay dos cuestiones específicas a las que atiende el Pacto Andino que nos resulta preciso resaltar, dado que suponen la configuración (aunque incipiente) de cierta politización en el planteo de integración. Por un lado, es interesante señalar que, si en los discursos latinoamericanistas que analizábamos existía una significativa preocupación por los procesos de dominación desde el “Norte” hacia el “Sur”, este tratado puso su atención en los procesos de dependencia que se generaban al *interior* de la región. Así, uno de los objetivos del Pacto Andino era generar “una distribución equitativa de los beneficios derivados de la integración entre los Países Miembros de modo de reducir las diferencias existentes entre ellos” (AC, 1969: 1). Por otro lado, es posible vislumbrar la existencia de cierta preocupación por el avance del capital extranjero en la región. Aún sin asumir una retórica antiimperialista, el pacto estableció la creación de un régimen común para el control de inversiones extranjeras. Como plantea Helio Jaguaribe, es plausible interpretar esta medida como un intento por constituir a los países latinoamericanos en algo más que meros consumidores de mercancías de empresas internacionales (Jaguaribe, 1972).

Ahora bien, como indicamos previamente, el debate de aquellos tiempos respecto de la integración, no se reducía a propuestas de articulación económica, tal como se critica actualmente desde los *discursos del Sur*. Por el contrario, circularon también en el campo técnico y político de los años setenta, una serie de perspectivas de unidad que excedieron los marcos comerciales. Una de ellas fue desarrollada por un conjunto de expertos e integrantes del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), bajo la dirección de Felipe Herrera, con el objetivo de avanzar en la *integración planificada* de una serie de sectores de la economía. A fin de dar impulso a estas medidas, es que desde el BID se creó el Instituto para la Integración de las Américas (INTAL) con sede en Buenos Aires. El mismo se destacó por desarrollar un planteo muy similar al de las empresas “Grannacionales” del ALBA. Así, a fines de la década del sesenta desde el INTAL se promovió la realización de un “plan maestro integrador” (Herrera, 1966) que incluía entre otras cosas la creación de una serie de “supercorporaciones” en sectores estratégicos (industrial, comercial, del transpor-

te, educacional, financiero) con origen plurinacional. Se trata de ideas que tuvieron una cálida acogida por intelectuales y expertos latinoamericanos y en particular por Frei, el ex presidente de Chile, pero que no fueron bien recibidas por otros estados latinoamericanos, en especial el brasileño y argentino.

Otra iniciativa de integración cuyos planteos excedieron los aspectos meramente comerciales fue la del *Plan Trienal para la Liberación y la Reconstrucción Nacional*. Este plan fue redactado en 1973 por iniciativa del tercer gobierno justicialista y contó con la intervención, entre otras figuras, de un comité técnico de CEPAL⁹. Así, a diferencia de las iniciativas anteriores, el diagnóstico del *Plan Trienal* volvió a poner en el centro la cuestión de la subordinación política y económica de Latinoamérica: su objetivo era “quebrar las relaciones de dependencia que han caracterizado las economías de América Latina” (PTRLN, 1973: 89). En efecto, la integración tomó allí un *para qué* que (re)instaló un tono confrontativo. Ella era presentada como un proceso a partir del cual era posible consolidar la independencia del continente respecto de los centros de poder internacionales. Solo por medio de la unidad latinoamericana los países lograrían romper los lazos dependientes y transformar las “estructuras productivas desequilibradas y dependientes” que caracterizaban a sus economías. La integración debía contribuir al “logro de los objetivos nacionales comunes” (PTRLN, 1973: 88).

El *Plan Trienal* hacía referencia explícita al Pacto Andino como aquellas tendencias en materia de integración que eran preciso profundizar, al tiempo que señalaba la necesidad de “replantear la actitud argentina dentro del marco de la ALALC” (PTRLN, 1973: 89). Se indicaba, de este modo, la necesidad de transformar el proceso de integración latinoamericana, procurando establecer relaciones que redundaran en el beneficio de las “estrategias nacionales de desarrollo” –orientadas a la satisfacción de necesidades– y no de “determinadas empresas multinacionales” (PTRLN, 1973: 89). Asimismo, tal como en las propuestas actuales, se ponía en cuestión la visión economicista de la articulación latinoamericana, resaltando sobre todo la necesidad de mejorar la coordinación en materia política, tecnológica, cultural y del medio ambiente. Eso suponía incorporar una mirada estratégica de “largo plazo” (PTRLN, 1973: 89).

Ahora bien, aquello que resulta más disonante del *Plan Trienal* respecto de las estrategias integracionistas que se desplegaron hacia fines de los años sesenta es su mirada sobre el sistema de relaciones internacionales. En este punto, la perspectiva resulta muy similar a la actualmente esbozada en los discursos del ALBA y el buen vivir: la unidad de la región debía aportar a la construcción de un sistema económico mundial “más equitativo”. Nuevamente, la pregunta era cómo conformar un bloque latinoamericano con una voz influyente a nivel internacional. Se trataba de generar “estrategias financieras y comerciales” que permitan “fortalecer su posición en las negociaciones con

los grandes centros del poder económico mundial y con los organismos internacionales” (PTRLN, 1973: 89).

Por otra parte, el PTRLN, señalaba la necesidad de ampliar el horizonte de alianzas más allá del continente americano. La política exterior, en ese sentido, debía orientarse hacia el fortalecimiento de los lazos latinoamericanos, al tiempo que se proponía un mayor acercamiento hacia el resto de los países subdesarrollados denominados aquí como “Tercer Mundo” (PTRLN, 1973: 15). Ambas definiciones, entendidas como complementarias, iban en el sentido de contribuir a la conformación de un “sistema mundial pluripolar” (PTRLN, 1973: 133). Sin duda, este constituye otro punto claro de confluencia con los más contemporáneos *discursos desde el Sur*. En efecto, al igual que en estos últimos, el carácter más equilibrado del esquema de poder mundial es señalado por el *Plan Trienal* como una tendencia creciente que brindaba mayores posibilidades para los intereses latinoamericanos. Ahora bien, como mostraremos en el siguiente apartado, esta resonancia en el documento de elementos de la doctrina peronista de la “Tercera Posición” no puede explicar por sí misma la aparición de nociones como “sistema mundial pluripolar”, “Tercer Mundo” y “dominación” sino que se encuentra ligada al álgido debate que se produjo en el mundo en las décadas del sesenta y setenta.

Hasta aquí, nos referimos a aquellas iniciativas que, en las décadas analizadas, presentan similitudes en sus modos de comprender la integración regional con los *discursos desde el Sur*, que presentamos en la primera parte del capítulo. Consideramos propuestas de integración que hacían hincapié en los aspectos económicos, al tiempo que añadían otros elementos (Pacto Andino, INTAL) e instalaban la confrontación con los “centros de poder mundial”, equiparables al “Norte” con el que antagonizan los discursos del buen vivir (*Plan Trienal*). Como veremos a continuación, los debates de los sesenta y los setenta también conllevaban una propuesta de transformación de las relaciones internacionales en su conjunto; es decir, la propuesta de un “nuevo orden mundial” en el que el Tercer Mundo conformase un bloque preponderante y defensor de “otro desarrollo” .

Un nuevo orden mundial para “otro desarrollo”.

El “Tercer Mundo” en escena

Para analizar la propuesta de un “Nuevo Orden Económico Internacional” que trazan nuestros documentos, realizaremos una breve introducción a las discusiones al calor de las cuales fueron elaborados. Éstas se caracterizaron por poner en cuestión la relación entre “desarrollo”, “población” y “recursos naturales” y por pretender alcanzar un nivel global. Así, frente a aquellos discursos que señalaban que existían límites físicos para el crecimiento econó-

mico, y que impartían recetas para su solución en América Latina ligadas al control de la natalidad (Meadows, 1972), surgieron otras voces que cuestionaron esta visión propugnando que los límites al crecimiento eran fundamentalmente de naturaleza económico-social.

Tal como hemos explicado en el primer capítulo de este libro, en aquellos años se abrió un período de discusiones y estudios creativos, desafiantes y abarcativos sobre el futuro del planeta. Se basaron en la esperanza y expectativa de que con sus indagaciones podían hacer un aporte a la solución de los problemas de la humanidad. En ese sentido, una de sus características principales fue el posicionamiento respecto de algunos de los problemas globales más candentes de los años setenta: primero, el problema ambiental, y, segundo, la necesidad sentida de un nuevo sistema de relaciones internacionales.

En el fragor de aquellos debates y en el marco de la VI Asamblea Especial de la Organización para las Naciones Unidas en el año 1974 se comenzó a debatir un “Nuevo Orden Económico Internacional”¹⁰. Se trataba de una transformación en los términos en los que se había desarrollado la discusión respecto de la brecha entre países ricos y pobres, en tanto que la solución ya no se encontraba en el otorgamiento (por parte de los países del Norte) y la recepción (por parte de los países del Sur) de “ayuda económica” sino en la reestructuración del sistema de relaciones que había perpetuado la posición de pobreza de los países subdesarrollados.

Es en este debate en el que se insertó el informe de la Fundación Dag Hammarskjöld (sugerentemente) intitolado *¿Qué hacer?* El mismo tematizó sobre el problema del desarrollo y la cooperación internacional y fue preparado con ocasión del séptimo periodo extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas (Nueva York, 12 de septiembre de 1975). El informe se presentaba como un trabajo destinado a “los ciudadanos y estadistas, funcionarios y diplomáticos que, con su acción y decisiones a nivel nacional e internacional, pueden influir en la dirección de los asuntos del mundo” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 2).

El discurso de la fundación, claro está, no se refería únicamente a los países subdesarrollados de la región latinoamericana, sino al conjunto de aquellos englobados bajo la noción de “Tercer Mundo”. Aquí, como en el *Plan Trienal*, la referencia era un sistema de relaciones económicas mundiales que producían la subordinación de unos países sobre otros. En el informe *¿Qué hacer?*, en ese sentido, se interpelaba explícitamente a las Naciones Unidas a realizar acciones que transformasen esta realidad¹¹.

Así, se vislumbra una fuerte esperanza en la herramienta de la diplomacia y las relaciones políticas entre naciones. El NOEI, en tal caso, requería sobre todo de un avance en las relaciones de cooperación entre los países del Tercer Mundo y en la negociación para con los países centrales. En ambos

casos, se destacaba la necesidad de generar mayores niveles de solidaridad entre los países del subdesarrollo. Estos debían zanjar sus diferencias mediante la adopción de medidas viables para satisfacer de las necesidades de desarrollo de todos ellos, puesto que en realidad “*poseen los mismos intereses*” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 75, énfasis nuestro).

Asimismo, al igual que los discursos desde el Sur que analizamos más arriba, el informe llamaba la atención sobre la importancia de diversificar los vínculos entre países del Tercer Mundo a fin de que vayan “mucho más lejos” que la “integración económica tradicional” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 81). Para ello, era de primer orden de importancia la creación de instituciones conjuntas o coordinadas en sectores tales como transporte, comercialización y consultoría. Las mismas aparecían como elementos claves para reducir la dependencia para con los países desarrollados (Fundación Hammarskjöld, 1975).

Ahora bien, los dos puntos en donde el discurso de *¿Qué hacer?* adquirió un tono más polémico fueron aquellos en los que se abordaban los problemas del capital extranjero y de las *transferencias económicas hacia los países del Tercer Mundo*. Respecto de la primera cuestión, la fundación era categórica: estos países debían “poseer, dirigir, administrar y comercializar sus propios recursos” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 93). De esta forma, el control real de sus economías aparecía como una condición previa e indispensable para el desarrollo de cualquier discusión “seria” respecto del NOEI. Como se expresa en el informe:

Así se evitaría un largo y casi interminable proceso de confrontación y polémicas reiteradas sobre el control efectivo de los recursos naturales, provocado por tirantez y tensiones derivadas de la nacionalización y expropiaciones, las cuales, a su vez, generan represalias. Cuanto antes se emprenda el proceso de control nacional efectivo, tanto mejores serán las condiciones para la cooperación internacional (Fundación Hammarskjöld, 1975: 93).

Ello nos deriva al problema de las transferencias de recursos del centro a la periferia. Estas eran definidas como una herramienta para compensar a los países del Tercer Mundo por el drenaje de recursos que siempre implica el deterioro en los términos de intercambio de sus mercancías. Constituían asimismo recursos necesarios para impulsar sus procesos de industrialización. No obstante el informe presentaba una fuerte crítica al modo en que estas transferencias habían venido operando, pues al estar otorgadas en función a un criterio político y no a los déficits en los distintos procesos de desarrollo resultaban “insuficientes, ineficientes y políticamente peligrosas” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 102-103). Así, se describe cómo en buena medida las transferencias de capitales habían sido utilizadas para estimular el crecimiento

de aquellos países o proyectos que no presentaban una “amenaza a las estructuras de poder existentes” o para sancionar las acciones de aquellos que se habían “embarcado en transformaciones radicales de estructuras” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 103).

Por otro lado, el informe realizaba una advertencia respecto de los usos a los que debía destinarse estas transferencias. Las mismas debían ponerse al servicio de la solución de los grandes nudos o “cuello de botella” de los procesos de desarrollo de cada país. Aquí se registra una atención significativa en lo que hace a la construcción de estilos de desarrollo de carácter autónomos: las transferencias en ningún caso debían funcionar como “vehículos para la exportación” o importación “indiscriminada de modelos socio-económicos, tecnología, etc.” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 104). Contrariamente, su función era promover investigaciones científicas desde y para el Tercer Mundo.

Por último, en relación a la cuestión de los recursos necesarios para el desarrollo, la fundación trajo a relieve la propuesta de creación de otras herramientas económicas tales como un sistema monetario y un banco del Tercer Mundo a fin de facilitar las estrategias de desarrollo.

En este mismo marco de discusiones y debates se inscribió y circuló la propuesta de la Fundación Bariloche denominada “Modelo Mundial Latinoamericano” (MML), sobre la que se han extendido con mayor detalles los capítulos anteriores. Tal como se ha señalado, la FB buscaba desacreditar los pronósticos del Club de Roma a partir de la construcción de un “*modelo conceptual de la sociedad*” (Herrera *et al.*, 1975: 15, énfasis nuestro). Allí se sostenía que “sólo a través de cambios radicales en la organización social e internacional mundial la humanidad puede liberarse finalmente del subdesarrollo y la opresión” (Herrera *et al.*, 1975: 15). En esencia, el MML consistía en la configuración, a partir de una serie de cálculos matemáticos, de la posibilidad de satisfacer el conjunto de las necesidades básicas de la población mundial, esto es, de llevar adelante *otro desarrollo*. Esto era posible a través de la creación de un sistema redistributivo del excedente económico de los países centrales, que colaboraría en el impulso de los procesos de desarrollo del Tercer Mundo. Estas transferencias actuarían como un resarcimiento por las condiciones históricas de sometimiento en las que se encontraron los países periféricos. El MML determinaba, así, un plan progresivo de redistribución global de la riqueza a comenzar en 1980 cuyo sentido sería, sobre todo, desde los EEUU y Europa hacia África y Asia.

La aproximación del MML resulta interesante puesto que pone en el centro al hombre y sus necesidades en un sentido integral. El horizonte planteado por el modelo es que “el ser humano pueda incorporarse plena y activamente a su medio social y cultural” (Herrera *et al.*, 1975: 34). Ahora bien, esto no implicaba una predominante preocupación por “el individuo”

en detrimento de la atención a la emancipación social sino que esta aparece como su “precondición” (Herrera *et al.*, 1975: 34). En torno a ello, al igual que como veíamos en el Informe *¿Qué hacer?*, el MML supone una apuesta hacia la configuración de “otro desarrollo” que posee sin dudas elementos de una *utopía* producida desde el Sur.

Conclusiones

La coyuntura abierta a principios del nuevo siglo en América Latina, fruto de las luchas sociales en el continente, dio lugar a unas fuerzas políticas y sociales que produjeron discursos que anudaron de una manera particular la idea de “desarrollo” con la de “unidad latinoamericana”. Se produjo así una fuerte politización de los discursos, con planteos que impugnan la propuesta imperial que implicó el modelo de acumulación neoliberal y generaron propuestas *alternativas de integración*. Las mismas se caracterizan no solo por una retórica con un fuerte contenido antiimperialista sino que también generan dispositivos culturales y económicos concretos que abonan al fortalecimiento de esta propuesta de articulación. Ello se expresa, sobre todo, en las propuestas desarrolladas por ALBA: “empresas Grannacionales”, el Banco del Sur, y el nuevo sistema de intercambio “SUCRE”, entre otras.

Ahora bien, si estos discursos se muestran como tributarios del pensamiento de Bolívar y de los grandes revolucionarios de la guerra de independencia que se plantearon el proyecto de la “Patria Grande”, no mencionan ni recuperan en forma explícita algunos de los aportes que se han realizado en los años sesenta y setenta en el marco de los debates sobre estilos de desarrollo y un NOEI. No obstante, el recorrido realizado en el capítulo nos muestra cómo efectivamente estas discusiones resuenan en nuestro presente. En ese sentido, resulta llamativo cómo algunas de las cuestiones allí articuladas habían sido enunciadas de modo similar en otra coyuntura caracterizada también por una alta politización.

Los debates analizados nos muestran que en realidad, desmintiendo la crítica del ALBA y el buen vivir, no todos los proyectos implementados poseían una mirada comercialista de la integración. Por el contrario, en la experiencia del Pacto Andino se vislumbra una preocupación por el desarrollo de un modelo que potenciara los procesos de industrialización locales a partir de la coordinación en temas de planificación, producción y tecnología. En ella se encuentra también los primeros esbozos de pensar una articulación en materia cultural, al tiempo que defiende la producción local, buscando controlar el desarrollo de capitales extranjeros en la región. Por último, esta atención a los procesos de desarrollo conjuntos también se expresa en la propuesta del

Instituto de Integración de las Américas de generar empresas públicas de capital mixto en distintas ramas, muy en sintonía con los planteos posteriores de ALBA.

En el mismo sentido, aunque con planteos de mayor profundidad política respecto de la integración se encuentran el *Plan Trienal* y el *Informe Dag Hammarskjöld*. Ambos configuran discursos que ponen en el centro el problema las relaciones de dependencia entre los países del centro y el “Tercer Mundo”. Mientras que en el primero el acento se encuentra más en lo latinoamericano, subrayándose la necesidad de avanzar en procesos de integración política, económica y cultural para fortalecer la soberanía regional; en el segundo, la apuesta va a estar en la cooperación *del conjunto* de los países subdesarrollados. En este último caso, se trata de una coordinación que debe exceder los marcos tradicionales y elaborar instituciones conjuntas. Así, entre ellas se encuentran un nuevo sistema monetario y un banco del “tercer mundo”, tal como lo propone ALBA para la región en la actualidad.

Finalmente, es plausible identificar una serie de confluencias respecto del *para qué* de la integración. Así, en el buen vivir y el ALBA, la integración aparece como un medio para avanzar en procesos de autonomía y en la construcción de un modelo político económico posneoliberal que por momentos cuestiona el sistema capitalista. Del mismo modo, en los debates de los años sesenta y setenta la confrontación o bien se expresa en los términos capitalismo-socialismo (Herrera *et al.*, 1975), o en la referencia a *una transformación radical en las formas de organización social y económica a nivel mundial* (Fundación Hammarskjöld, 1975). Al igual que en los discursos desde el Sur que actualmente circulan, en los debates sobre estilos de desarrollo la integración estaba puesta al servicio de la consolidación de los procesos de desarrollo centrados en la *satisfacción de las necesidades* de la totalidad de la población (Herrera *et al.*, 1975; PTRLN, 1973).

En suma, entendemos que los debates sobre estilos de desarrollo funcionan, en efecto, como *dominio de memoria* (obturada) de las discusiones contemporáneas. A partir de este ejercicio de *historia del presente*, hemos podido identificar los “ecos” de estas discusiones poseen en la actualidad. En ese sentido, cabe recordar aquello que señalaba Castel, respecto de que el “presente no es únicamente contemporáneo” (Castel, 2001: 4) sino que allí también habita la historia y, con ella, discursos que han quedado invisibilizados y soterrados como efecto de otras luchas.

Notas

¹ Entre ellos se encuentran, por ejemplo, las revueltas populares de Ecuador en 1997, 2000 y 2005; la sublevación de las masas campesinas bolivianas en el 2003 y 2005 o el levantamiento

to de las clases medias y trabajadoras argentinas en el 2001 que vociferaba la consigna “que se vayan todos”.

- 2 En adelante, nos referiremos a la misma como ALBA.
- 3 “La mayor valorización de la identidad nacional, la defensa de sus recursos naturales y su proyección geopolítica en la región, determinan una creciente toma de conciencia y confianza en el Estado Nacional, esto permitirá a Bolivia desempeñar un verdadero rol geopolítico. Tal interacción estará sustentada en una política orientada al mejor aprovechamiento de los recursos naturales y su transformación, generando mayor riqueza, mejor distribución de los beneficios en la sociedad, para mejorar sus ingresos dentro del paradigma Vivir Bien y contribuir al diseño y ejecución de líneas estratégicas para el desarrollo regional. En esta perspectiva, Bolivia se insertará en el contexto internacional con una imagen digna, soberana, independiente, sin ataduras y no aceptará ningún tipo de condicionamiento” (PNDB, 2006: 198).
- 4 Respecto de la UNASUR, ésta formalmente se plantea la integración regional en distintos niveles. En sus documentos fundacionales marca una agenda de trabajo que apunta a la “unión y la integración en el plano cultural, social, económico y político entre sus integrantes, utilizando el diálogo político, las políticas sociales, la educación, la energía, la infraestructura, la financiación y el medio ambiente, entre otros, para eliminar la desigualdad socioeconómica, lograr la inclusión social, la participación ciudadana y fortalecer la democracia” (Tratado Constitutivo UNASUR, 2008: 2). No obstante desde su fundación hasta el presente, la UNASUR ha jugado un rol fundamentalmente político y simbólico, siendo los avances en materia de integración económica muy escasos (Kostzer, 2012). Lo mismo es plausible decir respecto de la CELAC: si en su objetivos principales se señala la profundización de la integración política, económica, social y cultural de la región, los pasos que se han dado han sido en función de constituirse como una voz latinoamericana en materia de asuntos político-económicos y no en la articulación para una cooperación concreta en estas disúntas dimensiones (Aravena, 2012).
- 5 En este capítulo hemos ampliado el espectro de aquello que, a lo largo del libro, se denomina “debates sobre estilos de desarrollo”. Atendiendo a las singularidades de la problematización sobre la que nos interesa trabajar, hemos incluido documentos que refieren a las discusiones sobre integración y desarrollo en 1960 y 1970 en las que las reflexiones más estrictamente circunscriptas a debatir La cuestión de los “estilos” se inscribieron y a las que también alimentaron.
- 6 La CEPAL establecía que el proceso de integración debía iniciarse de manera más gradual y armoniosa de lo que fue ALALC (Bulmer y Thomas, 1998).
- 7 Si bien se vio aumentado el intercambio pasados unos años, el comercio intra-regional se vio estancado (Romano, 2005).
- 8 En el capítulo de Ana Grondona de este libro se retoman algunos aspectos de esta dimensión tecnológica de la integración latinoamericana durante los años sesenta y setenta del siglo XX.
- 9 “Técnicos de la CEPAL están trabajando activamente en la preparación del Plan Trienal que el Presidente Perón se propone presentar el 15 de diciembre. El grupo se encuentra en Buenos Aires” (*Clarín*, 27 de noviembre de 1973). En el capítulo de Ramiro Coviello y Pablo Pryluka del presente libro se reconstruye la coyuntura de emergencia del documento.
- 10 Para un análisis de la vinculación entre el NOEI y la cuestión ambiental, véase el capítulo de Victoria Haidar presente en este libro.
- 11 En efecto, allí se establece que “[e]n la fase actual, esto requiere el establecimiento de un nuevo orden internacional, que ponga fin a una explotación nociva para el Tercer Mundo, garantizando a todos el acceso a los recursos, los bienes, los servicios y los mercados, y prestando ayuda a los países que siguen necesiéndola. Esta debería ser una función mayor de las Naciones Unidas” (Fundación Hammarskjöld, 1975: 109).

ANEXO I

Glosario de siglas

- ALADI:** Asociación Latinoamericana de Integración
- ALALC:** Asociación Latinoamericana de Libre Comercio
- ALBA:** Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América
- BID:** Banco Interamericano de Desarrollo
- CARICOM:** Comunidad del Caribe
- CB:** Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia
- CE:** Constitución de la República de Ecuador
- CENDES:** Centro de Estudios del Desarrollo
- CEPAL:** Comisión Económica para América Latina
- CPM:** Centro de Planificación Matemática
- CTI:** Ciencia, Tecnología e Innovación
- FAO:** Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación
- FCEN:** Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires
- GEHD:** Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso
- INTAL:** Instituto de Integración de las Américas
- LDMT:** Ley de Derechos de la Madre Tierra N°71
- LMMT:** Ley Marco de la Madre Tierra y Desarrollo Integral para el Vivir Bien N° 300
- MERCOSUR:** Mercado Común del Sur
- MIT:** Massachusetts Institute of Technology
- MML:** Modelo Mundial Latinoamericano
- NOEI:** Nuevo Orden Económico Internacional
- ONU:** Organización de las Naciones Unidas
- PNBVE (2009):** Plan Nacional para el Buen Vivir de Ecuador: construyendo un Estado Plurinacional e Intercultural, República de Ecuador
- PNBVE (2013):** Plan Nacional Buen Vivir, República de Ecuador
- PNCTIB (2013):** Plan Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de Bolivia
- PNCTISA (2010):** Plan Nacional de Ciencia, Tecnología, Innovación y Saberes Ancestrales de Ecuador
- PNUB (2007):** Plan Nacional de Desarrollo. Bolivia digna, soberana, productiva y Democrática Para Vivir Bien. Lineamientos Estratégicos
- PNDEC (2007):** Plan Nacional de Desarrollo, República de Ecuador
- PNUMA:** Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente
- PTRLN:** Plan Trienal para la Liberación y Reconstrucción Nacional
- SUCRE:** Sistema Único de Compensación Regional de Pagos
- TRIPPS:** Trade Related Intellectual Property Rights
- UNASUR:** Unión de Naciones Sudamericanas
- UNCTAD:** Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo
- UNESCO:** Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

ANEXO 2

DOCUMENTO 1

**Fundación Bariloche: ¿Catástrofe o Nueva Sociedad?
Modelo Mundial Latinoamericano 30 años después.
Buenos Aires, Centro Internacional de Investigaciones
para el Desarrollo, 2004.**

Selección a cargo del GEHD

Prólogo de la primera edición

La idea de construir este modelo surgió de una reunión sostenida en 1970 en Río de Janeiro auspiciada por el Club de Roma y el Instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro, con el propósito de analizar y discutir el Modelo Mundo III, construido por el grupo dirigido por Meadows en el Massachusetts Institute of Technology. Uno de los resultados de la discusión, durante la cual los supuestos básicos del modelo presentado fueron puestos en tela de juicio, fue la decisión tomada por un grupo de latinoamericanos asistentes a la reunión de encomendar a la Fundación Bariloche de Argentina, la construcción de un modelo basado en los puntos de vista expuestos en el debate.

Para esbozar las líneas generales del proyecto e impulsar su ejecución, se constituyó un Comité compuesto por Carlos A. Mallmann, Jorge Sábato, Enrique Oteiza, Amílcar O. Herrera, Helio Jaguaribe y Osvaldo Sunkel. Los cuatro integrantes del Comité mencionados en primer término elaboraron a fines de 1971 un primer documento en el cual se enuncian en términos generales las hipótesis y variables que serán utilizadas en el modelo. En una reunión posterior, en la cual participaron todos los miembros del Comité y algunos de los especialistas que luego integrarían el grupo de autores del trabajo, se establecieron finalmente los rasgos generales del modelo por construir. Se define así el tipo de sociedad propuesta igualitaria, de plena participación y no consumista; el concepto de necesidades básicas y su papel central en el modelo; el uso de una función de producción con sustitución entre capital y trabajo; los criterios con que se tratarán los problemas de recursos naturales, energía y contaminación; y la división del mundo en bloques.

Para llevar a cabo el trabajo, el Comité me designó director del proyecto, y me confió la tarea de seleccionar el equipo de especialistas que debía participar en el mismo. En la fase final del proyecto, el doctor Hugo Scolnik, quien

siempre había colaborado activamente en las tareas de dirección, fue designado director alterno, y estuvo a cargo del proyecto en mi ausencia durante un período de siete meses.

(...) Las hipótesis y la filosofía básica del modelo fueron el producto de una larga y ardua tarea colectiva, y es muy difícil diferenciar los aportes individuales.

La redacción del libro, aunque estuvo a mi cargo exceptuando el capítulo sobre educación que fue redactado por Gilda L. de Romero Brest, representa también en buena medida un esfuerzo colectivo. Fue preparado tomando como base el informe técnico producido para cada uno de los sectores, y las ideas surgidas de la discusión continua sobre el contenido y significado del modelo. El primer borrador fue analizado por todos los autores y, sobre la base de sus observaciones y sugerencias, preparé la versión final. Por lo tanto, el texto (...) representa el pensamiento común de los autores, aunque ello no significa que cada uno de ellos esté de acuerdo con todas y cada una de las ideas expuestas en el mismo. Las divergencias parciales, naturales en un grupo numeroso, fueron resueltas en función de la opinión de la mayoría.

Amílcar O. Herrera, Director del Equipo del Proyecto.

Capítulo 2 Un mundo para todos

(...)

La sociedad propuesta

A partir de los elementos básicos que surgen del cuestionamiento al que antes se hizo referencia, en lo que sigue, se propone un esquema posible del mundo que intenta describir una nueva vía abierta al desarrollo humano. Las premisas generales sobre las que se basa la propuesta son las siguientes:

- a) Algunos modelos en boga (matemáticos o no) predicen que, si continúan las tendencias actuales de la humanidad, se producirá una catástrofe a escala mundial en un futuro no muy lejano.

En realidad, la catástrofe contenida en esas predicciones constituye ya una realidad cotidiana para gran parte de la humanidad. Hambre, analfabetismo, muerte prematura, carencia de viviendas adecuadas, etc. —en otras palabras, condiciones miserables de vida— conforman el destino común compartido por gran parte de los habitantes de los países subdesarrollados. Corregir esta situación es, por lo tanto, el objetivo prioritario de toda visión prospectiva del mundo.

- b) Los países subdesarrollados no pueden progresar copiando las pautas seguidas en el pasado por los países actualmente desarrollados. No sólo por la improbabilidad histórica de repetir ese camino en las

condiciones sociopolíticas actuales sino, y principalmente, porque tampoco es deseable. Ello supondría reincidir en la evolución que ha llevado a éstos a la situación actual de consumo dispendioso e irracional y de acelerado deterioro social del medio ambiente –ambas características derivadas principalmente del consumo de las naciones desarrolladas y de las minorías privilegiadas de los países en desarrollo– que son el resultado de un sistema de valores en gran parte destructivos. Por eso la solución a estos problemas no puede articularse sobre la aplicación circunstancial de medidas correctivas, sino sobre la creación de una sociedad intrínsecamente compatible con su medio ambiente.

- c) Cualquier política de preservación del ecosistema o de reducción del consumo de recursos naturales será difícil de ejecutar efectivamente, a escala mundial, hasta que cada ser humano haya logrado un nivel de vida aceptable. En otras palabras, sería absurdo pedir a los habitantes de las vastas regiones pobres de la tierra –en su gran mayoría al borde de la mera supervivencia– que se preocupen por el eventual efecto que podría tener, en un futuro lejano, su magro consumo actual.
- d) Los sectores privilegiados de la humanidad –esencialmente los países desarrollados– deben disminuir su tasa de crecimiento económico para aliviar su presión sobre los recursos naturales y el medio ambiente, y además para contrarrestar los efectos alienantes del consumo excesivo. Parte del excedente económico de esos países debería destinarse para ayudar a los países del Tercer Mundo a superar su actual estancamiento, resultado en parte de la explotación a la que estuvieron, y a la que en buena medida continúan, sometidos.

De acuerdo con lo ya expuesto, se propone un modelo de sociedad organizado alrededor de tres supuestos básicos, que hacen a los aspectos centrales del desarrollo y de la organización social. No se pretende dar una descripción detallada de esa sociedad. En primer lugar, porque todo proceso histórico complejo es esencialmente original y, al mismo tiempo que encuentra soluciones inéditas, genera nuevos problemas que influyen en su evolución. En segundo término, porque admitida la legitimidad de la diversidad cultural, distintos grupos humanos seguirán caminos diferentes, aunque los caracteres básicos de la meta final sean fundamentalmente los mismos. En lo que sigue, por lo tanto, sin pretender hacer una descripción en detalle de la sociedad propuesta, se tratará de esbozar cuáles deberán ser sus características más generales, aquellas que deben constituir el núcleo común que torne coherente y viable una nueva sociedad mundial.

Los supuestos básicos, serían los siguientes:

(i) En primer lugar, se establece que la meta final perseguida es una sociedad igualitaria, tanto social como internacionalmente. Su principio básico lo constituye el reconocimiento de que cada ser humano —por el solo hecho de existir— tiene derechos inalienables a la satisfacción de las necesidades básicas —alimentación, vivienda, salud, educación— esenciales para su completa y activa incorporación a su cultura.

Estas necesidades se consideran básicas porque sin un nivel adecuado de satisfacción de cada una de ellas se torna imposible participar, digna y activamente, en el universo humano; e invariantes, porque están presentes en cada ser humano independientemente de su pertenencia a una cultura determinada, su origen, raza, sexo, etc.

(ii) La sociedad propuesta en el modelo es una sociedad no consumista, donde la producción está determinada por las necesidades sociales y no por la ganancia. Uno de sus rasgos esenciales consiste en que el consumo no es un valor per se.

Obviamente es muy difícil determinar cuáles son las “necesidades sociales”, con relación al consumo, por encima de las que hemos denominado necesidades básicas. Históricamente han cambiado en cada sociedad y a través del tiempo. La evolución de las culturas, las diferentes formas de organización social, y el progreso de la tecnología, generan continuamente nuevas necesidades. Al juzgar cuáles necesidades son “legítimas” o no, se corre el riesgo de introducir una elevada dosis de subjetividad.

Por esta razón, mucho más importante que tratar de establecer algún criterio cuantitativo para evaluar esas necesidades sería dar una idea de cuáles deberán ser, en la nueva sociedad, los mecanismos a través de los cuales se determina qué necesidades son realmente legítimas, y en estos mecanismos la participación juega un papel central.

En la sociedad propuesta, si bien se supone la libre expresión de las necesidades y aspiraciones de cada ser humano, las decisiones se canalizan a través de mecanismos de acción colectiva que comienzan en los lugares de participación más directa —las organizaciones productivas y de servicios en sentido amplio— y según sus implicaciones sobre el conjunto de la comunidad, se discuten y deciden a distintos niveles de la organización política y social.

El resultado de este procedimiento, que implica el análisis y cuestionamiento en función no sólo de la relevancia individual sino también y sobre todo, del efecto y adecuación al nuevo orden social, será la elaboración de nuevos criterios de jerarquización de las necesidades.

(iii) Finalmente, en toda sociedad la función de la propiedad constituye uno de los elementos claves. ¿Qué características tiene la propiedad en el mundo que describe el modelo?

Es evidente que en el tipo de sociedad aquí propuesto, el concepto de

propiedad carece en gran parte de sentido. No se trata solamente de que no existe apropiación privada de la tierra y de los bienes de producción, sino que tampoco existe estatización de los mismos, como se da actualmente en muchos estados con economías centralmente planificadas.

El concepto corriente de propiedad debe ser reemplazado por el más universal de uso de los bienes de producción y de la tierra. No existiría propiedad de estos bienes, sino gestión de los mismos, decidida y organizada por los mismos procesos de discusión mediante los cuales se regula el resto de las actividades sociales. La gestión correspondería a las organizaciones de producción, a entes comunitarios ad hoc, a las comunas o al estado, según fuera la naturaleza y el nivel de la actividad considerada.

Dentro de este marco conceptual, y de acuerdo con las diferencias en las tradiciones, rasgos culturales y modo de organización de los diferentes grupos humanos, podrán encontrarse muchas formas de manejo y administración de la propiedad que, al mismo tiempo que le quitan su valor tradicional como medio de acceso al poder y a situaciones personales de privilegio, permiten su disfrute en forma equitativa por todos los miembros de la sociedad.

El orden mundial.

La aplicación del modelo de sociedad propuesto a un número creciente de regiones o de países aportaría los prerequisites para la generación de un orden mundial realmente solidario, capaz de suprimir las raíces de la guerra, lograr la justicia, el bienestar y la democratización integral.

Su fin último sería la emergencia de alguna forma de organización a escala mundial que, respetando la libertad y especificidad de las naciones, promueva su gradual integración en una sociedad cosmopolita que constituye la expresión de la conciencia unificada de la humanidad. Será, sin duda, un proceso largo y difícil, pero de su éxito depende la posibilidad misma de enfrentar racionalmente la problemática futura del mundo.

Capítulo 3 Los límites físicos al desarrollo

(...)

Conclusiones

Recursos naturales y energía. Por las razones expuestas en las páginas anteriores, se supone que el costo de las materias primas minerales y de la energía, en el horizonte temporal contemplado por el modelo (1960-2060), se mantendrá esencialmente constante fuera de variaciones coyunturales como las observadas en el pasado. Cabe destacar, además, que la participación en el PBN de esos rubros es relativamente pequeña (2 ó 3%). Incluso un aumento de costo del 50%, que permitiera, aun con la tecnología actual, expandir en

gran medida los recursos explotables, no incidiría en forma significativa sobre las perspectivas de desarrollo a largo plazo de los países.

Contaminación. El modelo supone que la contaminación puede ser controlada y mantenida a niveles aceptables, siempre que se adopten, oportunamente, las medidas políticas, sociales y económicas adecuadas.

En consecuencia, recursos naturales y contaminación no entran como variables explícitas en el modelo matemático; están consideradas, en cambio, dentro del costo de producción de los diversos sectores.

Aunque, como se ha tratado de demostrar, no existen razones científicas para suponer una catástrofe ecológica o una escasez aguda de recursos naturales en un futuro previsible, esto en modo alguno significa que sea posible despreocuparse de esos problemas. La hipótesis de que no existe un peligro apreciable en el horizonte temporal considerado, es un supuesto razonable que se basa sobre la experiencia pasada, sobre la información científica y técnica disponible y sobre el hecho que la tecnología posee hasta ahora una tasa de crecimiento aún más alta que la del consumo. Estos supuestos, desde el momento que se refieren en parte a factores naturales imperfectamente conocidos, implican un cierto grado inevitable de riesgo, aunque sea mínimo.

La posición del modelo con respecto a estos problemas dice que la preservación de los recursos naturales y del medio ambiente depende más del tipo de sociedad propuesta, que de medidas específicas de control. En este sentido el modelo trata de describir una sociedad que, en sus características esenciales, es intrínsecamente compatible con el medio ambiente.

La compatibilidad depende, en primer lugar, de la existencia de un sistema económico que produzca bienes básicos y culturales que un ser humano realmente necesite, evitando el uso destructivo de recursos. Además, aun cuando el crecimiento económico permite la continua ampliación de las opciones culturales éste es suficientemente lento como para permitir el desarrollo de nuevos recursos, a medida que éstos se hacen necesarios, y facilitar la previsión de los efectos nocivos de la contaminación, a fin de tomar medidas con la anticipación suficiente.

Por eso, en el modelo, una vez satisfechas las necesidades básicas, se reduce la actividad económica, de manera que disminuye su tasa de crecimiento hasta un nivel tal que, al mismo tiempo que se continúan ampliando las posibles opciones sociales, se reduce al mínimo la repercusión sobre los recursos y el medio ambiente. Esta reducción implica un aumento del tiempo libre, que por sí solo representa una posibilidad de incremento de las opciones culturales, con un mínimo de incidencia en el aparato productivo.

En segundo lugar, la adaptación de una sociedad a su medio ambiente y a los recursos disponibles, depende en gran medida del tipo de tecnología utilizada en la producción. En los países desarrollados, un crecimiento económico

moderado facilitaría una inversión gradual de la tendencia contraecológica del sistema productivo prevaleciente hasta ahora.

Para los países del Tercer Mundo el problema consiste esencialmente en encontrar nuevas vías de desarrollo, evitando los peligros que hoy deben enfrentar los países más industrializados. El concepto de ecodesarrollo, cada vez más aceptado, brinda un buen marco de referencia general.

Capítulo 4 El modelo matemático

En la sección anterior se ha mostrado que, por lo menos en un futuro previsible, no existen límites físicos absolutos al desarrollo de la humanidad. Esto sin embargo, no es suficiente para probar que la sociedad propuesta es posible; para lograrlo es necesario demostrar su viabilidad material a partir de los recursos actuales, suponiendo desde luego que se produzcan los cambios sociopolíticos ya esbozados.

Precisamente para verificar esa viabilidad se ha construido un modelo matemático cuyas características se detallan a continuación.

Teniendo en cuenta que su objetivo central es determinar cómo, y al cabo de qué plazo, podrán satisfacerse las necesidades básicas, la estructura del modelo es esencialmente la de un sistema económico, o, más exactamente, la de un sistema productivo.

Los sectores económicos.

Los sectores económicos más importantes definidos en el modelo son obviamente, los referidos a las necesidades básicas. Los sectores que incluyen son: 1) alimentación; 2) servicios habitacionales; 3) educación; 4) otros servicios y bienes de consumo; y 5) bienes de capital.

Los sectores 1, 2 y 3 producen los bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades básicas; el sector 5, los bienes para el consumo futuro; y el sector 4 abarca todas las actividades económicas restantes. Los sectores están verticalmente integrados, y sus límites definidos de manera tal que se eliminan las transacciones intermedias.

Tres de los cinco tipos de bienes producidos se pueden definir específicamente: alimentación, como calorías y proteínas; vivienda, como casas disponibles; y educación, como plazas en el sistema escolar básico (el que cubre los primeros doce años de educación formal).

“Otros servicios y bienes de consumo” y “bienes de capital” no pueden ser especificados de esta manera, porque engloban un gran espectro de productos. Vestimenta, muebles y útiles del hogar, cuidado de la salud, transporte, comunicaciones, entretenimientos, servicios públicos y administrativos, y todas las actividades educacionales no contenidas en el sector 3, se incluyen en

el sector 4, en tanto que el 5 abarca construcción de viviendas y planificación de infraestructura de las ciudades, edificios públicos, infraestructura de transporte, comunicaciones, y otros servicios básicos, máquinas y vehículos, etc.

(...)

La división del mundo en bloques

Uno de los problemas más importantes que debe resolverse cuando se construye un modelo mundial, es el grado de agregación geográfica a utilizar. Desde luego que la elección entre las distintas alternativas depende del propósito del modelo y de los medios e información disponibles.

A los efectos de este modelo, es objetivo fundamental mostrar en qué plazos y en qué condiciones, a partir de los recursos actuales, se puede alcanzar la adecuada satisfacción de las necesidades básicas. Como la situación inicial –es decir, la disponibilidad de recursos y el grado existente de satisfacción de esas necesidades– es muy distinta según los diferentes países, era necesario agruparlos en bloques cuyos indicadores socioeconómicos fueran relativamente homogéneos. Además, se tomó en cuenta que la colaboración regional, sobre todo entre los países subdesarrollados, constituye también uno de los elementos claves de la solución propuesta; por lo tanto, se trató, hasta donde fue posible, que hubiera contigüidad geográfica entre los estados de cada uno de los bloques.

Como resultado de todas estas consideraciones se definieron los siguientes bloques: el Bloque 1, que abarca todos los países desarrollados; el Bloque 2, compuesto por América Latina y el Caribe; África que conforma el Bloque 3; y Asia y Oceanía, incluyendo Turquía pero excluyendo la URSS, el Bloque 4. En el modelo, y por las razones ya expuestas en la introducción, no se establecen diferencias entre países socialistas y capitalistas.

(...)

Funcionamiento del modelo

Los modelos matemáticos construidos para describir la evolución en el tiempo de un conjunto de variables (en este caso, población y otras variables demográficas, alimentación por habitante y por día expresada en calorías y proteínas, viviendas por familia, etc.) deben incluir relaciones entre ellas que permitan calcular los valores en un año determinado usando los valores del año anterior. A partir de una situación inicial dada, el modelo “corre” de este modo un número de años establecido, y da los valores de los indicadores que interesan al final del período.

Los datos iniciales sobre población activa, productividad y existencia de capital, determinan en cada período los niveles de producción de los cinco sectores del modelo. Para el año inicial (1960) se emplean datos reales: los valores para los años siguientes son generados por el modelo.

Se usó 1960 como año inicial, en primer lugar, porque es el primer año acerca del cual existe información razonablemente completa sobre las principales variables utilizadas y, en segundo término, para poder verificar y ajustar el comportamiento del modelo en un período conocido.

Cada producto sectorial se expresa mediante una función de producción del tipo Cobb-Douglas, que tiene la fórmula:

Producto = (capital asignado)^a X (monto de salarios pagados a mano de obra) - 1^a

^a es un exponente que expresa el peso relativo de los factores de producción (capital y mano de obra) en el producto, y cuyo valor está comprendido entre cero y uno. En el modelo se utiliza un sistema de precios que inicialmente se calcula así, tomando como ejemplo alimentación: se conocen el porcentaje del producto bruto correspondiente al sector (Q1); el consumo de calorías por habitante, y el total de la población. Con estos últimos dos datos se calcula la cantidad total de calorías producidas en 1960. El costo de una caloría (C1) es, por lo tanto

$$C1 = Q1 / \text{total de calorías producidas}$$

En vivienda y educación, los costos se calculan en forma similar. Como se verá más adelante, estos costos permitirán calcular, en los años siguientes, la producción física de los sectores de necesidades básicas. La necesidad, o demanda, de los bienes o servicios producidos por los sectores de necesidades básicas está determinada por el tamaño (y otras características) de la población en cada año, lo que permite establecer la necesidad de alimentos; el tamaño medio de la familia, con el cual se calcula la necesidad de vivienda; y la estructura por edades de la población, que proporciona el número de personas (entre 6 y 17 años de edad) que requieren educación básica, y el tamaño de la fuerza potencial de trabajo (todas las personas entre 18 y 64 años de edad). Toda esta información la proporciona el submodelo de población, cuyos rasgos principales se exponen en el capítulo siguiente.

Conocida la fuerza potencial de trabajo, el otro dato necesario para integrar las funciones de producción es el capital, cuya magnitud se conoce para el año inicial (1960). El capital total en un año cualquiera es igual al capital del año anterior, más la parte del producto bruto generada por el sector 5 (bienes de capital) en el año anterior, menos las tasas de depreciación de cada sector multiplicadas por los capitales correspondientes.

El ciclaje del modelo.

En primer lugar se verá cómo el modelo cicla en el período histórico para el que se conocen datos reales. Esto permite valorar la confiabilidad del modelo para reproducir la evolución real.

Habiendo obtenido el capital total y la fuerza de trabajo del año siguiente al inicial, se hace necesario distribuirlos entre los distintos sectores. Al aplicar la función de producción, es posible determinar la parte del producto que genera cada uno de ellos, y cuya suma constituye el nuevo producto total. Como a partir de 1960 se carece de datos sobre esa distribución, se supuso que se mantiene constante a partir de esa fecha. El posible error introducido por el empleo de esta hipótesis se compensa, como veremos más adelante, en el ajuste del modelo

(...)

Ajuste del modelo

Mediante el proceso general que se acaba de describir, se corre el modelo hasta 1970, último año para el cual existen datos completos sobre todos los indicadores utilizados. Dado que los parámetros de las funciones de producción y la distribución del producto bruto por sectores se conocen por estimaciones que contienen un cierto margen de error, es posible ajustar sus valores siempre dentro del margen de error estimado de modo tal que los valores de los indicadores principales ofrecidos por el modelo en 1970 se aproximen lo máximo posible a los valores reales conocidos. Para encontrar los valores óptimos de los parámetros se utilizó un procedimiento especial de optimización.

(...)

Conclusión

Los resultados del modelo expuestos en el capítulo anterior demuestran que, si se aplican las políticas allí propuestas, toda la humanidad podría alcanzar niveles adecuados de bienestar en un plazo de algo más de una generación. En particular, la satisfacción de las necesidades físicas y culturales más esenciales —objetivo que fue uno de los ejes centrales de la historia desde el origen de la humanidad— podría alcanzarse para la mayor parte de los sectores de los países del Tercer Mundo hacia finales del siglo o primeros años del próximo.

El único problema de limitación física que aparece, y de carácter local, es el agotamiento de la tierra cultivable en Asia a mediados del siglo próximo. Sin embargo, las grandes reservas de tierra cultivable de los otros bloques podrían cubrir fácilmente ese déficit. Además, y dado que se trata de un límite cuyos efectos sobre la población, sólo comenzarían a percibirse dentro de más de 80 años, el bloque asiático dispone de tiempo suficiente para encontrar sus propias soluciones, tales como aumentar el rendimiento de los cultivos, que todavía está muy por debajo de los teóricos posibles; producir alimentos a partir de fuentes no convencionales; aplicar una política adecuada de planificación familiar que le permita alcanzar el estado de equilibrio de la población en un plazo algo menor que el previsto por el modelo, etc.

El modelo muestra también que el crecimiento de la población puede controlarse, hasta alcanzar el estado de equilibrio, mediante la elevación general de las condiciones de vida, especialmente las relacionadas con las necesidades básicas. Ahora bien, este equilibrio se puede alcanzar en el plano mundial mucho antes de que se llegue a saturar la capacidad de producir alimentos —el único límite físico previsible por lo menos en el horizonte temporal del modelo—, aun suponiendo que se siga basando en las tecnologías actualmente en uso.

Se comprueba, además, que los obstáculos que actualmente se oponen a un desarrollo armónico de la humanidad no son físicos o económicos, en sentido estricto, sino esencialmente sociopolíticos. En efecto, las tasas de crecimiento económico con las cuales se alcanzan los objetivos deseados son, como se vio en el capítulo previo, las que se consideran normales en las condiciones económicas actuales. Las metas se alcanzan entonces, no a través de un crecimiento desmedido de la economía, sino mediante la reducción del consumo no indispensable; el incremento de la inversión; la eliminación de las barreras socioeconómicas y políticas que impiden actualmente el uso racional de la tierra, tanto para producir alimentos como para planificar la urbanización; la distribución igualitario de los bienes y servicios básicos producidos; y en los países subdesarrollados, la implantación de una política activa de eliminación de los saldos negativos del comercio internacional.

Las tasas de crecimiento de la economía requeridas para conseguir estos objetivos —y que pueden obtenerse fácilmente sin imponer sacrificios sociales intolerables— contrastan con las que serían necesarias para satisfacer, aproximadamente en el mismo plazo, las necesidades básicas manteniendo la estructura actual del ingreso y, por ende, la misma organización económico social. Estas tasas de crecimiento económico que deberían oscilar, para los países subdesarrollados, entre el 10 y casi el 12%, son inalcanzables en la realidad, por las razones expuestas en el capítulo anterior. El plantear este tipo de “solución”, por lo tanto, sólo tiene como objetivo preservar el actual *statu quo* y disimular las verdaderas causas de la crisis que afecta al mundo contemporáneo. Uno de los resultados más interesantes del modelo es la luz que arroja sobre el efecto de la posible ayuda internacional, en particular la transferencia de recursos de los países industrializados a los pobres. Aun aceptando un nivel mayor que el aconsejado por las Naciones Unidas, la ayuda internacional, si bien puede contribuir a elevar los niveles de bienestar en el período de transición, no es de ninguna manera decisiva. Además, lo que se ha visto en relación con la distribución del ingreso demuestra claramente que la ayuda internacional, en las condiciones ahora vigentes en la mayoría de los países subdesarrollados, sólo contribuirá a incrementar el gasto dispendioso de los sectores privilegiados, con poco o ningún efecto sobre las condiciones de vida de la mayoría de la población. El efecto de la transferencia de capital es significativo sobre el nivel

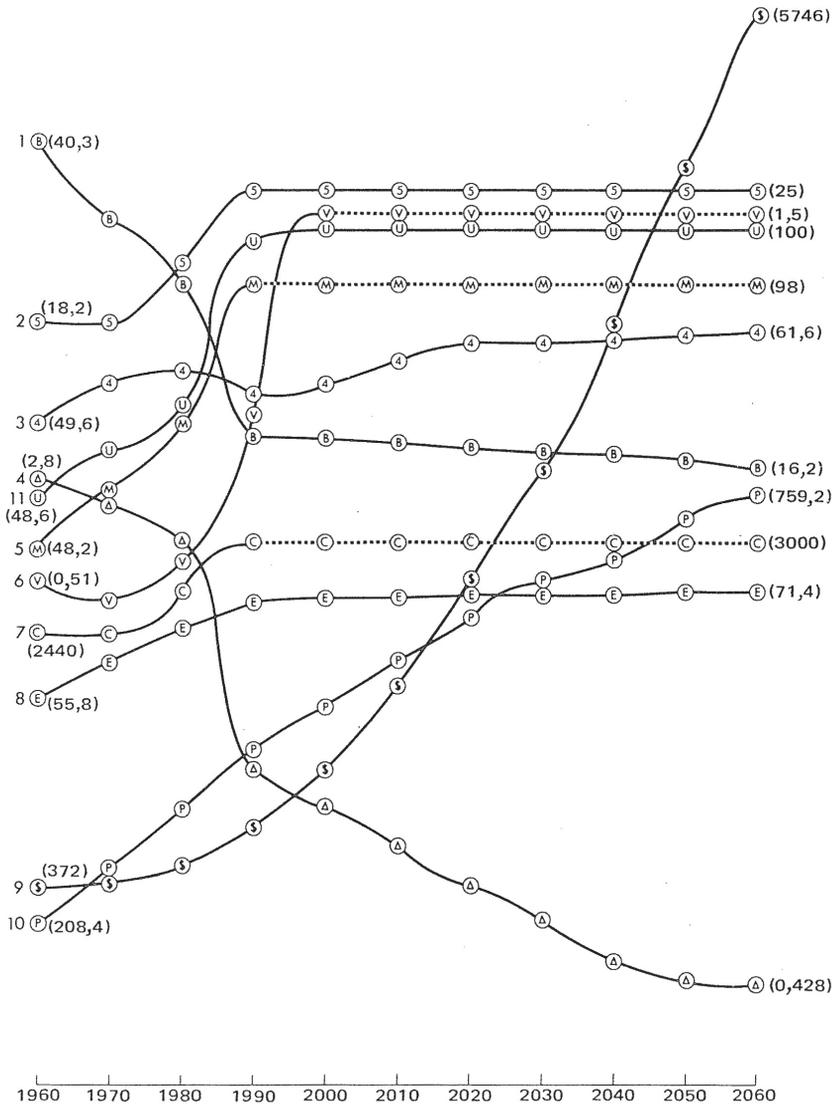
general de bienestar sólo si se dan condiciones de equidad social análogas a las que propone el modelo.

La solidaridad internacional, por otra parte, puede adquirir otras formas, además de la transferencia neta de recursos de los países ricos a los pobres. El modelo muestra la repercusión sobre el crecimiento económico de los países subdesarrollados, precisamente en la etapa decisiva para alcanzar la satisfacción de las necesidades básicas, de la eliminación del saldo negativo de la balanza de pagos. Los países desarrollados pueden ayudar a acelerar la consecución de este objetivo fijando precios equitativos para los productos de los países subdesarrollados, reemplazando los actuales que, más que el resultado de una justa retribución a los factores de producción de los dos sectores en que aparece dividido el mundo, son la consecuencia de una distribución desigual del poder económico, político y militar. Además, al disminuir su tasa de crecimiento económico, como propone el modelo, los países ricos pueden contribuir a aliviar la presión sobre los recursos disponibles en el planeta, ayudando de esta manera indirectamente a los países pobres. En el capítulo anterior pudo verse que al finalizar las corridas, en el año 2060, quedan todavía desigualdades, expresadas a través de los indicadores económicos, entre los niveles de bienestar de los países desarrollados y los de los países pobres, en especial los de Asia. Para evaluar correctamente el significado de esa brecha remanente es necesario tener en cuenta, en primer lugar, que los resultados del modelo a tan largo plazo pueden variar considerablemente con alteraciones relativamente pequeñas en algunas de las variables utilizadas: un moderado incremento de la tasa de progreso tecnológico, por ejemplo, puede cerrar fácilmente la brecha mencionada.

Por último, el modelo demuestra, dentro de las limitaciones que necesariamente tiene este tipo de trabajo, que el destino humano no depende, en última instancia, de barreras físicas insuperables, sino de factores sociales y políticos que a los hombres compete modificar. Nada fácil es la solución, porque cambiar la organización y los valores de la sociedad, como lo prueba la historia, es mucho más difícil que vencer las limitaciones físicas. Intentarlo, sin embargo, es el único camino abierto hacia una humanidad mejor. Se podría decir que esta propuesta es utópica, y que sería más realista postular soluciones que implicaran una modificación menos radical de las estructuras sociopolíticas del mundo. A quienes sostienen esa posición, cabe recordarles lo que escribiera John Stuart Mill hace ya un siglo: “Contra un gran mal, un pequeño remedio no produce un pequeño resultado; simplemente no produce ningún resultado”.

IMAGEN 1

Lapso y condiciones requeridas para satisfacer las necesidades básicas hasta los niveles propuestos:



1. Natalidad (B). 2. Porcentaje del PBI destinado al sector 5 (5). 3. Porcentaje del PBI destinado al sector 4 (4). 4. tasa de crecimiento de la población (D). 6. Vivienda por familia (V). 7. Calorías totales (C). 8. Esperanza de vida al nacer (E). 9. PBI per cápita en dólares 1960 (\$). 10. Población total (P)

IMAGEN 2

Estructura y operación del sector alimentación durante la optimización

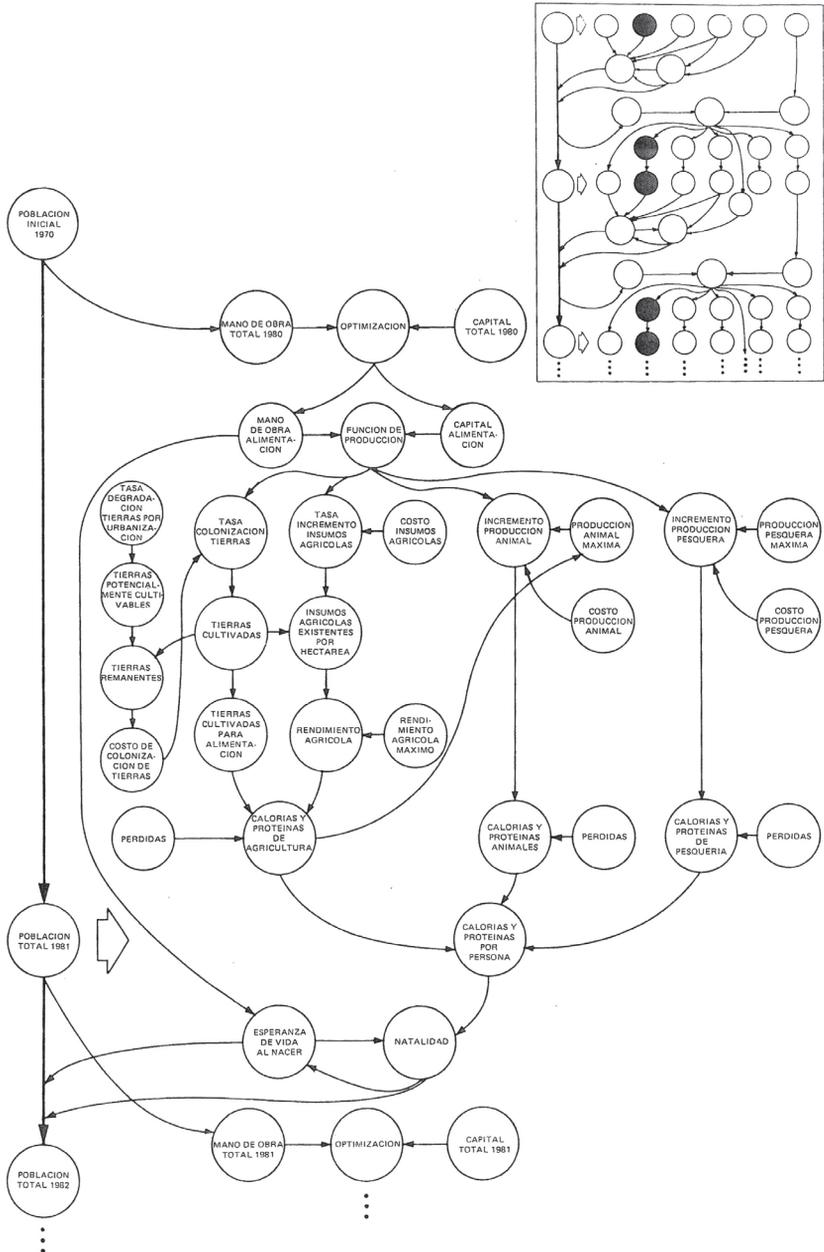


IMAGEN 3

Diagrama del flujo del modelo matemático

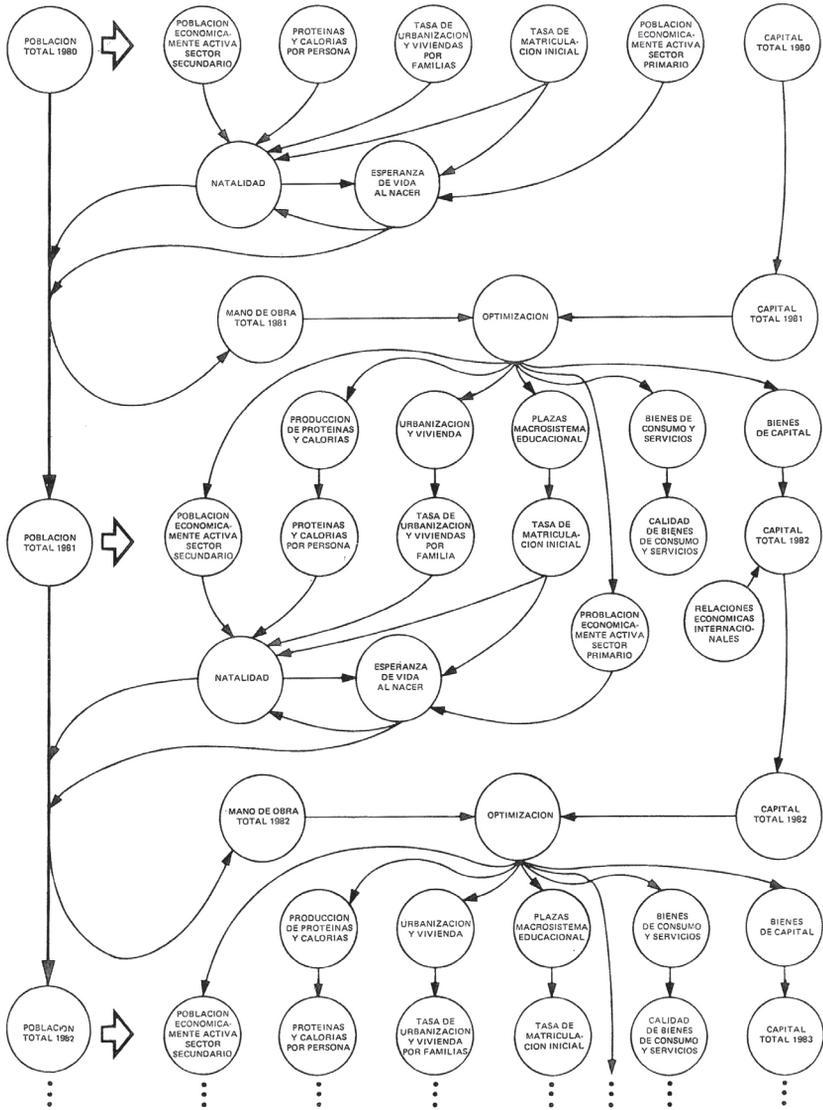
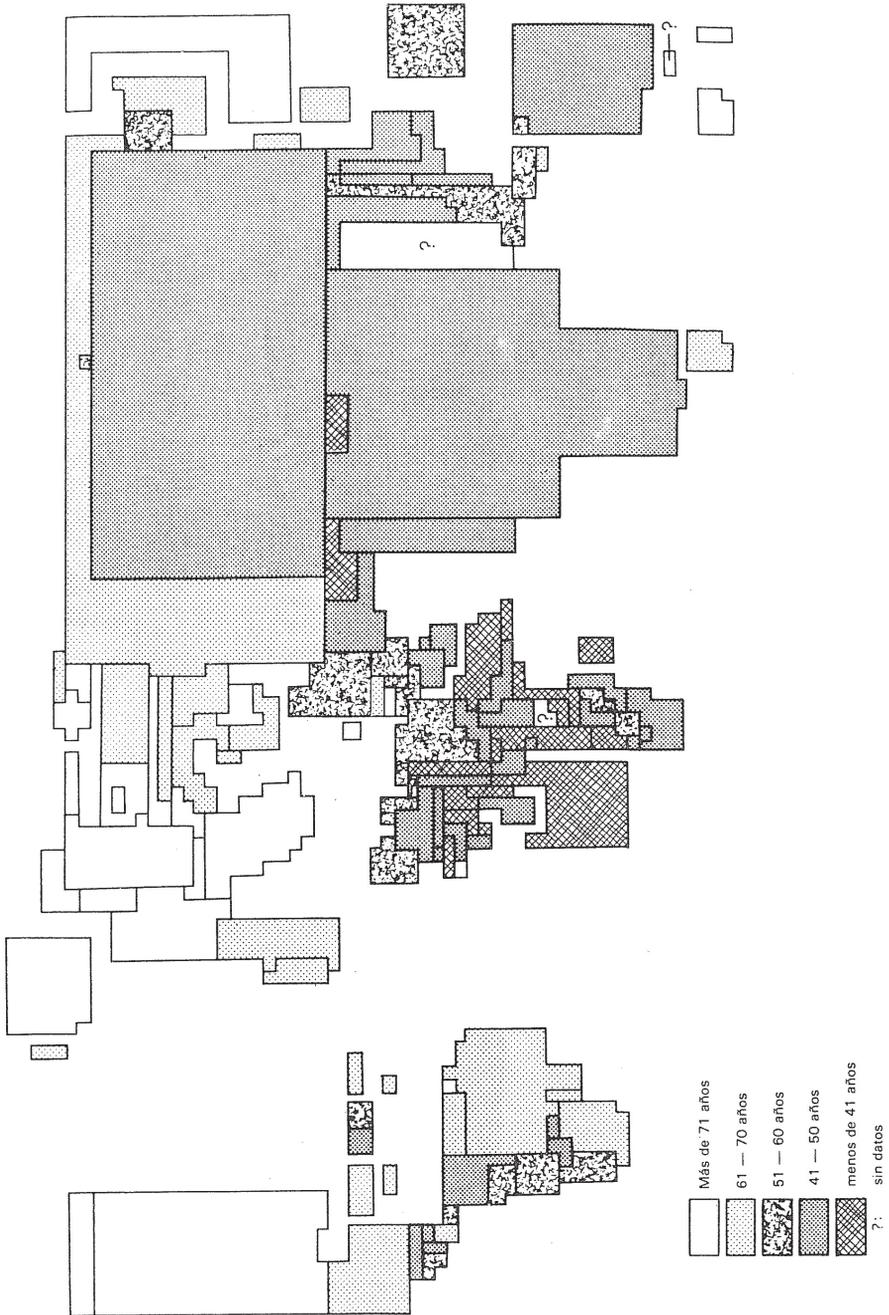


IMAGEN 4

Esperanza de vida al nacer



ANEXO 2

DOCUMENTO 2

Oscar Varsavsky: Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad. Buenos Aires, Ediciones Periferia, 1971.

Selección a cargo de Mara Glozman

El tema de este libro es el futuro, lejano y cercano, de nuestro país. Pero no se trata de futurología o prospectiva en su sentido usual de imaginar el futuro más probable o verosímil; esto debe quedar claro.

No nos consideramos observadores de un proceso que se desarrolla allá a lo lejos y cuyas tendencias queremos descubrir para predecir con ellas lo que vendrá, como se predice si una estrella estallará algún día. Por el contrario, somos parte de ese proceso e influimos en él. Nuestra futurología es, pues, constructiva y política. Consiste en definir un futuro que cumpla dos condiciones:

- que nos guste (y será crucial definir quiénes son “nos”);
- que sea viable, posible de realizar (en las condiciones históricas particulares de cada país al que quiera aplicarse este método).

Trataremos de estudiar este problema con la máxima objetividad posible, pero la elección del problema y los métodos de tratarlo, es un juicio de valor que está influido por una ideología. Así, estudiar sólo la tendencia más probable implica resignarse a ella –es respetar las “reglas del juego”, impuestas en buena parte por intereses humanos nada objetivos–, nos guste o no. Como no nos gusta nada, pero nada, preferimos buscar –para construirlos– otros futuros más deseables; menos probables, tal vez, pero posibles. Encontrado un futuro deseable y viable, podemos adoptarlo como Proyecto Nacional; Proyecto, porque pondremos nuestra voluntad y fuerzas al servicio de su realización; Nacional, porque se refiere al país entero, sin prejuizar si el país lo adoptará también o no, ni creer que ello requiere unanimidad o consenso de todos los grupos sociales. Si ese futuro no coincide con el predicho por los futurólogos “alejados” (casi digo “alienados”), y admitiendo que estos saben de qué están hablando, tanto peor, pues ir contra una tendencia es como navegar contra el viento: cuesta más esfuerzo y requiere una estrategia especial.

Ese esfuerzo extra tiene que haberse tomado en cuenta en la condición de viabilidad. Si decimos que el Proyecto es viable es porque hemos calculado que a pesar del viento en contra –a pesar de los grupos que se opongan, por ejemplo– podremos mantener el rumbo. En otras palabras, se trata de incluir en el cálculo los factores sociopolíticos –los conflictos de intereses– y no sólo los económicos-tecnológicos.

(...)

Nuestro rechazo de la sociedad actual nos une a todos los inconformistas. Pero, entre estos, no son muchos los que se preocupan por visualizar cómo debe ser la que la reemplace. Para algunos incluso esto es distraer esfuerzos de la lucha por el poder, etapa previa a toda transformación profunda, sin duda. Basta plantearse alguna característica general como “socialismo”, y luego “el camino se hace al andar”; no es necesario disponer de un Proyecto Nacional más concreto, e incluso se afirma que es imposible definir al “socialismo” salvo en términos generales. No es esa nuestra interpretación de la experiencia histórica, pero limitémonos a señalar que una vez tomado el poder, la necesidad de un Proyecto Nacional concreto es indiscutible. Varios son los países socialistas que están viendo la dificultad de hacer hasta un Plan Quinquenal correcto sin tener una visión mejor definida del futuro; las desviaciones se acumulan en vez de compensarse y los medios traicionan a los fines. Otros reaccionan contra esta sociedad mirando hacia atrás: haciendo revisionismo histórico para encontrar los culpables de nuestra situación actual, o buscando inspiración en las tradiciones del pasado. Creo que esto es destructivo.

Todo hecho histórico es interpretable de diversas maneras, y discutir las sólo puede desunirnos.

Vale la pena entonces repetir que la ideología de este libro es constructiva. Queremos construir una nueva sociedad, y el Proyecto Nacional es para ello tan necesario como los planos y anteproyectos de cualquier obra. Él deberá expresar, de manera constructiva, nuestra interpretación global de la historia del país y del mundo. Si es socialista, no necesita definir “el” socialismo, sino “un” socialismo: el nuestro.

Capítulo 1 Planteo general

“Que el mundo fue y será una porquería...”

“Cambalache”, Enrique Santos Discépolo

Los principios básicos del método

Este autor quiere un mundo mejor que el de Discépolo. Lo quiere aquí, en su país, para vivir en él. Se trata de construirlo, no de soñar con él.

Por desgracia todavía hay que hablar mucho acerca de ese mundo mejor, a pesar de los siglos que tiene el tema. Hablar al mismo tiempo que se actúa,

porque no hacen falta muchos análisis para la acción inmediata, ni se puede esperar que estén terminados. Pero no dejar de hablar porque:

- Hay que definir cómo es ese “mundo mejor”.
- Hay que calcular si es realmente viable, alcanzable, y cómo.
- Hay que aprovechar la visión de un mundo mejor bien definido y viable para ayudar a alcanzarlo, mediante la prédica y la práctica que esa visión sugiere.

Para muchos esta tarea ya está realizada en grado suficiente y el problema único es “tomar el poder”. La historia reciente, sin embargo, parece mostrar que es menos difícil tomar el poder que usarlo después para alcanzar ideales, por sinceros que sean. Esperamos ir mostrando que un motivo importante de ello –no el único– ha sido una insuficiente definición de los objetivos en diversos aspectos esenciales.

En este libro se hablará, pues, de mundos mejores y su viabilidad. Habrá que tocar conocidos temas de economía, tecnología y todas las ciencias sociales, pero el énfasis va a ser distinto: todo lo veremos con los ojos del constructor, del que busca por todas partes materias útiles para la obra que proyecta y descarta las inútiles por bonitas que sean. Este énfasis trae apreciables cambios conceptuales.

El punto de vista constructivo no fue del todo ajeno a ningún pensador digno de ese nombre, pero no podía llevarse a la práctica por falta de medios técnicos e información. Ahora están desarrolladas las “fuerzas productivas” metodológicas y hecha la “acumulación inicial” de conocimientos que permiten una síntesis de la planificación usual, la formulación de utopías y el análisis político, a un nivel concreto y útil: me refiero en especial a la posibilidad actual de manejar grandes cantidades de datos en forma integrada y sistemática, lo cual posibilita observar los árboles sin dejar ver el bosque.

El espíritu constructivo nos hará hablar de “Proyecto Nacional” en vez de “mundo mejor”. “Proyecto” para recalcar el carácter consciente, voluntarista, de la obra que encaramos. “Nacional” porque vamos a referirnos no al mundo en general sino a países –o grupos de países– de cierto tipo: similares a la Argentina; esto por razones prácticas y también teóricas (...).

Emplearemos también el término más general “estilos de desarrollo”, que alude a que hay muchos futuros posibles si bien no implica que se estén construyendo de manera consciente: todo proyecto define un estilo, pero hay estilos no proyectados por nadie explícitamente. Así, lo que nos describen los futurólogos es un estilo “consumista”: extrapolación mecánica de lo que viene ocurriendo, o tendencia más o menos “espontánea”. Nuestro tema será, pues, la preparación de Proyectos Nacionales realizables y las estrategias –económicas, sociales y políticas– que permitan realizarlos. Definición y viabilidad de los objetivos deseados son los dos aspectos a tener siempre en cuenta.

¿Cuál es la forma más práctica, concreta, constructiva, de definir los objetivos de un Proyecto Nacional?

Los planificadores han impuesto como objetivo general el “desarrollo”, sinónimo de progreso y modernización. Se lo mide por la “tasa de crecimiento” del PBI (Producto Bruto Interno): un Proyecto Nacional viable, según ellos, podría resumirse, por ejemplo, proponiéndose crecer al 8 % anual durante 20 años. Una estrategia para ello sería empezar instalando infraestructura e industrias básicas –energía, siderurgia, fábricas de máquinas de hacer máquinas–.

Rechazamos esa manera de plantear objetivos (...). Ya entre los mismos planificadores son muchos los que se preguntan “¿desarrollo para qué?”, “¿qué va a contener ese PBI?”, “¿qué le va a tocar a cada uno?”. Conformarse con proponer una alta tasa de crecimiento es en esencia pedir “más de lo mismo” socialmente, lo cual puede ser suficiente definición para quienes estén satisfechos con este sistema social, pero no para quienes quieren cambiarlo.

Hay pues un contenido ideológico escondido tras esa manera aparentemente tan neutra y “científica” de presentar un objetivo numérico, cuantificado. Y no sólo existe la intención ideológica de hacernos olvidar el contenido de ese crecimiento –de sugerirnos, por ejemplo, que admiremos a Brasil porque tiene una alta tasa–, sino también una concepción ideológicamente deformada del país, presentado como si fuera una empresa, cuyos objetivos sí pueden resumirse con un solo número: la ganancia.

No estamos en contra de la ideología –un Proyecto Nacional es ideología pura–, pero sí de que se intente introducirla de contrabando. Los objetivos deben expresar con toda claridad una ideología; deben en realidad redefinirla en términos concretos. Para eso, tales objetivos no pueden estar dados por tres, cuatro o diez indicadores cuantitativos globales y de corto plazo, sino que deben expresar todos los aspectos cualitativos del Proyecto: cómo serán la educación, la participación política, el régimen de propiedad, las ciudades, la dependencia económica y cultural, y esto a lo largo de un período mucho mayor que el de los planes anuales o quinquenales, para que se vean las diferencias.

Nos parece tan importante este punto que vamos a elevarlo a la categoría de Principio:

Principio 1 (de la ideología explícita): Un Proyecto Nacional no debe plantearse en términos de tasas de crecimiento u otros indicadores cuantitativos globales, sino en términos de cumplir –a lo largo de un período apreciable de tiempo– un conjunto de diversos objetivos simultáneos que expresen con claridad todos los aspectos ideológicos. Para ello esos objetivos deben definirse, primero, en sus características cualitativas y sólo después cuantificarse para los distintos grupos de población.

Este principio significa, además, que los diversos objetivos simultáneos no son intercambiables unos por otros. En particular, que no son reducibles a la misma unidad por medio de precios, a la manera de la teoría usual de la utilidad o preferencia del consumidor. La libertad no es comparable a la vivienda ni la igualdad a la salud. Cada una es un objetivo aparte.

Más importante aún: todo Proyecto Nacional con pretensiones de realizarse tiene que ser promovido por algún partido, grupo o movimiento político –que llamaremos siempre, para abreviar, el Movimiento–, o una alianza de varios de ellos.

(...)

2. Objetivos y necesidades humanas

¿Cómo se plantean entonces esos objetivos múltiples y simultáneos, en un nivel útil, que permita integrarlos en un modelo estructural para calcular sus costos y efectos? No aceptamos empezar por el lado de la producción y la inversión. Producir más acero no es un fin en sí; puede preguntarse “para qué?” y afirmamos que esa pregunta no es tonta. El acero sirve para hacer ciertas cosas y no otras, y hacerlas por ciertos métodos y no otros. ¿Deseamos esas cosas? ¿Nos convienen esos métodos?

La segunda pregunta es instrumental. La primera es la decisiva. ¿Qué queremos?

Nuestra tesis, vieja como el mundo, es que la mejor manera de empezar a responder a esta pregunta es hacer la lista de todas aquellas necesidades humanas que la sociedad debería contemplar, y luego decir en qué medida proponemos satisfacerlas. Si la lista está bien hecha e incluye todas esas necesidades humanas –no sólo las materiales sino también las culturales y políticas–, entonces sí será ingenuo preguntar para qué. Estos son fines últimos para nosotros. Todo tiene que estar en función de ellos.

Claro está que si olvidamos que esta generación no es la última, que el país nos trasciende y nos hace sentir necesidades colectivas, nacionales –como la independencia–, corremos el riesgo de caer en aberraciones hedonistas como en la clásica teoría del bienestar. Por eso no imponemos ninguna limitación al tipo de necesidades que se incluyen en la lista, y si alguien cree que producir acero es una necesidad humana podrá agregarla y justificar así su desarrollismo.

(...)

3. Las necesidades humanas

¿Qué es una necesidad humana? A esta pregunta contestaremos dando la lista de las que creemos necesario incluir bajo ese rótulo. No hace falta, y sería difícil, dar una definición comprensiva, teórica, que sirviera como guía

general y perfecta para saber si un ente equis es o no una necesidad. Sería una tarea académica.

Nuestras definiciones tratarán de ser siempre activas, por numeración explícita, y “abiertas”: no se afirma que sean completas; pueden completarse poco a poco. A veces, cuando la lista es demasiado larga lo que falta, a nuestro criterio, tiene poca importancia, terminarán con un “etcétera”.

(...)

8. Ismos y estilos

Para ilustrar nuestro método, introduciremos en este volumen dos Proyectos Nacionales o Estilos de Desarrollo: el CONS o Consumista y el CREA o Creativo. Mencionaremos también otros tres como ejemplos extremos, sin desarrollarlos (Autoritario, Hippie y Lunar).

(...) CONS es una extrapolación de la sociedad actual; CREA es una sociedad creativa, socialista, nacionalista, solidaria. Para otros ejemplos de estilos no hace falta forzar mucho la imaginación: basta releer la historia de las civilizaciones o los estudios antropológicos. Sin embargo también las Utopías –clásicas y modernas– y hasta las sociedades imaginarias que nos ofrece la ciencia-ficción, muestran frecuentemente aspectos, posibilidades y problemas –sobre todo peligros insospechados– que no son fáciles de visualizar a través de la experiencia histórica sin ayuda de la imaginación. Por eso son útiles a pesar de su inviabilidad manifiesta.

(...)

Capítulo II Las falacias del lenguaje económico

“Cuanto más grande, más sonso”.

Del refranero argentino.

El doble lenguaje de la Economía

La enorme difusión publicitaria que se da hoy a los problemas económicos, y la terminología semitécnica que los periodistas usan cada vez con mayor entusiasmo, han logrado que el público intelectual esté aceptando poco a poco cierta manera de hablar que lo separa cada vez más de la realidad, mientras lo consuela con una ilusión de sabiduría profunda. Como aquí no se utilizará ese lenguaje, es necesario aclarar por qué, cuáles son sus relaciones con el nuestro y qué peligros entraña desde nuestro punto de vista.

Por ese motivo, no tenemos más remedio que dedicar un capítulo entero a analizar el lenguaje, los conceptos, con que los tecnócratas nos plantean esos problemas que todos conocemos, vivimos y queremos resolver.

No es que creamos que los problemas de la realidad sean semánticos; nada de eso: el hambre es hambre, llámese como se la llame. Pero si las soluciones se discuten en términos de “producto per cápita”, lo más probable es que sólo se tienda una cortina de humo sobre el problema.

El lenguaje –vaya novedad– no es la realidad, pero es un instrumento básico para comprenderla y transformarla, siempre que permita una representación más o menos fiel de ella. En la primera mitad de este siglo se estudiaron con detalle los falsos problemas creados por las palabras en la matemática y la física. A un nivel menos sofisticado es necesario hacer lo análogo para la planificación, y nosotros recogeremos parte de lo mucho que ya se ha dicho al respecto, traducido a nuestros criterios constructivos.

Comenzaremos por la terminología menos esotérica pero más peligrosa por su popularidad: subdesarrollo, tasa de crecimiento, ingreso o producto bruto interno, ahorro interno, transferencia tecnológica, exportaciones competitivas, déficit, financiación, etc. Son palabras fáciles de aprender y que permiten manejar cifras, estadísticas, hacer comparaciones numéricas con el pasado y con otros países.

Así se da la sensación de que se procede de manera seria, “científica”, puesto que eso facilita el uso de computadoras y fórmulas matemáticas. Los planes de desarrollo y los discursos de los ministros tecnócratas adquieren, entonces, un tono profesoral y académico, y es difícil no creer que allí está la verdad desnuda, objetiva, imparcial e ideológicamente neutra.

Así es como se define y evalúa la estrategia global de un país mediante indicadores cuantitativos globales de crecimiento, inversión, inflación, etcétera, según criterios y costumbres que convienen a los organismos internacionales de financiación. Por desgracia, otros organismos internacionales menos comprometidos –como las Naciones Unidas– utilizan los mismos indicadores porque es la forma más fácil de llevar estadísticas comparativas a nivel internacional, sin entrar en conflicto con los gobiernos.

Santifican así la tendencia a considerar a un país como una cosa, medible con tres o cuatro magnitudes numéricas, casi todas monetarias.

Sin embargo, en estos mismos organismos se encuentran numerosos estudios que proponen incluir aspectos menos globales, más cualitativos, desde la vieja polémica monetarismo-estructuralismo del ‘50 hasta el reciente interés por la dependencia económica, pasando por el descubrimiento de la distribución del ingreso, las desigualdades regionales, los factores sociales y los problemas políticos de la “implementación”.

Aquí insistiremos a fondo sobre la necesidad de aclarar primero cuál es la estructura cualitativa del país –y, en particular, de su economía– antes de hablar de indicadores globales cuantitativos. El énfasis en la cantidad, el uso de estos números sin aclarar su contenido, creemos que es una trampa ideológica, y la

llamaremos la falacia cuantitativa. Ella es típica del “desarrollismo” y pretende que la esencia de todo Proyecto Nacional es un conjunto de tasas de crecimiento.

(...)

Como síntesis de todas las falacias anteriores, se nos dice que somos un país subdesarrollado y que el único Proyecto Nacional concebible es, evidentemente, desarrollarnos.

Estos términos introducen de contrabando todo un esquema ideológico, según el cual los países se pueden ordenar linealmente por su “grado de desarrollo”, desde avanzados hasta subdesarrollados. La historia de un país recorrería esa escala; se da una serie de etapas para pasar de la categoría más baja a la más alta, con mayor o menor velocidad. Siendo una ley histórica, hay que adaptarse a ella, y el objetivo nacional fundamental deberá ser acelerar ese proceso, de todos modos inevitable.

No queremos referirnos en este párrafo a la imposibilidad práctica de que un país dependiente pueda alcanzar al que lo tiene controlado; este problema, por suerte, está hoy bastante claro para todos. Nos interesa mostrar que la idea misma del desarrollo lineal es falaz aun si fuera viable.

La imagen desarrollista del mundo se apoya en un hecho real: estamos disconformes con el estado actual de cosas; queremos “progresar”, “mejorar”, “desarrollarnos” o como quiera decirse. La trampa está en la linealidad, la vía única que se arma mediante la típica falacia cuantitativa de medir el desarrollo por un número —el más usual es el ingreso por habitante, acompañado a veces por el grado de urbanización (porcentaje de población urbana) o de industrialización— y deducir de ahí que debemos imitar a los países que tienen más alto ese indicador.

(...)

Todo este enfoque es falaz: no tenemos obligación de aceptar como “modelos” a EE.UU., la URSS o China, como tampoco estamos obligados a rechazarlos en todos sus aspectos. Desarrollo es, sí, un término relativo, pero relativo a las metas que el país se plantea; a su propio Proyecto Nacional, no al de otro país. Si el estado actual de nuestro país no es todavía como nosotros —no el BID o el FMI— lo quisiéramos, somos entonces subdesarrollados. Cuando alcancemos nuestros objetivos seremos desarrollados, hasta plantearnos otros nuevos. Poco nos deberá importar, si llega esa feliz época, que los EE.UU. o los economistas nos sigan llamando subdesarrollados porque no tenemos máximo ingreso p.h. Con el mismo derecho podremos —y podemos desde ahora— afirmar que esos países líderes son también subdesarrollados, si no cumplen los objetivos que a nosotros nos parecían correctos.

No hay problema con la palabra “estancamiento”. Estancarse es no cambiar y eso se reconoce fácilmente. Desarrollarse es avanzar, pero esto no significa nada si no decimos hacia dónde. Hay muchas metas posibles, muchos caminos. Que un país haya avanzado mucho por un camino no es motivo

para que lo sigamos como carneros de Panurgo. Nuestro camino es nuestro Proyecto Nacional, nuestro estilo de desarrollo.

Sin un Proyecto Nacional explícito somos fáciles víctimas de la falacia cuantitativa. El sustituto más fácil de un objetivo nacional es “tener más”. Más de lo que nos quieren vender los que controlan nuestros hábitos de consumo mediante la publicidad; más de lo que los tecnócratas educados en las teorías del hemisferio norte creen que debemos tener; pero en resumen, socialmente, más de lo mismo. Con un Proyecto Nacional tenemos nuestra propia pauta y medida de desarrollo, que recién entonces podremos cuantificar de la manera que nos resulte más útil. Es el lado constructivo de la lucha contra la dependencia cultural.

IMAGEN 5

Cuadro comparativo de estilos de desarrollo

	<i>CREA</i>	<i>CONS</i>	<i>AUTO</i>	<i>HIP</i>	<i>LUNA</i>
Fin último	Desarrollar creatividad	Bienestar y satisfacción	Cumplir deberes patrióticos	Realización individual por el amor	Dominar el nuevo ambiente
Igualdad	Mucha	Poca pero con movilidad	Fuerte estratificación	Mucha	Jerarquización de funciones
Propiedad	Socialismo	Neoliberalismo	Capitalismo de Estado	Comunismo	Socialismo de hormiguero
Solidaridad	Individual y social	Competitiva, beneficencia	Dentro de cada estrato social	Ayuda mutua interpersonal	Forzosa para supervivencia
Gobierno	Democracia profunda. P.N.	Plutocracia y democracia formal. Sin P.N.	Feudalismo burocrático. P.N. formal	Anarcoidismo sin P.N.	Tecnocracia, con P.N. rígido
Libertad individual	A través de participación	Libertad “de oferta”	Poca: autoritarismo	Sólo limitada por escasez	Muy limitada por supervivencia
Tradicionalismo	Poco. Nacionalismo orientado por futuro	Poco. Seguidismo a potencias “desarrolladas”	Verbal fuerte, folklórico	Ninguno	Ninguno
Religión	No organizada	Superficial pero organizada	Organizada fuerte	Individual	Difusa, no conflictiva
Patriotismo	Autonomía cultural	Deportivo	Acatamiento a la autoridad	No	No, hasta tener éxito
Papel de la familia	Débil. Núcleos mayores	En disolución	Familia tradicional	Sustituida por comunidad	Sustituida por sociedad
Motor de la producción	Proyecto Nacional	Ventas; consumo	Estado	Consumo	P.N.
Grupos sociales dominantes	No hay	Empresarios y aliados	Militares y aliados	Bandas predatorias	Técnicos, sin explotación
Personalidad individual	Completa, armónica. “Realizada”	Unidimensional esquizofrénica	Sumisa, paranoica	Irracional obsesiva	Pragmática obsesiva
Tamaño óptimo	País mediano	Escala mundial	País grande	Menos de 10.000	10 a 20.000 personas

Documentos y Bibliografía

- Acosta, Alberto, 2012. *Sumak kawsay. Una oportunidad para imaginar otros mundos*. Quito: Abya Yala.
- Acuerdo de Integración Subregional Andino, 1969. *Acuerdo de Cartagena*, Disponible en http://www.wipo.int/wipolex/es/regeco_treaties/text.jsp?file_id=220449
- Aguilar, Paula; Glozman, Mara; Grondona, Ana y Haidar, Victoria, 2014. “¿Qué es un *corpus*?” en *Entramados y perspectivas*, Buenos Aires, N° 4.
- Aguilar, Paula; Fiuza, Pilar; Glozman, Mara; Grondona, Ana y Pryluka, Pablo, 2015. “Hacia una genealogía del ‘Buen Vivir’. Contribuciones desde el Análisis Materialista del Discurso”, en *Theomai*, Buenos Aires, N° 32, segundo semestre.
- ALBA-TCP, Secretaría Ejecutiva, 2010a. *Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América*. Caracas: ALBA-TCP
- ALBA-TCP, Secretaría Ejecutiva, 2010b. *Manifiesto Bicentenario de Caracas*. IX Cumbre ALBA-TCP, Caracas, 19 de abril.
- ALBA-TCP, Secretaría Ejecutiva, 2010c. *SUCRE: Respuesta del ALBA a la Crisis Financiera*. Caracas: ALBA-TCP.
- ALBA-TCP, Secretaría Ejecutiva, 2015. *Informe de gestión 2004-2014*. Caracas: ALBA-TCP.
- Althusser, Louis y Étienne Balibar, 2004. *Para Leer El Capital*. México: Siglo XXI.
- Arndt, Heinz, 1992. *Desarrollo Económico. La historia de una idea*. Madrid: Rei.
- Authier, Jacqueline, 1984. “Hétérogénéité(s) énonciative(s)”, en *Langages*, N° 73.
- Bajtín, Mijail, 1982. “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Baker, Andy, 2009. *The Market and the Masses in Latin America. Policy Reform and Consumption in Liberalizing Economies*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Barbosa, Rubens Antonio, 1993. “Intentos de integración en el Cono Sur hasta el Tratado de Asunción”, en *Contribuciones*, Buenos Aires, N° 2/93, abril-junio.
- Bataille, George, 2005. *El límite de lo útil*. Madrid: Losada.
- Becker, Gary, 1965. “A Theory of the Allocation of Time”, en *Economic Journal*, Vol. 75, N° 299.
- Belotti, Francesca, 2014. “Entre bien común y buen vivir. Afinidades a distancia”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, Quito, N° 48, enero.
- Benjamin, Walter, 2004. *Tesis sobre la Historia y Otros Fragmentos*. Traducción y presentación de Bolívar Echeverría. México: Contrahistorias. Las páginas citas corresponden a la versión digital disponible en: <https://marxismocritico.files.wordpress.com/2013/05/sobre-el-concepto-de-historia.pdf>
- Bernazza, Claudia, 2006. *La planificación gubernamental en Argentina. Experiencias del período 1974-2000 como puntos de partida hacia un nuevo paradigma*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Buenos Aires: FLACSO.
- Berrotarán, Patricia, 2006. *Del plan a la planificación. El estado durante la época peronista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Bértola, Luis y Ocampo, José Antonio, 2013. *El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bevir, Mark y Trentmann, Frank, 2007. “After modernism: local reasoning, consumption, and governance”, en Bevir, Mark y Trentmann, Frank (eds.), 2007. *Governance, Consumers and Citizens Agency and Resistance in Contemporary Politics*. Basingstoke: Palgrave MacMillan.
- Borón, Atilio, 2008. *Socialismo siglo XXI ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- _____, 2012. *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Brennan, James y Rougier, Marcelo, 2013. *Perón y la burguesía argentina. El proyecto de un capitalismo nacional y sus límites (1946-1976)*. Buenos Aires: Lenguaje Claro Editora.
- Bulmer-Thomas, Víctor, 1998. “El Área de Libre Comercio de las Américas”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, número extraordinario, octubre.
- Calcagno, Alfredo Eric y Calcagno, Alfredo Fernando, 1995. *El Universo neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*, Alianza Editorial: Buenos Aires.
- Calcagno, Alfredo Eric, 1990. “Evolución y actualidad de los estilos de desarrollo”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, N° 42, diciembre.
- Calcagno, Nicolás; Grondona, Ana y Kejsesman, Igal, 2015. “Apuntes para una genealogía alternativa del problema del desarrollo”, ponencia presentada en el II Congreso de Economía Política. Neoliberalismo o proyecto popular y democrático en Argentina y Latinoamérica, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 13-14 de octubre.
- Castel, Robert, 2001. “Presente y genealogía del presente: pensar el cambio de una forma no evolucionista”, en *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, N° 47.
- CENDES, Grupo de modelos matemático, 1971. “Estilos de desarrollo”, en Oscar

- Varsavsky y Alfredo Eric Calcagno, *América Latina: modelos matemáticos; ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica y las ciencias sociales*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- CEPAL, 1971a. *El medio humano en América Latina*, 14° Período de Sesiones, Santiago, Chile, 27 de abril-8 de mayo de 1971.
- _____, 1971b. *El medio ambiente humano y el desarrollo económico en América Latina*, documento preparado para el Seminario Regional Latinoamericano sobre los Problemas del Medio Ambiente Humano y el Desarrollo, México, Distrito Federal, 6-11 de septiembre de 1971.
- _____, 1971c. *Un modelo para comparar estilos de desarrollo o políticas económicas optativas*. Santiago de Chile: CEPAL.
- _____, 1973. *Actividades de la CEPAL respecto al programa de las Naciones Unidas*, Quito, 23-30 de marzo.
- _____, 1976. *El medio ambiente en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- _____, 1979. *Estilos de desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, borrador de Informe Global, octubre.
- Chávez, Hugo, 2005. Discurso pronunciado en la IV Cumbre de las Américas, Mar del Plata, 4-5 de noviembre.
- Chichilnisky, Graciela, 1984. "Necesidades básicas, recursos no renovables y crecimiento en el contexto de las relaciones Norte-Sur", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Vol. 24, N° 94, julio-septiembre.
- _____, 1985. "Necesidades básicas, recursos naturales y crecimiento en el contexto de las relaciones Norte-Sur: respuesta a un comentario", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Vol. 25, N° 97, abril-junio.
- Cohen, Lizabeth, 2003. *A consumer's Republic: The Politics of Mass Consumption in Postwar America*. New York: Vintage.
- Courtine, Jean Jacques, 1981. "Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, à propos du discours communiste adressé aux chrétiens", en *Langages*, París, N° 62.
- Daunton, Martín y Hilton, Matthew (eds.), 2001. *The politics of Consumption. Material Culture and Citizenship in Europe and America*. Oxford: Berg.
- De Alto, Bruno, 2013. *Autonomía tecnológica. La audacia de la división electrónica de FATE*. Buenos Aires: CICCUS.
- De Grazia, Victoria, 1996. "Changing consumption regimes", en De Grazia, Victoria y Furlough, Ellen (eds.), 1996. *The Sex of Things: Gender and Consumption in Historical Perspective*. Berkeley: University of California Press.
- _____, 2005. *Irresistible Empire. America's Advance through Twentieth-Century Europe*. Cambridge y Londres: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Dean, Mitchell, 1994. "Sociology, Foucault and the uses of History". *Critical And Effective Histories: Foucault's Methods and Historical Sociology Critical and Effective Histories*. NY: Routledge.
- _____, 1999. *Governamentality: Power and Rule in Modern Society*. London: Sage Publications.

- Desrosieres, Alain, 2011. "Las palabras y los números. Para una sociología de la argumentación estadística", en *Apuntes de investigación del CECYP*, Buenos Aires, Año XIV, N° 19, enero-junio.
- Di Tella, Guido, 1985. *Perón-Perón, 1973-1976*. Buenos Aires: Hyspamérica Ediciones Argentina.
- Domingo, Carlos, 2007. "Intervención del Profesor Carlos Domingo", en Rietti, Sara (comp.), 2007. *Oscar Varsavsky: una lectura postergada*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Elena, Eduardo, 2007. "Peronist Consumer Politics and the problem of Domesticating Markets in Argentina, 1943-1955", en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 87, N° 1.
- _____, 2011. *Dignifying Argentina: Peronism, Citizenship and Mass Consumption*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press.
- Escobar, Arturo, 1998. *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Estado Plurinacional de Bolivia, 2007. *Plan Nacional de Desarrollo. Bolivia digna, soberana, productiva y Democrática Para Vivir Bien. Lineamientos Estratégicos 2006-2011*. La Paz: Gobierno de Bolivia.
- Estado Plurinacional de Bolivia, Ministerio de Planificación del Desarrollo, 2006. *Plan Nacional de Desarrollo: Bolivia digna, soberana, productiva y democrática para Vivir Bien 2006-2010*.
- Estado Plurinacional de Bolivia, 2009. *Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia*.
- Estado Plurinacional de Bolivia, 2010. *Ley de Derechos de la Madre Tierra N°71*.
- Estado Plurinacional de Bolivia, 2012. *Ley Marco de la Madre Tierra y Desarrollo Integral para el Vivir Bien N°300*.
- Fernández Retamar, Roberto, 1973. *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. México: Diógenes.
- Fernández Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo, 2004. *Perón: La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción*. Córdoba: Ediciones del Copista.
- Ferrer, Aldo, 2014 [1974]. *Tecnología y política económica en América Latina*. Quilmes: UNQui-AEDA.
- Fiszbein, Martín, 2010. "Instituciones e ideas en desarrollo: La planificación económica en la Argentina, 1945-1975", en Rougier, Marcelo (comp.), 2010. *Estudios sobre la industria argentina 2*. Buenos Aires: Lenguaje Claro Editora.
- Foucault, Michel, 1987. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- _____, 1995. "¿Qué es la crítica?", en *Revista de Filosofía-ULA*, 8.
- _____, 2001a. "El sujeto y el poder", en Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul, 2001. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____, 2001b. "Polémique, politique et problématisations", en *Foucault, Michel Dits et écrits II. 1976-1988*. Paris: Gallimard.
- _____, 2002. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____, 2006. *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- _____, 2007. *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fridman, Daniel, 2010. "A new mentality for a new economy: performing the homo economicus in Argentina (1976-83)", en *Economy and society*, Vol. 39, Issue 2.
- Fundación Bariloche, 1973. *Modelo Mundial Latinoamericano. Informe Preliminar*.
- Furtado, Celso et al., 1976. *El club de Roma. Anatomía de un grupo de decisión*. Buenos Aires: Editorial Síntesis.
- Gallopín, Gilberto, 1981. "El medio ambiente humano", en Sunkel, Osvaldo y Gligo, Nicolo (comps.), 1981. *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*, Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Linera, Álvaro, 2013. "Nación y mestizaje", discurso brindado en La Paz, octubre de 2013. Disponible en: <http://www.viccepresidencia.gob.bo/spip.php?page=publicaciones>.
- Gligo, Nicolo y Morello, Jorge, 1979. "Notas sobre la historia ecológica de América Latina", trabajo presentado en el Seminario sobre Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, organizado conjuntamente por la CEPAL y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Santiago de Chile, 19-23 de noviembre.
- Gómez, Teresita y Tchordonkian, Silvia, 2013. "Un laboratorio de políticas públicas. El Consejo Nacional de Posguerra", en Gómez, Teresita y Müller, Alberto (comps.), 2013. *La planificación en Argentina en perspectiva (1930-2012)*. Buenos Aires: CESP-UBA.
- González Bollo, Hernán, 2008. "José Francisco Figuerola: de funcionario del estado interventor conservador a experto de la coalición peronista (1930-44)", ponencia presentada en el Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Universidad Nacional de Mar del Plata, 6-7 de noviembre de 2008.
- _____, 2010. "Retomando la rutina perdida: la Dirección Nacional de Investigaciones, Estadística y Censos (1946-1949)", ponencia presentada en el Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-1976), Universidad Nacional de Tres de Febrero, 4-6 de noviembre de 2010.
- Graciarena, Jorge, 1974. *A propósito de los estilos de desarrollo. Una nota heterodoxa*. Santiago de Chile: CEPAL.
- _____, 1976. "Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa", en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, primer semestre.
- Grondona, Ana, 2014. *Saber de la pobreza. Discursos y subclases en la Argentina entre 1956 y 2006*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.
- Grüner, Eduardo, 2010. *La oscuridad y las luces*. Buenos Aires: Edhasa.
- Grupo de Estudios Historia y Discurso (GEHD), 2014. "Varsavsky", ponencia presentada en el II° Congreso de Historia Intelectual de América Latina La biografía colectiva en la historia intelectual latinoamericana, CeDInCI-UNSAM, Ciudad de Buenos Aires, 12-14 de noviembre.
- Gudynas, Eduardo, 2010. "La senda biocéntrica: valores intrínsecos, derechos de la naturaleza y justicia ecológica", en *Tabula Rasa*, Bogotá, N° 13, julio-diciembre.

- _____, 2011. “Desarrollo, derechos de la naturaleza y buen vivir después de Montecristi”, en Gabriela Weber (ed.), 2011. *Debates sobre cooperación y modelos de desarrollo. Perspectivas desde la sociedad civil en Ecuador*. Quito: Centro de Investigaciones Ciudad y Observatorio de la Cooperación al Desarrollo.
- Gudynas, Eduardo y Acosta, Alberto, 2011. “La renovación de la crítica al desarrollo y el buen vivir como alternativa”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Maracaibo, N° 53, abril-junio.
- Guilhaumou, Jacques y Maldidier, Denis, 1994. “Efeitos do arquivo. A análise do discurso no lado da história”, en Pucinelli, Orlando (coord.), 1994. *Gestos de leitura*. Campinas: Editora Unicamp.
- Haidar, Victoria y Berros, Valeria, 2015. “Entre el sumak kawsay y la ‘vida en armonía con la naturaleza’: disputas en la circulación y traducción de perspectivas respecto de la regulación de la cuestión ecológica en el espacio global”, en *Theomai*, N° 32, segundo semestre.
- _____, 2015. “Hacia un abordaje multidimensional y multiescalar de la cuestión ecológica: la perspectiva del buen vivir”, en *Revista Crítica de Ciências Sociais*, Coimbra, N° 118, diciembre.
- Hammarskjöld Foundation, 1975. *¿Qué hacer? Informe Dag Hammarskjöld*. Nueva York: Asamblea General de la ONU.
- Hawley, Amos, 1950. *Human Ecology*. The Ronald Press Co.
- Herrera, Amílcar, Scolnik, Hugo, Chichilnisky, Gabriela, Gallopin, Gilberto, Hardoy, Jorge Mosovich, Diana, Oteiza, Enrique, Romero Brest, Gilda, Suárez, Carlos y Talavera, Luis, 2004 [1977]. *Catástrofe o nueva sociedad: Modelo Mundial Latinoamericano*. Buenos Aires: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo-América Latina.
- Herrera, Amílcar, 1981. “Desarrollo, medio ambiente y generación de tecnologías apropiadas”, Seminario de tecnologías apropiadas para los asentamientos humanos, Lima, 30 de noviembre-12 de diciembre de 1981, CEPAL.
- _____, 2011 [1973]. “Los determinantes sociales de la política científica en América Latina. Política científica explícita y política científica implícita”, en Sábato, Jorge (comp.), 2011. *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional-PLACTED.
- _____, 2015 [1971]. *Ciencia y política en América Latina*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional-PLACTED.
- Herrera, Felipe, 1966. *Factores para la integración latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hilton, Matthew, 2003. *Consumerism in Twentieth-Century Britain. The Search for a Historical Movement*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____, 2009. *Prosperity for all, consumer activism in an era of globalization*. Londres: Cornell University Press.
- Jaguaribe, Hélio, 1972. *Crisis y alternativas de América Latina: reforma o revolución*. Buenos Aires: Paidós.
- _____, 2011 [1971]. “Por qué no se ha desarrollado la ciencia en América Latina”,

- en Sábato, Jorge (comp.), 2011. *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional- PLACTED.
- Jáuregui, Aníbal, 2005. “La planificación económica en el peronismo (1945-1955)”, en *Prohistoria*, Año IX, N° 9.
- _____, 2013. “Planes y planificación en la Argentina del desarrollo (1955-1973)”, en el Programa “Saberes de Estado y Elites Estatales”, IDES, abril de 2013, Buenos Aires.
- Karg, Juan Manuel y Lewit, Agustín (comp.), 2015. *Del No al ALCA a Unasur. Diez años después de Mar del Plata*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.
- Kostzer, Ignacio, 2012. “Integración económica en América Latina: desafíos en el post-neoliberalismo”, ponencia presentada en el VI Encuentro de Economía Política y Derechos Humanos.
- Kusch, Rodolfo, 2012 [1976]. *Geocultura del hombre americano*. Santa Fe: Fundación Ross.
- Katz, Claudio, 2008. “Integración o unidad latinoamericana”, artículo online. Disponible en: <http://www.aporrea.org/tiburon/a53041.html>
- Larrea, Ana, 2010. “La disputa de sentidos por el Buen Vivir como proceso contra-hegemónico”, en Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo-SENPLADES, 2010. *Los nuevos retos de América Latina: Socialismo y Sumak Kawsay*. Quito: SENPLADES.
- Lascoumes, Pierre y Le Galès, Patrick, 2005. “Introduction: L’ action publique saisie par ses instruments”, en Lascoumes, Pierre y Le Galès, Patrick, 2005. *Gouverner par les instruments*. Paris: Presses de Sciences Po.
- Le Quang, Mathieu y Vercoutère, Tamia, 2013. *Ecosocialismo y buen vivir. Diálogo entre dos alternativas al capitalismo*. Quito: IAEN.
- Leontief, Wassily 1970, “Environmental repercussions and the economic structure: an input-output approach”, en *Review of Economics and statistics*, Vol. 52.
- Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth, 2011. *The resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Leyba, Carlos, 2010. *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Maingueneau, Dominique, 1991. *L’Analyse du discours. Introduction aux lectures de l’archive*. París: Hachette.
- Mallman, Carlos, 1972. *Sobre las necesidades del ser humano y su relación con las teorías del mundo*. Bariloche: Fundación Bariloche.
- _____, 1975. *Anteproyecto para la realización de un modelo matemático de simulación de paradigmas del desarrollo de América Latina*. Bariloche: Fundación Bariloche.
- Marcuse, Herbert, 1984. *El hombre unidimensional*. Buenos Aires: Ariel.
- Marx, Karl, 1995. *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mata Mollejas, Luis, 1973. *Política científica y Pacto Andino vs. Antidesarrollo*. Tomo I. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Maunás, Delia, 1995. *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- McFall, Liz, 2004. *Advertising a cultural economy*. Londres: Sage.

- Meadows, Donella, 1972. *Límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Melnick, Sergio, 1979. “Desarrollo y ambiente. Principales escuelas, tendencias y corrientes de pensamiento”, en el Seminario Regional Proyecto CEPAL/PNUMA “Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina”, Santiago de Chile, 19-23 de noviembre de 1979. E/CEPAL/Proy.2/R.2.
- Milanesio, Natalia, 2014. *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ministerio de Educación del Estado Plurinacional de Bolivia, 2013. *Plan Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación*. Disponible en: http://www.cienciaytecnologia.gob.bo/uploads/plan_nacional_de_ciencia_y_tecnologia.pdf
- Morales, Evo, 2012. “Discurso de Evo Morales Ayma, Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia” en Plenaria de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible Río + 20, Río de Janeiro, 21 de junio.
- Murillo, Susana, 2012. *La ciencia aplicada a políticas sanitarias en Argentina y su relación con la escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (1869-1905)*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Disponible en <http://www.centrocultural.coop/descargas/tesis/la-ciencia-aplicada-a-politicas-sanitarias-en-argentina-y-su-relacion-con-la-escuela-de-medicina-de/descargar.html>
- ONU, 1954. *Proceedings of the World Population Conference*. Roma: ONU.
- ONU, 1972. *Declaración de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano*, Estocolmo, Suiza.
- ONU, 1987. *Report of the World Commission of Environment and Development: Our Common Future*. United Nations, General Assembly.
- ONU, 1992. *Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*.
- ONU, 2012. *El futuro que queremos*, documento final de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible.
- Ortega, Emiliano, 1980. “La agricultura campesina en la América Latina y el deterioro del medio ambiente”, en Sunkel, Osvaldo y Glijo, Nicolo (comps.), 1980. *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*, Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica.
- Papa Francisco I, 2015a. *Laudato Si*. Carta encíclica papal, 24 mayo de 2015.
- Papa Francisco I, 2015b. Discurso pronunciado en el Segundo Encuentro Mundial de Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015.
- Pêcheux, Michel, 1975. *Les Verités de La Palice*. Paris: Maspéro.
- Pereyra, Diego, 2012. “Sociología y planificación en el primer peronismo. El caso del Instituto de Sociografía y Planeación de Tucumán (1940-1957)”, en *Apuntes de investigación del CECyP* N° 21.
- Perón, Juan Domingo, 1972. “Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo”, 21 de febrero de 1972. Disponible en: <http://www.ambiente.gov.ar/?idarticulo=5187>. Consultado el 19/02/2016
- _____, 1973a. “Un sólo interés: el de todos los argentinos”, discurso pronunciado ante el Congreso del Partido Justicialista, Teatro Nacional Cervantes,

- Buenos Aires, 18 de agosto de 1973. Disponible en <http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Discursos%20Peron%2005.pdf>. Consultado el 19/02/2016
- _____, 1973b. “Perón habla a los trabajadores—La relación de costo de vida, precios y salarios”, discurso pronunciado en la CGT, 13 de diciembre de 1973. Disponible en: <http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Discursos%20Peron%2009.pdf>. Consultado el 19/02/2016
- _____, 1973c. “Presentación del Plan Trienal”, discurso pronunciado en la Casa de Gobierno, 21 de diciembre de 1973. Disponible como “Este es el Plan de los tres años” en <http://www.ruinasdigitales.com/descamisado/descamisadoestelselplandelostresaos232/> Consultado el 19/02/2016.
- Piaget, Jean, 1969. *El estructuralismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pinto, Aníbal, 1975. *Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina*, ILPES, documento A/341, VI Curso de Planificación Regional del Desarrollo, Santiago de Chile.
- _____, 1976. “Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, primer semestre.
- _____, 1980. “Comentario sobre el artículo ‘La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina’”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, N° 12, diciembre.
- Prebisch, Raúl, 1980. “Biosfera y desarrollo”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, N° 12, diciembre.
- _____, 1981. *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2015. *Informe sobre Desarrollo Humano 2015*. Nueva York: PNUD.
- Ramírez, René, 2012. *La vida (buena) como riqueza de los pueblos*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- _____, 2015. *La vida (buena) como riqueza de los pueblos*. 2ª ed. Madrid: El viejo topo.
- _____, 2016. *El tiempo*. Coimbra: Centro de Estudios Sociales-Universidad de Coimbra (por publicar).
- República Argentina, Poder Ejecutivo Nacional 1973. *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional (1974-1977)*. Buenos Aires: PEN
- República de Ecuador, Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, 2007. *Plan Nacional de Desarrollo 2007-2010*. Quito: Secretaria Nacional de Planificación y Desarrollo-SENPLADES.
- República de Ecuador, 2008. *Constitución del Ecuador*. Quito: Asamblea Constituyente.
- República del Ecuador, Consejo Nacional de Planificación, 2009. *Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013: Construyendo un Estado Plurinacional e Intercultural*. Quito: Secretaria Nacional de Planificación y Desarrollo-SENPLADES.
- República del Ecuador, Consejo Nacional de Planificación, 2013. *Plan Nacional para el Buen Vivir 2013-2017*. Quito: Secretaria Nacional de Planificación y Desarrollo-SENPLADES.
- Restrepo, Eduardo, 2008. “Cuestiones de método: ‘eventualización’ y problematización en Foucault”, en *Tabula Rasa*, N° 8.

- Revel, Judith, 2008. *El vocabulario de Foucault*. Buenos Aires: Atuel.
- Rhodes, Sybil, 2006. *Social Movements and Free-Market Capitalism in Latin America, Telecommunications Privatization and the Rise of Consumer Protest*. New York: State University of New York Press.
- Ribeiro, Darcy, 1969. *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rietti, Sara (comp.), 2007. *Oscar Varsavsky: una lectura postergada*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Rist, Gilbert, 2002. *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Rocchi, Fernando, 1998. “Consumir es un placer”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 37, N° 148.
- Rojas Aravena, Francisco, 2012. “La Celac y la integración latinoamericana y caribeña. Principales claves y desafíos”, en *Revista Nueva Sociedad*, N° 240, julio-agosto.
- Romano, Silvina María, 2005. *La integración económica latinoamericana y las relaciones político-económicas con Estados Unidos (1960-1973). Antecedentes del ALCA y el MERCOSUR*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rougier, Marcelo y Fiszbein, Martín, 2004. “De Don Derrochín a Maese Ahorrín. El fomento del ahorro durante la economía peronista”, en Berrotarán, Patricia, Jáuregui, Aníbal y Rougier, Marcelo (comps.), 2004. *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Estado y políticas públicas durante el peronismo 1946-1955*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- _____, 2006. *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial.
- Sábato, Jorge (comp.), 2011 [1975]. *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional- PLACTED.
- Sachs, Ignacy, 1973. *Población, tecnologías, recursos naturales y medio ambiente. Ecodesarrollo: un aporte a la definición de estilos de desarrollo para América Latina*, documento de la División de Recursos Naturales y Medio Ambiente de la CEPAL.
- _____, 1974. “Ecodesarrollo: un aporte a la definición de estilos de desarrollo para América Latina”, documento preparado para la CEPAL, en *Estudios Internacionales*, N° 25, enero-marzo.
- _____, 1980. “Estrategias de desarrollo con requerimientos energéticos moderados”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, N° 12, diciembre.
- Sader, Emir, 2009. *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI / CLACSO.
- Sadosky, Cora, 1973. “Investigación científica y dependencia”, en *Transformaciones. Enciclopedia de los grandes fenómenos de nuestro tiempo*, México, N° 108, Centro Editor de América Latina.
- Sánchez, Vicente, 1979. “Papel de la educación en la interacción entre estilos de desarrollo y medio ambiente”, en Seminario Regional del Proyecto CEPAL/PNUMA: Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina.
- Santa Cruz, Alfonso, 1971. “Presentación del tema por el Sr. Alfonso Santa Cruz”, Seminario Regional Latinoamericano Latinoamericano sobre los Problemas del

- Medio Ambiente Humano y el Desarrollo, Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Humano y CEPAL.
- Schwarzkopf, Stefan, 2008. "Turning Trade Marks into Brands: how Advertising Agencies Created Brands in the Global Market Place, 1900-1930", en *CGR Working Paper*, N° 18.
- _____, 2009. "Discovering the Consumer Market Research, Product Innovation, and the Creation of Brand Loyalty in Britain and the United States in the Interwar Years", en *Journal of Macromarketing*, Vol. 29, N° 1.
- _____, 2015. "Marketing history from below: towards a paradigm shift in marketing historical research", en *Journal of Historical Research in Marketing*, Vol. 7, N° 3.
- Secretaría Nacional de Ciencia y Técnica del Ecuador, 2010. *Plan Nacional de Ciencia, Tecnología, Innovación y Saberes Ancestrales*. Disponible en <http://www.ilades.edu.ec/publicaciones/Plan%20Nacional%20de%20Ciencia,%20Tecnolog%C3%ADa,%20Innovaci%C3%B3n%20y%20Saberes%20ancestrales.pdf>
- Sunkel, Osvaldo, 1981. *La dimensión ambiental en los estilos de desarrollo de América Latina*. Santiago de Chile: PNUMA-CEPAL.
- _____, 2011 [1970]. "La universidad latinoamericana ante el avance científico y técnico; algunas reflexiones", en Sábato, Jorge (comp.), 2011. *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional PLACTED.
- Tapia, Luis, 2009. *Pensando la democracia geopolíticamente*. La Paz: CLACSO/Muela del Diablo Editores.
- Tereschuk, Nicolás, 2008. *Organismos de Planificación y Estado Desarrollista en la Argentina (1943-1975)*, Tesis de Maestría en Sociología Económica. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.
- Tomassini, Luciano, 1972. "Implicaciones internacionales del deterioro ambiental", en *Estudios Internacionales*, N° 18, abril-junio.
- Torres, Santiago, 1979. "La incorporación de la dimensión medioambiental en la planificación regional: aspectos operacionales", en Seminario Regional sobre Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, Santiago de Chile, 19-23 de noviembre.
- Touraine, Alain, 1978. *Introducción a la sociología*. Barcelona: Ariel.
- Trentmann, Frank, 2004. "Beyond Consumerism: New Historical Perspectives on Consumption", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 39, N°3.
- UNASUR, 2008. Tratado Constitutivo de la Unión de Naciones Suramericanas. Brasilia: UNASUR
- Varsavsky, Oscar, 1969. *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____, 1971a. *Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Buenos Aires: Periferia. Disponible en
- _____, 1971b. "Largo plazo: ¿Un solo estilo?", en *El Trimestre Económico*, Vol. 38, N° 152.

- _____, 2013 [1974]. *Estilos tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional- PRACTED.
- _____, 1982a [1975]. “Marco histórico constructivo para estilos sociales, proyectos nacionales y sus estrategias”, en Varsavsky, Oscar, 1982. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____, 1982b [1976]. “Ideas básicas para una filosofía constructiva”, en Varsavsky, Oscar, 1982. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____, 1982c. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____, 2013 [1975]. *Marco histórico constructivo: Para estilos sociales, proyectos nacionales y sus estrategias*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Varsavsky, Oscar y Calcagno, Alfredo Eric (comp.), 1971. *América Latina: Modelos Matemáticos. Ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Verón, Eliseo, 1987. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en Verón, Eliseo, 1987. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.
- Viola Recanses, Andreu, 2014. “Discursos ‘pachamamistas’ versus políticas desarrollistas: el debate sobre el sumak kawsay en Los Andes”, en *Íconos*, Quito, N° 48, enero.
- Vitto, Cecilia, 2012. “Plan económico del tercer gobierno peronista. Gestión Gelbard (1973-1974)”, en *Problemas del desarrollo*, Vol. 43, N° 171.
- Werskey, Gary, 1988. *The visible college. A collective biography of british scientist and socialist of the 1930s*. Londres: FAB.
- Wilhelm, Jorge, 1980. “Comentario sobre el artículo ‘La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina’”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, N° 12, diciembre.
- Wolfe, Marshall, 1974. *Styles of development*. Santiago de Chile: CEPAL.
- _____, 1976a. “Enfoques de desarrollo: ¿De quién y hacia qué?”, en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, primer semestre.
- _____, 1976b. *El desarrollo esquivo: exploraciones en la política social y la realidad sociopolítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____, 1979. “Reinventando el desarrollo: utopías de comités y simientes de cambio reales”, en *Revista de la CEPAL*, abril. N°7

ANA GRONDONA (COMP.)

Estilos de desarrollo y buen vivir

Historia del Presente

El libro pone en diálogo las discusiones del buen vivir con una serie de propuestas que se desplegaron entre mediados de la década de los sesenta y comienzos de la década del ochenta en América Latina. En aquel contexto, Fundación Bariloche, Oscar Varsavsky y, en buena medida la CEPAL, se ocuparon de formular alternativas al patrón de desarrollo centrado en el crecimiento económico, al tiempo que mostraron la factibilidad de esos otros estilos de desarrollo mediante el diseño de modelos matemáticos multivariados. Más recientemente, las propuestas del buen vivir, inspiradas en el *Sumak Kawsay*, han involucrado una profunda crítica al neoliberalismo y su modelo civilizatorio. La apuesta del libro es desestabilizar el efecto de homogeneidad y evidencia con el que suele presentarse “EL” desarrollo y mostrar que en distintas coyunturas ha sido objeto de impugnaciones y luchas.

El **Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso** es un equipo interdisciplinario que funciona desde 2011 en el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Aborda dos líneas de investigación: una reflexión teórica sobre las particularidades de la investigación con materiales de archivo; y, por otro lado, en el marco de un proyecto financiado por la UBA, una indagación genealógica sobre los modos de delimitación del problema del desarrollo en América Latina.

Ediciones del CCC

